

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL



**MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN**

129

**VALORES Y CONFLICTOS.
LAS CLAVES CULTURALES
EN EL CONFLICTO DEL SIGLO XXI**

**ABSTRACT
IN ENGLISH**

MINISTERIO DE DEFENSA





**MONOGRAFÍAS
del
CESEDEN**

129

**VALORES Y CONFLICTOS.
LAS CLAVES CULTURALES
EN EL CONFLICTO DEL SIGLO XXI**

Marzo, 2012

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES
<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

Edita:



NIPO: 083-12-045-6 (libro-e)

ISBN libro-e : 978-84-9781-728-8

Fecha de edición: marzo, 2012

NIPO: 083-12-046-1 (edición en línea)



Las opiniones emitidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores de la misma.

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © Copyright.

VALORES Y CONFLICTOS.
LAS CLAVES CULTURALES EN EL CONFLICTO DEL SIGLO XXI

SUMARIO

	<u>Página</u>
PRÓLOGO.....	9
<i>Por Amando de Miguel Rodríguez</i>	
<i>Capítulo primero</i>	
LOS CONFLICTOS.....	15
<i>Por Amando de Miguel Rodríguez</i>	
<i>Capítulo segundo</i>	
CONFLICTOS Y VALORES.CLAVES CULTURALES EN LOS CON- FLICTOS DEL SIGLO XXI.....	41
<i>Por Luis Alejandro Sintés</i>	
<i>Capítulo tercero</i>	
CONFLICTO DE VALORES	61
<i>Por Benjamín García Sanz</i>	
<i>Capítulo cuarto</i>	
CAMBIO Y CONFLICTO EN LO MILITAR.....	97
<i>Por Vicente Hueso García</i>	
<i>Capítulo quinto</i>	
LAS FUERZAS ARMADAS Y LA GESTIÓN DE CRISIS.....	121
<i>Por Jesús Ignacio Martínez Paricio</i>	

	<u>Página</u>
<i>Capítulo sexto</i>	
DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL 11-S. TERRITORIOS DE FRONTERA Y MALESTAR	169
<i>Por Federico Aznar Fernández-Montesinos</i>	
<i>Capítulo séptimo</i>	
DIMENSIÓN CULTURAL DE LOS CONFLICTOS: UNIVERSALIDAD Y MESTIZAJE, RAZÓN ESTRATÉGICA DE ESPAÑA.....	199
<i>Por Andrés González Martín</i>	
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO	229
ABSTRACT	231
ÍNDICE.....	233
RELACIÓN DE MONOGRAFÍAS DEL CESEDEN	237

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Por AMANDO DE MIGUEL RODRÍGUEZ

La especie humana nunca ha gozado de tantas facilidades para prosperar materialmente como las que disfrutamos en los tiempos que corren. Sin embargo, nunca han sido tantos los conflictos, los desarreglos, las tensiones. Lo nuevo es, además, que las confrontaciones alcanzan hoy una escala mundial, al menos por la percepción que supone la red de medios de comunicación. Puede que hayamos conseguido prevenir las guerras tan destructivas del siglo XX, pero hoy se asoman a las pantallas de los telediaros multitud de guerras locales, guerrillas y terrorismos de toda laya. A lo que se añade una profusión de choques sociales, culturales y étnicos con una generalización de múltiples formas de violencia y marginación.

Ese panorama tan desconsolador es el producto de una alteración profunda de ciertos valores que antes se tenían por firmes y que hoy se tambalean. Lo sorprendente, incluso, no es que haya nuevos valores que sustituyan a los antiguos. Ese proceso es conocido. Lo nuevo es que muchas personas empiezan a dudar de qué es lo que está bien o lo que está mal en cada caso. Esta Monografía responde a la preocupación por esa realidad tan inquietante. Es el resultado de un seminario en el que hemos coincidido cuatro militares de alto rango y tres civiles, catedráticos de Sociología en la Complutense. Ha sido una fecunda colaboración en la que todos hemos aprendido de los demás. Cada uno ha enfocado el problema de los conflictos y valores desde el peculiar punto de vista que le daba su formación y su experiencia. Aunque, como es lógico, cada autor responde individualmente de su correspondiente capítulo, todos nosotros nos hemos

beneficiado de las ilustradas sesiones del seminario. Es de esperar que los lectores puedan sacar algún rédito de los escritos que aquí figuran. No tienen un propósito estrictamente académico, sino de estímulo para que otras personas puedan seguir reflexionando sobre estos asuntos.

Los capítulos se ordenan de lo general a lo particular. Me toca empezar a mí (por veterano) con una consideración sobre los conflictos a la luz de la teoría sociológica. Mi posición es que los conflictos interpersonales, sociales o internacionales se pueden entender con un mismo esquema formal. Esa unificación se produce porque hay un acuerdo general (casi se podría decir «natural») en que los conflictos deben reducirse a un mínimo. Por lo menos se deben minimizar los daños que producen, ya que alguna forma de conflicto siempre existirá. Los enfrentamientos pueden ser de valores, percepciones o intereses. Me detengo especialmente en los modos de resolver los conflictos, fundamentalmente estos cinco:

- 1. Su reducción al modelo de «suma cero», de tal forma que el que pierde se considere culpable.*
- 2. El compromiso con el adversario.*
- 3. La rendición del enemigo.*
- 4. El apaciguamiento.*
- 5. La negación de la existencia del conflicto o su sublimación.*

Cada uno de esos modos tiene sus costes, pero lo interesante es que se pueden aplicar al plano personal, social o internacional.

Luis Alejandro Sintés analiza los conflictos bélicos que hoy se localizan en distintos puntos de la Tierra, entremezclados con el terrorismo. Se fija sobre todo en la serie de fracasos que han supuesto las paces mal arregladas después de algunos conflictos internacionales. Concluye que los conflictos violentos que hoy aquejan al mundo entero tienen mucho que ver con el relajamiento de ciertos valores tradicionales. Esos valores deberían ser realizados porque han funcionado hasta la fecha para restablecer la paz allí donde se ha alterado. Sea como fuere, los conflictos internacionales son ahora muy diferentes de los de los siglos anteriores. También las guerras han evolucionado.

La tipología actual de los valores deseables se trata ampliamente en el capítulo de Benjamín García Sanz. Las situaciones conflictivas dentro de la sociedad española se plantean precisamente porque se ha roto el acuerdo respecto a lo que está bien o lo que está mal. La regeneración de los valores que se han desnaturalizado debe apoyarse en el sistema educativo, quizá el aspecto más débil de nuestra democracia.

El capítulo de Vicente Hueso García se centra en el concepto sociológico de cambio como uno de los ejes de la estructura social. El cambio afecta igualmente a la evolución de las Fuerzas Armadas, que responde a una decidida profesionalización. Por lo mismo, las Fuerzas Armadas caminan hacia una creciente tecnificación, lo que redundará en un aumento de su prestigio social en la sociedad española. Esa progresión no se realiza sin tensiones ni ambivalencias.

La situación de crisis de las Fuerzas Armadas es analizada en el capítulo de Jesús Ignacio Martínez Paricio. Se detectan importantes transformaciones, como el fin de la guerra entre Estados o el peso creciente de la opinión pública. La transformación de la institución militar está sujeta a múltiples tensiones. Ahora es fundamental la percepción que tenga la sociedad de los militares; actualmente no en guerra sino en misiones internacionales de paz o equivalentes. Interviene asimismo la opinión que tienen unos militares respecto a otros de distintas naciones en esas misiones conjuntas. Se aportan datos empíricos sobre ese particular.

El capítulo de Federico Aznar Fernández-Montesinos estudia la situación actual de las Fuerzas Armadas en el mundo como consecuencia del hiato que supuso el llamado 11 de septiembre de 2001. Después de ese episodio de terrorismo suicida en gran escala se han hecho centrales las nociones de seguridad y de globalización. La unidad política no es ya el Estado sino la cultura, en el sentido de civilización y de sistema de valores.

Andrés González Martín parte de una excursión histórica para llegar a entender la cultura de la guerra en nuestro tiempo. No todo es innovación. Por ejemplo, la guerra de guerrillas ha sido una constante en la historia de España. Paradójicamente, es un tipo de acción que hoy se generaliza en muchas partes del mundo.

Lo más interesante para los autores de este texto conjunto ha sido conocer con detalle las opiniones de los otros participantes en el seminario. El hilo conductor de nuestras conversaciones (en la mesa del seminario y en la del comedor) han sido los conflictos y los valores. Sin embargo, cada ponente ha aportado al trabajo su personal experiencia profesional. La diversidad, lejos de ser caótica, ha resultado ser enriquecedora. Los lectores sabrán apreciarla. Casi sin proponérselo, los debates del seminario nos han llevado a concluir que es del mayor interés las relaciones mutuas entre el conjunto de una sociedad nacional y sus Fuerzas Armadas.

CAPÍTULO PRIMERO

LOS CONFLICTOS

LOS CONFLICTOS

Por AMANDO DE MIGUEL RODRÍGUEZ

El fundador nominal de la Sociología, Augusto Comte, enunció que esa ciencia pretendía «saber para prever y prever para poder». Era una afirmación positivista que hoy no se sostiene. La Sociología no es una ciencia exacta que pueda predecir con finura los acontecimientos. Primero, porque realmente no hay ciencias exactas. La expresión popular «a ciencia cierta» no deja de ser un desiderátum de un pueblo poco familiarizado con el mundo científico. Segundo, porque, aun siendo la Sociología un saber humanístico, tampoco puede llegar a predecir la ocurrencia de acontecimientos concretos. Todo lo más que puede hacer es observar tendencias y regularidades para alojar futuros probables en esas pautas. Esa capacidad predictiva se reserva, incluso, para los sucesos que obedecen a un número reducido de variables. No es lo usual en la sociedad. Lo corriente es que actúen a la vez muchas causas y concausas para producir efectos deseados, imprevistos o indeseables. En ese caso, la predicción cede a la más modesta pretensión de explicar o interpretar los fenómenos sociales. Uno de ellos, que ha estimulado a muchas mentes, es el de los conflictos.

La etimología de la voz *conflicto* nos dice que es el choque o colisión de dos fuerzas antagónicas que se oponen moral o físicamente. La consecuencia inmediata es que alguien puede perder o sufrir, frente al contrincente que sale exitoso. Hay conflictos interpersonales, sociales o internacionales, pero todos ellos se pueden analizar con el mismo esquema formal. Esa unidad de método parte de la premisa de que una sociedad organizada busca mil maneras de minimizar los conflictos, es decir,

el daño que puedan ocasionar. Estamos ante un ardid de la evolución. Dada la inteligencia y las pasiones del hombre, de no haber gestionado con suficiencia los conflictos, la especie humana habría desaparecido. Pero resulta utópico imaginar una sociedad en la que se pueden evitar todos los conflictos o la mayoría de ellos. Hasta en la sociedad angélica hubo una escisión, la de los ángeles caídos.

Conviene precisar un poco los términos más allá de la escasa precisión de los diccionarios. El conflicto es algo más que el choque verbal, el desacuerdo, la discrepancia. Para que tenga interés sociológico, el conflicto real es el que puede producir algún daño y, por tanto, es posible que genere alguna culpa. No deja de ser curioso que automáticamente pidamos perdón en un involuntario roce físico con otro viandante. En cambio, qué difícil es ese reconocimiento de culpa cuando hay un enfrentamiento real entre dos personas o grupos con daño recíproco. En esos casos los dos contendientes quieren tener razón. Se trata de una forma inconsciente de evadirse de la posible culpa.

La inteligencia y las pasiones del hombre hacen que uno de los grandes motivos para relacionarse con los otros es que cada uno de los actores quiere tener razón. Se organiza así la sociedad como una especie de *juego* permanente en el que el deseo de que todos tengan razón es tanto un estímulo personal como un ideal imposible. Precisamente, los conflictos surgen de esa imposibilidad.

La hipótesis de la sociedad como un juego permanente lleva a que el impulso de tener razón signifique la satisfacción de ganar al prójimo. Aunque el verdadero goce es que pierda el otro, el oponente, el adversario, el enemigo. Puede resultar extraña esa expresión de «tener razón» como deseo general. Sería mejor decir que unos están más acertados que otros, como se dice en otros idiomas. Pero en español se es más tajante. Uno, el ganador, tiene razón, como si fuera algo único o escaso, como si la razón no fuera más que una. Es una idea tradicional, poco acorde con los rudimentos de la Psicología.

El conflicto quiere decir etimológicamente «dos que chocan». El verbo original es *flígere* (= chocar), pero el *conflictum* añade el prefijo «con». Es una paradoja, pero ese prefijo implica relación, incluso unión. Ese mismo artificio se logra con otras palabras cercanas, como «competición», «combate» o «conflagración». La paradoja implícita es que los conflictos suponen una suerte de *reconocimiento* o de cooperación entre los contendientes.

De ahí se deduce también que los conflictos son inevitables en una sociedad, por pacífica o integrada que pueda mostrarse. Unos conflictos se gestionarán mejor que otros, pero, si se resuelven o se eliminan unos, aparecerán otros. Lo fundamental es que subyace el deseo de que su coste en daño físico o moral se reduzca a un mínimo. No es sólo por una suerte de virtud ética sino por el razonamiento egoísta de que, si se prolonga o se extrema el daño, también puede alcanzar al ganador.

Conviene dejar claro que el conflicto es una oposición entre dos actores, sean individuales o colectivos. Por tanto, se excluye el fenómeno concomitante de la *rebeldía* en sentido estricto, que también es general. La rebeldía es la actitud o la acción de una persona o un grupo que ofrece resistencia contra el orden establecido. La diferencia no está en el grado de tensión, pues tanto el conflicto como la rebeldía pueden desembocar en violencia, incluso extrema. Lo específico del conflicto es su carácter dual, recíproco. En la práctica, el paso de uno a otro concepto es muy sutil. No olvidemos que el Estado es la fuerza legítima organizada. Por tanto, los actos de rebeldía (no tanto las opiniones, al menos en una democracia) pueden conducir al conflicto. Lo contrario de la rebeldía es la integración, el conformismo, la aceptación del orden. Lo contrario del conflicto es la paz, la tranquilidad. Ni qué decir tiene que esos valores expresan gradaciones y, además, son subjetivas. Lo que para uno es paz, para otro puede ser opresión.

Los conflictos todos se pueden explicar con una plantilla común, precisamente porque son gradaciones. Estamos ante una cuestión de escala, como en los fractales. La escala más diminuta de los conflictos no es ya la de los que enfrentan a personas sino a unos elementos de la personalidad contra otros en un mismo individuo. Al intervenir la personalidad cuentan mucho los factores aleatorios que hacen difícil la explicación de los conflictos. Por ejemplo, hay personas que toleran fácilmente los conflictos en los que se ven involucrados y que se avienen a resolverlos. En cambio, otras personas se alteran mucho delante de cualquier confrontación. Hay profesiones enteras –militares, abogados y diplomáticos– que tramitan de forma rutinaria las tensiones que necesariamente produce la convivencia.

No debe extrañarnos que todos los conflictos se parezcan en la forma. La conducta humana está siempre pautada, no se puede permitir el lujo de ser errática. Algo así se detecta igualmente en las llamadas instituciones totales o *internados*, sean campamentos, colegios, cuarteles, con-

ventos o cárceles. (Obsérvese que todo empieza por «c»). El hecho de la convivencia continuada fuera del hogar de cada uno hace que los residentes de esas instituciones sigan unas pautas formalmente parecidas. Curiosamente, la necesidad de vivir de esa forma colectiva hace que los conflictos interpersonales se reduzcan al mínimo, aunque puedan aparecer otros. Por ejemplo, es muy típico el síndrome de la envidia de los conventos o el aire pendenciero de las cárceles.

Los conflictos interpersonales pueden ser de *intereses*, para defender posturas ideológicas, como expresión del odio o del resentimiento, por el placer de tener razón. Vistos así, los conflictos no son una excepción sino la norma estadística en una sociedad o en las biografías que la constituyen. Los conflictos se hacen propiamente sociales cuando los sujetos que chocan lo hacen en nombre de entidades colectivas, como etnias, grupos políticos o de interés, confesiones religiosas, clases sociales. Pero al final esos conflictos más amplios se traducen en enfrentamientos entre individuos. Cada uno de ellos trata de conseguir que el antagonista represente el grupo o la ideología hostil al bien común o al interés general. Es decir, en un conflicto no se trata sólo de vencer sino de convencer.

Los conflictos abiertos o violentos son los que llaman más la atención y los que seguramente hacen más daño. Suelen ser los que llenan de contenido los medios informativos. Pero la taxonomía de los conflictos debe incluir también los que no son noticia, los que no se perciben a primera vista, los taimados, incluso los que se disfrazan de su contrario. La expresión popular del «abrazo del oso» alude a una aparente relación afectiva que esconde un posible daño. Son muy frecuentes las contiendas en las que no hay daño aparente sino sólo merma de intereses en el perdedor.

En la cultura española la palabra *interés* suele tener generalmente un sentido despreciativo. Sucede como si la defensa del interés propio o colectivo, material o moral, tuviera que ser ilegítima. Recientemente, el novelista José Luis Sampedro ha hablado de «Europa como un casino de intereses». Quiere decir que los conflictos económicos en la Unión Europea están teñidos de egoísmo o rencor. Pero la oposición entre intereses encontrados puede ser plenamente legítima y constructiva. No otra cosa es la competencia entre las empresas o el beneficio de un particular cuando adquiere un bien que se revaloriza en el mercado. Por ese lado, «especuladores» somos todos.

Un «grupo de interés» en España no tiene por qué ser egoísta o ir exclusivamente a lo suyo. Pero el lenguaje nos traiciona; acumula muchas creencias culturales. Una persona «interesada» es tanto como decir egoísta, insolidaria, oportunista. Algo parecido ocurre con los conflictos interpersonales. La cultura española considera un desdoro «tener problemas», sean personales o familiares. Por tanto, la presión social obliga a ocultar esos problemas. Por ejemplo, no está bien visto someterse a un tratamiento psiquiátrico o incluso padecer un cáncer. En consecuencia, en ese caso la gestión del conflicto –que consiste en curarse– es ya un problema añadido. Cuántas veces no ocultarán o maquillarán los medios de comunicación la enfermedad o la causa de muerte de una persona famosa.

La resistencia social a ocultar que uno se encuentra con problemas, obstáculos o dificultades lleva a que menudee la palabra «complicación» y otras derivadas. Especialmente los políticos o dirigentes se referirán a una «situación complicada» como reconocimiento de que no saben salir del paso.

Una expresión curiosa es la de los «intereses creados», título de una famosa obra de Jacinto Benavente. Los intereses creados son los que se sospecha que son ilegítimos porque manifiestan desigualdad, preeminencia o privilegio. Seguramente se dice que son «creados» para remarcar que son difíciles de vencer o de erradicar.

Una sociedad organizada no es la que elimina todos los conflictos, porque eso es una utopía, en su peor sentido de algo que resulta ilusorio y vano. Una sociedad organizada se propone gestionar los conflictos para que produzcan el mínimo daño, la menor dosis de violencia. Un instrumento último para ese fin es el uso legítimo de la fuerza o la coacción, la que se ejerce a través de las Fuerzas Armadas, la Policía o equivalentes. Naturalmente, en la base está el sistema judicial. Tan útil es esa organización coactiva o represiva que, como queda dicho, se podría definir el *Estado* como la organización de la fuerza legítima en una sociedad. Bien es verdad que siempre habrá marginados, terroristas o «indignados» que no estén de acuerdo con esa definición; son los «antisistema» según la jerga actual. En la época de la Segunda República recibían la etiqueta de «vagos y maleantes». Entonces no había tanta «corrección política» como la que hoy impera, por lo general como una influencia más de la cultura norteamericana hegemónica.

El ideal de un Estado legítimo no es tanto destruir al oponente como disuadirlo para que no ejerza la violencia más allá de un límite tolerable. Como es natural, cuando esa disuasión no alcanza sus objetivos, se impone la estricta represión, que puede llegar desde las multas y la cárcel hasta la pena de muerte. El método más eficaz es el convencimiento moral para que las agresiones sean sólo en legítima defensa. También cabe la finura de sublimar las tensiones en otras formas de antagonismo simbólico, no violento. Ese proceso no es fácil. Incluso aunque se atenúe o desaparezca el conflicto expreso, suele quedar muchas veces un enfrentamiento latente, larvado, que en cualquier ocasión puede volver a manifestarse de forma más aguda. Una paz que pudo parecer tan ejemplar y definitiva como la de Versalles, en el año 1918, desató la feroz guerra mundial dos decenios después. Esa réplica se debió a la mala gestión de la paz, al reverdecer de los nacionalismos y a la superación de la crisis económica. En los últimos años los terroristas vascos han medio convencido a la sociedad de que sus «acciones» son parte de un «proceso de paz». Al menos en el pasado los bandoleros no eran tan cínicos. Lo de que robaban a los ricos para dárselo a los pobres fue una leyenda posterior, que no pasó de una broma.

La *guerra* es el método tradicional para gestionar un conflicto internacional extremo con el menor tiempo y el menor daño posible. Naturalmente, cabe una gradación en la forma de llevar la guerra. Se puede operar con la duración, el daño, el coste y la legitimidad moral que pueda tener para cada uno de los dos bandos. Nos encontramos en un momento muy extraño de la Historia en el que las guerras no se declaran y, lógicamente, tampoco se firman las paces. En la retórica de la izquierda se impone la letanía del «no a la guerra», especialmente cuando ese conflicto lo llevan a cabo las otras fuerzas políticas. Esa resistencia ideológica recuerda la utópica declaración constitucional del año 1931: «España renuncia a la guerra». Sólo un país ha sido consecuente con ese principio, Suiza, el país más raro de todos en términos políticos. En un país como España, participe en muchas guerras recientes (Yugoslavia, Irak, Afganistán y Libia), la contradicción pacifista se resuelve con eufemismos. En lugar de la guerra se habla de «misión de paz» o «humanitaria», de «intervención» o incluso de «cumplimiento de la resolución de Naciones Unidas».

Resulta llamativo que, en los siglos XIX y XX, prácticamente todas las guerras en las que han participado los españoles hayan sido civiles o coloniales, no internacionales. Extrañamente, España no intervino de

forma declarada en las dos guerras mundiales del siglo XX, a pesar de que muchos españoles se inclinaron anímicamente por uno u otro bando. Sólo en los últimos decenios España ha colaborado junto a Estados Unidos y otros aliados en «misiones» desplegadas en otros países. Esas intervenciones no siempre han sido bien recibidas por la opinión pública española, generalmente neutralista, aunque esa actitud oculte un prejuicio antinorteamericano o antijudío. Como suele ser el caso de los prejuicios, esos dos tan extendidos no tienen mucha justificación histórica. No puede ser que dure tanto tiempo el encono de la guerra de Cuba o de la Inquisición. Quizá la explicación esté en que ninguna sociedad y ninguna persona puedan llegar a sentirse totalmente libres de prejuicios. De ahí el carácter universal de los conflictos armados y los de tipo personal. En los prejuicios suele haber desinformación y envidia.

La resistencia retórica a la guerra proviene de un fenómeno más amplio, cual es la mala gestión de los conflictos interpersonales o sociales en la sociedad española actual. Esos conflictos se resuelven mal porque estamos ante una sociedad socialmente desigual, étnicamente heterogénea y lingüísticamente diversa. Por otro lado, España presenta una baja incidencia de ciertos conflictos interpersonales extremos; divorcio, homicidio, suicidio. No obstante, persisten muchas tensiones de manera latente. Tanto es así que muchas veces se diluye el cálculo del posible daño o riesgo. Por ejemplo, los seguros privados se mantienen en España porque, en la práctica, no pocos son declarados obligatorios. La paradoja está en que la inevitabilidad de tantos conflictos armados lleva a que algunas personas se afilien con entusiasmo a las tesis pacifistas. El *pacifismo* no es más que el deseo de paz cueste lo que cueste. Es decir, se trata de una suerte de fanatismo o fundamentalismo al revés.

Una extraña forma de pacifismo generalizado es la devaluación de la palabra «guerra» en el lenguaje coloquial. Por ejemplo, «dar guerra» se refiere muchas veces a las travesuras infantiles o incluso, de forma irónica y ponderativa, al simple hecho de vivir o de sobrevivir. En ese último caso se supone que quien da guerra es el que puede molestar a otra persona. Con la misma familiaridad, se dice que la «guerra de uno» es la que agrupa a los afines, los de su bando. Más imaginativa es todavía la expresión de «pedir guerra» para indicar que una mujer se desenvuelve de manera provocativa.

En el lenguaje público (el de los políticos o los medios) se cultivan numerosos eufemismos para tapar los conflictos. Por ejemplo, el uxoricidio se

denomina «violencia de género»; los terroristas aparecen como «violentos», «radicales» o incluso «patriotas» (abertzales) o partidarios del «proceso de paz». Ya es imaginación. No es una mera cuestión semántica. España es uno de los pocos países occidentales en los que los terroristas han podido formar un partido político legal. Interpretar la guerra civil desde el sufrimiento del bando republicano ha motivado que, del medio centenar de películas que se han hecho sobre la guerra civil en la etapa democrática, prácticamente en todas ellas se narra su heroísmo o su sufrimiento. Era un bando que podía vibrar ante el extraño grito de «¡Viva Rusia!». Entonces Rusia era la Unión Soviética de Stalin.

Por mucho que se hable de «guerra total», lo normal es hoy que los bandos en lucha no recurran a todas las armas posibles. Bien es verdad que los terroristas pueden acercarse a ese carácter definitivo mediante el recurso a los terroristas suicidas, pero es algo que se reduce sólo a las bandas islamistas. Ningún grupo terrorista ha recurrido a las armas nucleares, lo cual es una notable y esperanzadora autolimitación. El efecto letal del terrorismo se consigue cuando atenta indiscriminadamente contra la población civil, aunque sea de modo selectivo y simbólico.

El lenguaje público de rechazo del *terrorismo* está lleno de curiosos juegos de palabra. Por ejemplo, es sólito que se declare enfáticamente que se «rechaza la violencia (terrorista) con contundencia». Pero el verbo «contundir» es tanto como «machacar, aplastar», esto es, ejercer la violencia. Actualmente, es una moda léxica el recurso a la «contundencia» o sus derivados para indicar que la actitud correspondiente es deseable o encomiable. Es una palabra que menudea en los discursos o declaraciones de los hombres públicos. Lo «contundente» casi siempre se emite con un sentido ponderativo, sobre todo cuando se refiere a la conducta propia o a la de los partidarios.

El terrorismo es de dos clases. Históricamente está el que se asocia con movimientos separatistas o irredentistas. El ejemplo más caracterizado en España ha sido el de los terroristas vascos (ETA). Luego está un difuso conglomerado de lo que podríamos llamar *terrorismo internacional* porque sucede en otros países o porque tiene ramificaciones en varios de ellos. Suelen ser episodios tan espectaculares como el de los atentados de las Torres Gemelas en Nueva York o las matanzas de Londres, Madrid, Oslo y otras ciudades. Se podría pensar que estamos ante una extraña manifestación de la tercera guerra mundial. Sin embargo, esos episodios, aparatosos y crueles como son, carecen de conexiones sufi-

cientes. Otra vez estamos ante fenómenos caóticos, si bien alcanzan a más países de los que participaron en las anteriores guerras mundiales. Téngase en cuenta que las guerras actuales ya no se declaran, por lo que a veces resulta difícil establecer la divisoria entre las acciones bélicas y las terroristas.

Una de las consecuencias nefastas de la guerra civil fue la de politizar los *símbolos nacionales*. La razón fue que la Segunda República –a diferencia de la primera en el año 1873– alteró la bandera de España, trocando una franja roja por un extraño color morado sin ninguna tradición heráldica. Ese cambio provocó que el símbolo de la bandera secular se asociara falsamente al bando franquista o nacional. El resultado en la España actual es que la bandera nacional no se acepta mucho socialmente, fuera de los centros oficiales y de algunas competiciones deportivas internacionales. En los sectores progresistas de la opinión pública la bandera de España se identifica con la derecha. En la parla de muchos hombres públicos la palabra «España» se sustituye por «este país» o «Estado». De la misma forma, los «españoles» se citan muchas veces como «ciudadanos». Todas esas sustituciones perpetúan un conflicto ideológico de difícil resolución.

Se puede citar una anécdota reciente para indicar el extremo de ideologización al que se ha llegado con el símbolo de la bandera nacional. Los periódicos españoles del 6 de junio de 2011 resaltaban como noticia de primera página el triunfo de Rafa Nadal en el torneo «Roland Garros», por sexta vez. La hazaña deportiva se presentaba gráficamente de distinta manera según las cabeceras. No obstante, en algunos periódicos significados ideológicamente la foto del tenista aparecía sin la bandera española. Nadal normalmente se envuelve con ella para celebrar ese tipo de victorias. En el resto de los periódicos madrileños, la foto de Nadal correspondía a esa esperada postura de envolverse en la bandera española. La manipulación de algunos medios resulta grosera pero efectiva. Aunque pueda parecer increíble, en algunos Ayuntamientos de Cataluña o del País Vasco no ondea la enseña nacional.

La Historia tan belicosa de los españoles de todos los tiempos permite una notable excepción. Es lo que se llama *transición política* hacia la democracia a partir de la muerte de Franco en el año 1975, es decir, hace poco más del lapso de una generación. Lo excepcional fue que se pasara de un régimen autoritario a otro democrático sin conflictos demasiado violentos, por lo menos, en contraste con una larga tradición de guerras

civiles. Tampoco se logró mediante el expediente de una ocupación extranjera, como sucedió, por ejemplo, en Alemania o Japón. A pesar de las imperfecciones que pueda tener la actual democracia española, se puede decir que su instalación ha sido un éxito.

Por lo menos se puede afirmar que ha sido un ejemplo de buena gestión de los conflictos. Simplemente, se optó por la transición pacífica en lugar de la ruptura violenta. El secreto está quizá en que la transición se empezó a gestar en los últimos lustros del franquismo. En ese momento el régimen permitió, por lo menos de hecho, una especie de *pluralismo consentido* o «limitado», según la conocida aseveración de Juan J. Linz. Esa circunstancia acostumbra a las fuerzas políticas a colaborar entre ellas, a transar. Por eso el acuerdo de la Constitución de 1978 fue un compendio de cesiones; esos costes se han pagado en aras del mítico *consenso*.

Hay un tipo de conflicto que linda con lo azaroso o incluso caótico y que, por tanto, tiene poca explicación. En ese tipo se incluyen las algaradas, revueltas o disturbios, los estallidos de violencia racista. Estamos cerca de la guerrilla o del terrorismo, es decir, el conflicto entre un grupo más o menos clandestino y el Estado legítimo. Con independencia de las razones de fondo –pobreza, desigualdad, discriminación, etc.–, la violencia callejera suele tener un elemento de espontaneidad que la hace impredecible. Pocos ejemplos hay tan claros en los que se demuestre la influencia de la imitación, el contagio. La «psicología de la multitud» trata de entender ese fenómeno. Esa explicación no excluye la hipótesis conspirativa de que alguien alienta u organiza esos movimientos que parecen espontáneos.

Las formas de violencia callejera, cuando son recurrentes, entran en contradicción con el «monopolio de la fuerza» que corresponde al Estado. En la España democrática actual hay una curiosa excepción del ejercicio de ese «monopolio de la fuerza». Es el que corresponde a las «movilizaciones» de los sindicatos. El último acontecimiento es que en el año 2011 han surgido grupos de violencia callejera ilegal –los sedicentes «indignados»– que han empezado a ampliar la excepción de los sindicatos. Su ocupación de los espacios públicos ha sido tolerada muchas veces. La posición «antisistema» de esos grupos levantiscos hace muy difícil su represión. Es posible que esa inesperada «competencia» con los «antisistema» estimule a nuevas movilizaciones por parte de los sindicatos.

La práctica empresarial y la política han idealizado la noción de *consenso*, que funciona muchas veces como un expediente para ocultar los conflictos y postergar su resolución. En aras del taumatúrgico consenso se llega a forzar la cesión de los intereses propios o incluso de los valores más estimados. Todo ello contribuye a una cierta desmoralización de la vida colectiva. El consenso puede llegar a ser la caricatura de la necesaria aproximación de los contendientes respecto a algunos valores fundamentales.

Aunque pueda parecer extraño, es real la paradoja de que los dos principales oponentes en un conflicto o una competición mantienen muchos puntos en común y, en definitiva, se aprecian. Esto se ve muy bien en las competiciones deportivas, en los concursos de todo tipo. En esos casos los contrincantes participan de las mismas reglas de juego y acaban siendo copartícipes de un mismo ambiente. De ahí se desprende la función integradora que puede tener el deporte, a pesar de la radical oposición que pudiera representar. Pues bien, en las costumbres españolas ese resultado no siempre es tan claro. Antes bien, muchas personas que entran en conflicto (político, profesional, etc.) no sólo no llegan a esa «comunidad de adversarios» sino que se enquistan en resentimientos eternos. En el peor de los casos los adversarios se convierten en rivales, en enemigos. Claro que esa definición resulta incómoda. De ahí que, en muchas discusiones agrias de tipo ideológico, los contendientes disimulen su enemistad. Se puede dar el caso de que esos rivales hagan manifestaciones de reconocimiento o de amistad con los que expresan las opiniones contrarias. Lo que pudiera parecer cortesía puede llegar en ocasiones al ridículo.

Idealmente, cabría explorar la *causa de los conflictos*, pero esa es cuestión un tanto escolástica, en el peor sentido. No hace falta acudir a la malignidad de algunas personas o grupos para averiguar la causa de los enfrentamientos que plantean. Es cierto que hay factores de personalidad –los que señalan los pecados capitales– que propician los conflictos. Pero esa es una reducción poco clara. Los conflictos provienen de causas múltiples, objetivas, o por lo menos externas a las partes beligerantes. Lo fundamental es entender que los dos contendientes chocan porque perciben la realidad social de un modo distinto, incluso excluyente. La realidad social cambia constantemente. Es imposible que todas las personas perciban esas alteraciones del mismo modo. No es tanto un problema de inteligencia o perspicacia como de intereses. Cada uno ve en la realidad social lo que le interesa ver. De ahí que surjan inmediata-

mente opiniones encontradas e incluso con un juicio moral respecto del oponente. Ese es el embrión del conflicto.

Muchos conflictos interpersonales o sociales se interpretan en España con el esquema de los *juegos de suma cero*. Es decir, si uno gana, otro pierde. Es el típico esquema de muchos juegos y deportes de competición. Precisamente, el esquema de ganador-perdedor es lo que da emoción al juego. Lo malo es que la traslación de ese esquema a la sociedad toda puede resultar peligrosa por lo irreal o desproporcionada. Por lo general, las relaciones interpersonales o sociales no son de suma cero sino de suma positiva (= todos o varios ganan) o de suma negativa (= todos o varios pierden). Es decir, se descoyunta la realidad social si se quiere forzar a que se generalicen las reglas de suma cero. Por ejemplo, la idea de «reparto» de tierras o de otras propiedades implica que los bienes materiales son una cantidad fija.

Por eso, si uno gana una parte, es la que pierde otro. La noción del «reparto» subsiste actualmente en la creencia de que la jubilación forzosa a cierta edad equivale a nuevas oportunidades para los jóvenes. Es una creencia infundada. Como lo es la ocurrencia de los «okupas» al demandar el derecho a aposentarse en las casas vacías o en el espacio público. Es el reciente caso de los «acampados» en la Puerta del Sol de Madrid o la consiguiente réplica en otras ciudades. Algunas iniciativas políticas, como el «impuesto a los ricos», parten de ese mismo esquema, rematadamente simple.

Al proyectar la noción de suma cero sobre otros aspectos de la sociedad, se llega a graves injusticias y se enquistaba una concepción retardataria del desarrollo social y humano. Por lo menos, esa acción supone acentuar la conflictividad social. Es evidente que la operación del reparto no puede concluir nunca. Siempre habrá alguien que tenga más que otro de un bien económico, esto es, escaso. En el fondo, la doctrina del reparto no es la culminación de la igualdad sino la apoteosis del *resentimiento*. El resentido no piensa tanto en ganar como en hacer perder al otro. Ese mismo planteamiento se reproduce en el método de las oposiciones a cátedra. El cual inhibe después la necesaria colaboración científica. Una vez más, volvemos al peligroso juego de suma cero. El peligro está en llevarlo más allá de su función lúdica.

Quizá se pueda decir de todas las sociedades modernas que son conflictivas, pero esa calificación se aplica a la española con toda propiedad.

No me refiero tanto a las guerras civiles o intestinas sino a la especial dificultad de los españoles para tramitar los conflictos en la convivencia diaria. En cada momento histórico la causa decisiva puede ser una distinta: la pobreza general, la desigualdad, la heterogeneidad étnica, etc. En la sociedad actual cuenta más un rasgo del carácter que es la envidia, esto es, el deseo que sienten muchas personas por situarse en el lugar donde están otras. Ese deseo se podría entender como una loable emulación si no fuera por el falso igualitarismo que se ha instalado como creencia general. Es el principio por el que se considera que la justicia ideal es algo así como «dar a todos lo mismo» en lugar del principio clásico de «dar a cada uno lo suyo».

Ambas creencias pueden ser utópicas, pero la igualitarista resulta conflictiva por naturaleza. Es conocido el hecho de que el incumplimiento de las aspiraciones genera frustración y, lógicamente, violencia, por lo menos verbal. Es fácil comprobar que, en muchos debates ideológicos, las opiniones que se cruzan se truecan en descalificaciones e insultos. Cuando faltan razones para discutir, el insulto viene bien para hacer ver que el contrincante es inferior. Ya en el habla cotidiana la voz «discutir» equivale muchas veces a insultar, rebajar la posición del contrario a través de la palabra.

Uno de los rasgos característicos de la sociedad española (quizá por heterogénea o desigual) es la peculiar manifestación de la *envidia*. Podemos quedarnos con la estupenda definición que da el *Diccionario* de María Moliner de la envidia:

«Padecimiento de una persona porque otra tiene o consigue cosas que ella no tiene o no puede conseguir.»

Se trata, pues, de una relación de resentimiento entre dos personas, que, frecuentemente conduce al conflicto. La envidia es una extraña pasión humana que, a primera vista, no genera ningún placer, como es el caso de los otros pecados capitales. Pero hay un placer oculto en el que «da envidia» (el arquetipo de Abel) frente al envidioso que rumia la venganza (el arquetipo de Caín). Es decir, la envidia es la antesala de un conflicto entre dos personas que, además, suelen estar muy próximas. Por lo menos, está claro que entre ellas no hay indiferencia. Para Unamuno la envidia es «una forma de parentesco». El envidioso mira con resentimiento al envidiado porque desearía estar en su lugar, ser como él. Se trata de una admiración patológica. Naturalmente, ese deseo de ser otro es imposible de satisfacer de manera completa, por lo que la envidia resulta difícil de

superar. No es casual que el mito de Caín y Abel acabara con la violencia extrema que significa el fratricidio. Pero, añade el *Génesis* que, después de ese suceso, Caín «huyó y fundó las ciudades», nada menos.

Es un magnífico símbolo de que la envidia se encuentra en el origen mismo de la civilización, de las hazañas creadoras y solidarias. En efecto, las personas particularmente envidiosas suelen ser muy creativas, o por lo menos hiperactivas. Pero preciso es reconocer que, en la visión popular del mundo, Caín ha pasado a tener mala prensa. Un individuo perverso es «más malo que Caín». Una situación angustiosa equivale a «pasar las de Caín», no las del pobre Abel. Es decir, el pueblo reconoce que Caín no resolvió el conflicto con el recurso a la violencia extrema y a la extraña iniciativa de levantar ciudades.

Los conflictos interpersonales admiten muchos grados de oposición o enfrentamiento. El máximo se da cuando surge el *odio*, que significa –por lo menos en el deseo– aniquilar al antagonista. La expresión material del odio es la violencia. Ahora, por influencia del idioma inglés, se puede decir que se odian muchas cosas. Sin embargo, en buen castellano sólo se odia a las personas. El extremo podría ser el suicidio, que es el odio a uno mismo. En la especie humana (y excepcionalmente en el toro de lidia) se da la particularidad de la violencia, no sólo para sobrevivir, sino para hacer daño. Por eso la violencia específicamente humana requiere la preparación y la justificación del odio y, allá en el fondo, otra vez la envidia.

No es gran consuelo pensar que esas pasiones nos distinguen de los otros animales. Más descorazonador es el hecho de que, en nuestro tiempo, la violencia extrema más inquietante es la que se da dentro del círculo familiar en su más amplio sentido. El caso más publicitado es el de la «violencia de género», aunque coexiste con otras formas de, igualmente arteras, de crueldad dentro del grupo doméstico. Encima, los medios de comunicación hacen que parezcan normales, por repetidos, los casos de violencia extrema, las crueldades de todo tipo.

La deficiente resolución de los conflictos interpersonales puede llevar a la crueldad refinada de echar la culpa a la víctima. Es algo que se practica tan a menudo en España que ni siquiera llama la atención. Simplemente, se entiende que la víctima ha provocado antes al agresor.

En los conflictos interpersonales el objetivo de los contendientes no es tanto derrotar al otro como hacerle llegar al convencimiento de que no

tiene razón. Naturalmente, ese objetivo intelectual o moral puede alargarse *sine die* la fase de pacificación. Es difícil que los dos bandos puedan «salirse con la suya», con su razón respectiva, cuando la de cada uno se opone a la del otro. El que cede parece que se resigna a ser la víctima del conflicto.

Por cierto, otra deformación del lenguaje corriente es que la palabra «víctima» acaba siendo la persona que fallece en una circunstancia de violencia extrema. Se olvida la significación canónica de que víctimas son todas las personas (o incluso animales) que reciben algún daño de modo extraordinario, imprevisto o no deseado. Menos mal que las asociaciones de «víctimas del terrorismo» nos han acostumbrado a reunir a las personas que son las supervivientes de anteriores atentados. Ese núcleo principal admite con justicia a las personas que se consideran afines a las realmente dañadas. Últimamente, en el País Vasco se retuerce el lenguaje para convertir a los terroristas en víctimas de la represión policial. No debe extrañar cuando los conmitones de los terroristas pueden llegar a ostentar cargos públicos.

Los conflictos se resuelven mal cuando no se reconocen por no presentarse como legítimos o porque la posición de los contendientes resulta poco airosa. Es el caso, por ejemplo, de los conflictos dentro del círculo doméstico, sean por celos o por cuestiones de herencia. Esos conflictos, por larvados, suelen manifestarse con un encono insufrible. Para ocultarlos se recurre a todo tipo de símbolos o ceremonias de reconciliación. Es el caso de las reuniones o ritos familiares: bodas, bautizos, primeras comuniones, funerales, etc.

Los conflictos suelen estar llenos de elementos simbólicos. Es evidente la necesidad de banderas, estandartes o eslóganes en las guerras. De forma plenamente simbólica, muchas fiestas y celebraciones populares se presentan como enfrentamientos llenos de colorido. Es el ejemplo supremo de la lidia, pero también de las fiestas de «moros y cristianos», la «tomatina», la «tamborrada», etc. Los partidos de fútbol ganan mucho en colorido e interés si los aficionados más fanáticos de cada equipo se enfrentan a los contrarios verbalmente o a veces con violencia física. Los clubes de fútbol suelen fomentar esa confrontación.

Hay muchas expresiones de la sabiduría popular que reflejan la deficiente comprensión de los conflictos. Por ejemplo, «dos no riñen si uno no quiere». En el caso extremo del terrorismo es evidente que ese principio

no se cumple, a no ser que el que no quiera reñir es porque se rinde. También dice el pueblo que «quien bien te quiere te hará llorar». Es cierto que los conflictos se suelen plantear entre personas cercanas, pero ese refrán es una triste asunción de la inevitabilidad del posible daño.

Por mucho que se purifiquen y ensalcen los conflictos, es evidente que no puede ser bueno el cúmulo de daños que producen. Por tanto, está implícito el deseo general de su resolución, por lo menos de atenuar su perjuicio. Son muy distintas las formas que adquiere el *arte de resolver los conflictos*. Anoto las siguientes:

1. Reducir el conflicto a un modelo de *suma cero* en el que, si uno gana, el otro pierde. La ganancia será mayor cuanto más clara sea la pérdida para el oponente. La perfección de esta salida está en convencer al perdedor de que tiene la *culpa*, es decir, se merece el resultado. Se trata de una resolución muy eficiente del conflicto, pero tropieza con la dificultad de que en la sociedad española no se cultiva mucho la virtud de asumir las culpas. Es el extremo de lo que se llama «saber perder». Hay que ver, por ejemplo, lo arduo que fue para los rojos o republicanos reconocer que perdieron la última guerra civil en España.

En el idioma español no se prodiga mucho una expresión inglesa muy común: *it is my fault* (= la culpa es mía, yo soy el responsable). En todo caso, las culpas se echan fácilmente a alguien o a algo, pero difícilmente se reconocen por uno mismo. El expediente más fácil es buscar un chivo expiatorio que no se rebele cuando las culpas se depositan sobre él. En la cultura española el sentimiento de la culpa propia no es algo que se admire. «Darse golpes de pecho», en actitud de pedir perdón, se considera como una demostración de hipocresía. Curiosamente, la culpa se transforma muchas veces en *culpabilidad*, que es un término de la retórica jurídica, algo que declaran los jueces. Pero en la lógica jurídica sólo se puede probar la no culpabilidad, nunca la inocencia. En la cultura española el derrotado lo es doblemente porque la opinión dominante es que merecía perder. En definitiva, se queda como el famoso «gallo de Morón», sin plumas y cacareando. Es una demostración del clima de crueldad que suele darse en los usos españoles.

2. El ideal para resolver muchos conflictos es llegar a la idea de *compromiso*, es decir, la superación de las tensiones a través de la oportuna negociación con concesiones mutuas. En ese caso las dos partes pueden ceder un poco porque presumen que, de no hacerlo, ambas

saldrían perdiendo. Algunas fórmulas típicas son la custodia compartida en los casos de divorcio con hijos o los arbitrajes en los conflictos laborales o internacionales. El divorcio mismo o la huelga regulada son vías de regular el conflicto para evitar males mayores. Como queda expuesto, no es una fórmula fácil de ejecutar, sobre todo si los dos bandos en conflicto realmente se odian. Una sociedad compleja exige un número creciente de personas dedicadas a la mediación, el arbitraje. Ahora se estilan los «protocolos familiares» para prevenir o suavizar los posibles conflictos personales o de intereses en las empresas pequeñas.

Una caricatura del compromiso es el abuso del «diálogo» o la «negociación», precisamente para aparentar que no se sabe cómo resolver un conflicto. Por ejemplo, esas palabras suavizantes se utilizan mucho en la llamada «lucha contra el terrorismo». Realmente quieren decir que los terroristas no son tales y que no van a ser vencidos. Estamos ante una ilustración del «problema insoluble», algo que se plantea en las Matemáticas y que también surge en la sociedad. Resulta ingenuo pensar que todos los problemas se pueden resolver. A veces, el compromiso significa oscurecer la realidad de un conflicto difícil de resolver.

El modo más fehaciente de alcanzar un compromiso es que las dos partes en litigio consideren que es mejor no romper las hostilidades o no reabrir las. Naturalmente, esa decisión es difícil cuando todo está preparado para que se entable o continúe el combate. Digamos que hay algo objetivo o externo que supera la voluntad de los contendientes. Muchos litigios o peleas se desatan a pesar de que nadie quería romper las hostilidades.

3. Cuando se impone el extremo del odio, no queda más remedio que uno de los dos bandos consiga la *rendición* del contrario, muchas veces a través de la violencia. Es el modelo de muchas guerras, pero no se aviene bien con los conflictos interpersonales. Lo del «ojo por ojo» queda muy lejos en el tiempo. El extremo de esa permanente actitud belicosa sería la eliminación o aplastamiento del contrario, por lo menos su humillación. Paradójicamente, se da mucho en los conflictos entre personas próximas, donde intervienen los intereses y los celos. No hay forma más cruel de odio o de venganza que el que revelan dos personas que en su día se unieron por el afecto, cuando éste queda roto sin saber muy bien por qué. La actitud de concluir un conflicto

con la rendición (y no digamos si es «incondicional») puede llevar a la victoria pírrica, es decir, a triunfar con un coste desproporcionado.

4. La forma contraria a la anterior es hacer ver que el conflicto hay que disimularlo y aguantar o disimular. Es el *apaciguamiento* en los conflictos internacionales. En los casos de disensiones de pareja, cuando no se recurre al divorcio, el apaciguamiento se traduce en la decisión de aguantar, sobrellevar, transigir. Es una solución tradicional que puede funcionar en contextos autoritarios o en momentos de crisis. Es el caso del descenso de la tasa de divorcios cuando golpea una situación de crisis económica. Se trata de una forma taimada de resolver los conflictos... retrasándolos.
5. La forma más radical de resolver un conflicto es simplemente negar que exista. Es lo que se llama la *táctica del avestruz*, esconder la cabeza bajo el ala. En algunos regímenes autoritarios no se permiten las huelgas o los divorcios. Como es natural, esa negación no sólo retrasa la resolución de los conflictos sino que a la larga los agrava.

Cada una de las cinco vías expuestas resulta más o menos eficiente y supone diferentes costes. Lo que no se puede aceptar es que haya conflictos sin víctimas. Por eso mismo no hay relaciones sociales duraderas sin eventuales conflictos, como no hay éxito sin sufrimiento, salud sin enfermedad, felicidad sin dolor.

Caben muchas dudas de que, resuelto el conflicto, los contendientes queden igualmente satisfechos. En las guerras puede darse el caso de que un armisticio, un cese de hostilidades que prepara las conversaciones de paz. Resulta llamativo que en el idioma español tengamos una locución como «hacer las paces» para la resolución de un conflicto interpersonal. Ese plural recuerda el carácter festivo que tienen otras palabras cuando así se expresan. Por ejemplo, carnavales, navidades, vacaciones, sanfermines, etc. Puede que esa sutileza del plural trate de indicar que la paz es distinta para cada una de las dos partes contendientes y que, en todo caso, sea como una celebración, algo festivo.

También puede suceder que un conflicto –aun reconociéndolo para intentar superarlo– no tenga solución, sea un callejón sin salida, una trampa mortal. Esas imágenes del lenguaje popular puede que sean hiperbólicas, pero el hecho es que muchos conflictos se quedan sin resolver. El ejemplo típico es el conflicto que se deriva del odio entre dos personas o grupos. En ese caso los actores pueden sentir cierta vergüenza de su

pasión, y la ocultan. Sin embargo, el conflicto resulta inevitable cuando el contendiente representa lo que uno más detesta o desprecia. Claro que, por otro lado, hay que convivir. Lo normal es que, por tanto, se conviva en medio de conflictos soterrados, nunca resueltos del todo.

Es un misterio por qué quedan tantos conflictos por resolver cuando las dos partes desean un arreglo. Una razón es el prurito universal de aspirar a que el adversario sea derrotado, por encima, incluso, de la satisfacción del triunfo propio. Otra explicación es todavía más sutil. Muchos conflictos se plantean mal: los contendientes discuten sobre alguna nimiedad, no sobre lo que realmente contribuye a distanciarlos. A su vez, habría que interpretar por qué se producen esos desvíos de los motivos o de las intenciones. Ahí es donde el analista se pierde. La única explicación es circular: los humanos experimentan alguna rara satisfacción en enfrentarse con el prójimo. Es como si fuera una marca de la inteligencia o la personalidad. La irracionalidad suma es la de aspirar a tener razón a toda costa, tener razón ante el tribunal de la conciencia de cada uno. Es evidente que ese tribunal no destaca por su imparcialidad; es que ni se lo propone.

Por muy bien que se gestionen los conflictos, muchos de ellos son inherentes al proceso de cambio social sin más. Digamos que los conflictos vienen a ser una especie de impuesto que debe pagar una sociedad que se desarrolla a buen ritmo. Esa es la razón por la que, en los últimos tiempos, se han recrudecido algunos conflictos o problemas sociales en España. Por ejemplo, la generalización de las máquinas de todo tipo ha traído un mayor número de accidentes en valores absolutos. O también, la expansión urbana y la generalización de ciertas actividades de recreo y turismo han llevado a la congestión y al deterioro del medio. Esa misma urbanización desmedida, más la inmigración masiva de extranjeros, han generado fenómenos de marginalidad, indigencia y violencia doméstica. La ampliación del estrato de los jóvenes que «ni estudian ni trabajan» precipita el auge de los grupos «antisistema». Puede que esas minorías no sean violentas de manera extrema, pero al menos acampan en los espacios públicos y desorganizan la vida ciudadana. Sus algaradas persistirán porque los que protestan piden lo imposible.

En el pasado, las *huelgas*, más o menos violentas, eran la manifestación última de los conflictos sociales o de clase. Hoy se plantean de una forma menos violenta pero más difícil de resolver. Normalmente, los huelguistas no son trabajadores que se enfrentan a los empresarios. Ahora son

militantes y simpatizantes de los sindicatos que se enfrentan al Estado para conseguir más ventajas, subvenciones o privilegios. Esos nuevos conflictos sociales se parecen a actos de presión política y de movilización masiva que se difunden por los medios de comunicación. En la misma línea están las manifestaciones ecologistas o de los «antisistema».

Casi todas las formas de mala gestión de los conflictos suponen su transformación en *conflictos larvados*, esto es, estancos, ocultos, dispuestos a surgir en cualquier momento con inusitada violencia. Ese ocultamiento se debe a una creencia cultural muy española, la de que los conflictos domésticos no conviene airearlos. Aunque pueda parecer extraño, en el fondo de muchos de ellos hay algún asunto económico. Razón de más para no hacerlo explícito. En la tradición española los cristianos viejos no debían hablar de dinero. Eso quedaba para los grupos marginados, moros o judíos. Aunque pueda parecer extraño, esa norma cultural sigue vigente. Hay veces en las que, para resolver algún asunto comercial o dinerario, los españoles necesitan reunirse a comer para enfrentarse a esa embarazosa situación.

Es fundamental entender esa forma de conflicto no resuelto, que permanece latente o larvado a la espera de una mejor ocasión para plantearlo. La buena crianza o el general aprecio por la paz hacen que se disimulen al máximo los posibles choques de intereses o de ideologías.

Una posible salida para la resolución de los choques de intereses o de ideologías es la de sublimarlos con expresiones simbólicas. Este es el sentido que tuvieron los *torneos* medievales o los lances de retar a *duelo* en el siglo XIX. En esos casos peleaban los contendientes en una especie de rito más parecido a un deporte, lo que quizá evitaba peleas más generales y sangrientas. Curiosamente, los últimos españoles que se enfrentaron en un duelo fueron periodistas a principios del siglo XX. El conflicto, perfectamente ordenado, solía ser sólo «a primera sangre».

Después de la cual los contendientes se reconciliaban caballerosamente. En nuestro tiempo, un recurso generalizado y simbólico es el de enfrentarse mediante ataques verbales, es decir, insultos. Por eso se dice que «va a haber más que palabras» cuando se abandona esa instancia simbólica y se pasa a la violencia física. Aunque pueda parecer extraño, el insulto puede cumplir la función de inhibir la agresión física. En la televisión hay espectáculos muy populares en los que los contertulios se insultan a placer para regocijo de la nutrida audiencia. Puede que esté todo pactado, como en la lucha libre.

El *deporte competitivo* es un juego de suma cero y, por tanto, esencialmente conflictivo, sólo que con unas reglas de juego muy precisas. En casos extremos, los aficionados, a través de la identificación con los respectivos clubes, pueden llegar a la violencia verbal o física. Pero, normalmente, la adscripción a un club deportivo –singularmente el fútbol– puede servir para canalizar los conflictos interpersonales o sociales por una vía simbólica, esto es, incruenta. En la práctica, las exaltadas discusiones sobre el fútbol sirven para no chocar sobre otros aspectos de la vida. Casi se llega al punto de que la conversación sobre el fútbol sirve como elemento de cortesía o de pacificación. Es el equivalente del intercambio de observaciones sobre el tiempo atmosférico, por eso mismo, lleno de refranes y dichos comunes. La expresión máxima de esa función léxica está en el lugar común de «fútbol es fútbol».

Habría espacio para plantearnos la función social del *insulto*. Un hecho tan generalizado debe de servir para algo. Es evidente que la lengua castellana acumula una riquísima variedad de insultos. Como queda dicho, el que insulta suele desplazar el momento de una agresión física. Diríase que esa deseada agresión se disuelve en palabras que intentan degradar al adversario. Pero por otro lado, los insultos reiterados o con mala voluntad pueden llegar a anticipar el resultado de la violencia física. Nótese que, por muy amplio que sea el diccionario de los insultos, lo fundamental es que, si una persona se siente dolida por un comentario, ese es ya un insulto. Suele ser el comienzo de un conflicto real, incluso violento. En ese caso cualquier palabra ulterior puede ser una amenaza o un arma arrojadiza, esto es, un argumento que echa más leña al fuego. Los insultos suelen ser poco originales, están perfectamente pautados. Se echa mano de las comparaciones con lo desagradable, lo escatológico, lo delictivo, los defectos físicos o mentales.

Una función psicológica del insulto es la de liberar tensiones al que lo profiere. Digamos que el ofensor se queda tranquilo con el agravio verbal. Pero ese resultado terapéutico no suele apagar el fuego, sino que a veces lo aviva. La razón es que el insultado puede responder y entre los dos se establece entonces una corriente mutua de odio o de desprecio. Es decir, estamos ante un nuevo episodio de confrontación. El insulto lo es verdaderamente si el ofendido lo recuerda. Hay una ceremonia de pacificación, que es «retirar el insulto», esto es, una invitación a borrarlo de la memoria. Todo eso parece un juego infantil. Es un hecho que los niños aprender en seguida a insultar, por mucho que los adultos les digan que «eso no se dice».

El insulto suele tomar la forma de una comparación, que el injuriado interpreta como algo molesto. Nada como comparar al insultado con ciertos animales, los excrementos, la enfermedad o el ridículo de la conducta sexual, la suya y no digamos la de su madre. No se entiende muy bien por qué puede irritar tanto la comparación verbal de un insulto. Bastaría con tomarlo a broma para quitarle poder destructivo, y eso es lo que se hace muchas veces. Si el insulto resulta muy repetido, estereotipado, puede llegar a ser inane o hasta gracioso. En ocasiones el insulto puede volverse contra quien lo emite. Lejos de resolver un conflicto, muchas veces el intercambio de insultos tiende a crear un nuevo choque entre dos oponentes.

Una vez más, hay que llegar a una definición realista del insulto, más allá de la que proporcionan los diccionarios. El verdadero impropio exige una cierta reciprocidad o respuesta. No basta con provocar o irritar al otro con palabras, gestos o acciones molestas. El insulto lo es verdaderamente cuando el otro se da por ofendido y manifiesta alguna intención de respuesta.

Hay una táctica contraria al insulto pero igualmente verbal. Es la de concentrarse en una discusión mínima, intrascendente o simbólica para evitar referirse al asunto que resultaría verdaderamente doliente. Digamos que la contienda real se transfiere a un detalle minúsculo, sobre el que se deposita toda la tensión. Es lo que se podría llamar *maniobra de diversión* y, en ocasiones, *hipocresía social*. No suelen ser recursos tan malos como parecen.

Una táctica que da buen resultado es conseguir que los contendientes se convenzan de que su violencia verbal o física es en *legítima defensa*. Naturalmente, el conflicto se agudiza cuando ambos bandos participan de esa misma creencia o suposición. En las interminables guerras de las Cruzadas o de la Reconquista los dos bandos consideraban que la guerra de cada lado podía ser elevada al rango de «guerra santa», esto es, estaba bendecida por Dios o Alá. Todavía en la Segunda Guerra Mundial, los soldados nazis llevaban esta inscripción en la hebilla del cinturón: «Dios con nosotros». Franco intentó presentar su alzamiento militar como una verdadera «Cruzada de Liberación».

La paradoja fue que, en ese caso, las primeras tropas de Franco contenían muchos soldados que eran musulmanes. Durante varios decenios, la guardia personal de Franco fue la vistosa «guardia mora». Si se me

permite el desahogo personal, el que suscribe, en el año 1971, fue condenado por un consejo de guerra por poner en duda que la guerra civil fuera una «cruzada». En el *Código Militar* de entonces el delito de injuria no requería el *ánimus iniurandi*. Hasta ese punto las palabras se vengán. Precisamente, la tesis de este escrito es que los conflictos se modulan en cada sociedad por la persistencia de tradiciones culturales que muchas veces se reflejan en el lenguaje. La ventaja de ese residuo para el analista es que permanece en el inconsciente colectivo. Por eso mismo constituye una fructífera fuente de investigación.

CAPÍTULO SEGUNDO

CONFLICTOS Y VALORES. CLAVES CULTURALES EN LOS CONFLICTOS DEL SIGLO XXI

CONFLICTOS Y VALORES. CLAVES CULTURALES EN LOS CONFLICTOS DEL SIGLO XXI

Por LUIS ALEJANDRE SINTES

Prevenir

Nunca el ser humano había dominado tanto como hoy la técnica, la investigación, el espacio, las comunicaciones y sobre todo, las Ciencias Sociales. Nunca habían proliferado tantas organizaciones internacionales, tantos observatorios situados en puntos de posible fricción, tantos *think tanks*, tantas preocupaciones, cuando los conflictos están ausentes del entorno cultural en que vivimos y sólo llegan hasta nosotros en las noticias a través de la televisión, eso sí, en la intimidad de nuestros hogares. Nuestro mundo se presenta cargado de contradicciones no menos que de incertidumbres.

Quizás este último hecho explique esa ansia de seguridad, de una seguridad por otro lado inalcanzable. Somos incapaces de soportar riesgos sin reaccionar; un sentimiento en parte antinatural porque en la Naturaleza no se vive sin riesgos.

En cualquier caso, lo militar ha quedado inmerso en otras consideraciones más amplias y hasta evanescentes. Estamos siempre tratando de prever hasta el punto de quedar mediatizados por nuestras propias previsiones. Pero ¿Qué sería de nosotros sino lo hiciéramos? La Historia nos demuestra que eso no puede dejar de ser así.

Y, como nos recuerda Ivo Andric, el premio Nobel que nos enseñó a conocer y comprender los Balcanes en aquella profunda reflexión con-

tenida en su novela: *El puente sobre el río Drina* la más deplorable y más trágica de todas las debilidades humanas, reside indudablemente en una incapacidad total de prever, incapacidad que está en marcada contradicción con tantos dones, conocimientos y artes. Miles de españoles junto a soldados de 100 países vivieron sorprendidos como se desencadenaba una cruel guerra en el corazón de Europa, a una hora de avión de Barcelona. Nadie encontró forma de prevenirla, evitando tanta muerte y desolación. Y a Europa le costó trabajo reaccionar ante un conflicto abierto en sus propias puertas; y las reacciones fueron muchas, demasiadas, y desde luego ni comunes ni concertadas sino nacionales. Difíciles tiempos para una Unión Europea incapaz de poner orden en sus fronteras.

¿Por qué los sucesos de la «primavera árabe» se han producido ahora y no antes o tal vez después? ¿Por qué se producen los conflictos en un momento dado y no en otros? ¿Por qué en este país sí y en otro no? El hombre es mucho más que una ecuación, su conducta no puede subsumirse a una fórmula matemática por compleja que pueda plantearse como pretendía en algunas de sus novelas Isaac Asimov en la línea de lo que habían intentado ya muchos matemáticos ilustres.

Y si eso era difícil antes, ahora es imposible. La avalancha de datos hace costoso discernir lo relevante, el mundo se ha plegado sobre sí mismo hasta volverse plano, eso sí, conservándose multidimensional, todos los países son fronterizos entre sí. Las potencialidades de este hecho son inmensas, los peligros también.

Como resultado, el mundo se encuentra interconectado, sin que puedan existir en él compartimentos estancos. No es posible vivir aislado. La conectividad asegura la eficiencia del sistema, pero ha supuesto que se sacrifique la seguridad; los controles tienen un costo económico y de oportunidad a veces inasumibles. Pensemos en el refuerzo de la seguridad en los aeropuertos tras el 11 de septiembre de 2001 (11-S), el costo económico es inconmensurable. El hiperdesarrollo se presenta así como contrario a la seguridad y obliga a plantearse la posibilidad de alcanzar un equilibrio entre ambos. La vida, a fin de cuentas, no deja de ser una cuestión de balances y equilibrios entre prioridades enfrentadas.

La globalización ha supuesto pues un incremento de la conectividad. Pero paradójicamente y contra lo que a primera vista pueda parecer, desde el año 1991 la conflictividad no ha hecho sino disminuir; y más sí se pone en relación con el incremento de la conectividad. Lo que no ha

hecho sino crecer son las amenazas y riesgos; a mayor relación, mayores peligros.

El 11-S no fue, visto en términos históricos no emocionales ni de control mental, un cambio de tendencia sino una perturbación puntual realzada desde las cámaras de televisión. Su correcta valoración precisa de un siglo. Pero fue también una señal de alarma, un aviso de que había factores que se estaban obviando; los problemas no resueltos o ni siquiera apreciados llamaban a la puerta. La conectividad favorece la sorpresa, incita a lo inesperado. Pero es un hecho, no podríamos vivir sin ella o mejor aún, conociéndola, no entenderíamos vivir sin ella, privados de sus beneficios.

En cualquier caso el efecto multiplicador de los medios reproduce las amenazas, intensifica los riesgos, haciendo que afecten a la seguridad en la medida en que ésta se construye sobre una percepción; lo que es en un mundo lejano puede ser en el nuestro; se hace preciso actuar antes de que nos alcancen. Los conflictos por lejanos que puedan estar hacen evidentes las amenazas, los riesgos y obligan a la prevención. Si ésta no se produce, procede la denuncia del sistema que queda deslegitimado al haber fracasado en su función principal: proteger a la comunidad.

Nos dirá Robert Kaplan:

«Puesto que la detección temprana es una condición *sine qua non* para la prevención de crisis, y dado que circunstancias individuales como el golpe en el seno del Partido Conservador que derrocó a Thatcher en el año 1990 no se pueden prever, la política exterior ha de ser el arte de organizar inteligentemente aquella información que pueda prever, con el fin de establecer un marco de referencia, los acontecimientos futuros.»

Es la «previsión inquieta» de la que también nos hablaba Maquiavelo. Y denuncia Kaplan:

«Basándose en gran medida en orientaciones históricas, especialmente una tendencia al conflicto étnico, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana advirtió del brote de violencia en Yugoslavia un año antes de que se produjera; fue –continúa– una suposición legítima al servicio de la previsión inquieta.»

¿Quien falló? ¿Dónde radicó esta especie de autismo político? No aparecieron aquellos buenos políticos que en opinión de Bismarck debían ser los que:

«Pegando la oreja a la hierba, fuesen capaces de advertir a tiempo el sentido del galope de los caballos de la Historia». Nadie hizo caso a los investigadores de la CIA. Nadie pensó que se radicalizaría nuevamente un larvado conflicto étnico. También se olvidaron de los consejos de Maquiavelo: «todo aquel que desee saber lo que ocurrirá, debe examinar lo que ha ocurrido; todas las cosas del mundo en cualquier época, tienen su réplica en la antigüedad.»

Hobbes lo concretará, simplificando:

«Del modo que en la naturaleza del hombre encontramos tres causas principales de discusión: la competencia, la desconfianza y la gloria. La primera hace que los hombres invadan el terreno para obtener ganancias; la segunda para lograr seguridad y la última para adquirir reputación.»

Pero hay que evitar que la prevención se convierta en una profecía auto-cumplida o estimule o sugiera las acciones de quienes sólo se gozan con hacer daño. En fin, cuando hablo de Bosnia-Herzegovina o de Kosovo, pienso en Afganistán o en el norte de África. Diferentes modos; mismo fondo.

El conflicto de siempre

El conflicto está latente en el ser humano y estalla con violencias de difícil predicción en tanto aplicamos nuestros métodos de evaluación normalmente alejados de la realidad que se vive sobre el terreno. Utilizamos parámetros, normales en nuestro mundo que son interpretados en otros como de imposición, de neocolonialismo o también de injerencia en asuntos internos.

Etimológicamente definimos al conflicto, (fligere, chocar) como el choque o colisión de dos fuerzas antagónicas que se oponen moral o físicamente. En Yugoslavia eran más de dos fuerzas. ¿Cuántas intervienen en Afganistán? ¿O en Libia? Son difíciles de cuantificar. Gaston Bouthoul, el padre de la Polemología, que nos condujo por la vía de la Sociología a pensar en el «si quieres la paz, conoce la guerra» sustituyendo al «prepara la guerra»; Freund lo amplía:

«El conflicto consiste en un enfrentamiento por choque intencionado entre dos seres o grupos de la misma especie que manifiestan, los unos contra los otros, una intención hostil en general a propósi-

to de un derecho y que para afirmar o restablecer este derecho tratan de romper la resistencia del otro eventualmente por el recurso a la violencia, la que puede, llegado el caso, buscar el aniquilamiento físico del otro.»

¡La guerra! Habrán cambiado los modos, incluso se nos proscribe su uso en nuestras propias *Ordenanzas Militares* como si borrándola desapareciese de la faz de la Tierra, pero la esencia es la misma, a fin de cuentas guerra y paz son términos complementarios, que se quiera o no se conjugan simultáneamente, y cuando alguien habla de paz implícitamente lo está haciendo de guerra.

Han disminuido las guerras clásicas y por otra parte se han multiplicado las civiles y asimétricas, el crimen organizado o el terrorismo. Y lo peor es que se han atenuado, casi desaparecido las fronteras éticas que en cierto modo regulaban conductas y paliaban daños innecesarios. No se declara la guerra; no se distinguen los miembros y objetivos de las Fuerzas Armadas de los de la población civil. Todo vale y hasta ya no se sabe si se está en paz o se está en guerra, hasta eso se ha convertido en una cuestión de opinión o de definición, una opinión o definición siempre interesada y que varía con el tiempo según el parecer de quien la hace.

Todo se mezcla hoy, lo que hace inabordable el intentar solucionar el conflicto con sólo un instrumento. No hay un dentro ni un fuera y los hechos difícilmente pueden encuadrarse en conceptos puros ¿Dónde está la línea de frente que separa el despliegue de una costosa superioridad militar contra el relativo bajo coste de utilizar a personas que hacen de su propio cuerpo arma letal, decidiendo morir con tal de matar? ¿Es válida la definición de un terrorismo que hemos sufrido y bien conocemos, como «conjunto de acciones violentas dirigidas contra una población civil indefensa para amedrentarla y poder conquistar el poder y cambiar un régimen político»? ¿Realmente llamamos patriotas (abertzales) a unos terroristas que han llenado de sangre nuestro difícil camino desde la Transición hasta hoy? ¿Estamos realmente amedrentados? ¿Como nos defendemos de esta refinada crueldad que parece echar la culpa a las víctimas de los atentados, como si todo estuviera justificado?

Repasando la Historia

Mientras escribo estas reflexiones puede estar registrándose un atentado sangriento en cualquier ciudad asiática, europea o americana, cuan-

do a la vez se conmemoran con remarcable dignidad, los 10 años de la tragedia de las Torres Gemelas de Nueva York. Mientras se liquida el régimen del coronel Gadafi en Libia pueden producirse masacres en Siria, levantamientos en Gaza o en cualquier país norteafricano. Mientras, una crisis financiera que ya tiene fuertes ramificaciones de imprevisibles consecuencias sociales, arrastra a Occidente a un futuro realmente incierto con crisis internas que pueden llevar a apariciones de ideologías y formaciones políticas extremas.

¡Aún cuesta comprender que dosis de odio podía acumular una mente como la del hombre que atentó contra centenares de jóvenes en una pacífica isla cercana a Oslo! Todo lo absorbemos y peor aún lo intentamos comprender como primer paso para una vez racionalizado el hecho hacerlo comprensible y con ello justificable. Todo lo asumimos como producto de nuestro tiempo. Incluso habrá quien pretenda ver en ello justicia, normalidad. El terrorismo coloniza la imaginación del mundo entero; se dirige al plano emocional no al racional. Comprenderlo es justificarlo.

Pero a la vez podemos constatar como se avanza en la lucha contra el cáncer, como una treintena de médicos valencianos son capaces de trasplantar una cara o unas extremidades a un herido en un hospital público, o como unos bomberos jubilados acuden a reforzar a sus compañeros en un supremo intento por reducir los efectos radiactivos de una central nuclear en Japón dañada por los efectos de un terremoto. Se cumplen seis meses de la catástrofe y aún desconocemos los efectos sobre la salud de aquellos hombres que, con creces, superaron las tasas de sus deberes sobre las de sus derechos.

Es decir los valores están. Es cuestión de ponerlos en el preeminente lugar que merecen. Acaba de hacerlo acertadamente con los «héroes de Fukushima» el jurado de los Premios Príncipe de Asturias al reconocer valores llevados al límite:

«Del sentido del deber, del sacrificio personal y familiar en aras del bien común; de la dignidad ante la adversidad, de la humildad, la generosidad y la valentía.»

No cabe la descripción de más virtudes en el acta de un jurado. No obstante, superada la primera década del siglo XXI, no podemos olvidar el siglo del que venimos. Violencia y orden son las orlas del siglo XX; a mejores leyes mayor violencia. Curiosa asociación, pero también el progreso varía con la guerra de tan contradictoria manera. La dialéctica de la violencia es comadrona de paradojas sin número.

Dos guerras europeas, precedidas de varias civiles, se convirtieron en conflictos mundiales, que marcarán a sangre y fuego la primera mitad de la centuria. Las consecuencias son bien conocidas: se rompe Alemania en dos partes; acabará la influencia y expansión del Imperio Otomano; se redistribuirán territorios entre las potencias vencedoras; se diseñarán fronteras sin tener en cuenta que dentro de ellas viven poblaciones, etnias y tribus diferentes que practican religiones, lenguas y costumbres diferentes y que sus órdenes de valores son asimismo distintos.

Los desplazamientos a consecuencia de aquel proceso de desmembración otomana, ya fueron una tragedia, que se repetiría corregida y aumentada en las dos guerras mundiales y en el rosario de conflictos que las precedieron o continuaron ¿Resultado?: desplazamientos y refugiados hacinados en campos, limpiezas étnicas, dictaduras, imposiciones, limitaciones a la libertad y a los derechos humanos, en resumen.

Al final de la Segunda Gran Guerra, con la amarga experiencia de los resultados del fin de la Primera, se diseñó un nuevo orden, con la esperanza de conseguir mecanismos de contención de los conflictos:

«Nosotros los pueblos de Naciones Unidas, dispuestos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que en dos ocasiones...»

En aquel preámbulo de la Carta firmada en San Francisco un 26 de junio de 1945 ya se incluían unos valores como marco de referencia. Hablaba de reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas. Hablaba de crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del Derecho Internacional. Invitaba a promover el progreso, a practicar la tolerancia, a convivir en paz como buenos vecinos y por supuesto a mantener la paz y la seguridad internacionales. No por falta de previsión y de documentos de intenciones, en este caso, se ha roto repetidas veces la «paz y seguridad internacional».

Atrás quedaba el recuerdo de un engañoso armisticio que propició odios y venganzas sentando las bases de una paz que no sirvió para resolver el conflicto, una paz impuesta que ignoraba al vencido y ponía sólidos cimientos para una nueva guerra; atrás una Sociedad de Naciones que a partir del año 1918 y en un largo periodo entreguerras, no supo dar

respuesta a los cambios políticos pero especialmente sociales, que llegaban con fuerza de revancha o de feroz lucha de clases.

No se quería repetir el fracaso, cuando a los pocos meses de la firma de la Carta ya aparecían los indicios de un nuevo imperio –la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)– que rompería los acuerdos forzados por necesidades de la guerra, crearía un nuevo modelo político y esgrimiría la confrontación con Occidente de manera palpable. El modelo no era especialmente paradigma de libertad y felicidad para sus súbditos. Pero encajó en una sociedad durante cinco décadas. El Estado se convertiría en «el bien total»; sus fines justificaban todos los medios.

Convivieron desde entonces, hasta la destrucción del muro de Berlín en el año 1989, dos ideologías que alimentaban dos potencias militares que crearon lo que se llamó un mundo bipolar. Éste, determinó cierto equilibrio en las relaciones internacionales a pesar de que la URSS propició toda una serie de independencias de antiguas colonias que no sólo debilitaron a las potencias occidentales, sino que produjeron en el interior de las emancipadas, conmociones sociales y políticas aún hoy no cauterizadas. Aquí nacieron las «guerras de la posguerra», una serie indeterminada de conflictos extendidos por todo el orbe, donde se mezclaban protagonismos, envidias, manipulaciones e influencias, junto a justificables sentimientos de libertad e independencia. No obstante tras la caída del Muro se abrieron expectativas ilusionantes.

¡Era el utópico final de un siglo de guerras! Parecía que todo se canalizaba hacia la resolución pacífica de controversias, desaparecidas aquellas amenazas muchas veces teñidas de holocausto nuclear. Se pacificó el istmo Centroamericano, el sureste asiático, se apaciguó interinamente Oriente Medio. Se trazaron nuevas vías de convivencia en Angola, Mozambique y Namibia.

Naciones Unidas había encontrado en las Operaciones de Mantenimiento de Paz (OMP) cierto sentido y determinado protagonismo en la resolución de conflictos.

No obstante pronto se demostró en la desmembración de Yugoslavia todo lo contrario. La sociedad internacional se manifestó desunida. El «camino de intereses» que es Europa, en frase de José Luis Sampedro, apareció claramente. Brotaron viejos fantasmas de la Primera Guerra Mundial. No había forma de cicatrizar ancestrales heridas y las reminiscencias culturales, religiosas y étnicas tuvieron más fuerza que

la necesaria cohesión de un pueblo que parecía haberlas superado. Por supuesto aparecieron intereses industriales, salidas al mar, adquisición de los restos de lo que había sido una floreciente República, con resultado final de su escisión en siete sujetos de Derecho Internacional, si incluimos a Kosovo.

A partir de entonces surgieron nuevos conflictos especialmente en África y en Asia, en lo que fueron periferias de los imperios, en las zonas donde se habían impuesto formas de Estado, sin tener en cuenta las características étnicas y tribales de sus pobladores. Las líneas fronterizas habían olvidado y dividido el carácter de un pueblo como el kurdo, las diferencias entre chiíes y suníes, la historia de Georgia, las minorías cristianas de Sudán, o los ancestrales odios tribales de las regiones del centro de África.

El proceso de descolonización escondía enormes carencias para sostenerse. Se había hecho con prisas, con intereses inconfesables, con ambiciones personales, con luchas tribales que pronto asomaron. Porque era prácticamente imposible ubicar en un mismo espacio geográfico a personas de la misma raza, religión y lengua. Difícilmente podían estos nuevos Estados dar respuesta a las necesidades de sus poblaciones. Se abandonaron o prostituyeron valores tradicionales que daban soporte a aquellas culturas. Se perdieron siglos de costumbres y tradiciones con desplazamientos indiscriminados que vaciaban a los ciudadanos de su sabiduría ancestral y que dejaban al raso los valores que habían heredado de sus antepasados.

Por otra parte revivían viejos nacionalismos adoptando diversas formas, una de ellas, trágica, la del terrorismo. De hecho el nacionalismo nunca había desaparecido por completo. Las guerras mundiales habían integrado y cohesionado a las sociedades nacionales y el sistema de bloques lo había contenido especialmente en la URSS. Pero se recuperó, especialmente en las periferias de lo que fueron los restos del Imperio Soviético.

Esta exaltación insolidaria de la etnia, de la tribu o del clan es terrible por varias razones: destruye de forma imprevisible y brutal a las sociedades que habían construido un equilibrio estable sobre una base pluricultural y multirracial de sus ciudadanos y además crea antagonismos tan irreparables que impiden que estos conflictos puedan solucionarse con medios políticos como se hubiese hecho en el periodo de las ideologías clásicas. Por último pueden desembocar en cambios geográficos con

todo lo que esto representa y que supone luchas, violencia, destrucciones, reasentamientos, desplazados y limpiezas étnicas.

La potenciación de la identidad actúa como factor de exclusión y negación del otro; a fin de cuentas cuando se afronta la propia definición siempre se hace contra un tercero al que, de algún modo, se sitúa en un plano de inferioridad negándosele todos o parte de sus derechos. El cliché impera y lo emocional (pertenecer a un grupo) domina lo racional, es el criterio definitivo de valoración. Cuando se deshace esta lógica y retorna la razón nadie entiende como pudo llegarse a esto; ya no es posible restituir a los muertos.

Al final quedarían Estados Unidos como potencia militar más importante, casi única, tras la disolución de la URSS en los años noventa. Pero no dejarían de estar en una situación más que compleja. Reconsiderando el nuevo orden mundial nacido tras la caída del Muro, dirá Henry Kissinger en el año 1996:

«Entramos en una época en que Estados Unidos no pueden dominar el mundo ni tampoco retirarse de él, cuando son al mismo tiempo omnipotentes y totalmente vulnerables. No deben abandonar los ideales a los que deben su grandeza; pero tampoco deben arriesgar esa grandeza haciéndose ilusiones de hasta donde pueden llegar. El liderazgo mundial es inherente al poder, pero no incluye el privilegio de suponer que se está haciendo un favor a otras naciones al asociarse con ellas o que se tiene una capacidad ilimitada de imponer su voluntad, con sólo retirar sus favores.»

No debe olvidar los valores o ideales a los que debe su grandeza, subrayo. Se apela nuevamente a lo permanente, al soporte moral que da vida a una sociedad y que sostiene a un país. Simplemente hablamos de patriotismo. Encontramos los mismos alegatos en el jurado de los Premios Príncipe de Asturias al referirse a los «héroes de Fukushima». No lo citan así, quizás por los tiempos que corren en los que hablar de Patria suena a desmochado. Pero premian también, indiscutiblemente, el patriotismo de aquellos trabajadores y técnicos japoneses.

En busca de renovados valores

Porque el conflicto continuó. Hace 10 años, un 11 de septiembre, sin declaración previa, un enemigo imprevisible lanzó medios propios contra

las Torres Gemelas de Nueva York, contra el Pentágono, contra todo lo que representaba el poder norteamericano. Difícil comprender como se concibió y planificó el herir a la ciudad mas abierta del mundo, la que ofrece miles de oportunidades, en un país libre donde se premia el trabajo y la iniciativa como en ningún otro lugar.

Su propio sistema de libertades propició el que pudiesen aprender a pilotar aviones comerciales, los que convertirán en arma letal y a la vez tumba de más de 3.000 inocentes y de sus engañados y fanatizados criminales. La cultura y la libertad fueron así instrumentalizadas por los terroristas para el logro de sus objetivos. Nuestra grandeza se trocó en debilidad propiciando la ruptura de la comunidad internacional y el imperio de la desconfianza al hacerse visibles las diferencias religiosas que fueron percibidas como el elemento geopolítico decisivo.

En otro capítulo de esta *Monografía*, Federico Aznar Fernández-Montesinos analiza en profundidad sus consecuencias. Pero yo me permito añadir algo, al hilo de mis reflexiones. Estados Unidos no habían sufrido nunca en su propio territorio, en sus carnes, el flagelo de la guerra, salvo en los lejanos tiempos de su lucha por la independencia y la posterior Guerra de Secesión. El país se vió atacado no con sofisticadas armas de destrucción masiva, sino con elementos de su vida corriente como eran los aviones comerciales.

Y se atacó a lo más significativo de su vida cosmopolita y al centro de gravedad de su poderosa defensa. Fue una especie de nuevo Pearl Harbour. La reacción fue similar, porque la alergia al aislacionismo está en los propios genes de su Declaración de Independencia y hasta en el testamento de George Washington. Y se declaró la guerra abierta a un enemigo asimétrico, diluido y disperso que procedía de un país que pocos americanos sabían que existía. Dispuestos, solos o con aliados a vencer este nuevo «eje del mal», costase lo que costase. No pararon hasta abatir a Ben Laden o a cuantos tengan algo que ver con la masacre del 11-S. Pase lo que pase. Digan lo que digan los Convenios de Ginebra o de La Haya. Su sacrificio ha sido –y es– enorme. A las mas de 3.000 víctimas de los atentados de septiembre hay que unir las más de 6.000 que han muerto en Irak y en Afganistán hasta hoy. Pocas sociedades serían capaces de asumir los índices de sacrificio que esgrime el pueblo norteamericano.

Este hecho habrá marcado la última década de este incipiente siglo XXI, que parece cerrarse con una incierta aunque ilusionante «primavera ára-

be». En cierto sentido el enfoque de seguridad norteamericano no ha cambiado, aunque constatemos dos variables esenciales. Por un lado el terrorismo. La capacidad de que un pequeño número de suicidas pueda atacar en cualquier punto neurálgico del país, ha obligado a reorientar la política exterior hacia estrategias antiterroristas. Esto ha llevado a aumentar el sacrificio de sus soldados y a aumentar el gasto en Defensa.

Pero el segundo cambio que nos deja esta década, es el cambio en el mundo musulmán. Si relacionamos ambos acontecimientos –11-S y «primavera árabe»– podemos ver como se ha expresado el mundo musulmán en sus extremos: terrorismo de los fundamentalistas por un lado, que no sólo se ha manifestado en Occidente sino que ha azotado especialmente a su propio mundo, pero también derribando dictaduras y luchando por la democracia por otra parte. El gran reto que tienen los americanos es como relacionarse con este mundo islámico que emerge, como moverse entre estos dos extremos.

Pero no termina aquí con esta simple reflexión el progresivo resquebrajamiento del orden mundial. Mientras continúan las guerras contra enemigos asimétricos en Irak y en Afganistan, los nuevos conflictos apuntan problemas sociales, de reparto de la riqueza, del hambre en el mundo, del control de fuentes de energía y de agua. Se deshacen regímenes que llevaban décadas en el poder y que no supieron dar respuesta a las necesidades de sus jóvenes poblaciones. En el fondo arrastran graves crisis de valores que incluso nos contagian con «indignaciones» populares. Y no sabemos ni podemos predecir como terminarán. Más que con «fallas de civilizaciones» nos encontramos con conflictos que tienen más que ver con la injusticia, la impunidad, el hambre, la demografía y el respeto a los derechos humanos.

El necesario nuevo orden mundial

Todos estos cambios se han producido sin que varíen *de iure* las reglas de juego establecidas en la Carta de Naciones Unidas del año 1945. Es como si no hubiésemos superado décadas de guerra fría; es como si no se hubiese producido un violento proceso de descolonización; es como si no hubiese existido el muro de Berlín y la Alemania actual procediese del siglo XIX; es como si no se hubiesen desencadenado guerras en Corea, Laos, Vietnam, Yugoslavia, Angola, El Salvador, Oriente Medio, Chipre, Congo, etc.

Es como si nadie tuviese en cuenta la norma básica de Naciones Unidas contenida en su artículo 2.4:

«Los miembros de la Organización en sus relaciones internacionales se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado o en cualquier forma incompatible con los propósitos de Naciones Unidas.»

Han sido las propias potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial las que han preferido la continuidad de aquella norma, aun a pesar de que son conscientes de que no ha dado respuesta ni da respuesta a los problemas que vienen produciéndose. Y el Derecho Internacional ha evolucionado con las situaciones *de facto* buscando acomodación o justificación.

Alguien dirá que este derecho nunca ha sido estático, sino que ha evolucionado desde que Grocio y el Padre Vitoria sentaron sus bases hace 500 años. Mucho ha llovido desde entonces y uno de los aspectos que más ha cambiado es el de la soberanía estatal. Concebida por Bodino como algo absoluto, hoy admitimos que tiene muchos límites como verificamos a diario. Uno de estos límites tiene que ver con las cuestiones humanitarias. Antes se pensaba que lo que ocurría dentro de un país era de su absoluta incumbencia y responsabilidad. Mario Betatti y Bernard Kouchner establecieron las bases de lo que sería la injerencia humanitaria. El entonces presidente francés Mitterrand que la haría suya, lo resumía en una frase bien significativa: «ningún gobernante es dueño del sufrimiento de sus súbditos».

Tras el derecho de injerencia hablamos después del deber de intervenir. Hoy, después de la cumbre mundial de la Organización de Naciones Unidas del año 2005 hemos llegado a la «responsabilidad de proteger» y se aplica con criterio restrictivo por quien tiene capacidad para decidirlo –el Consejo de Seguridad– a situaciones muy frecuentes como son el genocidio, la limpieza étnica, los crímenes de guerra o los crímenes contra la humanidad.

Pero no todos los casos donde ocurra alguna de estas situaciones dará lugar a una intervención como la que se ha producido en Libia, porque la opción bélica debe ser siempre la *ultima ratio* y debe ser utilizada sólo cuando todo lo demás haya fallado: la diplomacia preventiva, las sanciones económicas y financieras, los embargos de armas y de bienes financieros.

La presión coercitiva plantea cuando se pone en práctica, tanto dilemas morales como estratégicos pues siempre habrá situaciones dramáticas que por su dimensión o lejanía escapen a nuestra capacidad política de hacerlo. Los problemas humanos no tienen soluciones exactas ni siquiera la misma (lo que sirvió en Irak, no resultó operativo luego en Afganistán) puede ser válida aplicada al mismo caso en un momento distinto.

Volviendo a Libia, el objetivo de «proteger a la población» que reza la resolución 1973 del Consejo de Seguridad, arrastra el trágico saldo de más de 30.000 muertos en lo que ha sido una más que cruenta guerra civil. Los genocidios de Ruanda en el año 1994, el de los jemeres rojos en Cambodia hasta el actual de Somalia han pasado y pasan ante nosotros sin que la comunidad internacional intervenga.

Ésta es la verdad que vivimos en la que se interpreta el Derecho Internacional a conveniencia e interés de las potencias mundiales dominantes o a una ofensiva más o menos manipulada de medios de comunicación social, especialmente los audiovisuales. Se interpretan no sólo los vetos de los países que siguen disponiendo de él en el Consejo de Seguridad, sino que se valoran los votos e incluso las abstenciones.

No soy el primero en afirmar que la legitimadora resolución 1973 sobre Libia fue aprobada por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, gracias a la abstención de Rusia y China dos potencias que no se distinguen precisamente por la defensa de los valores democráticos de sus pobladores. Son ellas, las que legitimaron la discutible actuación de una coalición encabezada por Francia y Reino Unido a la que se unió España desde el primer momento.

Todo lo resumido nos lleva a una conclusión importante. El mundo ha cambiado y la tendencia al cambio se multiplica día a día en progresión geométrica. Son válidos los instrumentos en cuyo marco se mueve la comunidad internacional y el propio Derecho Internacional. Son válidos por el mero hecho de ser los únicos. Más vale un mal plan y un poco de orden que ninguno. Nadie resulta lo suficientemente fuerte para ejercer de policía del mundo, pero no viene mal que alguien lo haga y dotar al mundo así de una referencia.

Las organizaciones internacionales tuvieron su papel importante tras la Segunda Guerra Mundial y no es momento de discutir si lo ejercieron de la mejor forma posible en beneficio de la humanidad. Pero hoy deben reescribirse e interpretarse en claves diferentes. No entra en la función de este

trabajo reflexionar sobre su necesario rediseño. Basta enunciar que el actual sistema no es válido, que deben redefinirse para recoger la evolución de la realidad internacional en los últimos 70 años y los nuevos equilibrios; si tal cosa no sucede perderán su operatividad primero y su legitimidad después. El mundo no se construye sólo con buenas intenciones.

Lo que sí son válidos los principios sobre los que se asentó el anterior modelo escrito en el año 1945 en la Carta de San Francisco. Porque los valores de respeto al ser humano, al Derecho de Gentes, el acceso a la educación y a la cultura, el derecho a la salud y a la alimentación, la libertad religiosa, etc. son inmutables y van intrínsecamente unidos al Derecho de Gentes. Esas son las claves con las que construir el mundo de hoy.

El acceso a la información total

Los hombres siempre han cogido los frutos del árbol de la ciencia, unas veces para el bien otras para el mal; el árbol es acrítico y produce sin cesar; unas cosas traen las otras y los progresos se realimentan y crecen en proporción geométrica. Pero hoy la ciencia, sin dejar de serlo, se ha transformado en información, en tecnología, en práctica, en negocio.

Ya no se valora el árbol, ni siquiera sus frutos desparramados por el mundo entero, sino lo que puede hacerse con ellos; ya no hace falta trepar sino agacharse para recogerlos. Han cambiado las posturas y el modo en que se mira al árbol. Y lo natural es que siga dando frutos, pero ¿estamos preparados para ellos? Eso sólo depende de los valores y de la solidez de las comunidades.

Así, lo que es claramente característico del siglo XXI es el acceso de las masas sociales a las modernas tecnologías de la comunicación. Es la globalización en este terreno; el acceso sin límites a la información que proporcionan redes sociales con amplia capacidad de convocatoria y difusión. Aparecen sociedades virtuales que sorprenden por su fuerza y vigor trascendiendo los planos de estratificación social. No obstante, estas características no tendrían influencia si no fuesen cauce de necesidades vitales de grandes tramos de población, especialmente de los más jóvenes.

El panorama ha cambiado y sigue cambiando sin prever su fin. Y lo que en principio puede ser un enorme caudal de cultura, conocimiento y rela-

ciones humanas, puede desbordarse en un incontenible mar de manipulaciones o incluso de luchas sociales. Son los problemas del encuentro.

La información como encuentro no existe en términos absolutos porque cada cual, hasta cierto punto, selecciona la que recibe, escoge su realidad, el mundo al que pertenece y sólo consume información de esa realidad apriorística. Eso es lo que hacen los terroristas y los colectivos que les apoyan. Da igual lo que se les diga, sencillamente no escuchan lo que no les interesa oír o aquello que los compromete.

El poder sólo resulta posible mediante la producción de la verdad. El poder y la verdad se confunden y cuando se produce un distanciamiento de ambos se genera una crisis, sino es la crisis la que genera el distanciamiento entre ambos; hoy en día, con tanta información disponible, la clave, la verdad, reside en la correcta selección de la información.

Seleccionando la información, potenciando una y obviando otras, se construyen identidades, se relee el pasado en clave de presente, se hacen grupos, se constituyen partes, (sin partes no hay conflicto); con la información se construyen narraciones, se generan discursos de conclusiones bélicas; mediante la información se estimula el miedo, se presentan injusticias se detonan las guerras. Y es la información la que los difunde por un mundo en el que no existen compartimentos estancos.

Es más la información ha llevado la guerra a los hogares imponiendo un modo presuntamente quirúrgico (curiosa palabra, la cuestión es sí es una forma útil de resolverla definitivamente) de hacerla. La información fija agendas, establece objetivos, condiciona el ciclo de respuesta (de 24 a 48 horas) modificando el modo de llevarla a cabo. El terrorismo, acciones tácticas que inciden directamente en el plano de lo político sólo es posible por la existencia de medios.

Por otro lado la información es un puente que pone en comunicación a mundos en diferente estadio de desarrollo, constituyéndose en factor de interpenetración a veces indeseado. Otra cuestión es la diseminación y popularización de tecnologías sensibles para el mal. Un incremento en los niveles de acceso a esa tecnología no es nunca una buena noticia.

La guerra es también encuentro, intercambio, relación; un encuentro de éticas, de valores, de cosmovisiones. Un encuentro que no deja a nadie indiferente pues obliga a posicionarse, y es extraño pero lo demuestra la Historia, haciendo posible la interpenetración.

El abismo o la luz de los valores

Hoy por hoy, sólo existe una fórmula que permita canalizar nuestro mundo del siglo XXI. Consiste en reconstruir el edificio sobre el que se asientan el Derecho Internacional y el respeto a los derechos humanos, a base de inyectar en sus cimientos un orden de valores que hemos ido abandonando. Hay que saber extraer de los clásicos, de las religiones, de las tradiciones y costumbres, de la propia Historia, sus aspectos positivos, paliando o amortiguando los negativos que nublan la mente humana.

No es cuestión de inventar nada. Es sólo cuestión de interpretarlos en clave actual. La verdad, el orden, la justicia, el sacrificio, el patriotismo son los mismos en términos de escritos de los clásicos griegos, en el Derecho Romano, en la filosofía de los humanistas o en las modernas referencias del *Google*.

El miedo (*phobos*), el interés propio (*kardos*) y el honor de los que nos hablaba Tucínides, son los mismos. Las crisis llegan, nos legó, cuando el instinto puro (*physis*) triunfa sobre las leyes (*nomoi*), la política fracasa y es sustituida por la anarquía. Nos invita el filósofo heleno a no negarlos, sino a dominarlos con el fin de obtener un positivo resultado moral.

En resumen, es sólo cuestión de adaptar los valores a las nuevas necesidades surgidas de desigualdades sociales, de abusos de poder, de injusticias, de migraciones forzadas, de desequilibrios demográficos. Es cuestión de inyectar educación y cultura, de dar valor al esfuerzo, al sacrificio, al bien común.

De tanto buscar derechos, el hombre actual no sólo se ha olvidado de sus deberes, sino que ha caído en una deslizante rampa de un relativismo en la que todo vale, todo es igual lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo. La ética de consumo ha sustituido a la ética del trabajo. El alumno vale tanto como el maestro, la víctima cuenta menos que el terrorista o delincuente. La autoridad es un concepto trasnochado; las buenas maneras han desaparecido. No hay nada sagrado, nada admirable. «Vive sin obligaciones y goza sin límites» sería el lema a seguir hoy.

La dulce música (pero terrible letra sí se piensa bien) de la canción de John Lenonn *Imagine* parece haberse hecho realidad y ha constituido al hombre en rey del cosmos, sin que tenga que presentar cuentas a nadie, ni siquiera a sí mismo, por sus actos. El futuro no existe, el pasado tampoco. La inconsecuencia está permitida, la irresponsabilidad también.

No hay honor en la fatiga, a todo se tiene derecho. No hay referentes ni referencias. Ni patriota, ni ciudadano, ni siquiera familiar. *Carpe Diem*, vive sin ataduras, goza sin límites.

Eso, paradójicamente en este mundo posmoderno, posheroico hace que quienes se sienten con fuerzas para matar a alguien, tan seguros de su causa, la legitiman al entregar una víctima inocente al tiempo que la culpabilizan, porque una sociedad que no quiere problemas hace culpables a las víctimas para no verse implicada y poder tomar partido por quien se presume puede ser más fuerte al menos en el marco considerado. Así, de paso puede proclamar su libertad, su valor y su consecuencia.

¿Cómo se puede construir una ética utilizando estos materiales? ¿Cómo puede sostenerse una sociedad con semejantes cimientos? Entonces ¿Cuánto durará apoyada en ellos?

Se ha arruinado un modo de vida y ahora no sabemos como salir. Siempre es mas fácil destruir, que crear desde el esfuerzo. Sólo analizando estas claves en profundidad se puede diagnosticar como evolucionará este siglo XXI. Y si queremos dejar a las generaciones que nos siguen un mundo mejor, ya podemos ponernos manos a la obra. Lo intentamos desde la modesta aportación de este capítulo.

CAPÍTULO TERCERO

CONFLICTO DE VALORES

CONFLICTO DE VALORES

Por BENJAMÍN GARCÍA SANZ

Introducción

Uno de los aspectos más en entredicho en la sociedad actual es el de los valores. Analizamos este aspecto dentro de la cultura y la educación.

Según el diccionario, cultura viene del latín *cultura* y equivale a cultivo. De los múltiples contenidos que se pueden dar al término elegimos el que identifica cultura con «conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial en una época o grupo social» (1). Utilizamos, pues, el término, en un sentido lato y lo identificamos con la manera que tienen los hombres de tomar posturas ante la vida.

Concretamos un poco más el término y lo subsumimos bajo el epígrafe de «valores de la sociedad», y lo identificamos con las creencias que cada uno tiene y la forma de expresarlas. Nos interesa en este trabajo sobre todo la forma de expresar las creencias y los valores, porque entendemos que las expresiones forman parte de las concepciones. Situamos las expresiones en un triple nivel: relaciones con uno mismo, relaciones con los otros y relaciones con la sociedad.

La cultura define unos valores, unas creencias, una ética, unos comportamientos. La cultura es el almacén para indicarnos lo que somos, la

(1) *Diccionario de la Lengua Castellana*, edición de 1822. Puede consultarse también la acepción del término en el *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992.

opinión que tenemos de los demás y cómo tenemos que relacionarnos con ellos.

El segundo término es el de la educación. Educar, en sentido etimológico, significa dirigir, encaminar, adoctrinar. La educación se puede entender de una doble manera, por un lado, desarrollar las potencialidades que ya están presentes en el ser humano, y por otro, hacer que las personas se revistan de todo lo que es necesario para vivir como seres humanos en una determinada sociedad. El primer caso aludiría a las potencialidades del ser humano y a su desarrollo mediante la educación; y la segunda intenta imbuir a los educandos de una ética y de unos valores, necesarios para la convivencia. Esta segunda acepción es la que tomamos en este capítulo. Entendemos, pues, por educar dotar al ser humano de unos instrumentos capaces para vivir en sociedad y por, tanto, suponen «dirigir, encaminar, adoctrinar». Así, pues, la educación marca las líneas de actuación del ser humano en su camino hacia la madurez como persona.

La cultura es el resultado final, y la educación es el medio para alcanzarlo. No estamos hablando de cultura como saber o conocimiento, sino más bien como comportamiento o como marco teórico en el que nos apoyamos para definir nuestros actos. Toda sociedad se asienta en una cultura. Sin cultura no hay sociedad. Sin unos valores, sin la regularidad de unos comportamientos es imposible determinar el funcionamiento de una sociedad.

Por supuesto que ambos términos son dinámicos. Por ello no es posible generalizar y extrapolar los términos de cultura y educación a un tiempo y a un espacio. En el recorrido hay algo común, pero dentro de un cambio social en virtud del cual aparecen ideas y valores que anteriormente no se consideraban. Del mismo modo, desaparecen otros elementos (valores), que hasta cierto momento eran imprescindibles para la convivencia. Por ejemplo, hace unos años era impensable el matrimonio civil o la unión de parejas homosexuales, y hoy es algo que se acepta sin más y se deja al ámbito individual de cada persona. Todo ello indica la evolución a la que está sometida nuestra sociedad. Este hecho confirma que estamos ante algo dinámico, aunque, como veremos, el dinamismo y la evolución no deben afectar a lo esencial.

De la relación entre cultura y espacio no hace falta más que comparar los valores que están presentes en una y otra sociedad. El antagonismo es claro entre Europa y los países árabes, entre Europa, China y Japón.

Son espacios diferentes que avalan, también, culturas diferentes y las legitiman de cara a la convivencia. En un sentido más particular se pueden comparar retazos diferentes de convivencia entre algunas comunidades autónomas. Hace unos años estaban ocultos ciertos comportamientos separatistas que en la actualidad están legitimados.

Situación actual de los valores en nuestra sociedad

Planteo esta cuestión porque vivimos en una sociedad que parece que está enfrentada; es una sociedad en la que los valores que rigen la vida de unos no son los mismos que orientan la vida de los otros; es una sociedad en la que unos patrimonializan ciertos comportamientos que niegan a los otros. Es una sociedad en la que se afirma sin más, pero sin dar argumentos, sin utilizar razones, sin escuchar al contrario. Vivimos en una sociedad de bandos, en la que se socavan los fundamentos de la tradición, se antepone el interés particular a las conveniencias sociales, se valora el triunfo individual, aunque sea por casualidad y sin esfuerzo, al trabajo bien hecho; se hacen esfuerzos inauditos por conseguir el triunfo económico, aunque sea a costa de ocasionar ciertos perjuicios a los demás.

Se dice que vivimos y queremos una sociedad democrática pero no se cumplen las reglas de juego. Si nos interesa somos muy leguleyos y apelamos a lo que dicen las leyes, pero si el cumplimiento de la Ley va contra nuestros intereses la cuestionamos y hacemos ver que es contra-producto cumplirla en ese momento.

Ha desaparecido de nuestra sociedad el valor de la verdad, sobre todo cuando de ello se pueden derivar problemas y enfrentamientos. La verdad y la mentira dependen del rédito que se saque de ellas en cada momento. La mentira y la verdad no existen. Es verdadero aquello que en un momento interesa, pero eso mismo es falso si han cambiado los intereses. La idea machadiana de la búsqueda de la verdad ha desaparecido de nuestra sociedad y se ha establecido el predominio del individuo y de su interés inmediato sobre los intereses de la sociedad. Se impone la verdad manipulada, o la verdad con visos de realidad, aunque para ello se tengan que hacer grandes esfuerzos. Se han roto las jerarquías y se ha implantado como bien universal el sentido práctico y el hedonismo.

Es una sociedad en la que se destruye al otro, si éste nos molesta. Se anteponen las ideas a los hechos; los comentarios fáciles a los argumentos razonados; los juicios nobles a las conveniencias; la descalificación al comportamiento honesto; la política a la ética. Al otro, al que no es de nuestra cuerda o no piensa como nosotros, hay que destruirlo. Por eso, en sentido metafórico, está mejor muerto o callado, para que no nos moleste.

Como ha puesto de manifiesto el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en barómetro de enero de 2011, los valores que caracterizan a la derecha, según esta encuesta, se identificaría con la tradición, el orden y la eficacia; en cambio, sería patrimonio de la izquierda, la igualdad, la solidaridad, la honradez, los derechos humanos, la libertad individual, el progreso, el idealismo y la tolerancia.

Ni de la izquierda se puede decir que esté por la libertad, la honradez, la solidaridad, los derechos humanos, la igualdad, el progreso, el idealismo y la tolerancia, como piensa la sociedad según el CIS, ni de la derecha que sólo defienda la tradición, el orden y la eficacia. Pecaría de ingenuo, o de mala voluntad, el que quisiera identificar estos valores con la ideología. Lo importante es el individuo, la persona. Hay gentes que son de derechas y se puede afirmar de ellos, con toda rotundidad, que son honrados, solidarios, tolerantes, defensores de los derechos humanos, amantes de la libertad y de la igualdad, como también se pueden atribuir estos mismos valores a gentes que se consideran ubicados en la izquierda.

Los valores, pues, no son patrimonio de una ideología, como muchos no dejan de afirmar, sino de las personas. Tener unos valores y hacer de ellos el frontispicio de la convivencia es propio de la persona y de la educación que se ha recibido.

Pero sigamos catalogando a nuestra sociedad. Es una sociedad en la que se evita relacionar esfuerzo y éxito, o fracaso personal y ausencia de esfuerzo. No se acepta el triunfo ni el éxito personal, sino que se apela a relaciones bastardas. Es verdad que algunos para triunfar se han valido de su posición ventajosa en partidos o en la sociedad, pero otros han triunfado porque se han esforzado, han invertido y se han arriesgado.

Unos han metido sus talentos debajo de la tierra, pero otros los han puesto al servicio de ellos mismos y de la sociedad. Esto ha llevado a unos a enfatizar más los derechos que los deberes, haciendo caso omi-

so de que todo derecho implica un deber, pero otros están haciendo lo contrario. Es un error argumentar la existencia de nuestros derechos sin apelar de forma inmediata a nuestros deberes. Por supuesto que tenemos derecho, como indica nuestra Constitución, a una vivienda, a un trabajo, etc.

Pero la pregunta inmediata que nos tenemos que hacer es: ¿quién nos lo puede garantizar? Pensar que es el Estado, sin nuestra colaboración, el que tiene que solucionar los problemas es una equivocación. Por supuesto que el Estado tiene armas para mejorar o empeorar la economía y la vida social, pero lo que hace es repartir la riqueza que cada uno de nosotros previamente hemos creado. Si nosotros no producimos, si no generamos trabajo, no hacemos casas, no ponemos en funcionamiento nuevos negocios, o no consumimos, difícilmente el Estado puede repartir.

Es una sociedad que combate la excelencia y apuesta por la igualdad, aunque sea por abajo. Esto a la larga socava los estímulos para superarse. Se argumenta que favorecer la excelencia es apostar por la desigualdad porque se posterga a los que no pueden seguir a los mejores. Si esto fuese verdad, se deberían suprimir las notas, que introducen una clasificación de los alumnos y los sitúan en posiciones distintas, o ciertas becas que tratan de incentivar a los mejores.

Es una sociedad que no tiene claros los juicios sobre el comportamiento de las personas. Todo depende de quién lo diga. La lógica es el familismo amoral. Esta teoría fue formulada por Banfield, allá por los años 1958 (2), después de haber hecho un estudio sobre el comportamiento de los campesinos de un pueblo del sur de Italia que denominó Montenegro (3). Llega a la conclusión de que éstos, los campesinos, tienen dos varas de medir. Una, para evaluar el comportamiento familiar, y otra, para referirse a los otros, a la comunidad. Respecto al comportamiento familiar, la opinión que se tiene es que todo lo que se haga se considerará bueno; en cambio, sería tildado de lo contrario, si el comportamiento está lejos del círculo familiar. El familismo se convertiría en amoralidad, si el juicio que tenemos que emitir es sobre alguien que no es de nuestro entorno; en cambio, si se aleja de él, cambiará la percepción social. El principio

(2) Véase *The moral basis of a backward society*, Simon & Schurter, 1967.

(3) Banfield era un americano que se trasladó al sur de Italia con el fin de estudiar por qué los pueblos del Sur están más atrasados que los del Norte. La conclusión a la que llega es que mientras los del Sur no tienen ningún interés en promover acciones colectivas que redunden en beneficio de todos, no es la lógica seguida por los pueblos del Norte.

básico en el que se apoya es el individual, si hay una garantía de beneficio. Cualquier cosa que se haga en beneficio propio, o de los parientes próximos, será moralmente positiva y cualquier cosa que se haga para engañar o aprovecharse de las instituciones del Estado o de cualquier instancia pública, fiscal, legal o administrativa será prueba de habilidad y de inteligencia. Ha pasado mucho tiempo y esta teoría ha vuelto a tener vigencia más allá del sur italiano.

El familismo se puede aplicar a toda la sociedad, si entendemos la familia en un sentido amplio. En este caso, la familia son los nuestros, nuestro partido, nuestros amigos, nuestro grupo; en cambio, los otros, son los que no piensan como nosotros, los que no pertenecen a nuestro clan, los que no tienen la misma visión política, ni emiten el mismo voto. Para percibir con total nitidez la presencia del familismo en la sociedad no hace falta más que escuchar la radio, ver la televisión o leer los periódicos. Unos y otros dan noticias y las interpretan según su visión ideológica. En la misma línea hay que juzgar los comentarios que hacen los artículos de los periódicos. Si es de los nuestros, aunque diga tonterías, será valorado muy positivamente; juicio muy contrario, si la opinión proviene de los otros. Es lo que también se llama «particularismo».

Hay, al menos, tres campos en los que en la actualidad está presente el familismo amoral: el juicio emitido sobre los otros, el ejercicio de la justicia y el de la corrupción de los políticos.

El juicio sobre los otros es siempre tajante. Muy diferente es si se refiere a los nuestros. De los nuestros se presume la buena voluntad y se habla de errores; en cambio a los otros se les ve el plumero y su comportamiento, cuando es delictivo, no hace más que expresar lo que llevan por dentro.

Otro tanto sucede con los políticos y con la corrupción. Lo de menos es la objetividad. No existe consenso para censurar al corrupto. Si el político es de los nuestros se intenta negar, tapar o minimizar lo que hizo; si, por el contrario, es de los otros, hay que magnificar e insistir. En uno y en otro caso, no se trata de condenar y estigmatizar al corrupto, sino al partido contrario. Lo de menos es la corrupción, lo importante es que milite en nuestro bando o en el otro.

Un hecho con el que tenemos que enfrentarnos a diario es el de la descalificación. Se descalifica sin atenerse a razones y al buen juicio; se descalifica sin escuchar previamente y sin conocer los argumentos del contrario. Se afirma sin reparar y se divide sin escuchar. Vivimos en una

sociedad en la que el mundo está fragmentado entre buenos y malos; gentes que piensan como nosotros y gentes que tienen pensamientos contrarios. Más que un país de personas que razonan y argumentan, parece un país de hinchas y de forofos.

Un ejemplo palmario son las tertulias. Está bien que no haya un solo pensamiento o una sola opinión, pero mezclar gente que no razona, que no deja hablar, o que interrumpe continuamente la discusión, con otros que razonan y escuchan, me parece un contrasentido. Quizás haya que ver las tertulias como un exponente de la sociedad, pero así no se avanza en el conocimiento. Si lo que se pretende es llevar a la pantalla las discusiones de la calle, o los enfrentamientos existentes en la sociedad, está bien; pero, si su fin es avanzar en el conocimiento, despejar incógnitas y profundizar en los hechos, parece que no es el mejor método.

Elevando el tono de la discusión, hay ejemplos palmarios que denotan que se ha perdido el sentido de la ética y de la responsabilidad. Hace unos días se daba la noticia de que cierto político alemán dimitía porque había violado las reglas de juego; había utilizado indebidamente los bienes públicos, o no se había atendido a las reglas de juego para elaborar su tesis doctoral. Esto contrasta con una sociedad que permite el juego sucio, la mentira, la doble vara de medir, los juicios favorables, cuando se trata de los míos, y enconados, cuando se refiere a los otros, es una sociedad que está enferma.

No se trata sólo de arremeter contra todos ni tampoco contra los medios que están para legitimar lo que hacen los suyos y dismantelar los argumentos del contrario, aunque sean plausibles. Tampoco hay que esperar la denuncia de los que viven de las prebendas del poder. Harán uso de todos sus argumentos para mantener su estatus y para defender los privilegios que han alcanzado no por su sabiduría y sus méritos, sino por haber estado cerca del poder. Esto explica por qué algunos defienden lo indefendible, argumentan sin lógica, afirman sin comprobar y atacan sin piedad. No están hablando del contrario, sino que se están defendiendo a sí mismos. Por eso reivindican su trabajo, legitiman su sueldo y luchan por su futuro. No piensan en la sociedad, sino en ellos mismos, aunque hacen ver lo contrario. Se escudan en la ideología, pero lo único que les interesa es el estómago.

Todo ello nos lleva a plantear los valores mínimos que han de estar presentes en la convivencia. Los valores para que triunfe la armonía frente al

enfrentamiento; el buen juicio frente al pensamiento equivocado; la verdad frente a la mentira; la responsabilidad frente a la irresponsabilidad; el esfuerzo frente a la dejadez; la justicia frente al trato discriminatorio; la buena gestión frente a la arbitrariedad. Hay que depurar los juicios para que sepamos discernir lo bueno de lo malo; la verdad del error; el interés particular por el interés social

Hay gentes que piensan que lo que actualmente pasa hay que atribuírselo a los individuos. Se dice que tenemos la sociedad que nos merecemos. Iría más allá y afirmarí que tenemos los políticos que nos merecemos. Si los políticos son corruptos, mentirosos, insolentes y poco demócratas es porque la sociedad participa también de estos vicios. Si por el contrario, la sociedad está enfrentada y ha destruido unos valores elementales, es porque interesa. La sociedad es el reflejo de sus políticos y los políticos de su sociedad.

No se puede dejar al voluntarismo de la gente el buen o el mal comportamiento social. Si no se hace así, se están poniendo los fundamentos para que la sociedad no funcione. Cuando alguien se vale de su cargo, de sus relaciones, de su poder para desvirtuar el valor de la Ley están poniendo los fundamentos para que otros hagan lo mismo. Lo hará también así el que tiene poder y controla múltiples relaciones. Como el pueblo llano no lo puede hacer, porque no tiene poder ni relaciones, utilizará todos los recursos personales para hacer lo mismo.

Una sociedad funciona cuando todos cumplen con la Ley. Se interioriza el cumplimiento de la Ley cuando la sanción es tan fuerte que en modo alguno se repite el incumplimiento. ¿Por qué hay sociedades en las que el cumplimiento de la Ley no se discute? ¿Por qué hay sociedades en las que las gentes cumplen con la Ley como si se tratase de una obligación compartida por todos? No pienso que esa gente sea mejor. Simplemente han llegado a interiorizar algo tan común y, al mismo tiempo, tan universal, como la defensa de la sociedad en la que viven. ¿Cómo han llegado a ello? ¿Ha sido por la educación (elemento positivo), o por la sanción (aspecto negativo)? Será difícil determinarlo, lo importante es que han llegado a interiorizar el comportamiento social, y es raro que intenten violarlo.

Si la sanción por el incumplimiento de una determinada ley es muy fuerte, la tendencia será a evitar la sanción; en cambio el comportamiento será el contrario, si la sanción es leve. En este supuesto los incumplido-

res prefieren la sanción que el cumplimiento. Diferente es la posición, si la sanción es fuerte. A la larga, optarán por el cumplimiento de la Ley y por su interiorización, más que por su incumplimiento.

El conflicto social como consecuencia del cuestionamiento de los valores

Una consecuencia de todo esto es el conflicto. El conflicto siempre estuvo presente en la sociedad. Lo estuvo cuando se enfrentaron las clases, o los grupos sociales. Lo estará, porque siempre habrá intereses enfrentados y distinta manera de solucionarlos. Hoy está instalado un conflicto que no tiene que ver nada con las clases sociales, ni con la manera genérica de solucionar los intereses. Se apela a ellos, pero no se trata de intereses económicos, sino más bien políticos, ideológicos o de valores. Se trata de grupos que se sienten unificados mediante medios que han logrado juntar a personas heterogéneas y les han revestido de una cierta identidad aparente para sentirse enfrentados a los demás.

Para calibrar el enfrentamiento actual de nuestra sociedad basta mirar a nuestro alrededor: a las conversaciones, a los amigos, a las familias, a los medios de difusión, a la cultura, a la universidad. No me voy a referir a todos ellos. Simplemente voy a comentar los más significativos.

Conflicto y familia

Hay conflicto entre la familia cuando los hijos no respetan la autoridad de los padres e intentan socavar los principios en que ésta se sustenta. No se pide que haya un reconocimiento expreso, sino que tácitamente se valore el papel que han jugado los padres en el desarrollo de la personalidad de los hijos.

Pero los enfrentamientos de familia son más flagrantes cuando se opone lo que fue la familia a lo que es. Parece que aquí nunca existió el franquismo. No hubo cargos políticos que disfrutaron de las prebendas mientras duró el régimen; no hubo funcionarios que crecieron a la sombra del poder velando siempre por los suyos; no hubo Frente de Juventudes, institución a la que se adscribieron los hijos de la clase media para encauzar su futuro; no hubo Organización Sindical en la que se aglutinaron los intereses de los trabajadores y de los patronos y alguien se aprovechó de aquel régimen. Algunos, incluso, lo sostuvieron.

Parece, no obstante, que desde los años cuarenta este país estuvo luchando por la democracia y por unas reivindicaciones que no llegaron a término. No niego que hubo gente descontenta y gente que luchó por cambiar la situación, pero la mayoría se apuntó al régimen como lo más conveniente. Franco murió en su cama el año 1975, pero parece que lo echaron precisamente aquellas familias que disfrutaron más que el resto de sus prebendas. Reconocer la realidad es algo esencial para superar el conflicto.

Conflicto y amigos

Tradicionalmente los amigos nada, o casi nada, tenían que ver con la ideología, pero hoy sucede todo lo contrario. Se aplica al pie de la letra el principio que reza *similes similem querit* (el semejante busca al afín), sin reparar el origen tradicional de la amistad. El conflicto ideológico y la ausencia de valores determina el que haya amigos que dejan de serlo. No es el comportamiento ante el dinero lo que define el enfrentamiento y la división, sino simplemente la ideología. El hecho de que unos se hayan puesto a un lado y otros, a otro, hace que al final surja el enfrentamiento y el conflicto. Al principio se discute, posteriormente se distancia la relación, para terminar rompiéndola, unas veces, las más, de forma silenciosa, y otras, las menos, de forma abrupta. En su sustitución se busca relacionarse con personas que se encuentren en la misma órbita. Ahora bien, como los grupos que se crean no son consecuencia de la buena relación, tarde o temprano se terminarán rompiendo, por lo que el individuo pierde el grupo de referencia de su vida.

El tercer factor que crea división e, incluso, conflicto, es el periódico que se lee, la emisora de radio que se escucha, o la televisión que se ve. Los medios, que deberían ser un foco de información se han convertido en centro de discusión y de polémica. Aunque unos y otros nos justificamos aseverando a los demás que estamos abiertos a toda información, venga de donde venga, la verdad es que cada uno tenemos nuestro periódico, escuchamos nuestra radio y vemos nuestra televisión. Sería deseable que hiciéramos lo contrario de lo que decimos. Pero no es así.

Conflicto y tertulias

Un apunte sobre las tertulias de la radio o la televisión. El que crea que son asépticas, o buscan la pluralidad, está confundido. Unas son más

plurales que otras; unas intentan, más que otras, esclarecer la verdad. Unas informan de todo y otras se callan lo que les interesa. En unas prima una tendencia y, en otras, otra. En unas dejan hablar y aparentemente se escuchan unos a otros, pero en otras, ni eso: se interrumpen descaradamente, no se deja opinar al que no piensa como nosotros, se torpedean sus argumentos sin esperar a que los exponga, se apostilla lo que dice y, incluso, se alude a lo personal para desacreditar los argumentos.

A pesar de todo, en todas las tertulias aparece la discusión, unas veces con más razonamientos y otras con menos. Pero en todas ellas se permite la confusión para que queden ocultos los hechos y los argumentos. No se trata de que unos piensen de una manera y otros de otra; unos razonen de una manera, y otros de otra, sino de discutir y polemizar. Discutir, y cada vez más alto, para vencer, y no convencer al contrario. Polemizar, porque en este caso la polémica no aclara la verdad, sino que genera más confusión, que es de lo que se trata.

Conflicto y sociedad

La sociedad está hoy dividida, como lo está la radio, la televisión y los periódicos. Se ha perdido el interés por informar. Se dan noticias, o se callan, si conviene a los intereses del público al que se dirigen. Todo el mundo sabe que esta radio, esta televisión, o este periódico es más veraz que el otro, pero el grupo al que se dirige, y lo escucha, lo ve, o lo lee, es porque se trata de su radio, su televisión o su periódico. Se siente en solidaridad con todos ellos, porque es la radio, la televisión o el periódico de su grupo. Es, por otro lado, el que alimenta sus ideas. No se pregunta si dicen o no la verdad, da igual. Interesan las verdades, o las mentiras, no para tener un criterio de lo que pasa, sino para combatir al contrario. Por eso no se pondera la información, sino a quien podemos atacar con ella. Son irrelevantes los hechos y su demostración. Se sobreentiende que son verdaderos, si lo dicen los nuestros, y falsos, si son los otros.

La experiencia histórica nos indica que en todos los pueblos ha habido guerras y una de las claves para entenderlas ha sido la caída de los valores, la tergiversación social, la falta de respeto a la tradición y a lo que representa. Por supuesto que siempre se encontrará una causa inmediata del conflicto, pero el caldo de cultivo es algo que nos remite a la sociedad y a su descomposición.

Conflicto y guerra

No intento ser alarmista, sino prevenir el problema antes que suceda. Ya tenemos experiencia por negar realidades que hemos tenido que afrontar pero sin haberlas previsto. En la actualidad estamos sumidos en una crisis económica, que a nosotros nos afecta de una manera especial por no haberla sabido diagnosticar a tiempo y no haber tomado, cuando correspondía, las medidas oportunas. Lo mismo nos puede pasar con los conflictos. Podemos pensar en una solución, pero cuando sea tarde (véase el capítulo de Amado de Miguel Rodríguez).

El conflicto puede trascender el orden social y afectar profundamente al Estado y a sus instituciones. El ejército es sólo un medio y no el responsable último de la decisión. Me remito a los capítulos de Jesús Ignacio Martínez Paricio, Federico Aznar Fernández-Montesinos y Andrés González Martín para esclarecer su actuación.

Los pilares básicos de la convivencia

Se comentan, seguidamente, los principios mínimos en los que, según mi criterio, debe basarse una buena convivencia. Sin ellos el individuo estará perdido y perjudicará sensiblemente los intereses de todos, es decir, de la sociedad.

La religión y temor de Dios

No definiendo la apelación al principio de la religión y del temor de Dios como base y fundamento de la vida social. Es verdad que para los que creen en Dios no hay que insistir en el valor de la persona humana, ni en el respeto a los demás. Son principios inherentes a la religión cristiana. Como tampoco en las virtudes que tienen una repercusión directa en la vida social, como el amor a los demás, la justicia o la verdad. También al que no cree en Dios se le han de exigir unos comportamientos similares. La ética y el derecho natural lo avalan. Los primeros, los creyentes, verán detrás de su comportamiento un premio o un castigo, mientras los segundos tendrán el calificativo de buenos ciudadanos.

En unos y en otros, independientemente de sus creencias, deberá haber el arraigado del valor de la convivencia y el respeto a la sociedad. Cuando apelo al temor de Dios, me estoy refiriendo a dar cuenta de nuestros actos ante los demás. El cristiano o el católico verán detrás de sus actos

la aprobación o reprobación de su conducta en la religión o en el Dios en el que creen, pero los demás tendrán como espejo en el que mirarse la sociedad y el juicio de los demás. Unos y otros deberán tener un porqué a sus motivaciones. Lo que en definitiva hay que valorar son los hechos y los comportamientos.

Respeto a los padres y a la autoridad

El segundo principio que nos ha legado la tradición es el respeto a los padres y a la autoridad. Por supuesto que ha habido un cambio sustancial en las relaciones padres e hijos y en el principio de autoridad, pero no por ello hay que erradicar estos valores. En la actualidad todos somos iguales; lo es el hombre y la mujer; lo son los padres y los hijos y los hermanos entre sí, pero de ahí a concluir que no hay jerarquías ni división de funciones, es un error. El padre es padre, y todos los hijos le deben aceptar como tal. Por eso al padre se le atribuyen responsabilidades y cometidos que no se piden a los hijos, Lo mismo sucede con la madre. El hecho de enfatizar el papel del padre o de la madre, nada tiene que ver con la desigualdad; las madres tienen su papel dentro de la familia y le ejercen de forma distinta a como lo hacen los hombres. No hago juicios de valor. Simplemente resalto el papel diferente que tiene la mujer sobre los hijos y sobre la casa. Otro tanto sucede con los hermanos.

Defender la familia es apostar por la estructura en la que se apoya. Pueden cambiar las relaciones en el interior, pero esta institución se irá al traste el día en que empiece a cuestionarse el principio de autoridad, o se trastocuen los cometidos. El respeto a los padres es sobre todo la valoración de lo que ellos representan. No se trata de venerar su persona, sino copiar y plasmar lo que ellos hacen por la familia. Decía Confucio:

«Un hombre que respeta a sus padres y a sus mayores difícilmente estará inclinado a desafiar a sus superiores» (4).

Aprender a ejercer la libertad

El *Diccionario de la Lengua Castellana* da 18 definiciones de libertad. Unas veces la define de forma positiva, como «la facultad que tiene el hombre de obrar o no obrar, por lo que es responsable de sus actos» o «decir o hacer lo que no se oponga a las leyes». Pero otras, de forma

(4) YÁÑEZ, EDIMAT, Manuel: *Lun Yu, I, 2*, en Confucio, Grandes biografías, p. 103.

negativa: «la condición del que no es esclavo», «el estado del que no está preso» y «la falta de sujeción y subordinación». Entra también en el concepto de libertad la que tiene denominación, como libertad de espíritu, libertad de comercio, libertad de conciencia, de cultos, de imprenta, de pensamiento. No voy a entrar en los matices, me fijo, simplemente en algo común a todas las definiciones: la facultad, llámese natural o no, que tiene el hombre de obrar o no obrar, y la limitación que imponen las leyes y el respeto a los demás.

Sin libertad no hay individuos, ni democracia, ni sociedad. La persona que no se comporta como es, no ha alcanzado el grado de persona individual. Lo mismo cabe decir de la democracia. Una democracia que no ejerce la libertad, o la tiene intervenida, no puede considerarse como tal. Esto no quiere decir que todos tengan que ejercer su libertad de la misma manera. Unos la expresarán a diario, porque ésta es su profesión, pero otros se limitarán a ejercerla cuando se trata de emitir un voto. Da igual; lo importante es que unos y otros expresen lo que piensan y sienten. Lo importante es que unos y otros no estén condicionados ni intervenidos. Sin libertad tampoco hay sociedad. Nuestra sociedad no se articula de arriba abajo, estaríamos ante una dictadura, sino de abajo arriba. Para eso están los gobernantes para que cada uno a su modo ejerza su libertad y no colisione con la de los demás.

Igualdad de oportunidades

Es imposible que todos seamos iguales. Unos se contentan con poco y otros aspiran a mucho. Descartado que todos tengamos que ser iguales hay que mantener el principio de igualdad de oportunidades y de solidaridad; de igualdad de oportunidades para que la acción individual no esté intervenida, ni se vea sesgado el ascenso de los sujetos. Hay ya un principio que juega en contra de la igualdad de oportunidades, que es el punto de partida. Pero sería fatal añadir más discriminación. Una de ellas, que juega en contra de este principio, es el de las redes. Valerse de las redes para obtener ventajas y beneficios actuaría en contra de la igualdad. La igualdad de oportunidades es un principio que puede ayudar a cambiar las posiciones de los individuos en la sociedad. Lo que unos han recibido como herencia de familia, otros lo pueden adquirir a través de la lucha y el esfuerzo personal.

La solidaridad es algo que debe acompañar siempre a una buena sociedad. Decía el evangelio que los pobres los tendréis siempre con vo-

sotros. En todas las sociedades uno de los aspectos que se cuidaba era la atención a los pobres. Por eso en las estadísticas tradicionales se les contabilizaba como un grupo destacado de la población. Más aún, tradicionalmente existía una figura, el personero, que se encargaba de coger los sábados las limosnas de la población para distribuirlas entre los pobres (5). El fenómeno de la solidaridad se traduce en el pago de impuestos y en los beneficios que se reciben a cambio. Éste es un principio que se aplica también a las autonomías, si bien en última instancia lo sostienen los individuos. No tiene por qué haber igualdad, sino solidaridad, entre lo que se da y lo que se recibe. Se da en función de los ingresos, de los gastos y del consumo, y se recibe en función de otros parámetros muy distintos. Pero no hay que confundir la solidaridad con el despilfarro o con la utilización del dinero con fines políticos. Esto no es solidaridad, sino malversación de fondos públicos.

Decir siempre la verdad

Decir siempre la verdad parece que no se lleva en nuestra sociedad. En su lugar se han impuesto las medias verdades o la restricción mental. No entiendo en este caso la verdad desde una perspectiva filosófica. Sino que la identifico con la transparencia y con la realidad de los hechos. Por eso más que decir la verdad, se trataría de estar en la verdad. Una persona está en la verdad cuando hay acuerdo entre sus ideas y sus hechos, su pensamiento y sus acciones. La persona que está en la verdad dice también la verdad. Por el contrario una persona está en la mentira se inventa hechos, o niega e interpreta los ya documentados. Una persona está en la mentira cuando oculta la verdad, la silencia o la interpreta a su manera para que tenga apariencia de verdad.

Estar en la verdad es básico para la convivencia. La sociedad está unida y no se fragmenta cuando se supone que se asienta en la verdad: la verdad económica, la verdad política, la verdad social. En una sociedad así, no se discuten los intereses, sino que los implicados se atengan a las reglas de juego. Una persona que se mete en política, no es para medrar; diferente es la posición del que monta un negocio. Si bien los comportamientos pueden ser diferentes para el político, el ciudadano o el hombre de negocios, todos ellos deben someterse al principio de la verdad. No se debe tolerar que el político mienta en su gestión, o que el

(5) Véase *Sinodales del Obispado de Palencia*, libro 1, p. 22, año 1548.

hombre de negocios falsee sus cuentas, o que el ciudadano no sea claro en sus relaciones con los demás. No se puede pedir a los individuos y a la sociedad transparencia, cuando no la tienen los políticos o los empresarios. Mentir, ocultar y tergiversar por parte de los que ocupan los primeros puestos en la escala social o económica es poner las bases para que los ciudadanos y, en definitiva, la sociedad, haga lo mismo. Los comportamientos negativos de unos y de otros se resienten en la sociedad y hacen que entre todos socavemos las bases de la convivencia

El esfuerzo y la responsabilidad

Cada persona tiene un puesto en la escala social y debe hacerse acreedor a él mediante el esfuerzo y la responsabilidad. No se trata de exigir antes de dar y de pedir antes de trabajar. Se trata de que seamos conscientes de lo que tenemos entre manos.

Es un error pensar que unos están para trabajar y otros para disfrutar del trabajo de los otros; unos para producir y otros para gastar. No se trata de lanzar balones fuera inculcando a los que producen de la desigualdad, o a los ricos de los males de los pobres; o los banqueros de la quiebra de las empresas; o a los empresarios de los despidos y del paro. No es que defienda que los que producen y crean riqueza lo hagan siguiendo las reglas establecidas; o que los trabajadores tengan siempre una remuneración justa por su trabajo. Pero no se pueden socavar las bases de la creación de riqueza de nuestra sociedad, que es en definitiva la base del reparto y de los servicios de los que dispone.

Crean riqueza los innovadores y los empresarios. Por eso, los gobiernos lejos de cercenarlos y torpedearlos, deben apoyarlos e incentivarlos. No niego que también los trabajadores están implicados en esta guerra, pero para trabajar tiene que haber alguien que cree trabajo, de otro modo, los trabajadores se convierten en un coste, como es la situación de parado.

Los trabajadores tienen que apoyar al que crea empleo, al que nos aleja de la crisis, al que nos da de comer. Es fácil llenarse la boca con los servicios sociales, con la subida de los sueldos de los funcionarios, con las pensiones, con la inversión en sanidad o en educación. No hay ningún gobierno dispuesto a recortar estas partidas sino está obligado por las circunstancias. Unos son más responsables que otros. Unos no se atreven a gastar, si no lo han producido antes, mientras otros están dispuestos a gastar aunque después venga la ruina. Eso se llama inconsciencia.

Quién debe educar

Pero ¿a quién corresponde educar en estos valores? Parto del supuesto de que el fenómeno de la educación no es algo monolítico sino que está siempre cambiando. La vida, a medida que avanzamos en edad, nos pone retos que hemos de superar de forma correcta. Por eso no es el mismo el comportamiento que se ha de pedir a un niño, a un adolescente, a un joven, a un adulto, a un mayor o a un anciano. Cada uno, en su momento, ha recibido una educación y como tal debe comportarse.

La primera educación en familia

Los cimientos de la educación los pone la familia. El niño en la familia tiene dos formas de aprender, asimilando lo que le dicen, e imitando el comportamiento de los mayores. Lo primero que percibe el niño es todo lo que se hace con él. Cuando nacemos tenemos abiertos los sentidos. Por eso percibimos la atención o el descuido; el amor y la despreocupación, la abnegación y el sacrificio. Pero no es a esta etapa a la que quiero referirme, aunque sé que en ella se ponen los cimientos de la futura educación, sino a la etapa posterior cuando el niño percibe los comportamientos de los demás y tiene ya capacidad para asimilar lo que se le dice.

Ésta es para mí una etapa fundamental que no puede suplantarse ni con la escuela, ni con los amigos, ni con la sociedad. El niño aprende y se educa en la familia; aprende con lo que hace el padre, la madre y los hermanos. Aprende con los comportamientos diarios que se realizan a su alrededor. No se pueden afirmar en él los valores de la responsabilidad, de la verdad, del esfuerzo, si los padres, o los hermanos mayores se comportan de otra manera. No se puede imbuir en el niño el concepto de libertad, si en la casa se ejerce la dictadura, o el libertinaje.

La familia es una célula constante de educación. Por eso los niños hacen lo que previamente han aprendido. Si el padre y la madre son disciplinados, él también lo será; si el padre y la madre cumplen con sus deberes, él también lo hará; si el padre y la madre son sensatos y trabajadores, él les imitará; si el padre y la madre no se engañan y siempre dicen la verdad, él también aprenderá a comportarse de la misma manera. Claro que no todos los hijos son iguales, ni todos asimilan de la misma manera los consejos de los padres. Incluso, hay hijos cuyo comportamiento nada

tiene que ver con lo que ven en su casa, pero no me estoy refiriendo a las excepciones, que las hay, sino al comportamiento general.

La escuela y la educación

Que la escuela es una fuente de educación, nadie lo duda. Más hoy en que los niños casi nada más nacer van a las guarderías, la escuela-jardín o la escuela de párvulos, como antiguamente se la llamaba. Mientras el niño es niño, todos estos ámbitos deben considerarse como una prolongación, y no una sustitución, de la familia. Por eso los padres tienen que estar muy atentos a la educación que reciben sus hijos en estos centros. No deben depositar en ellos la responsabilidad de educar y tampoco consentir que se socaven los fundamentos que ellos ponen en su casa. Por eso siempre debe existir una relación fluida entre padres y cuidadores de estos centros.

La tarea más difícil en la educación es la que corresponde a la escuela y al colegio. El Gobierno, para hacer ver su preocupación, ha puesto en marcha la asignatura de «Educación para la Ciudadanía», como si los comportamientos individuales dependiesen del aprendizaje de un texto. Como en definitiva no se trata de lo que hay que aprender a hacer, sino hacerlo, esta asignatura debe estar presente en todas las asignaturas y en todos los profesores que las imparten. Todas las asignaturas deben promover la inteligencia y la capacidad del alumno; el esfuerzo y la responsabilidad; la dedicación y el aprendizaje. Todas las asignaturas deben ser un ámbito en el que el alumno se ejercita para la vida. Enfrentarse a las asignaturas de cada curso y hacerlo con responsabilidad es la mejor manera de educarse para la ciudadanía.

La escuela y el colegio deben ser forjadores de responsabilidad, de esfuerzo y de organización. Hay que recalcar que los profesores no deben estar solamente para enseñar Historia, Gramática, Matemática o Ciencias, sino para velar por la adquisición de valores de sus alumnos. La clase debe ser una microsociedad en la que los alumnos aprenden a respetar, a preguntar, a dialogar, a expresarse con entera libertad. En la clase hay un superior, el maestro o el profesor, y unas personas iguales, que son los alumnos.

Las relaciones con ambos deben ser cuidadas: unas veces para valorarlas y estimularlas, y otras, corregidas y orientarlas. Detrás del maestro o profesor debe estar siempre el educador. La escuela, el colegio, el maes-

tro y el profesor son figuras apropiadas para seguir profundizando en los valores antes apuntados: la responsabilidad, el esfuerzo, el respeto a los demás y decir siempre la verdad.

Educación y universidad

La universidad añade a la educación que se recibe en la escuela o en el colegio, la idea de responsabilidad y de libertad. Por supuesto que no me refiero a la universidad como institución que acumula saberes y los transmite a los demás mediante el juego de la libertad de cátedra. El alumno, cuando es un adolescente, se le exige una responsabilidad limitada que tiene que estar vigilada de cerca por los padres y por el profesor, en cambio cuando ya es universitario casi toda la responsabilidad depende de él.

En la universidad el alumno debe forjar su personalidad, pero también con la ayuda de profesor. Pero la universidad no debe ser como el colegio en el que profesor y alumno comparten los criterios de formación. La universidad se debe caracterizar por el protagonismo que adquieren los alumnos en su formación, con la ayuda del profesor. La responsabilidad es del alumno que es en definitiva el que decide. Precisamente por ello la universidad debe ser para los alumnos un centro de aprendizaje y de formación personal.

En la universidad no se puede eludir también la responsabilidad del profesor en la formación de los alumnos (Pérez-Díaz 1910) (6). El alumno es el que selecciona la carrera o las asignaturas que ha de cursar. Pero el que señala el programa y las reglas impuestas en clase es el profesor. El profesor decide si la asistencia a clase es obligatoria o no; si la asignatura se aprueba con un examen final o hay una evaluación continuada; si las tutorías son obligatorias o pertenecen a la decisión de los alumnos. Todo ello forma parte de la influencia directa que ejerce el profesor sobre el alumno. En este sentido, hay que recalcar que la influencia no radica solamente en las explicaciones o en los contenidos de la asignatura, sino en la programación general del curso y en la atención que el profesor presta a los alumnos.

(6) El profesor Pérez-Díaz analiza la relación profesor-alumno que no se circunscribe solamente a la trasmisión de saberes, sino, también, de comportamientos y actitudes. Véase *Maestros y discípulos. Claves de la razón práctica*, p. 204, julio-agosto de 2010.

Educación y trabajo

Pero muchos jóvenes no van a la universidad, sino que tienen que incorporarse al trabajo. En la empresa el joven aprende a poner en práctica los comportamientos que ha adquirido en la familia y en la escuela. Y lo que es más importante, a confrontarlos con la realidad. Se trata de un campo de prueba en el que ha de justificar ante los demás si ha adquirido ciertos valores para la convivencia. La empresa debe ser el lugar adecuado para expresar el principio de autoridad. Hay gente que lleva muchos años trabajando y precisamente por ello se merece un respeto. No es que avalemos la imposición, sino que el respeto debe surgir espontáneamente del que se incorpora por primera vez al trabajo.

Junto al respeto debe brillar también la obediencia. La obediencia en este caso es armonía y fidelidad. Armonía y fidelidad que tienen que ver con la empresa. A medida que pasan los años el trabajador tiene sus márgenes de libertad, pero dentro de los objetivos de la empresa. Pero cuando se empieza debe haber unas restricciones a la libertad que vienen impuestas por la finalidad de la empresa. En este juego de obediencia y libertad el trabajador se va moldeando para ejercer estos mismos valores en la sociedad.

También corresponde a la empresa desarrollar en el trabajador el esfuerzo y la responsabilidad, así como la solidaridad con los otros. Huelga la división entre explotadores y explotados, empresarios y trabajadores, directores y personal de a pie. La empresa se ha de concebir como una unidad en la que se ha de buscar el beneficio. Trabajadores, empresarios y beneficio deben formar parte de la unidad. Sin beneficio la empresa no se puede sostener. El paro siempre se ha de entender como un gran fracaso social. Por supuesto que hay empresarios desaprensivos, como también hay trabajadores que no cumplen con su obligación. Hay que desterrar el enfrentamiento entre trabajadores y empresarios y apostar también por una unidad que tenga como finalidad salvar la empresa y sus beneficios.

El fenómeno de la solidaridad es también un valor que se aprende y se practica en la empresa. La solidaridad debe tener varias lecturas. Solidaridad con los fines de la empresa, solidaridad con los beneficios, solidaridad con los compañeros, solidaridad con el trabajo de los demás. La solidaridad es pues un conglomerado que debe afectar al trabajador desde que entra hasta que sale del trabajo. La solidaridad no se ha

de entender solamente como reivindicación o como protesta. También como adhesión a la empresa y a los trabajadores que luchan porque se mantenga y sea cada vez más competitiva.

Un campo que influye en el futuro del trabajador es la aplicación de la igualdad de oportunidades. Salarios y puestos de trabajo deben repartirse entre los mejores trabajadores. Por supuesto que habrá discordancia, pero si queremos educar en la igualdad se debe premiar al que lo merezca. El salario y el puesto de trabajo que se ocupa es una manera de recompensar.

Educación y medios

Cuando hablo de medios, me fijo en la radio, los periódicos, las televisiones y su programación. En este apartado es muy importante diferenciar entre lo público y lo privado. La información pública tiene que deberse siempre a la objetividad y la verdad. En ella no caben interpretaciones sesgadas, ni manipulaciones interesadas. Se debe a todos los españoles y por encima de todo debe brillar la objetividad. No vale con la apariencia sino con la realidad. Se dice que los periodistas y los informadores que trabajan en la radio y las televisiones públicas no reciben presiones de terceros para hacer sus informativos, pero ésta no es razón suficiente para desconfiar.

Se puede sesgar la noticia y la información poniendo a periodistas de la misma ideología y apartando a los que no piensan de la misma manera. Si en la información pública, como se dice, hay tanta objetividad ¿por qué si hay un cambio de gobierno cambia también la información y la forma de dar la noticia? ¿No será que el cambio de personas lleve aparejado el sesgo de la información sin que haya presiones externas? Hay que reconocer que la información que emiten los órganos públicos está sesgada. El problema a dilucidar es el grado.

Diferente debe ser el tratamiento de la información en manos privadas. Me refiero a los periódicos, sus cadenas de radio o de televisión. No es discutible que están para ganar dinero y tengan su ideología. Más aún, detrás están sus grupos de presión y los destinatarios de su información y de la programación. Pero ellos también deben atenerse a los principios de objetividad y de verdad. Cuando apunto a la objetividad me refiero a una objetividad relativa. Lógicamente el grupo al que va dirigida la información y la programación quiere que se enfatizen determinadas noticias

y que se minimicen, o se silencien, otras; pero estaríamos rayando en la desinformación cuando no se dan noticias que deberían ser conocidas por todos.

Más aún, no debe caber nunca la manipulación, ni la tergiversación de la verdad. Sería condenar a los destinatarios a tener una idea falsa de los hechos y forjar ideologías que no están avaladas por lo que sucede. Cuando los medios violan el principio de objetividad condenan a la sociedad a un enfrentamiento. En este caso, no sirven a la sociedad, ni siquiera a sus grupos, sino que están creando la opinión que ellos quieren para mantener sus intereses. La violación del principio de objetividad sólo se explica de esta manera. Por supuesto que entre los seguidores de tal o cual medio puede haber gente interesada en la mentira, pero la mayoría quiere que se le informe correctamente y se diga la verdad.

Educación y Estado

El Estado, sus leyes y el cumplimiento de las mismas es algo básico para el buen funcionamiento de la sociedad. Son leyes aprobadas por el Parlamento y, por tanto, hay que cumplirlas. En relación a ellas me fijo en dos aspectos, el primero, en su cumplimiento y, el segundo, en las medidas que se han de tomar para los incumplidores.

Es una obviedad decir que las leyes están para cumplirse, pero este principio no viene avalado por la realidad. Lo lógico es que los primeros en cumplirlas sean los parlamentarios, por eso las han aprobado. Igual obligación tienen los políticos que se unen al carro de los parlamentarios y cuya obligación es hacerlas cumplir. Pero no es esto lo que nos dicen los hechos.

La segunda reflexión se refiera a las medidas. Hay la sensación de que el cumplimiento de la normas depende de quien las aplica. Si el afectado tiene poder, puede quedar impune. En cambio, si es un desarrapado, los jueces harán otra interpretación y cargarán sobre él las penas que no han querido atribuir al infractor político. No hace falta ser jurista para entender la contradicción que existe entre las infracciones y las penas, entre las sentencias que se dictan sobre unos y otros, dependiendo siempre de las buenas o malas relaciones con la justicia (7).

(7) Es impensable que pudiera suceder en nuestro país lo que la Justicia americana ha decidido en relación al caso de Strauss-Kahn. Independientemente de la decisión final, la juez ha decretado prisión hasta que se aclaren los hechos.

Educación y sociedad civil

Vivir en sociedad debe ser siempre un estímulo para comportarse de forma correcta. La sociedad juzga o aprueba nuestra conducta; legitima o repulsa lo que hacemos, valora lo bueno y rechaza lo que se opone al buen comportamiento social. La sociedad debería ser un termómetro para medir los valores que son necesarios para la convivencia. Pero en la actualidad no es así, prima lo individual sobre lo colectivo; el interés particular sobre el social. Se ha roto el estigma de la presión social y cada uno intenta imponer sus formas de vida a los demás. En la convivencia social expresamos, por un lado, lo que somos, pero al mismo tiempo aprendemos, si queremos estar abiertos, lo que hacen los demás.

La sociedad es un campo para mirarnos a nosotros mismos. Ella expresa a las claras nuestros niveles de responsabilidad y de solidaridad; el respeto que tenemos a las leyes y la valoración que nos merecen los demás; en ella ponemos de manifiesto si sabemos escuchar o estamos más pendientes de hablar; si estamos reñidos con la verdad o aprovechamos cualquier resquicio para manifestar nuestra honradez. La sociedad es un campo preciso para manifestarnos como somos; para estar más atentos a los hechos que a las palabras, a lo que hacemos que a lo que decimos. La sociedad desvela nuestros comportamientos.

Por eso la sociedad es también una escuela de aprendizaje. Siempre nos encontraremos con gentes honradas; personas que hacen bien las cosas; que no saben mentir ni engañar; que escuchan y respetan a los demás; que pagan sus impuestos y cumplen a rajatabla con sus obligaciones de ciudadanos; que guardan las leyes y cuidan la jerarquía en las relaciones. Estas personas son el contrapeso de la sociedad y con su comportamiento estimulan a los demás. Están instando a que las cosas mejoren y cambien. Tendrían argumentos, como los demás, a actuar de otra manera, pero se sienten impulsados a cambiar, dejando de lado la crítica que avalaría un comportamiento distorsionado.

El resultado de la educación.

El paradigma de una sociedad de hombres iguales y libres.

Por sus frutos los conoceréis

Sabemos el objetivo final de la educación y de los medios para alcanzarla. Hay, no obstante, dudas razonables de que esto se pueda lograr. Que es posible vivir en una sociedad de hombres libres, es algo que viene

avalado por el funcionamiento de otras sociedades. Posiblemente no encontremos una sola sociedad en la que podamos mirarnos, pero hay varias de las que podemos aprender. Inglaterra en el juego democrático; Alemania, en la actuación de la justicia; Francia en el funcionamiento y el respeto a las instituciones; Suecia y Austria, en el carácter cívico de sus ciudadanos. No hay que salirse de Europa para ver que las cosas se pueden hacer de otra manera.

Para cambiar hay que tener voluntad de cambio, voluntad de hacer las cosas de otra manera. Para ello es necesario dejar de lado los comportamientos incívicos y revestirnos de los principios necesarios para estimular los valores necesarios para la convivencia.

Responsabilidad y educación

Me refiero, en primer lugar, a la responsabilidad de los educadores: los padres, la familia, el maestro, los profesores, los medios, el Estado y la sociedad. Ellos son, en parte, los responsables de lo que está pasando en nuestra sociedad. Es necesario que todos ellos asuman su responsabilidad y la ejerzan de forma razonable. Sin ellos es imposible alcanzar una sociedad de hombres iguales y libres. A ellos corresponde ejercer el papel que tienen como educadores. Los padres, asumiendo la responsabilidad que les compete desde que nacen sus hijos hasta que se independizan; los maestros y los profesores velando por el cumplimiento de los deberes que asumen los alumnos al entrar en los centros; deberes con ellos mismos, porque se aprovechan de unos recursos que la sociedad pone en sus manos para que se desarrollen como personas, y deberes con los demás, porque el centro es también un ámbito de convivencia.

El deber de educar en la responsabilidad debe trascender al propio centro y abarcar también al trabajo, a la empresa. No deben estar ajenos a este principio los medios, los políticos y la sociedad. Hay que recalcar que nuestros comportamientos tienen una finalidad social y que los demás nos pueden imitar tanto cuando hagamos bien las cosas, como cuando las hagamos mal.

Responsabilidad de los medios en la educación

Hay que recalcar que los medios, cuando renuncian a la función de informar y anteponen su ideología a la información, están haciendo un doble

mal. Por un lado están renunciando a su deber de informar, es decir, están contraviniendo los principios de responsabilidad, y, por otro, están dando pie a que los ciudadanos hagan lo mismo. Las mismas consecuencias se pueden atribuir al mal político; por un lado, incumple la tarea de servir a los demás, y por otro, da un mal ejemplo a los ciudadanos que se miran en él como alguien al que imitar.

Pero no sólo debemos exigir responsabilidad a los educadores, sino también a los educandos, es decir, a todos. De todos nosotros se pide que seamos responsables de nuestros actos. La exigencia de responsabilidad tiene dos manifestaciones, la que marcan las leyes, y la que es necesaria para una buena convivencia. De la responsabilidad que se deriva del cumplimiento de las leyes debe dar cuenta el Estado. Del resto, debemos responder nosotros. En ningún lugar está escrito que debemos respetar la edad o que debemos ceder el asiento a las personas que vemos más ancianas, o dependientes, que nosotros. Pero una sociedad ha aprendido a respetarse a sí misma cuando, más allá de lo que dicen las leyes, tiene en cuenta lo que representa su tradición.

Abnegación y esfuerzo

Parece que la idea de abnegación y de sacrificio no forma parte de los valores que se deben implantar en nuestra sociedad. Esto es mentira. Una sociedad se construye con el esfuerzo y con el sacrificio de todos. A todos hay que pedir algo. Es falso que unos están para sacrificarse y otros para aprovecharse del sacrificio de los demás.

Hay que resaltar la gran diferencia que se da entre generaciones: la generación de los padres y la de los hijos; la generación de los niños y de los adultos. Los padres, la mayoría de ellos, sobre todo los que nacieron en la guerra, o en los dos decenios posteriores, aprendieron lo que era el sacrificio y la abnegación porque nos les quedó otro remedio. Muchos de ellos pasaron grandes limitaciones, pero pudieron promocionarse haciendo grandes sacrificios.

No tuvieron problemas con el trabajo, pero muchos tuvieron que emigrar asumiendo trabajos que en la vida habían realizado. Reconocen que no podían exigir porque no estaban preparados, pero aceptaron la formación profesional que les proporcionó la vida, porque era el único medio, o el principal, de aprendizaje. Alguno de ellos fue ascendiendo en la escala social gracias al sacrificio personal, pero la mayoría se quedó en donde estaba, aunque mejoró sensiblemente su estatus económico.

Distinta ha sido la situación de las generaciones posteriores. Los que están por debajo de los 50 años contaron ya con ciertos privilegios, pero sin renunciar al esfuerzo y al sacrificio personal. Pudieron vivir mejor y promocionarse porque se conjugaron los sacrificios de ambos; se sacrificaron los padres, pero sembraron también en los hijos la conciencia para que actuaran de la misma manera. Ponían en sus manos ciertos recursos que ellos no habían tenido, pero les instaron a que los tenían que aprovechar, de otro modo se iban a quedar donde estaban. Éste era el único legado que entonces transmitían a sus herederos.

Muy distinto ha sido, y está siendo, el comportamiento de las generaciones posteriores. Huyen de la idea de sacrificio y exigen igualdad, pero sin haber puesto nada de su parte. Rehúyen el esfuerzo y el sacrificio, pero quieren iniciar su vida teniendo los mismos beneficios de todos aquellos que se han sacrificado anteriormente. Por eso exigen tener coche y casa, como un derecho, aunque no hayan realizado ningún esfuerzo para ello.

Todo es posible, porque tienen unos padres que están dispuestos a sacrificarse por ellos, y una sociedad que apenas les exige como sus padres no han querido que sus hijos corrieran con el mismo riesgo y con las mismas limitaciones, por eso les han puesto la vida fácil. Incluso, los hijos no lo pasarán mal, aunque no tengan trabajo, mientras los padres tengan recursos. Funcionará, si cabe, con mayor ahínco, la solidaridad familiar, porque así se les ha educado. Lo malo de todo esto es que la vida seguirá, y tarde o temprano los hijos tendrán que enfrentarse con sus problemas. Entonces, muchos de ellos no contarán con el recurso de los padres y tendrán que enfrentarse solos con sus problemas.

Se habla de que más del 40% de los jóvenes no tienen trabajo. Pero este es un dato que hay que interpretar. Si se tomase al pie de la letra, los jóvenes parados estarían en la calle protestando y pidiendo que cambie la sociedad para que todos se ganaran la vida, pero, no. Parece que de momento la solidaridad familiar evita todo tipo de protestas, hasta que no pueda más. Pero este momento llegará cuando la crisis haya hecho estragos y los padres no puedan atender las demandas económicas de los hijos. Este momento llegará, aunque se retrase porque los padres asumirán antes la crisis que sus hijos. Pero entonces podemos preguntarnos ¿cómo es posible que una generación perdida se pueda enfrentar a su futuro? Cunde la resignación aunque no es buena receta para la solución de los problemas.

Verdad y justicia

No puede funcionar bien una sociedad si no está asentada en el principio de verdad y de justicia. Decir la verdad es algo fundamental en la vida social. Sin verdad no hay confianza, ni se puede pedir lealtad. Exigir a los demás decir la verdad es algo totalmente necesario para fiarnos de los demás y ser solidarios con ellos. Cuando la vida social se apoya en el engaño, se justifica el que cada uno nos defendamos como podemos.

Ésta es la idea que cala en los inversores. Nadie se arriesga a invertir en Estados que no respetan las leyes, o no dicen la verdad. La confianza no se genera ocultando los problemas o manipulando los hechos. A la larga todo se sabe. Los que invierten su dinero, sobre todo las multinacionales, se informan antes. No es que aceptemos que los grupos de presión deban regir la economía, pero sí que los que tienen dinero busquen los cauces adecuados para hacer más rentables sus inversiones.

Pero la vida social no la generan sólo los políticos sino también los medios. Por eso cuando dicen la verdad, aunque contradigan sus intereses, están educando a la población y abriendo caminos para que triunfen las buenas relaciones. Lo malo de nuestra sociedad es que hemos llegado a un grado tal de ambigüedad que no se sabe muy bien si, cuando interpretamos, manifestamos nuestras convicciones, o más bien nos debemos a intereses bastardos. Sería rica la confrontación de interpretaciones, pero cuando obedece a intereses ocultos se ha de considerar un mal para la sociedad y para la destrucción de los principios básicos de la convivencia.

El ejercicio de la Justicia no corresponde solamente a los jueces, que también, sino a todos los miembros que integran la sociedad. Se quiere derivar la igualdad de la Justicia, pero no es correcto. La Justicia está lejos de la igualdad. Si se entiende por justicia, según la primera acepción del diccionario, «dar a cada uno lo que le corresponde, o pertenece» (8), generaría desigualdad porque no todos tienen los mismos talentos ni hacen los mismos méritos. Por otro lado, no todos quieren hacer los mismos esfuerzos ni sacrificios. Unos se contentan con poco y otros no ponen límites a sus ambiciones. Esto es lo primero que tenemos que aprender.

Que no todos somos iguales ni tenemos los mismos planteamientos ante la vida. Exigir esto en la sociedad en la que vivimos, es simplemente pe-

(8) Véase *Diccionario de la Lengua Española*, edición vigésima primera, Madrid, 1992.

dir que se haga justicia. Hacer justicia, es reconocer el esfuerzo que hacen los demás y la remuneración que tienen que percibir por ello. Cuando hablo de remuneración no me refiero solamente a la económica, que también, sino a la social. Por eso, la remuneración no debe depender del esfuerzo físico, sino de otras variables que en cada momento reconoce la sociedad.

En estos momentos en los que la economía está quebrada, o resulta muy difícil generar puestos de trabajo, sería justo remunerar a las personas o grupos innovadores. Recompensamos su esfuerzo porque inciden de forma directa en la solución de los problemas. Incentivar a los innovadores, apoyar a los que tienen capacidad de mejorar la vida de los demás es algo que todos deberíamos apoyar porque redundaría en nuestro beneficio. Pretender que todas estas personas reciban la misma remuneración, basándonos en el principio de igualdad, sería un atropello contra la vida social. Que ellos se distancien es bueno para todos, porque dan mucho más de lo que reciben.

Aclarar el término explotación

Otro eslogan que corre por la vida social es la idea de explotación para referirnos a los que crean riqueza. La sociedad funciona porque todos ellos cumplen con su deber, pero su responsabilidad se iría al traste, si no hubiese empresarios que crearan empresas, o personas que tuvieran interés en crear nuevos productos y motivar a la gente a adquirirlos. Ha pasado la época de creer que la sociedad se divide entre explotadores y explotados, trabajadores con medios de producción y trabajadores sin medios, en definitiva, en clases sociales. Cada uno de nosotros puede significar en la sociedad lo que quiera. Puede arriesgarse y ser un empresario o contentarse con prestar un trabajo por cuenta ajena. Incluso, a lo largo de la vida, es posible pertenecer a varios grupos. Ejemplo de lo uno y de lo otro aparece todos los días. Hay profesionales, ingenieros, abogados, arquitectos, sociólogos que se contentan con entrar a trabajar en la Administración haciendo unas oposiciones, o prestar el trabajo en una empresa. Otros, en cambio, se arriesgan y crean su propio trabajo, encomendándose a lo que les depara el destino.

Más aún, el que hace una oposición o el que trabaja por cuenta ajena, no quiere decir que ésta sea la profesión para toda la vida. Hay abogados que hicieron la oposición a jueces y fiscales y terminaron montando su

propio gabinete, como hay funcionarios que empezaron trabajando en la Administración y se pasaron a trabajar a la empresa privada o crearon su negocio. Cada día es mayor el número de trabajadores que se convierten en empresarios después de haber trabajado para otros o haber integrado las listas del paro.

Algunos empresario siguen la profesión de su familia, pero otros, la mayoría, emprenden su propio negocio. Vivimos en una sociedad abierta en la que las personas y los grupos cambian continuamente de posición, sin que podamos avanzar con seguridad en qué grupo les enmarcamos. Pedir que todos seamos iguales y tengamos la misma remuneración sería cercenar estas iniciativas y oponerse a las bases del desarrollo.

Al mismo tiempo que defendemos la justicia, hemos de referirnos también a la desigualdad y a la insolidaridad. Vaya por delante que sin justicia no se puede exigir la igualdad, pero también en nuestra convivencia tiene que existir la solidaridad. Sin menoscabar la idea de justicia, en la sociedad habrá siempre personas y grupos que carecen de las dotes de los demás. Con ellos no se puede argüir la idea de justicia, sino más bien, la de solidaridad. Solidaridad económica, pero también, solidaridad social, es decir, respeto a sus cualidades y a su vida.

Desigualdad y solidaridad

La Justicia debe oponerse a una cierta idea de desigualdad. Para eso están los Estados, para velar por los demás y hacer que los intereses de pocos no se impongan con el bienestar colectivo. Siempre es difícil mantener un cierto equilibrio entre justicia y desigualdad. Por un lado no se puede cercenar la acumulación de riqueza que a larga redundará en beneficio de los demás, pero, por otro, no se puede permitir que unos acumulen excesiva riqueza a costa del trabajo y de la responsabilidad de otros.

Extremar la solidaridad y reducir por encima de todo la desigualdad, puede ser perverso para la sociedad. Perverso, porque no se estimula a aquellos que invierten y dinamizan la sociedad, y perverso para aquellos que tienen recursos, pero les resulta más rentable vivir de la solidaridad de los demás. Mantener un cierto equilibrio entre ambas virtudes, justicia e igualdad, puede resultar difícil, pero necesario para el buen funcionamiento social.

Palabras y hechos

Se ha generalizado en la convivencia anteponer las palabras a los hechos. Parece que la palabra engendra la realidad. No hace falta que lo demostremos. Decimos que las palabras se las lleva el viento, pero en la sociedad actual se da mucha más importancia a lo que se dice que a lo que se hace. Cada día valen menos los documentos, las pruebas escritas, la demostración de los hechos.

Cuando la realidad demuestra algo diferente a lo que decimos, apelamos a los jueces, a la Justicia. Pero ya hemos anticipado que no creemos en ella, que hay dos varas de medir. Pero, ¡qué sarcasmo! apelar a la Justicia como tabla de salvación ante lo irrefutable de los hechos. No se tienen en cuenta los papeles, si no lo que se dice, y quien lo dice.

De nada sirve que las aseveraciones sean interesadas, absurdas, ilógicas. El que lo dice sabe que va a tener aceptadores y encargados de legitimar sus palabras. Por eso lo dice. No repara en el sentido ni en el contenido de lo que dice, lo importante es que llegue a una parte de la población, que ella se encargará de difundirlo y acreditarlo.

Regenerar la democracia

Para ello es imprescindible regenerar la democracia, es decir, la vida pública, el Parlamento y la división de poderes. En los años noventa pensábamos que ya se había terminado la transición, que por fin se había instaurado la democracia. Pero, no. Lo andado se ha vuelto a cuestionar. Mirar al pasado para cuestionar el presente y dificultar el avance hacia el futuro no es buena medida. Llegamos a un acuerdo para no convertirnos en estatuas de sal, pero algunos parece que lo han olvidado.

Lo malo de todo ello es que se están socavando las bases de nuestra sociedad y, lo que es peor, el respeto a la democracia. Para algunos es suficiente decirlo, aunque los hechos lo desmientan. No es democracia manipular la opinión popular para que la gente no piense por su cuenta; no es democracia llamar al pueblo cada cuatro años para que vote, sin informarle previamente de lo que puede votar; no es democracia poner en los programas una cosa para después hacer otra. No es democracia ajustar los votos a los intereses de los grupos y no a la voluntad del pueblo; no es democracia distribuirse los cargos de los partidos políticos sin apelar a la voluntad de los miembros de los partidos; no es democracia

apuntase a un partido político y vivir de él como si nos hubiese proporcionado trabajo para toda la vida.

La gente se indigna porque esta democracia no resuelve sus problemas. Es verdad que en los movimientos de protesta puede haber gente interesada en canalizar el descontento en una dirección, pero no se pueden negar los hechos que embargan a los que se concentran.

La democracia implica regenerar la vida pública. Es absurdo oponer lo público a lo privado, la gestión pública a la privada. En una sociedad abierta y respetuosa con la libertad de los demás todo es público y todo es privado. Es cuestión de matices. Lo privado debe tener también una dimensión pública, como lo público incidir en los problemas que nos afectan como ciudadanos. Lo público, si se gestiona bien, puede redundar en beneficio de todos, como no hay ninguna duda de que la buena gestión privada redundará en beneficio de todos.

Es absurdo argumentar que la gestión privada es para favorecer a los suyos, a los ricos, y la pública, a todos, a los pobres. Es pura demagogia. Tanto en la gestión pública como en la privada se ha de buscar lo mejor, y de momento parece que el interés particular, el beneficio, mejora sensiblemente la gestión.

EL PAPEL DE LOS POLÍTICOS

El Estado no genera dinero, lo reparte y lo gestiona. Por eso en el momento actual no se trata de enfatizar el reparto, sino la creación de riqueza. Sin ella es imposible plantear una buena sanidad, una excelente universidad, una seguridad ciudadana y unos servicios sociales para todos. Hay que recalcar que el Estado no crea riqueza, pero puede estimularla o entorpecerla. De él dependen las leyes que estimulan o dificultan la inversión. El no crea puestos de trabajo, pero facilita con sus normas que se creen empresas o desaparezcan; que vengan o se marchen los inversores, que los que tienen se estimulen a incrementar su patrimonio o simplemente quieran gastarlo; que los que crean riqueza sean cada vez más competitivos, o vean reducidas sus ventas. La economía es frágil y por eso hay que cuidar con las leyes a los inversores.

Para asentar nuestra democracia es necesario que haya una división de poderes real. Que los gobiernos gobiernen, que es lo mismo que decir que cumplan sus programas; que el Parlamento legisle, y que los jueces juzguen y emitan sentencias de acuerdo a lo que dicen las leyes. La de-

mocracia está en entredicho cuando alguno de estos órganos no cumple con su deber.

El gobierno está para gobernar y no para mantenerse en el poder. Esto lo debemos aprender los ciudadanos. Un gobierno se merece nuestra confianza cuando ha hecho bien las cosas, es decir, ha creado trabajo, ha mejorado los niveles de vida, ha jerarquizado los gastos, ha gastado con orden, se ha endeudado hasta el punto de poder pagar, ha velado por la seguridad ciudadana, ha favorecido a los más débiles. No se trata de establecer una lucha entre ideas, sino entre gestiones.

Por eso celebramos elecciones. Las elecciones no deben estar para imponer nuestra ideología a los demás, sino para elegir gente sensata que puede ayudar a mejorar la vida.

Un apunte esencial de los gobiernos es la subvención. Es verdad que los gobiernos, también los autonómicos, disponen de recursos. Emplearlos para crear riqueza y solucionar los problemas es una obligación.

Esto es posible por la mala aplicación del principio de solidaridad según el cual los más ricos, o las comunidades más ricas, tienen que ayudar a las más pobres. Este principio es aceptable cuando se utiliza la subvención para salir de la marginación y de la pobreza.

Tarde o temprano cambiará la situación, o porque los que producen se nieguen a hacerlo, o porque las comunidades solidarias protesten y dejen de contribuir con sus recursos. Es posible, aunque menos probable, que los subvencionados se den cuenta del problema y empiecen a pedir inversiones que les ayuden a salir de su situación.

Cada cuatro años elegimos a los parlamentarios. No entro a discutir si el bipartidismo es la mejor solución o hay que buscar otras fórmulas. Lo importante es que los parlamentarios representan la voluntad popular y se deben a ella a la hora de tomar decisiones.

EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL

Hay que dejar de lado la connivencia con los incumplidores. Mal funciona una sociedad cuando hay personas, grupos y medios encargados de ocultar y de legitimar a los incumplidores. Está visto que la corrupción tiene su ocultación.

Por eso dilucidar estos temas no se ha de poner solamente en manos de los jueces o de los partidos políticos, debe intervenir también la sociedad

civil. De la misma manera que lo hace con los temas vinculados al terrorismo debe hacerlo también con los casos de corrupción. En este caso no hay que esperar a que los jueces dictaminen, sino que hay que pedir responsabilidades cuando se demuestra con hechos que ha habido corrupción. Digo bien, que se demuestre con hechos para que no sea una pura especulación para destruir al contrario.

Pero al mismo tiempo que incido en las medidas que hay tomar contra el corrupto hay que defenderlo de las intrigas de la oposición. Dejar abandonada a una persona solamente porque está acusada de corrupción es una temeridad. Posiblemente esto es lo que pide la sociedad pero también hay que hacer caso a lo que dicen los interesados, sobre todo cuando se confiesan a los amigos. Tarde o temprano se aclararán los hechos y es lamentable que también los amigos hayan abandonado al acusado, si es declarado inocente. Defender la Justicia, pero al mismo tiempo apoyar al que ha sido injustamente tratado para defenestrar su carrera política, es una obligación de la propia sociedad.

CAPÍTULO CUARTO

CAMBIO Y CONFLICTO EN LO MILITAR

CAMBIO Y CONFLICTO EN LO MILITAR

Por VICENTE HUESO GARCÍA

Introducción

El conflicto surge como una incompatibilidad de intereses, de valores o de ideologías entre dos o más actores. Sin embargo, ese conflicto también puede tener un carácter endógeno. En efecto, dentro de una misma sociedad e incluso dentro de un mismo individuo, pueden surgir valores disfuncionales con los ya existentes en el ámbito *societal* o individual, generando, por tanto, conflicto.

El conflicto puede darse como consecuencia del cambio. Algunos cambios llevan aparejado un proceso que afecta a los valores (entendiendo como tales las guías que condicionan nuestras conductas) de la sociedad y del individuo donde se origina. Especialmente en los procesos de transición, donde los valores existentes han quedado obsoletos pero los nuevos todavía no han sido instaurados, existe una mayor probabilidad de que aflore el conflicto a todos los niveles. Cuando los cambios son rápidos y pocos duraderos, se crea un estado casi continuo de transición. Esta situación también origina confusión, pues cuando todavía no se han consolidado los primeros valores, otros nuevos aspiran a remplazarlos con motivo de un nuevo cambio.

Otro tipo de conflicto es lo que en Sociología se denomina *ambivalencia* (1). El desarrollo de las profesiones en el ámbito de las organizaciones

(1) En sentido restringido, *ambivalencia* hace referencia a las expectativas incompatibles que con valor de normas están incorporadas a un determinado cometido o a un deter-

(la militar no es una excepción), produce demandas contradictorias o, al menos, son fuentes potenciales de ambivalencia entre valores y exigencias de la profesión y la organización.

El origen de las ambivalencias es muy variado. En general, se puede decir que surgen porque la sociedad no es perfecta. Lógicamente, los cambios, si no son totalmente institucionalizados, pueden ser también origen de ambivalencias, aunque también es cierto que los cambios, por el contrario, pueden aminorar las ambivalencias ya existentes.

En la sociedad actual, los cambios son tan numerosos, se vive un ritmo de vida tan acelerado, estamos tan sujetos a lo que denominamos «opinión pública» –en muchas ocasiones es realmente «opinión interesada» construida para influenciar nuestras actitudes, opiniones y conductas–, y existe un ansia evidente por conocer la información en tiempo real, tan real que impide reflexionar sobre su significado y consecuencias porque la siguiente información llama nuestra atención.

Teniendo en cuenta lo anterior, es necesario, de vez en cuando, hacer una «fotografía» de la sociedad y de los diferentes grupos sociales que la integran –a pesar de que la fotografía es siempre estática en un mundo en movimiento– y reflexionar de dónde venimos, dónde estamos y a dónde queremos llegar.

En general, los cambios en las organizaciones tienen su origen en unas causas objetivas pero también en aspectos subjetivos. En cualquier cambio, unos grupos refuerzan su posición mientras que otros sienten que pierden influencia. Por eso, todo cambio genera incertidumbre en los miembros de una organización. Además, todo cambio requiere asimilación y esto significa la necesidad de poner en marcha procesos adecuados de información y socialización.

La gestión del cambio es un gran reto en cualquier organización, pues tiene que tener en cuenta su funcionalidad en relación con los fines de la misma, los medios disponibles, el ambiente y la cultura de la organización, y el entorno social.

En este capítulo se pretende analizar qué conflictos y ambivalencias surgen en lo militar, entiendo como tal la organización y la profesión militar, con motivo del cambio y de los distintos roles que los militares deben

minado estatus social. MERTON K., Robert: *Ambivalencia sociológica*, editorial Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1980.

desempeñar, tanto en relación con el entorno como dentro de la organización militar en el siglo XXI. Este proceso es global y se produce en lo militar en el marco de las sociedades avanzadas y complejas. España y sus Fuerzas Armadas no escapan a esta tendencia.

Cambio y conflicto

El profesor Murillo señalaba en el prólogo del libro: *Sociedad española 1992-1993*, que:

«En las sociedades democráticas, complejas y pluralistas, cualquier cosa puede legitimarse o, a la inversa todo puede carecer de legitimación en algún momento.»

En esta misma línea, el profesor Amando de Miguel considera que:

«Lo que realmente distingue a una sociedad compleja es quizá el ritmo, la intensidad de los cambios y la capacidad de adaptación a los mismos» (2).

En la última parte del siglo XX y en los albores del actual siglo, los cambios son cada vez más numerosos y también la vigencia de los mismos es de menor duración. No existe grupo social, discurso político, económico o militar donde la palabra cambio no esté presente. Los cambios se aplican a veces de manera convulsiva en los diferentes ámbitos, dando la sensación que detrás de los mismos no hay una profunda reflexión de sus implicaciones y consecuencias. El cambio parece que forma parte de un ritual y como tal, se centra más en la forma que en el objetivo a conseguir.

En otras ocasiones, cuando esos cambios todavía no han sido completamente desarrollados en toda su amplitud, otras propuestas de cambios están llamando a la puerta para remplazar a los anteriores. El cambio es como si fuera el termómetro que mide la modernización de un grupo social u organización. Es más, el dirigente, el mando o el líder que no incluya el cambio como parte de su acción habitual, corre el peligro ser aislado por el entorno.

La palabra cambio, con independencia de su eficacia, debe formar parte de la conducta de todo aquel que quiera ser tenido en cuenta para dirigir

(2) MIGUEL RODRÍGUEZ, Amando de: *La Sociedad Española, 1994-1995*, p. 7, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

cualquier organización. Muchas veces, la ansiedad, por un mal entendimiento de lo que significa modernización, lleva a realizar el cambio sobre el cambio, generando un proceso circular que puede desembocar en la misma situación que se pretendía modificar. En no menos ocasiones, ese cambio no es ni siquiera conceptual, sino más bien una mutación del léxico a emplear. La espiral del cambio nos atrapa y nos ahoga como una serpiente pitón a sus víctimas.

Los cambios, cualquiera que sea su naturaleza, afectan a la estructura social, entendiendo como tal:

«El cuerpo organizado de normativas –valores– que gobiernan la conducta que es común a los individuos de una determinada sociedad o colectividad» (3).

Todo cambio requiere un proceso que lleva aparejado una modificación parcial o total de valores en el ámbito de aplicación del mismo.

Un cambio es un proceso de socialización (entendiéndose como un proceso mediante el cual, el individuo aprende eficazmente a participar en un grupo social sobre la base de la estructura social), y para que tenga éxito precisa, ante todo, tiempo para que se internalice dentro de la cultura de la organización y de sus miembros. Dicho proceso se inicia con una fase ruptura, seguido por otra de transición que se caracteriza por la incertidumbre e incluso por la confusión. Ese cambio está consolidado cuando ha sido internalizado por los individuos y, por tanto, es visto como legítimo por ellos mismos.

Lo que distingue a las sociedades modernas es la capacidad de adaptación a los cambios, pero en los procesos de transición esos mismos cambios crean desorden, duda e incertidumbre. En la medida que los valores aparejados al cambio no se institucionalizan, surgen las dudas del individuo y de los propios líderes, triunfando el relativismo como medida para evitar el conflicto, amortiguando de esa forma la pugna entre los viejos y los nuevos valores.

Ese conflicto de valores como consecuencia del cambio continuo afecta directamente a los objetivos y a las metas de cada grupo social y por ende, a los de las instituciones y organizaciones. Ese relativismo genera una sensación de anomia (estado de confusión en un grupo o sociedad sometida al antagonismo entre sistemas de valores, que da por resultado

(3) MERTON K., Robert: *Teoría y estructuras sociales*.

un cierto grado de inquietud y la sensación de separación del grupo), pudiendo generar conductas divergentes de acuerdo con la tipología de Robert Merton.

Una manifestación de esa conducta es la innovación, que tiene lugar cuando la importancia concedida al éxito colectivo o individual invita a utilizar medios institucionalmente proscritos pero considerados eficaces. El individuo rechaza las prácticas institucionales pero conserva las metas. Un ejemplo es el *carrerismo*. Este vocablo inglés se define como el deseo de ser, más que el deseo de hacer. En este caso, el individuo subordina los códigos de conducta o los códigos éticos de su organización al éxito personal. Esto puede ocurrir, bien por no tener adecuadamente interiorizado el código ético de la organización, bien porque existe confusión sobre la validez de ese código, o bien, simplemente, porque la organización alienta, consciente o inconscientemente, ese tipo de actitudes.

Otra forma de conducta es el ritualismo. Ante la frustración por no alcanzar las metas impuestas por las organizaciones, el individuo las abandona y se aferra estrechamente a las rutinas de las normas institucionales. En definitiva, es el modo de adaptación para buscar en forma individual un escape privado ante el miedo y la frustración por no alcanzar los objetivos dentro de un grupo social, ciñéndose lo más estrechamente posible a las rutinas seguras de las normas institucionales.

Ese es el caso contrario a la innovación. Los códigos éticos existentes en las organizaciones o en determinadas profesiones no son un fin en sí mismos, más bien son un medio para mejor asegurar el fin o la misión de la organización. Un ejemplo evidente es la disciplina en la institución militar. La disciplina es un valor instrumental que se considera clave en el funcionamiento de los ejércitos en aras al cumplimiento de las misiones a ellos asignadas. Sin embargo, algunos miembros de esta institución, por las diferentes razones aludidas anteriormente, pueden transformar la disciplina en un valor final. Esto evidentemente crea una disfunción y puede llegar ser un conflicto.

Retraimiento es un comportamiento más agudo, que consiste en el abandono tanto de los objetivos de la organización como de las prácticas institucionales encaminadas hacia la consecución de los objetivos o metas.

Finalmente, el caso más extremo y también menos frecuente sería la rebelión, que lleva a los individuos a pensar y tratar de poner en práctica una estructura social nueva, es decir, muy modificada. Lo que supone un

cambio de las metas y las normas existentes por ser consideradas como puramente arbitrarias.

Lo militar y el cambio

Nos hallamos en el segundo decenio del siglo XXI, en una sociedad, al menos dentro de los países desarrollados, cada vez más global, compleja, moderada –alejamiento de las posiciones extremas en todos los ámbitos–, con un importante relativismo cultural, ético y científico, altamente secularizada, donde reina la supremacía del individualismo –entendido como la preponderancia del hombre como ser portador de unos derechos y deberes inalienables frente al Estado– y con cambios vertiginosos.

Lo militar, entendiendo, está sometido, como cualquier otra organización y profesión, a la influencia del entorno y, esto se refleja en cambios internos. Los cambios, tanto en la organización como en el ejercicio de la profesión militar, pueden ser origen de disfunciones, ambivalencias y, llegado el caso, también de conflictos.

El análisis de la profesión militar tiene que abarcar dos vertientes diferenciadas pero interrelacionadas: la evolutiva y la situacional. No se puede llegar a comprender la realidad presente sin entender los factores evolutivos que la han configurado.

El proceso evolutivo de la profesión militar es un reflejo de los cambios de la sociedad y de la organización militar. Los cambios de primer nivel son las transformaciones que se llevan a cabo en la sociedad bajo el impacto de las fuerzas sociales, culturales, tecnológicas, económicas y políticas. El segundo nivel, es la transformación que se desarrolla en el propio seno de la institución militar, tales como nuevas misiones, cambios en las estructuras, transformaciones debido a la tecnología, desarrollos legislativos, etc.

El nacimiento de la profesión militar fue el resultado de dos elementos claves: uno, el comienzo del Estado-Nación que llevó parejo la formación de ejércitos permanentes; y el otro, la tecnología, que exigía una mayor capacitación de sus miembros. A partir de éstos, otros factores sociales han ido configurando la profesión militar. Así pues, los cambios que se originan en la sociedad o en el seno de las organizaciones militares tienen su reflejo en la profesionalización militar, tanto en lo referente a sus

conocimientos técnicos, valores y perspectivas como a las conductas que se consideran imprescindibles para el ejercicio de la profesión militar y en cumplimiento de las misiones encomendadas a la organización desde la sociedad a la que sirven.

El progreso tecnológico ha sido el motor principal de cambios en las sociedades a lo largo de la historia y la organización militar, como cualquier otro grupo social, no es una excepción. Su fin último es alcanzar la misión asignada con las capacidades disponibles, ya sean humanas, técnicas u organizacionales. La institución militar ha sido y es una variable enormemente dependiente del tipo de armas disponibles. La disposición táctica, los criterios organizativos y el entrenamiento, siempre giran alrededor de los sistemas de armas que emplean.

La adquisición de nuevas tecnologías no sólo supone el hecho de poseer un sistema de armas sofisticado, también implica un intercambio de ideas entre ciertos sectores civiles y militares en distintos campos técnicos y organizativos. La apertura a las nuevas corrientes organizativas y la posibilidad de observar e introducir métodos de trabajo de las empresas civiles, han sido y siguen siendo importantes promotores de cambio en la organización militar.

Se puede afirmar que la tecnología tiene una gran influencia sobre el profesionalismo militar. Los avances tecnológicos liberan posibilidades humanas que necesariamente operan sobre las convicciones más arraigadas de los integrantes de la milicia. La tecnología ha influido también en el desarrollo del profesionalismo y consecuentemente en el estilo de mando y liderazgo. No es menos cierto que el aumento del profesionalismo, a su vez, influye en las perspectivas sociales e ideológicas de los militares profesionales.

El avance, por ejemplo, de la tecnología requiere equipos de trabajo muy maduros, donde cada miembro tiene unas importantes cuotas de poder basado en el conocimiento. En esta situación, el estilo de mando debe ser coherente con esta realidad. Por tanto, el mando no puede cumplir eficientemente su misión por medio de una autoridad predominantemente autocrática. El jefe debe ejercer su autoridad en un estilo de mando más participativo. Ello significa mayor confianza en el equipo, delegación de autoridad, persuasión y comunicación.

La introducción de tecnologías en los ejércitos se ha ido convirtiendo en una rutina, y los cambios estructurales en la organización han sido más

frecuentes. Para que la rutina del cambio no suponga un trauma es necesario promover en la organización militar una gran capacidad de adaptación y flexibilidad. Aun así, y éste es el argumento principal expuesto a lo largo de este capítulo, esos cambios llevan consigo una mutación de valores aunque, por otro lado, existen un conjunto de los mismos, representado por el código moral, que se consideran imprescindibles para asegurar las misiones asignadas a las Fuerzas Armadas.

Otro cambio que ha afectado a lo militar, han sido las nuevas misiones asignadas a las Fuerzas Armadas como consecuencia del nuevo orden mundial sobrevenido al finalizar la guerra fría. La sociedad internacional como respuesta a los nuevos peligros para la paz mundial y regional consideró que las Operaciones de Apoyo a la Paz (OAP) contribuirían a proyectar estabilidad. Ello significó un importante cambio en la organización militar al ampliar sus misiones y actuar en un marco multinacional. A su vez, este cambio también tuvo un importante impacto en la profesión militar. Esto ha sido todavía más evidente en el caso de España.

Con el fin de dar un adecuado marco legislativo a las OAP, se modificaron leyes y normas nacionales para dar cabida a la participación de las fuerzas militares en toda la gama operaciones de mantenimiento de paz. La Ley Orgánica 5/2005, de la Defensa Nacional, recogía por primera vez estas Operaciones y el procedimiento para autorizar la participación española, así como el compromiso de establecer las reglas de comportamiento de los militares españoles, mandato que fue recogido en la Ley 39/2007 de la Carrera Militar y en el Real Decreto 96/2009 de Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas.

Las Fuerzas Armadas han experimentado cambios estructurales y orgánicos para dar respuesta a las necesidades de planificación, operativas y logísticas de estas misiones de carácter multilateral. Igualmente se ha elaborado un nuevo cuerpo doctrinal para guiar las acciones de la fuerza militar en OAP, en coherencia con el resto de las Fuerzas Armadas de los países miembros de las organizaciones bajo cuyo mandato despliegan.

Por otro lado, las actividades que se llevan a cabo, especialmente en los periodos posconflicto, exceden de los cometidos considerados tradicionalmente militares, tales como la ayuda humanitaria, construcción de infraestructuras de los países en conflicto, asistencia sanitaria, ayuda a la gobernanza del Estado, etc. En la mayoría de las veces, esos cometidos se asignan a las fuerzas militares desplegadas en el área de operaciones

para cubrir las deficiencias de otras organizaciones o instituciones internacionales o locales.

Como consecuencia de la experiencia acumulada en los últimos años en la participación de las Fuerzas Armadas en todo el proceso del conflicto: prevención, gestión y construcción de la paz, lo conjunto y lo combinado se ha puesto en valor, tanto en lo que se refiere a las estructuras, como a la doctrina, planeamiento y conducción de las operaciones.

Lógicamente, las nuevas misiones también requirieron adaptar los planes de estudios de la enseñanza militar y los programas de entrenamiento. En los planes de instrucción de las unidades cada vez se dedican más tiempo al entrenamiento de este tipo de operaciones, en detrimento, en ocasiones, del esfuerzo dedicado a las misiones clásicas. Las actividades en apoyo a la población civil, no estrictamente de carácter militar, también forman parte de esas enseñanzas.

Este tipo de operaciones necesita sistemas de armas, material y equipamiento adecuados a los nuevos cometidos. Medios de proyección estratégica, vehículos con un alto nivel de protección, helicópteros, equipos con capacidad para ser desplegados en un corto espacio de tiempo, escalones médicos avanzados, etc. Es más, la mayoría de estos medios ocupan las primeras prioridades en la determinación de necesidades por parte de los mandos de las Fuerzas Armadas.

Las OAP sirvieron de punto de encuentro entre la sociedad y sus Fuerzas Armadas, algo que empíricamente es un hecho en el caso de España. Las Fuerzas Armadas han ganado legitimidad a los ojos de los ciudadanos. El alto prestigio del que gozan actualmente las Fuerzas Armadas españolas, por parte de sus ciudadanos, es debido principalmente al papel que las Fuerzas Armadas están llevando a cabo fuera del territorio nacional. Es más, los ciudadanos consideran que las Fuerzas Armadas, gracias a las OAP, contribuyen a la acción exterior del Estado y a aumentar el prestigio de España.

La participación de las Fuerzas Armadas en misiones para contribuir a la paz mundial y a proyectar estabilidad ha calado, por tanto, en la población española y ha servido para eliminar, en gran parte, las reticencias históricas hacia sus Ejércitos y Armada.

Finalmente, las OAP influyen en la profesión militar, pues la doctrina, la planificación y el entrenamiento de estas operaciones forman parte de

las enseñanzas militares en todas sus modalidades. También este tipo de Operaciones están aportando una importante experiencia personal y profesional. Por tanto, sin lugar a dudas, los valores aparejados a las OAP forman parte de la estructura social de los militares en la actualidad.

Un cambio reciente en términos históricos pero con gran repercusión en el conjunto de la institución militar en España, fue la transición de un modelo de Fuerzas Armadas mixto por otro *totalmente profesional*. Ello se debió fundamentalmente, por un lado a una demanda social y, por otro lado a necesidades operativas de las Fuerzas Armadas.

La adopción de un modelo de Fuerzas Armadas profesional, tuvo, en primer lugar, una incidencia en las relaciones Sociedad-Fuerzas Armadas, ya que se liberó la presión social hacia la institución militar con motivo de la supresión del servicio militar y esto permitió unas relaciones más fluidas entre la Sociedad y sus Fuerzas Armadas. La mala imagen del servicio militar afectaba a la percepción que los ciudadanos tenían de lo militar en España.

En segundo lugar, esta medida favoreció las reticencias de los ciudadanos para enviar fuerzas militares allende de las fronteras nacionales, para llevar a cabo diversos tipos de operaciones en el marco de las OAP, ya que todos los militares eran profesionales, incluidos los de tropa y marinería.

En tercer lugar, se concedió, en términos prácticos, más atención a las políticas encaminadas a mejorar la conciencia y «cultura de Defensa», ante el riesgo que suponía que la Defensa Nacional pudiera ser percibida como un asunto de unos pocos, los militares.

El ejército profesional estrechó la base de reclutamiento, en términos prácticos, al disminuir la representatividad social y territorial, así como el nivel de estudios de los militares profesionales de tropa y marinería. Mayoritariamente estos militares ingresaban en las Fuerzas Armadas como un medio para asegurar su vida. La motivación vocacional quedaba principalmente reducida a los oficiales.

Un ejército sobre una base de reclutamiento fundamentalmente vocacional contribuye en mayor medida al éxito del cumplimiento de las misiones asignadas. Aquellos que ingresan por vocación, implícitamente aseguran que existe una socialización anticipadora con los valores de grupo de referencia y consecuentemente, será más fácil instruirlos en el código ético propio de la profesión militar. También la vocación genera

un mayor compromiso, y por tanto, está menos sujeta a las oscilaciones del mercado laboral.

Si se quiere unos militares profesionales moralmente coherentes con el código ético que representa las *Reales Ordenanzas*, los mecanismos de socialización son más importantes que antaño. Esta situación se hizo todavía más heterogénea cuando se aprobó el reclutamiento de extranjeros en las Fuerzas Armadas españolas procedentes de determinados países y bajo ciertas condiciones. Teniendo en cuenta lo anterior, los elementos para motivar al personal también debieron adaptarse a la nueva realidad, incluyendo aspectos como el lenguaje a emplear por parte de los mandos.

La disminución de efectivos como consecuencia del nuevo modelo de Fuerzas Armadas, implicó que los destinos de los militares profesionales de tropa y marinería se concentraran principalmente en unidades operativas. Las carencias de personal en otras áreas dentro de las Fuerzas Armadas se subsanaron por medio de la contratación de servicios a empresas civiles. La *externalización* de servicios se convirtió, pues, en una rutina en las Fuerzas Armadas. Es este hecho ha supuesto que lo militar ha importado no solo servicios, sino también metodologías de trabajos del mundo civil y los valores aparejados.

El modelo profesional de Fuerzas Armadas afectó a las estructuras de los ejércitos, al régimen interno e incluso al estilo de mando. En el caso de la enseñanza, la formación general y específica se concentró en los centros de enseñanzas, liberando a las unidades de la instrucción militar básica durante el proceso de reclutamiento. En la medida que estos profesionales de tropa y marinería han ido ganando conocimiento y experiencia, es decir, madurez, el estilo de mando en las Fuerzas Armadas también ha cambiado, pasando de un estilo preponderantemente autocrático a otro más consultivo o participativo.

Ambivalencias versus conflictos en lo militar

Institucionalismo versus ocupacionalismo

¿Cuál es el modelo de profesión militar más adecuado para que las Fuerzas Armadas puedan cumplir eficazmente sus cometidos? Janowitz considera que:

«Las especiales características de la organización militar son el resultado de sus fines, es decir, la gestión de los instrumentos de violencia» (4).

Siguiendo el pensamiento de Janowitz, la institución militar ha ido paulatinamente ampliando sus misiones, tales como diplomacia de defensa, ayuda humanitaria, OAP, apoyo a la reforma del sector de la defensa a ejércitos de terceros países, etc., todo ello sin abandonar las misiones tradicionales. El papel protector de las Fuerzas Armadas se ha incrementado así como el uso mínimo de la fuerza. Como consecuencia de lo anterior y de los grandes cambios sociales, se han reducido las diferencias entre las organizaciones civiles y las organizaciones militares.

Se puede afirmar que la organización y la profesión militar, en la actualidad y probablemente en el futuro, se mueve en un *continuum*. En un extremo se encontraría lo que Moskos denominó «institucionalismo» —el *ethos* militar estaría formado por los valores que se establecen, en el caso español, sobre todo en las *Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas*, aunque no solamente— y, en el otro extremo, se hallaría el modelo «ocupacional», equivalente a una organización de formato civil con valores propios del mercado. De esta forma se puede observar que en la organización militar y en su profesión se establece una dialéctica donde según las circunstancias, las Fuerzas Armadas se desplazan hacia un lado o hacia al otro. La convivencia de ambos modelos en la organización militar es generadora bien de conflictos o bien de ambivalencias.

Los diferentes investigadores de lo militar, desde Hutchinson, Walter y Huntington hasta Lang, Janowitz, Lippert, Kourvetaris o Moskos, consideran que la organización y la profesión militar requieren unas especiales características que se deben reflejar en su estructura organizativa y en el código ético de la profesión. A este respecto, Huntington señala que lo que distingue al militar de otros profesionales es:

«El sentido de su misión, de la Historia y de la Nación» (5).

Janowitz subraya que la organización militar tiene que tener unas características especiales porque es:

«La única responsable de preparar y gestionar la guerra y el combate.»

(4) JANOWITZ, Morris: *El soldado profesional*, p. 98, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.

(5) HUNTINGTON, Samuel P.: *The rise of the military profession in western society*.

La persistencia del «espíritu de combate» es lo que mantiene las barreras entre lo civil y lo militar, según Janowitz. En caso de no existir ese carácter diferencial, la organización militar desembocaría en una empresa técnica. Sin embargo, la persistencia del espíritu de combate, y su correlato de capacidad letal, es lo que mantiene ciertas características distintivas entre otras profesiones y la militar. El desarrollo de un enfoque racional de todo lo que supone innovación no puede suplantar a la disposición incondicional para afrontar el peligro con riesgo personal, y con el riesgo de dar órdenes que ponen vidas en extremo peligro, que es la esencia del espíritu castrense. Esa disposición se refleja en todas y cada una de las misiones asignadas en las Fuerzas Armadas, desde las nuevas misiones hasta los conflictos bélicos y la guerra.

Moskos, quien elaboró la teoría institución-ocupación, considera que unas Fuerzas Armadas institucionales son más eficaces que las ocupacionales por tres aspectos fundamentales (6), al que, según mi opinión, habría que agregar un cuarto:

1. *Ejecución en la misión.* La identificación institucional genera mayor compromiso organizativo y mejores resultados que los ocupacionales. Las Fuerzas Armadas requieren de sus miembros un cierto comportamiento que nunca puede servir a intereses individuales, al menos en un sentido estrictamente económico. La integración de los valores institucionales dentro del individuo, implica una serie casi ilimitada de definiciones de tareas y de formas de desarrollarlas. A la inversa, la lógica del *ocupacionalismo* consiste en establecer límites para cada tarea y en crear estándares para su ejecución que, de cumplirse, suponen una adecuada actuación.
2. *Motivación.* En la concepción institucional la motivación tiene una recompensa intrínseca (obedece a valores personales y trascendentes) y en el ocupacional, la recompensa es extrínseca (sigue un comportamiento basado en fundamentos económicos). Ambos no son independientes, el problema de la recompensa extrínseca es que llega a crear un comportamiento que no se mantendrá en el futuro salvo a cambio de recompensa extrínsecas todavía mayores e incluso, la motivación por recompensas extrínsecas puede debilitar las intrínsecas.
3. *Responsabilidad profesional.* El *ocupacionalismo* reduce las funciones militares a términos económicos, la decisión final sobre la organiza-

(6) Moskos, Charles C. y Wood, Frank R.: *Lo militar: ¿más que una profesión?*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.

ción y el personal militar atañe a los analistas de coste-beneficio; las decisiones ya no corresponden a la profesión militar. El enfoque institucional, por el contrario nunca pierde de vista la excepcionalidad de la organización militar en una sociedad democrática.

4. *Inestabilidad organizativa*. Cuando los militares tengan una tendencia fundamentalmente ocupacional, el ingreso, así como la permanencia en la institución militar, estarán condicionados por la ley de la oferta y de la demanda. En caso de que haya una gran demanda de mano de obra en el mercado, los ejércitos se descapitalizarán y, por otro lado, será difícil reclutar al personal con el perfil adecuado. Además, cuando las tareas exijan un alto riesgo, la profesión militar puede ser menos atractiva. Por el contrario, cuando los profesionales militares se rigen por valores institucionales, tales como vocación de servicio a los demás o patriotismo, los vaivenes del mercado laboral tendrán un efecto menor en lo militar.

Ese *continuum* ocupación-institución persistirá en la institución militar. La organización militar como se ha visto no es un sistema cerrado y está sujeto a cambios. Los principales cambios se originan, muchas veces, con motivo de la innovación tecnológica y, consecuentemente, eso implica importar los valores aparejados a esos cambios. La manera de evitar el conflicto es que lo militar sepa jerarquizar esos valores. Es decir, la introducción de determinados valores puede ser útil y necesaria siempre y cuando que no reemplacen a los institucionales.

Si todos están de acuerdo que unas Fuerzas Armadas con una tendencia institucional son más eficaces que las ocupacionales, ¿por qué el *ocupacionalismo* sigue existiendo? Las razones son varias. En tiempos prolongados de paz, existe una fuerte presión para que lo militar adopte un formato próximo a las organizaciones civiles. En este sentido, John Downey, escritor británico sobre temas de gestión en el ejército indica que:

«El ejército tal vez vaya inmediatamente detrás de la religión; en cuanto a que, en tiempos de paz, debe poner en duda sus principios y sus creencias; no así en tiempo de guerra en el que los militares necesitan una doctrina fácilmente interpretable» (7).

Cuando un Estado es derrotado en una guerra o en una intervención armada, suele haber un proceso de revisión para determinar las causas y los factores que les ha llevado al fracaso. Este el caso de Estados

(7) DOWNEY, J. C. T.: *Management in the Armed Forces: An Anatomy of the Military Profession*, p. 61, editorial McGraw-Hill, Londres, 1997.

Unidos como consecuencia de la derrota de Vietnam. Una de la principales conclusiones de ese proceso de revisión en Estados Unidos, fue que sus Fuerzas Armadas habían adoptados pautas fundamentalmente ocupacionales en el periodo comprendido entre la guerra de Corea y la de Vietnam, y ello había creado un menor compromiso por parte de sus miembros. Por tanto, había que volver a unas Fuerzas Armadas presididas por valores institucionales.

En segundo lugar, el giro al *ocupacionalismo*, puede deberse a la historia reciente del país y de sus ejércitos. Cuando lo militar ha desempeñado un papel sobredimensionado en la estructura del Estado, ha sido un importante grupo de presión y, a veces, ha dado apoyo a un régimen autoritario o dictatorial, se considera que unas Fuerzas Armadas institucionales puede ser un obstáculo para llevar a cabo un proceso de transición hacia un sistema democrático. La transformación de unas Fuerzas Armadas institucionales por otras de carácter ocupacional se considera que facilitará el proceso general de un Estado hacia la institucionalización de la democracia, incluso a pesar del hecho de que las Fuerzas Armadas pudieran perder eficacia desde el punto de vista técnico-militar.

En tercer lugar, cuando no se entiende bien la naturaleza de lo militar, su ceremonialismo, sus tradiciones, su cultura organizativa y estilos de liderazgo pueden ser vistos desde fuera como obsoletos, transmitiendo la impresión de una institución anclada en el pasado. Muchas veces, esa percepción no sólo viene del exterior, sino también de ciertos sectores internos de lo militar. Una mala interpretación de lo que es modernización o simplemente no ser consciente de la importancia de la cultura militar en apoyo al cumplimiento de las misiones de la organización militar, conduce a introducir reformas organizativas que llevan al *ocupacionalismo*.

Esta dialéctica ocupacional-institucional crea tensiones, tanto en el ámbito de la organización como de la profesión militar. La primera ambivalencia es de carácter individual. Cuando los militares profesionales han sido educados en uno de esos dos modelos, cada vez que se produce un desplazamiento del uno al otro, se origina un conflicto individual, pues los valores aprehendidos no son coherentes con los dominantes en ese momento.

La segunda ambivalencia surge dentro de la organización. Cuando en las Fuerzas Armadas coexisten profesionales con distinto valores, unos con valores ocupacionales y otros con valores institucionales, se crea una ten-

sión porque el compromiso, la motivación, la responsabilidad profesional e incluso el lenguaje a emplear para el cumplimiento de las actividades de la institución militar difieren en el grado y en el enfoque. Esta situación se percibe claramente cuando se ejerce el mando. A través del mismo se puede observar la mayor implicación de aquellos que ingresaron en la profesión militar por un carácter vocacional y su conducta está regida por valores principalmente institucionales con respecto a aquellos para los que la profesión es un medio de vida.

Aislamiento versus apoyo social

Como se pretendido reflejar a lo largo de este capítulo, lo militar no es un sistema cerrado y está sometido a la influencia de los cambios sociales. Ortega y Gasset decía a este respecto que:

«Lo importante es que el pueblo advierta que el grado de perfección de su ejército mide con pasmosa exactitud los quilates de la moralidad y *vitalidad* nacionales» (8).

En la medida que las organizaciones militares son más permeables al exterior y sus profesionales tienen, ante todo, una vocación de servicio a la nación, son más sensibles a las actitudes de los ciudadanos hacia la organización y la profesión militar.

Hasta la Revolución Francesa, los cuadros de oficiales de los ejércitos estaban compuestos exclusivamente por nobles, se entendía que los cometidos de la nobleza eran los únicos aptos para ejercer el oficio de oficial, esta creencia estaba fundamentada en que éstos poseían unos valores y una educación muy próxima al perfil ideal del oficial.

El triunfo de la burguesía en el siglo XVIII vino acompañado de una mayor movilidad social, de un descenso de la nobleza, del incremento de los efectivos de los ejércitos –el ejército pasó a ser el pueblo en armas– y de mayores oportunidades de acceso a la educación por parte de las distintas clases sociales. Esto significó que la base de reclutamiento de los oficiales de los ejércitos de la época se amplió. No obstante, fueron los hijos de la burguesía los que ingresaron en las academias militares para alcanzar un prestigio social que se otorgaba por el hecho de pertenecer al cuerpo de oficiales y se negaba a la burguesía *per se*.

(8) ORTEGA Y GASSET, José: *España invertebrada*, editorial España, 2006 (1921).

En la medida que los criterios para acceder a las Fuerzas Armadas se han ido basando exclusivamente en la igualdad de oportunidades y en el mérito personal y, además, la profesión militar ha dejado de ser la única fuente para alcanzar reconocimiento, la base principal de reclutamiento para ser oficial, al menos en España, es la clase media. Por otro lado, el prestigio de lo militar se ha convertido cada vez más en una variable dependiente de las actitudes de los ciudadanos materializada por medio de la opinión pública hacia las Fuerzas Armadas y a la profesión militar.

En todas las profesiones que tienen una vocación de servicio a la sociedad, la autoestima y la autoimagen de sus profesionales dependen, en gran parte, de la percepción que poseen los ciudadanos y la opinión hacia esas ocupaciones.

Como señala Wright Mills y Gerth en el libro: *Carácter y estructura social*:

«Las profesiones tienen una cuota esperada de prestigio dentro de la sociedad donde se desenvuelven» (9).

Por otro lado, el prestigio comprende dos vertientes, una la que pretenden los profesionales y otra la que otorgan los individuos. Si la pretensión coincide con la opinión de la sociedad el grado de autoestima será alto; en caso contrario, surge la ambivalencia: «sirvo a una nación donde sus ciudadanos no reconocen mi trabajo». Esto puede poner en marcha una serie de mecanismos de defensa, que pueden ir desde un paulatino aislamiento de la realidad, hasta una actitud pasiva o agresiva.

Este conflicto entre la demanda de apoyo social que precisa lo militar para aumentar su autoestima y la que otorgan los ciudadanos es fuente de ambivalencia y, lo seguirá siendo en el siglo XXI.

Esa ambivalencia puede ser mitigada a través del conocimiento. Todas las teorías sobre la formación y el cambio de actitudes sociales han puesto de relieve que, para que pueda haber evaluación de un hecho social, es condición indispensable que previamente exista información sobre dicho hecho. A partir de la obtención de la información se produce la reflexión por parte del individuo y, posteriormente, emite su propia evaluación, que no tiene que ser acorde con la fuente original del conocimiento. Cuando, por el contrario, no se conoce un asunto se está más sometido a los vaivenes de las modas y a crear ficciones en torno a él.

(9) GERTH, H. y WRIGHT, Mills C.: *Carácter y estructura social*, p. 298, editorial Paidós, Buenos Aires, 1971.

A través de conocimiento se pueden satisfacer las demandas de apoyo social por parte de las Fuerzas Armadas y de sus miembros con el fin de aumentar su prestigio social y autoestima profesional.

Actualmente, en España las Fuerzas Armadas son la institución mejor valorada. La puntuación que los españoles han otorgado a esta institución ha ido aumentando año tras año en los últimos dos decenios hasta alcanzar esa posición. Sin embargo, la profesión militar no goza del mismo reconocimiento. A la hora de valorar la profesión del militar de carrera y la del soldado profesional (10) en relación con otras ocho profesiones, ambas obtienen la misma puntuación y ocupan la última posición. Resultados similares se han obtenido en estudios anteriores.

La profesión militar plantea desde el punto de vista de la opinión pública ciertas disonancias. De los diferentes estudios llevados a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), se deduce que a pesar del hecho de que los españoles consideran que los militares están actualmente bien preparados para llevar a cabo los cometidos asignados, siguen pensando que es una profesión privilegiada, es decir, que recibe más que da. Aunque los españoles opinan que es una profesión vocacional; por otro lado, consideran que el valor más importante del militar es la preparación técnica, seguido de la disciplina y la responsabilidad.

La profesión militar, pues, también genera contradicciones y ambivalencias en la propia sociedad española según las variables socioeconómicas de los encuestados.

Conflicto *versus* coherencia

Al principio de este capítulo, se indicaba que en un mundo en mudanzas y también apresurado, era necesario hacer una fotografía de la situación, por muy estática que ésta fuese, y reflexionar de dónde venimos, dónde estamos y a dónde queremos llegar. En este caso, esa reflexión se ha centrado sobre lo militar. También se ha analizado las posibles fuentes de conflicto del siglo XXI, tanto en la organización como en la profesión militar en relación con el entorno y en su ámbito interno. Esos conflictos muchas veces los hemos denominado ambivalencias, de una forma más técnica y quizás también para evadir la posible connotación negativa de la palabra conflicto.

(10) CIS: *La Defensa Nacional y las Fuerzas Armadas (VIII)*, diciembre de 2009.

Los hechos demuestran que la sociedad no es una estructura perfectamente organizada, que vaya de lo simple a lo complejo, de lo banal a lo importante; y donde todos sus componentes están compuestos por elementos estructurales perfectamente ordenados. Hay que aceptar que la sociedad perfecta, como cualquier otro grupo social, está lejos de la realidad y además hay que ser consciente de ello; por tanto, tenemos que aprender a vivir con estas disfuncionalidades.

Las profesiones, y la militar no es una excepción, han sido y son fuentes de ambivalencias, tanto en relación con su propia naturaleza, con la sociedad en la que están inmersas y con la organización a la que sirven.

La institución militar es un instrumento al servicio del Estado que tiene a su cargo, en palabras de Janowitz: «la gestión de los instrumentos de la violencia», al menos la exterior. Sin embargo, la realidad actual nos informa que esa concepción de las Fuerzas Armadas se ha quedado obsoleta porque, como ya se ha dicho, el número de misiones de las mismas se ha ido ampliando. Para que la institución militar pueda hacer frente a las misiones tradicionales junto con los nuevos compromisos, es necesario poner mecanismos de profesionalización coherentes a las tareas a realizar.

La profesionalización militar significa la adquisición de unos conocimientos teóricos, técnicos generales y especializados; la socialización de los valores, normas y códigos éticos con el fin de regular la conducta de los militares en el ejercicio de sus funciones, aunque la transmisión de estas normas morales no es exclusiva de la profesión militar también es cierto, como indica Abrahamsson:

«Que esta profesión es la que más regula la conducta con excepción del clero» (11).

Y crear un alto grado de identificación entre sus miembros como consecuencia de un entrenamiento común y la aplicación de la mismas doctrinas y procedimientos.

Este trabajo se ha centrado en los conflictos como consecuencia de la tensión que se puede generar entre los existentes y los nuevos valores. La praxis diaria enseña que ese sistema de valores y normas, claves para cumplir las misiones, no son totalmente congruentes unos con otros,

(11) ABRAHAMSSON: *Military professionalization and political power*, SAGE Publications, Londres, 1972.

más bien se podría decir que existe una dialéctica permanente entre valores y contravalores, especialmente en los periodos de transición con ocasión de los cambios.

El militar del siglo XXI debe aceptar que el conflicto, o si se quiere la ambivalencia profesional, seguirá existiendo. También es cierto, que determinadas conductas no se pueden amparar al abrigo de este hecho social. En definitiva, el proceso de profesionalización debe servir, por un lado, para adquirir los valores profesionales y, por otro, para saber cómo mezclar las potenciales ambivalencias en un todo funcionalmente consistente. De no ser así, a lo largo del ejercicio profesional surgirán dudas y vacilaciones que pueden dar lugar a derivas que se alejen del código moral militar. Esto es fácil de decir, pero plantea un gran desafío el llevarlo a la práctica.

En este sentido, Janowitz apoya la tesis anterior, al señalar que:

«Al igual que en el pasado, el futuro de la profesión militar depende del equilibrio entre la estabilidad organizativa y la adaptación al rápido cambio tecnológico y político. Los mandos militares deben estar preparados para resolver o, más exactamente, vivir con una serie de dilemas» (12).

Existen ciertas recetas, desde el punto del autor de este capítulo, que pueden aminorar las ambivalencias aludidas. El relativismo conduce a la sensación de anomia en cuanto a valores se refiere. No se puede tratar el relativismo con más relativismo, más bien con determinación. Si sabemos dónde estamos y a dónde queremos llegar, será más fácil ser persistente para orientar conductas y estilos.

En este contexto la socialización es clave en la parte de la profesionalización que trata con la transmisión del *ethos militar*. Una forma de socialización es la que se lleva a cabo en las academias y centros de formación militar. La asimilación de valores, normas y códigos requiere más tiempo que las enseñanzas técnicas. El hecho que las enseñanzas de formación requieran regímenes académicos especiales, sólo se puede justificar por la necesidad de aplicar métodos que aseguren en lo posible la transmisión del *ethos militar* a los futuros profesionales de la milicia.

Si esto no se comprende y se da supremacía a la formación técnica, que incluso va más allá de conocimiento militar, *se está creando un déficit*

(12) JANOWITZ, Morris: *El soldado profesional*, p. 132, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.

que conducirá a una profesión ocupacional. El hecho que se impartan más materias técnicas que humanistas o de moral, por mencionar un ejemplo, no se debe entender como un fallo en el sistema de profesionalización. La transmisión del *ethos militar* se lleva a cabo por todos y en todas las actividades. Cualquier actividad, por técnica que sea, puede ser una buena ocasión para infundir los valores y principios necesarios en el ejercicio de la profesión militar. Por esto es importante que aquellos que tienen la responsabilidad de dirigir los sistemas de enseñanzas y los que deben ejecutarlos, tengan una visión compartida de la importancia de la socialización de valores con el fin de dirigir sus esfuerzos en la misma dirección.

En este trabajo también se ha intentado demostrar que lo militar no es un sistema cerrado y los grandes cambios sociales afectan a la organización y terminan moldeando la profesión militar. Todos los valores asociados a estos cambios, de una manera u otra, son absorbidos por los profesionales de la milicia.

El gran reto es establecer una estructura social donde esos valores se jerarquicen, discerniendo entre valores finales e intermedios. Los militares, especialmente los mandos, pueden aceptar las técnicas y la metodología de la empresa civil y sus valores asociados, pero éstos deben ocupar un orden adecuado en esa estructura social de lo militar. La organización militar requiere que sus profesionales, dependiendo del nivel jerárquico que ocupen, guarden un equilibrio entre el militar heroico (representa el más alto escalón del *ethos militar*), el técnico y el gestor. La falta de ese equilibrio crea disfunciones y a su vez es origen de conflictos.

Otro aspecto a considerar en el proceso de transmisión de valores es la resocialización, es decir, el proceso de mantener vivos tanto en la organización como en los individuos los valores que han sido institucionalizados en las primeras etapas de la profesión militar. Todo aquello que no se cultiva termina perdiéndose. Cuando esa resocialización no se lleva a cabo adecuadamente a través de actividades conducentes a reafirmar la cultura militar, crea duda entre sus miembros y también conflictos y, por tanto, son más vulnerables a los contravalores.

Las organizaciones militares son ellas mismas, en numerosas ocasiones, las generadoras de conflictos, porque emiten señales contradictorias con respecto al código ético que debe iluminar la conducta, tanto de la institución como de la profesión. Los continuos cambios y la premura de lo

inmediato desnortan a las organizaciones. Esto crea continuas ambivalencias profesionales que minan la voluntad de los profesionales para seguir los códigos éticos, pudiendo llegar a creer sus miembros que ciertos atajos facilitan el éxito personal.

En el año 1985 se celebró una Conferencia Internacional sobre Tendencias Institucionales de la Organización Militar en la Academia de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. El objetivo de la misma era actualizar la utilidad de la tesis institución-ocupación en la institución militar. Las principales conclusiones fueron que una organización militar para ser eficaz en el cumplimiento de sus misiones debería estar:

- Centrada en la nación, no en la organización.
- Centrada en la misión, no en la carrera.
- Centrada en el grupo, no en el individuo.
- Centrada en el servicio, no en el trabajo.

Éste es el reto, si lo militar, entendiendo por ello la organización y la profesión militar, es capaz de seguir esta receta, sus ambivalencias y conflicto en el futuro serán menores y ello redundará en la eficacia de las Fuerzas Armadas.

CAPÍTULO QUINTO

LAS FUERZAS ARMADAS Y LA GESTIÓN DE CRISIS

LAS FUERZAS ARMADAS Y LA GESTIÓN DE LA CRISIS

Por JESÚS IGNACIO MARTÍNEZ PARICIO

Las Fuerzas Armadas en los escenarios de incertidumbres

¿Quién dijo que los elefantes no pueden bailar? Es el título del libro publicado por Louis Gerstner. Da cuenta de los cambios que introdujo en IBM para evitar el riesgo de su desaparición. La gestión del sigue siendo calificada de revolucionaria. Demostró que los elefantes pueden bailar. No resulta fácil adiestrarlos, pero la tarea es posible. Las memorias de Gerstner son un tratado de cómo hacerlo. El punto de partida es el convencimiento de que no se quiere desaparecer. Había que adaptarse a los nuevos escenarios.

A partir de ese momento los accionistas de la empresa buscaron la persona adecuada. No se tendría que amedrentar por la tarea. No tenía por qué pertenecer a la empresa. Podría ser una rémora. Se buscó fuera de la empresa. A la persona seleccionada se le reconocería independencia y autoridad suficiente para imponer los cambios que considera oportunos. No se le discutirían sus decisiones, pero sí tendría que rendir cuentas de los resultados.

Contó con la voluntad decidida de los propietarios para cambiar. Hizo frente a los problemas internos (de rebeldía) de todos los altos cargos que no estaban dispuestos a dejar sus puestos con las prebendas añadidas. Los directores generales que no estaban dispuestos a asumir el cambio salieron de la empresa. Las acciones que tomó para implantar las reformas se continuaron a lo largo del tiempo y en la misma dirección.

El objetivo fue fijado a medio y largo plazo. El programa del cambio también comenzó al poco de concluir la guerra fría (1993).

Louis Gerstner no cambió todo. Cambió lo necesario para adaptarse a las exigencias que imponía el entorno. Reforzó los elementos esenciales de la empresa. No quiso ni propuso que se renunciara al código genético de la empresa. El mando de la empresa dejó de reproducir la estructura territorial, nacional, para convertirla en operativa, funcional. Dispuso que el centro de gravedad del poder decisor de la empresa se desplazara allí donde estuviera el poder real en las relaciones geoestratégicas.

No es cuestión de seguir pues todo está descrito en el libro citado. El texto se cita como uno de los libros básicos para explicar que el éxito se puede alcanzar incluso cuando se vislumbra la profundidad del precipicio. Debe quedar la idea que interesa aquí. Los elefantes (IBM y otras corporaciones semejantes) pueden bailar si quien tiene el poder, sobre todo la autoridad toma la decisión de que se alcance este objetivo. Los análisis posteriores que evalúan los efectos del cambio muestran los éxitos alcanzados al tiempo que destacan sus disfunciones. El brillo de la razón no llegó a todas la partes.

IBM también es una organización institucional compleja que se parece a las Fuerzas Armadas. No se propone que las Fuerzas Armadas tengan que imitar lo que se tuvo que hacer en un momento crítico en la historia de una empresa. La introducción sirve como recordatorio de una experiencia parecida por la que han pasado y siguen pasando las organizaciones que tienen como objetivo la seguridad y la defensa. El Pacto de Varsovia desapareció. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) tuvo que replantearse su razón de ser en un escenario donde estaba desapareciendo la confrontación entre los bloques políticos, económicos y militares. No está resultando fácil implantar la doctrina de la nueva OTAN.

Las Fuerzas Armadas han sido consideradas en unas situaciones como una organización peculiar, en otros momentos se han considerado como una institución. En realidad siempre han sido las dos cosas. Una forma de zanjar el debate (académico) es reconocer que las Fuerzas Armadas son una organización institucional compleja que se encuentra sometida a un cambio permanente. Siempre ha sido así.

De acuerdo con las encuestas aplicadas a la opinión pública la percepción es la contraria. Aunque se reconozca la modernización de algunas

unidades militares, las Fuerzas Armadas son identificadas con el pasado. Ocurre lo mismo con los militares. De algunos se dice que no parecen militares. Para no pocos intelectuales y analistas u tanto peculiares las Fuerzas Armadas y los militares (sin distinción) son la perfecta representación del inmovilismo.

En los aspectos convencionales puede ser así. Símbolos antiguos se mantienen como signos emblemáticos incluso en las unidades militares más tecnificadas. Algunas señales de inmovilismo, incluso de reacción ocultan la realidad.

Las Fuerzas Armadas se pueden considerar como ejemplo de las organizaciones que se encuentran en transición permanente. Siempre ha sido así. En los tiempos del pasado, incluso en los tiempos del pasado más lejano las Fuerzas Armadas siempre han estado por delante de muchas instituciones. La disonancia entre la percepción valorativa y la realidad desconocida es la primera señal de la crisis a la que tienen que hacer frente las Fuerzas Armadas. Los militares tienen que convivir con esta disonancia como un rasgo más de la profesión.

El comienzo de un ciclo nunca resulta fácil. A las Fuerzas Armadas, a los militares tampoco les resulta cómodo. No son una excepción. Incluso les está planteando más problemas que a otras profesiones. Las dificultades aumentan cuando el sitio se tiene que buscar en un escenario que es global en muchas cosas.

Entre los años 1989 y 1991 se puso fin al ciclo antiguo en la historia de las relaciones internacionales. Hubo un tiempo corto donde el optimismo proyectó un futuro en términos lineales y acumulativos de lo que se había alcanzado hasta entonces. Se llegó a pensar que la Historia había llegado a su final. El sueño duró poco. Tal como demostró Ralf Dahrendorf los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-S) y los que les siguieron habían producido *el recomienzo de la Historia*.

La conclusión es que las Fuerzas Armadas de las sociedades avanzadas y las de las que avanzan tienen que gestionar las consecuencias de las crisis que trae el nuevo siglo y el nuevo ciclo. Se dejó atrás el «siglo corto» (el siglo XX) sin resolver sus trágicas contradicciones. El siglo pasado terminó como había empezado, con el estallido de los Balcanes. Un ejemplo que demuestra que el tiempo no soluciona los problemas. Hay que tomar decisiones si se pretende poner remedio a los problemas. Para Stefan Zweig lo peor del «mundo de ayer» sigue estando en

el presente y, por lo que se está viviendo, seguirá a lo largo del futuro inmediato.

Las Fuerzas Armadas están haciendo frente a una crisis profunda. Una crisis que no trasciende fuera de los cuarteles. Por supuesto, no forma parte de las preocupaciones de los ciudadanos. Resulta más chocante que tampoco inquiete a quién debería estar al tanto de lo que ocurre por razón de su oficio, formación e información. No tiene sentido pedir al ciudadano que se encuentra rodeado de problemas inmediatos que también se interese por una actividad a la que se ha vaciado del sentido tradicional que tenía. El único sentido que ese ciudadano llegó a conocer. El desconocimiento tiene todo su sentido si no se le han explicado los cambios y las razones por las que se han producido. El desinterés está justificado si, además, nadie le ha explicado con claridad las nuevas funciones que tienen que desempeñar las Fuerzas Armadas. El ciudadano de a pie está excusado, no todos los demás.

Resulta paradójico el tiempo que toca vivir. Desapareció la amenaza de la destrucción mutua asegurada. Se puso fin a la guerra fría y quedaron disueltos los bloques militares. Son impensables las guerras entre Estados del mundo desarrollado. El progreso económico está reduciendo las diferencias entre países ricos y países pobres. Los avances de la comunicación producen la perplejidad de ser protagonistas, muchas veces a la fuerza, de acontecimientos que se producen en los lugares más recónditos. Los avances del conocimiento están al alcance de la mayoría. Habría que concluir que las Fuerzas Armadas nada o poco tienen que hacer en semejante escenario. La realidad es distinta. No es así por lo menos en el comienzo del ciclo y del siglo. Las acciones militares están más presentes que nunca.

Las paradojas terminan no en lo señalado. Las profundas crisis a las que tienen que hacer frente las sociedades avanzadas son una consecuencia no deseada, ni tampoco prevista de su propio progreso. Hay que decir, con mayor precisión que no se quiso conocer la previsión bien argumentada. No se hizo caso porque entonces no se tenían los recursos para hacer frente a lo anunciado, o porque no se tenía voluntad para ir en contra de la dirección que resultaba incómoda. En la fortaleza y en las contradicciones de la modernidad se lleva aparejada su propia debilidad.

Vaya por delante. La crisis a la que tienen que hacer frente las Fuerzas Armadas tiene un origen positivo. Otra cosa son las consecuencias de la

difícil gestión. Los resultados son excéntricos, disonantes y ambivalentes. Hay momentos donde las tres situaciones coinciden en el tiempo. Por supuesto, no todo es negativo. Sin embargo, el lado positivo no termina de ser destacado como se merece.

El lado positivo de la crisis surgió tras el final a la guerra fría. Desaparecieron los bloques. No terminó la historia pero sí se redujo la probabilidad del estallido de la guerra entre Estados de sociedades avanzadas.

Siendo las cosas como son no se puede desconocer el principio básico cuando se proyecta un escenario en el futuro. Aunque se reconozca como el escenario menos deseable, la posibilidad más remota (guerra entre Estados) tiene una probabilidad finita de que se pueda cumplir. Si el escenario es controvertido y coincide con momentos de incertidumbre, el actual, ignorar este principio puede responder a una conducta propia de irresponsables.

Pocos son los que pueden querer la guerra. La razón no siempre se impone, ni está presente en la mayoría de las opiniones. Es otro de los argumentos que explica el distanciamiento del sentimiento común de los ciudadanos ante lo militar. El ciudadano exige que se materialicen los «dividendos de la paz». Los militares, como profesionales, tienen que considerar la probabilidad de la guerra no deseada y actuar en consecuencia. La relación termina siendo excéntrica. De acuerdo con las opiniones *civiles*, incluso la de algunos militares (hubo un movimiento que agrupó a «militares por la paz») la guerra no existe, no puede existir, no debe existir ni siquiera la guerra justa. En términos de opinión pública se insiste en la negociación, los acuerdos y la negociación antes que en el enfrentamiento. Incluso se llega a dudar de la aplicación del derecho de injerencia.

Al prohibir las guerras de agresión (Carta de Naciones Unidas) los Estados también renunciaron a ejercer la soberanía aunque fuera de manera tan extrema. Se pretendió crear un orden mundial regido por el Derecho Internacional. El objetivo no se ha conseguido. El Consejo de Seguridad no termina de cumplir sus funciones. Los derechos de veto bloquean sus decisiones. Cuando se propone como alternativa una coalición se carece de la legitimidad deseada, al tiempo que surgen los desequilibrios entre los Estados participantes. Las Fuerzas Armadas de las naciones participantes se tienen que mover en estos escenarios cruzados por intereses desiguales.

Si las intervenciones no se explican de manera convincente y no se pone orden en el desconcierto aumenta la distancia entre civiles y militares. Los ciudadanos civiles no entienden por qué se interviene, y los militares cumplen con el mandato que les fijan sus políticos. En la tríada los militares, como actores visibles son los que normalmente se llevan las críticas. Civiles y militares pueden convertirse en seres que llegan a extrañarse unos a otros. Pacifismos y militarismos mal entendidos los dos terminan por compensar las ausencias de razonamientos y explicaciones.

La reducción del riesgo de una guerra no garantiza que haya aumentado la seguridad. La inseguridad presenta facetas distintas a las que se conocieron en el ciclo antiguo. Pretender que se pueda garantizar la seguridad no deja de ser un enunciado oportunista alejado de la realidad más sencilla, si es que la sencillez existe en las relaciones entre naciones. La propuesta debe plantearse de forma pragmática. No se garantizará la seguridad pues resulta imposible. Se hará lo posible para reducir la inseguridad cuando surja el conflicto, no antes y hasta donde sea posible. El conflicto es inherente al ser humano. El control del conflicto entre unos límites soportables explica el avance y el progreso de las sociedades.

El ciudadano, más pragmático que idealista privatiza sus demandas. En la sociedad moderna se privatiza desde la fe, hasta los aspectos más triviales. La seguridad no es una excepción. Descartada la guerra como realidad no deseada, por la mayoría, el ciudadano reclama que se reduzca la inseguridad que le afecta a él personalmente. La guerra, como conflicto extremo desaparece del horizonte para dejar paso a la inseguridad provocada por conflictos de menor intensidad. No estará de más señalar una obviedad. El militar también es ciudadano y se encuentra inmerso en el mismo proceso.

Nueva confrontación entre deseo y realidad. En los discursos solemnes que tratan de la seguridad comienzan a excluirse los términos que tienen que ver con la defensa. La palabra guerra desapareció hace tiempo, incluso en las normas de comportamiento de la profesión militar. Los ejércitos han sido sustituidos por la expresión generalizada de Fuerzas Armadas. Los militares son los miembros de las Fuerzas Armadas, cuando no los contingentes de las Fuerzas Armadas. Los cambios en el habla no son caprichosos. Existe la creencia de que ocultando las palabras cambia la realidad. La incómoda realidad termina por ocultarse detrás del nuevo lenguaje. Se hace lo mismo con los símbolos.

En el proceso de la privatización de la inseguridad lo que preocupa a los gobernantes apenas interesa a los ciudadanos. La relación está desequilibrada. Los aspectos aparentemente menores de la inseguridad son los que inquietan a los ciudadanos y ven con desolación que preocupan poco a los políticos. Desaparecido el problema del servicio militar obligatorio las cuestiones de la Seguridad y la Defensa, de los ejércitos y los militares dejaron de interesar a los ciudadanos. Como ya no se puede rentabilizar en términos electorales tampoco aparecen estas cuestiones en las agendas de los partidos políticos. El proceso no es privativo de ninguna sociedad en concreto. Ocurre de forma parecida entre ciudadanos y políticos de distintas sociedades.

Los nuevos conflictos, los vividos en los últimos años no se han producido entre los Estados. Han tenido lugar dentro de un Estado. Se han enfrentado ciudadanos del mismo Estado. Han combatido entre sí los soldados del mismo Estado. De acuerdo con los términos convencionales estos conflictos habría que considerarlos como guerras civiles. Sin embargo, no se reconoce esta categoría. De nuevo se aplica la magia de las palabras.

La situación resulta paradójica pues tampoco se sabe cómo calificar esta nueva e incómoda realidad. Se habla de guerras híbridas, guerras asimétricas, guerras de baja intensidad, guerras de cuarta generación. No resulta fácil actuar de manera convincente ante una situación extrema a la que le falta el acuerdo de describir sus características. La paradoja aumenta un grado más en la escala de la perplejidad cuando se acepta participar en conflictos de los que se dice desconocer su final.

Resulta lógico el desconcierto del militar que ha sido formado hasta ahora con unos conceptos claros. Por el bien de todos debe dejar a un lado lo conocido para actuar con unas reglas de comportamiento, o de enfrentamiento que se alejan de lo que aprendió en su momento. Improvisar nunca satisface a todos, menos a los que tienen que actuar de esa manera sin contar con la cobertura suficiente.

La realidad ha desbordado la legislación internacional. La de Naciones Unidas de manera significativa. Fue redactada en unas circunstancias distintas a las que se tiene que aplicar. No pudo prever la complejidad del futuro. Los hechos han obligado a forzar la legalidad para justificar comportamientos no previstos. Los intereses nacionales se han impuesto por encima de la razón y del Derecho Internacional. En algunos momentos

se ha llegado a bordear la legalidad (legítima) con el fin de garantizar el mantenimiento de valores irrenunciables.

Las normas de comportamiento de otras organizaciones que tienen la pretensión de superar las limitaciones del Estado-Nación –Unión Europea, OTAN, Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE)– en términos de la opinión pública carecen de la misma o parecida credibilidad. Si son operativas les falta el reconocimiento mayoritario de una legitimidad que avale su legalidad.

Son situaciones extremas, pero reales. Situaciones en las que surgen toda suerte de contradicciones que el militar, a su pesar, tiene el deber de asumirlas como propias aunque le vengan impuestas por el poder político. Como profesional debe racionalizarlas de manera que su acción termine alcanzando el objetivo que se le propone. Debe alcanzar ese objetivo de la manera más eficiente posible aunque no cuente con los recursos adecuados. Hay que señalar que en la mayoría de las ocasiones se consigue a pesar de las carencias y de que no se reconozca el esfuerzo realizado.

Ese ejercicio de profesionalidad puede terminar provocando efectos no previstos. Si los objetivos se consiguen sin contar con los recursos necesarios no existe justificación alguna para pedir un aumento de los presupuestos, más recursos, o disponer de más personal. No se entiende que se pretenda gastar más en defensa cuando la que se tiene produce resultados positivos.

De manera excepcional en algunas encuestas aparece la opinión contraria. No responde a la realidad que marca la tendencia. Se acepta gastar más porque se propone de manera interesada encontrar soluciones a problemas coyunturales. En unos casos fue la propuesta de la exención del servicio militar obligatorio. La mayoría de los entrevistados dio por hecho que se trataba de su desaparición y por eso mismo aceptaba gastar más con el fin de modernizar las Fuerzas Armadas. En otros cuestionarios se preguntaba por la posibilidad de reducir el paro. En esta ocasión no se dudaba en aumentar los gastos militares con tal de hacer lo posible para aumentar la producción y las plantillas, garantizando horas de trabajo en las zonas deprimidas. Las tendencias de la opinión pública muestran que la opinión favorable es coyuntural e interesada. Nada tiene que ver con la pretensión de racionalizar la Defensa.

En estos escenarios indefinidos es donde las Fuerzas Armadas tienen que gestionar su propia crisis. La militar es una profesión en tránsito permanente. Definido lo esencial, son instituciones, las Fuerzas Armadas se van adaptando a lo nuevo de acuerdo con las exigencias de la doctrina, las innovaciones técnicas, o los cambios políticos. Lo nuevo se incorpora a lo viejo, a lo ya conocido.

Cuando comienza un ciclo, es el caso, las exigencias son mayores pues se tiene que definir de nuevo algunos aspectos centrales de la profesión militar. ¿Qué doctrina es la más adecuada para hacer frente a unas amenazas de las que se desconoce casi todo? ¿Con qué recursos (escasos) se tiene que hacer frente a las amenazas, riesgos y problemas indeterminados?, ¿Cómo hay que ordenar los recursos escasos para que sean eficaces?

Las preguntas estructurales añaden una cuarta pregunta que puede que sea la fundamental desde un enfoque social, no técnico. ¿Qué sentido tiene ser militar en estas condiciones y en estas circunstancias donde se presentan tantas incertidumbres? ¿Cómo cambian también las opiniones públicas?

La militar es más que una organización compleja. También es una institución. Se ha pretendido (Charles C. Moskos) oponer lo uno a lo otro considerando que la institución debe dar paso a la organización. En este caso la diferencia se plantea en términos dicotómicos. De manera esquemática el argumento supone que la institución militar se rige por principios propios sin tener en consideración la sociedad en la que vive. En algunas interpretaciones se propone el aislamiento militar del resto de la sociedad pues de esta manera se refuerza su eficiencia profesional al no verse comprometida con circunstancias ajenas. Bajo estos principios la institución militar había sido útil en un modelo de Estado y de una sociedad que habían desaparecido. Según esta interpretación la institución militar pertenece al pasado.

Siguiendo con el argumento, la sociedad moderna exige otro modelo de ejército. Ya se habla de Fuerzas Armadas como estructura conjunta. Se propone que las Fuerzas Armadas tengan la forma de una organización. Una organización que no se diferencia del resto de las organizaciones que se han creado en la sociedad desarrollada. Esa organización militar se tiene que regir por principios universales ajenos al corporativismo militar que se tiene que desechar. Las conductas civiles se imponen a las

militares. El militar se limita a cumplir, de manera profesional, aséptica las órdenes que recibe del poder civil. Para ganar en eficacia las Fuerzas Armadas deben ser un elemento más que se difumina en la sociedad. No hay diferencias entre el civil y el militar.

Si las diferencias entre institución y organización se plantean en términos conceptuales se puede aceptar el análisis. Sin embargo, no tiene sentido que se interpreten las Fuerzas Armadas como modelos ideales excluyentes y contrapuestos que responden a una época pasada (institución), o a la que se está consolidando en el presente (organización).

Las Fuerzas Armadas se caracterizan por ser una organización institucional compleja y dinámica. Las diferencias entre unas Fuerzas Armadas y otras, o de las mismas Fuerzas Armadas estudiadas en momentos distintos las van a establecer los valores de cada uno de cuatro elementos señalados. En unos casos se tendrá en cuenta la apertura o cierre ante lo nuevo. La estructura definirá el modelo de Fuerzas Armadas que se esté considerando. La inmutabilidad de valores o su eclecticismo medirá su condición institucional. Si se considera la diversidad de elementos diferentes se medirá el grado de complejidad.

Se opina con ligereza en el sentido de valorar a todos los militares bajo el mismo estereotipo. Se piensa y se dice que todos los militares son iguales. La realidad señala que no todos los militares se rigen por los mismos valores. No se les puede motivar con los mismos argumentos. Tampoco cabe pensar que todos los militares se alistaban buscando los mismos objetivos. La diversidad del personal de las Fuerzas Armadas llega a ser una exigencia de una organización tan compleja como la militar.

Hasta no hace mucho tiempo las Fuerzas Armadas estaban formadas únicamente por militares. Desde hace unos años el personal civil que trabaja en y para las Fuerzas Armadas es cada vez más numeroso. Salvo algunas excepciones el personal al servicio de las Fuerzas Armadas siempre tenía la nacionalidad del Estado en el que prestaba sus servicios. Una vez que el ciudadano soldado ha sido eximido de prestar su servicio militar obligatorio la recluta de no nacionales empieza a ser lo normal. En todos los casos las razones por las que se quiere ser militar son diferentes. La gestión de un personal tan diferente no es fácil, menos todavía cuando se trata de gestionar conocimiento.

Cómo se recluta a personal tan diverso, cómo se forma o se especializa, cómo se promociona, cómo se reciclan los conocimientos necesi-

rios de los que permanecen en las Fuerzas Armadas, cómo se remuneran los destinos y trabajos, o cómo se reintegra a la vida civil el personal que sobra, termina su contrato o se jubila son otros tantos problemas que tampoco son fáciles de resolver. La aplicación de leyes, códigos y normas de funcionamiento antiguas producen distorsiones pues las situaciones y los compromisos del personal son diferentes. Hay que tener en cuenta la diversidad al tiempo que se mantiene lo esencial.

La adaptación de las Fuerzas Armadas a los cambios tiende a manifestarse de manera más visible en los cambios técnicos. La incorporación de nuevos sistemas de armas se presenta como aceptación de la modernidad. Los de fuera se conforman con esos cambios. Menos visibles son las consecuencias de una exigencia profesional más sutil y determinante. Se pide al militar que alcance una mayor formación en un amplio espectro de conocimientos. La vida militar tiene un componente de creciente cosmopolitismo (unidades integradas). No basta con participar en las formaciones donde se integran unidades militares de distintos países. En la parte operativa de las Fuerzas Armadas las nuevas misiones les exigen realizar acciones que no son estrictamente militares. No deben ser especialistas en todo, pero tienen que moverse en escenarios complejos sin crear problemas añadidos.

La apertura de los militares a conocimientos diferentes produce efectos no previstos. Por un lado aumenta la capacidad crítica por comparación con los demás, con los militares con los que está trabajando de manera conjunta. También aparece la crítica cuando se encuentran en un terreno que les permite ver las causas y los efectos de las decisiones tomadas por un sistema de valores distinto al suyo. No todos, pero sí un número importante de militares en el extranjero toma conciencia de que las cosas no son iguales como las había aprendido. Cuando vuelven al cuartel traen consigo esas ideas nuevas. En unas circunstancias el conocimiento aprendido puede mover al cambio de conductas, organización y prácticas profesionales. En otros casos esas novedades pueden ser disonantes. Pueden crear conflictos internos pues puede que no se esté dispuesto a renunciar a las ventajas que se conocen al salir al extranjero.

En la búsqueda de la eficiencia las propias Fuerzas Armadas terminan por estimular la aparición del pensamiento crítico contra su razón de ser. El resultado no es uno. En unos casos surge el militar frustrado que ve la pérdida de sentido de lo que está haciendo pues comprueba como testigo que los problemas no se solucionan por más esfuerzo que se haga.

El esfuerzo (se pueden magnificar) no compensa los beneficios que apenas se ven (se pueden minimizar). En otros casos la crítica estimula búsqueda de soluciones a los problemas. La búsqueda de la excelencia en ocasiones tiene efectos no queridos y no previstos.

Percepciones desiguales de las Fuerzas Armadas

En los guiones de las unidades más sofisticadas de las Fuerzas Armadas siguen estando presentes símbolos antiguos. Las encuestas y sobre todo las descripciones literarias sobre las Fuerzas Armadas y los militares aparecen rasgos que pertenecen a la Historia. Incluso a la historia rancia que nada tiene que ver con la realidad.

En otros casos se presenta a las Fuerzas Armadas por el lado menos militar. En términos publicitarios, salvo excepciones muy contadas la imagen que se presenta de lo militar llega a desmilitarizar a las propias Fuerzas Armadas. En la creación de estos marcos de referencia además de filólogos y publicistas participan políticos, incluso militares. Se trata de ser consecuente con el estilo amable donde se pretende relegar los valores irrenunciables que caracterizan a las Fuerzas Armadas.

Según lo que dicen las encuestas la valoración de las Fuerzas Armadas siempre es positiva. Siempre que las preguntas se planteen en términos generales. Claro está que el resultado depende de las organizaciones e instituciones con las que se comparan las Fuerzas Armadas. Si en la lista aparecen organizaciones de ayuda que carecen de interés de lucro la nota que obtienen las Fuerzas Armadas siempre resulta menor. Por el contrario, si en la lista aparecen organizaciones sobre las que ya existe una predisposición desfavorable las Fuerzas Armadas ocuparán los primeros lugares en la valoración positiva. Ocurre lo mismo cuando se pregunta por los militares. Los militares en misiones de paz siempre obtienen mejores resultados que cuando se valora a esos mismos soldados desempeñando funciones de combate. Los datos se repiten con el paso del tiempo y cuando se comparan datos de distintos países.

La participación creciente de las Fuerzas Armadas en misiones fuera del territorio nacional provoca reacciones diferentes. En unos casos disminuye la valoración porque los ciudadanos consideran que ya no son sus Fuerzas Armadas. No terminan de aceptar que sus militares estén al servicio de intereses que no sean los nacionales. Que estén encuadradas y bajo mando de autoridades extranjeras.

Frente a esta opinión negativa la contraria, la opinión favorable se explica por la desnacionalización de las Fuerzas Armadas. Cuando los militares salen del país y participan en misiones de paz. Se parte de una valoración negativa de las Fuerzas Armadas en el pasado. Las Fuerzas Armadas se vieron como la clase de apoyo a una forma de gobierno que se rechazaba. Aunque el cambio de opinión es importante, los estereotipos negativos y los prejuicios se siguen manteniendo. Las campañas de prensa no desmotan la profecía que se autocumple.

La valoración negativa de las Fuerzas Armadas, incluso la positiva es el resultado de un importante desconocimiento sobre lo que son en la actualidad y sobre lo que hacen. Los éxitos no son noticia, sí la más pequeña contradicción. Hay que matizar los resultados. No se puede pedir al ciudadano del común que tiene que pechar con sus propios problemas que tenga una información fundada sobre los asuntos de la seguridad, la defensa, los ejércitos y los militares. La exigencia si que debería ser mayor en el caso de los profesionales que por su formación e información reconocen interés por las cuestiones que tienen que ver con la política, la economía, o las relaciones internacionales. En estos casos las opiniones están mejor argumentadas, pero no mucho más. Tiene que preocupar más que los que ocupan puestos relevantes en la política muestren poco interés, o ninguno por estos asuntos.

Las tendencias comparadas muestran que tanto las opiniones de apoyo a las Fuerzas Armadas, como las opiniones críticas se van transformando en opiniones que muestran una creciente indiferencia.

Mientras tanto, en el interior de las Fuerzas Armadas la incorporación de nuevos sistemas de armas, el desarrollo de las acciones de forma conjunta e integrada está creando nuevas formas de una identidad que se desconoce por ahora el resultado final. No están claros los símbolos que podrán ser aceptados por todos. Este proceso que se está insinuando se plantea sobre un sentimiento de identidad sigue siendo nacional. La identidad multinacional (Fuerzas Armadas europeas) no resulta visible en los militares que han participado en misiones internacionales.

Los militares, protagonistas a la fuerza de los cambios, se reconocen como profesionales de una profesión peculiar, particular y especializada que no resulta fácil de entender por los demás. Es la opinión de los militares que forman el núcleo duro, esencial de la profesión. No es el único riesgo de extrañamiento. El cumplimiento estricto de las activi-

dades profesionales con el fin de ser más eficientes provoca el reconocimiento de que el fin puede llegar a justificar los medios necesarios para alcanzarlo. La profesionalización no puede anular los principios éticos y de responsabilidad que se exigen a quienes tienen el poder legítimo de usar la máxima fuerza del Estado. Tampoco se puede hacer dejación de esta exigencia en aras del sometimiento al poder civil. El militar reconoce que el objetivo lo marca el poder legítimo, pero reclama que la manera de alcanzarlo sea de su competencia. La decisión deberá contar con el asesoramiento del profesional. El dilema no es de fácil solución en los casos concretos en los que se presenta.

Asumir el riesgo que suponen estas situaciones ha sido una señal de identidad del mando, de cualquier mando más allá del empleo que se tenga. La satisfacción del deber cumplido compensa todos los costes. Es lo que exige la tradición. Es el pensamiento ortodoxo de la profesión. En la actualidad surge otra forma de pensar más pragmática. En este caso se valoran los costes que le puede suponer para la trayectoria profesional del mando una valoración negativa. Ante el riesgo futuro se prefiere la omisión con tal de evitar los resultados desconocidos de una acción donde no se garantiza el éxito. Ante las incertidumbres no se está dispuesto a aceptar nuevas responsabilidades. Los que participan de esta idea se reconocen incómodos, pero asumen la incomodidad. La mantienen, pues confían que el beneficio que se podrá obtener en el futuro les permitirá racionalizar las decisiones de los que les van a seguir.

El ejercicio autoritario de la disciplina no tiene sentido en una organización donde se exige la especialización y la iniciativa. Exigencia que llega a todos los componentes de la unidad. El éxito o el fracaso son del grupo. El jefe se propone que tendrá que ser un líder motivador. El empleo otorga un poder que debe estar basado en una autoridad ganada y demostrada en el ejercicio profesional. No se puede olvidar la importancia de los seguidores que forman la estructura del grupo. Las Fuerzas Armadas modernas, tecnificadas refuerzan el sentido colectivo. Opinan así un número cada vez mayor de militares. Son los que han estado sometidos a mayores tensiones. No todos los militares como es lógico opinan de la misma manera. Los hay que reclaman el mantenimiento del orden antiguo como forma de evitar la pérdida del sentido de la vida militar. Reconocen que su postura va en contra de los tiempos pero no se muestran dispuestos a cambiar. Lo esencial debe permanecer aunque no sepan definirlo. Unos y otros representan el viejo conflicto entre modernos y

antiguos que nada tiene que ver con la edad. Los datos muestran que los modernos se van imponiendo poco a poco y con esfuerzo.

En la sociedad moderna son organizaciones institucionales complejas tanto las de carácter militar, como las grandes corporaciones civiles. Analizando unas y otras se comprueba la existencia de signos claros de convergencia. Se puede citar la implantación de la distribución territorial de las funciones del mando efectivo. Supone vaciar de contenido a los mandos naturales, nacionales. Aplicar el cambio no ha resultado fácil en ninguna ocasión. Se podrían citar, en el caso de las organizaciones civiles conflictos irresolubles que terminaron por la expulsión de los renuentes al cambio. Los criterios para asignar responsabilidades no suelen ser transparentes. Se llega a reconocer que el dominio de una habilidad o el conocimiento de algo específico terminan por dejar a un lado aspectos de estricta profesionalidad. El mantenimiento de la estructura disfuncional no resulta fácil de justificar. En este caso domina la institución sobre la organización. Las memorias de Louis Gerstner muestran los éxitos, también los fracasos.

Se destaca la destreza como rasgo que caracteriza el éxito en el ejercicio del mando, sea civil o militar. El conocimiento de la profesión sigue siendo importante pero pierde importancia ante las exigencias que plantea el nuevo modelo de organización militar. Crece de forma exponencial todo lo que supone apoyo a la fuerza, más que la propia fuerza. Resulta inevitable que el mando se caracterice por su capacidad para llevar a cabo la negociación con personas y grupos que responden a intereses diferentes. Las dificultades aumentan cuando se reconoce que intereses y motivaciones cambian según las circunstancias y los momentos sin que se pida colaboración. En ocasiones esos intereses permanecen ocultos, incluso no son los verdaderos intereses que se defienden en las mesas de negociación.

No es pequeña la dificultad que debe superar el militar que no está formado para actuar con estas habilidades que no se adquiere en el tiempo de formación. El militar se forma para el combate, no para actuar con sutilezas. El progreso en la carrera le exige adquirir nuevas habilidades donde van dejándose a un lado los conocimientos iniciales. La especialización no siempre se pone al alcance de los que la necesitan. Por si no fuera poco las negociaciones se realizan de manera abierta, con publicidad. El exceso de visibilidad mueve a la cautela y a la omisión. Ese mismo exceso oscurece la realidad. En otras ocasiones la transparencia

es aparente. Más que información se trata de propaganda. El mando militar se ve y se percibe como instrumento utilizado por fuerzas superiores que no controla. Fuerzas que pueden ser ajenas, normalmente aunque no siempre, a las propias Fuerzas Armadas.

Esos militares destacan los problemas con los que se enfrentan con sus subordinados a la hora de motivarlos. No pueden explicar con exactitud las razones por las que hay mantener el esfuerzo, o dejar de hacerlo. El mando se siente sitiado ante sus propios compañeros. Puede mantenerse en la posición, o puede abandonarla. En los dos casos saldrá perdiendo pues pierde la confianza de sus iguales, o de quienes desde fuera le nombraron.

La especialización técnica de las Fuerzas Armadas exige cambiar el modelo de reclutamiento de los militares. Se diversifica el origen de los militares. Cambian las razones para ser militar. Más allá de los cambios, la profesión sigue siendo atractiva para una parte de los militares, también para los civiles que van a trabajar para las Fuerzas Armadas. Junto a estos militares se encuentran los que lo son sin saber muy bien por qué.

Entre los dos extremos aparece una lista larga de razones que explican la decisión de participar de forma temporal o permanente en las Fuerzas Armadas. La diversificación del reclutamiento se ha identificado con la democratización de las Fuerzas Armadas. Poco tiene que ver lo uno con lo otro. La apertura se ha utilizado como medio para debilitar el poder de las aristocracias militares. Se llegó a considerar como una necesidad irrenunciable en las Fuerzas Armadas que pretendían realizar una transición hacia la modernidad.

El militar como ciudadano de uniforme (Bundeswehr) se consideró el modelo a imitar en el tránsito hacia la modernidad. Las Fuerzas Armadas quedarían supeditadas a las leyes del Estado democrático y el militar se sentiría comprometido con la defensa del orden constitucional. El nuevo concepto de la disciplina militar sería el resultado de un liderazgo interno (Innere Führung) donde se pretendía adecuar los deberes militares con los derechos y obligaciones del militar como ciudadano. Con estos planteamientos el ciudadano de uniforme, el militar podría oponerse a todo intento de utilización partidista de la fuerza militar. El modelo fue válido para quien lo propuso (República Federal Alemana). Se pretendió su importación pero en ningún caso conocido tuvo el éxito de quien la planteó por primera vez. Las circunstancias no se exportan.

Los cambios exigidos a las Fuerzas Armadas para responder a las nuevas amenazas y cumplir con los compromisos internacionales supone el replanteamiento del concepto de Seguridad y Defensa. Se pretende reforzar el sentido profesional de las fuerzas armadas. Un paso definitivo hacia ese modelo que se está generalizado se produce cuando desaparece el servicio militar obligatorio pues también desaparece el ciudadano soldado. La privatización en la sociedad moderna también llega a la Defensa.

La ampliación de la base social del reclutamiento introduce una serie de variables que no resultan de fácil encaje en la estructura y en el funcionamiento interno de las Fuerzas Armadas. El gobierno además de dirigir la política militar impone el control político de las Fuerzas Armadas. No se discute que las Fuerzas Armadas están en el Estado, al tiempo se refuerza el principio básico de que no son el Estado. No resulta fácil encajar el mando operativo de las Fuerzas Armadas en un organigrama donde se valoran otras actitudes. Los nombramientos de militares para ocupar los cargos principales en la estructura civil de los ministerios militares tienden a confundirse con la identificación política (partidista). Las dificultades son mayores allí donde la Seguridad y la Defensa no responden a los objetivos de la política de Estado. El control parlamentario no siempre resulta efectivo. Volviendo a tiempos pasados el poder de control presenta rasgos semejantes al de un poder meramente resonador. A la complejidad de las materias de la Seguridad y la Defensa se suma la falta de preparación y el desinterés de los parlamentarios que tienen que realizar el control.

Otra de las variables de difícil encaje tiene que ver con el reconocimiento de los derechos y deberes de los militares. Es una exigencia que se deriva de la ampliación del reclutamiento del personal al servicio de las Fuerzas Armadas. También es una exigencia impuesta por las limitaciones que se imponen al militar para ejercer los derechos que le corresponde como ciudadano. En una tercera razón tiene que ver con el compromiso que se adquiere al firmar y ratificar documentos de carácter internacional (Declaración de Praga). No existe la unanimidad para llevarlas a la práctica y cuando se tienen que aplicar no abunda la satisfacción. Se propone que se debería empezar señalando los deberes para reconocer a continuación los derechos que otorga el ejercicio profesional de la milicia.

Problema no menor es la promoción y ascenso dentro de las Fuerzas Armadas. En el modelo tradicional el procedimiento se aceptaba no

sin mostrar opiniones críticas pues siempre había perjudicados. Más que una carrera que estimulaba la iniciativa personal bastaba con esperar el paso del tiempo. Cuando las exigencias del mando requieren otras habilidades es el momento en el que se puede hablar de carrera. La promoción tiene una parte que responde a la iniciativa personal. Se da por supuesto que se conoce el oficio. A partir de ese conocimiento demostrado se buscan a los mandos (oficiales y suboficiales) capaces de desarrollar actividades no convencionales en un sentido tradicional.

El nuevo militar es algo más que un experto, un técnico. Deben tener destreza política para demostrar su capacidad para asumir responsabilidades que son una consecuencia colateral de la acción militar. Se estimula a los militares para que en algún momento de su vida profesional se aparten de la trayectoria convencional de la carrera. Que busquen conocimientos y especialidades no militares pero que puedan beneficiar la profesión militar. Aparecen las críticas y los desánimos cuando no existe la transparencia en el momento en el que se tiene que valorar a cada cual, o cuando después de hacer un diseño de carrera se cambian los criterios con los que se valoran los esfuerzos añadidos. El desconcierto también surge cuando no se conoce el método de evaluación que se sigue en cada caso. La experiencia demuestra que nunca se termina por satisfacer a todos.

Tras los cambios y después de realizar un esfuerzo considerable no siempre se obtiene el resultado esperado. Quien se prepara para desempeñar el nuevo papel del militar cosmopolita no se ve recompensado de manera suficiente. Puede pasar a desempeñar rutinas donde no se aprovecha la formación y las experiencias que se han ido adquiriendo a lo largo de una actividad profesional que ya no es la ortodoxa, la tradicional. La frustración se transforma en escepticismo por los que tomaron la decisión de prepararse por su cuenta.

Desde el lado del mundo de la política puede surgir la desconfianza pues no termina de aceptarse la autonomía que exige la nueva organización militar. El desencuentro, cuando se produce, crea situaciones de apatía que terminan por convertirse en un ejercicio rutinario de la profesión. Si el trabajo realizado no se ve compensado con el reconocimiento oficial y público, el esfuerzo termina por crear un estado de opinión que se traduce en resentimiento y en una crítica, siempre cautelosa ante los mandos que no protegen a sus subordinados.

En el comienzo del ciclo la gestión política de los conflictos cobra mayor importancia. Se aleja la posibilidad de alcanzar los objetivos mediante el uso de la fuerza. A pesar de los cambios y las nuevas exigencias el militar sigue siendo un profesional formado para la acción, para tomar de decisiones de fuerza una vez evaluada la situación y autorizada la acción. Es en la tercera exigencia cuando surgen los problemas. No se termina de entender la dilación impuesta por las sutilezas de políticos y diplomáticos que reconocen la necesidad de actuar. El tiempo se mide de manera diferente en la política y en la profesión militar aunque el objetivo sea el mismo. Surgen opiniones críticas por la falta de iniciativas y por la ausencia del esfuerzo continuado hasta alcanzar el objetivo señalado.

Conocido el descontento las opiniones críticas se descalifican de manera apresurada. Se supone que si no se actúa de manera contundente se corre el riesgo de que pueda resurgir un nuevo y peligroso militarismo. No se quiere aceptar que la crítica es la respuesta espontánea de quien está formado para actuar una vez que se le ordene que actúe. Los asustadizos exigen que se tomen medidas contra los que mantienen opiniones críticas para evitar que se pueda ir más allá.

No se precisa ni el riesgo, ni tampoco el temor. Tampoco se reconoce que esa actitud nada tiene que ver con el militarismo de antaño. Entonces se pasaba de la crítica a la acción. En la nueva situación se ocupa únicamente el espacio vacío que sea crea entre los interlocutores que manejan lenguajes distintos. No deja ser contradictorio que al tiempo que se acepta y se exige para el militar la condición de ciudadano de uniforme se le impida opinar con el orden y las limitaciones impuestas por la profesión. Cuesta aceptar que se siga exigiendo la mudez en los asuntos técnicos de la profesión a militares que han demostrado de manera sobrada su lealtad a la sociedad y al Estado. El pasado sigue pesando, mucho y mal en el presente.

Otras situaciones críticas a partir del análisis comparado

En el ciclo que ha comenzado se ha puesto el final a la guerra fría y el fin de los bloques militares. Estos dos acontecimientos, causa y efecto son el punto de inflexión entre el ciclo antiguo y el nuevo. Las Fuerzas Armadas han sobrevivido a los cambios profundos que se han realizado en un corto espacio de tiempo. La consulta de los manuales de doctrina, tácticas y estrategias de hace unos años poco tienen que ver con los

actuales. Siguen las opiniones residuales de los que se sienten extraños en su profesión. Los cambios se han aceptado. No había otra opción. Los cambios impuestos desde fuera no siempre han coincidido con los ritmos de cambio que se producen dentro de las propias Fuerzas Armadas. Las frecuencias en los ritmos de cambio no siempre han coincidido. Han creado problemas. La aceleración de las exigencias de cambio no ha dado tiempo a valorar la eficacia de las decisiones.

Se han incorporado nuevos sistemas de armas. Los militares tienen que cumplir misiones más sutiles y con menos recursos. Las acciones militares resultan cada vez más visibles. Los errores no se pueden ocultar y los éxitos no se valoran como se debe. Se ha puesto un paréntesis (casi) definitivo al servicio militar obligatorio. La mujer se ha incorporado a todos los empleos y en todas las unidades militares. El personal civil presta sus servicios a las unidades militares incluso en las zonas de operaciones. Se ha convertido en rutina el trabajo de los militares fuera de las fronteras nacionales. Se protegen intereses que no son fáciles de comprender y menos de explicar. Los cambios han sido tantos y tan profundos que la situación se ha llegado a calificar como revolución en los asuntos militares.

Todos esos cambios se han producido en un ambiente donde la opinión generalizada (por razones de prejuicios y de no pocos prejuicios) sigue manteniendo como rasgos de identidad de la profesión militar tanto la rigidez estructural, como la mental. El cambio no ha llegado, no se ha querido que llegara al imaginario colectivo de algunos intelectuales. Se muestra un interés superficial que se manifiesta en contadas ocasiones. El interés deja paso a la indiferencia cuando se da por concluida la solemnidad del acto. La emoción que provoca el esfuerzo y el dolor dura poco. Ocurre en todos los sitios. Hay algunos matices que se explican por las peculiaridades de cada nación, de los avatares de su historia.

Las Fuerzas Armadas además de gestionar su propia crisis deben encontrar otros equilibrios. Por un lado deben buscar la efectividad de la organización sin que puedan renunciar a su condición institucional. Por otro lado tienen que asegurar la estabilidad de sus estructuras al tiempo que se adaptan a los cambios continuos tanto tecnológicos, como políticos. Los militares deben seguir manteniendo un sistema de valores que no encajan en un ambiente de eclecticismo donde se arrinconan lo que se considera viejo sin que se propongan otros nuevos. Esta

disonancia no resulta caprichosa pues responde también a las exigencias de unas Fuerzas Armadas tecnificadas que desarrollan misiones nuevas.

El militar, tanto el mando militar al que se le asignan nuevas responsabilidades en las misiones internacionales, como al soldado recién incorporado terminan siendo más visibles que en el pasado. Resulta paradójico pues coincide con la reducción del contingente militar y con la casi desaparición de los uniformes y las unidades en la vida cotidiana de la sociedad. Sus éxitos y más sus fracasos tienen una repercusión que se multiplica a través de los nuevos medios de comunicación. Supone una sobrecarga de responsabilidades que conduce también en ocasiones a renunciar a la acción para evitar las consecuencias de posibles errores.

La estructura de las Fuerzas Armadas tiene que seguir garantizando el éxito en misiones de un hipotético combate entre soldados. Sin renunciar a la hipótesis no deseada debe hacer frente a una larga lista de nuevas misiones desde el momento que se dio por terminado el mundo polar creado por la confrontación de los bloques surgidos en la guerra fría. En la combinación de lo nuevo con lo viejo debe permanecer la esencia de la profesión militar.

Encontrar la esencia no es fácil y defenderla ante los demás, menos todavía. Se recuerda la razón de ser de lo militar en los lemas de las unidades. Los cambios, nuevas misiones y revoluciones militares no han eliminado la razón de ser de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas siguen siendo la última razón del rey, del Estado democrático que permite garantizar la libertad y la protección de los débiles con la fuerza legítima de las armas. El planteamiento simplista de «cañones o mantequilla» no tiene sentido en los tiempos que corren.

Hace años (1960) Morris Janowitz anticipó que las Fuerzas Armadas del futuro, las de ahora mismo, tendrían un carácter policial. Sin renunciar al armamento convencional debían adaptarse a las nuevas circunstancias que ya se dejaban entrever en fecha tan lejana.

Por su carácter policial, las Fuerzas Armadas tienen que estar permanentemente preparadas para entrar en acción. La novedad es que ya no se puede disponer de una organización militar para tiempos de paz y otra para tiempos de guerra. Los costes y las disfunciones de mantener dos ejércitos resulta inviable incluso para las grandes potencias. Los efectos de mantener varios frentes a la vez terminan por crear situaciones de

difícil mantenimiento económico, entre otros efectos. Por su condición policial las Fuerzas Armadas deben usar la menor fuerza posible.

La fuerza armada que asume su condición policial debe disponer de una nueva doctrina que incluya el uso limitado de la fuerza. Hay que dejar a un lado el principio de Clausewitz que exigía el uso de la máxima fuerza para obligar al adversario a acatar la voluntad del vencedor. La acción militar de la fuerza armada policial tiene que estar acompañada de acciones diplomáticas. El enemigo que reconoce la derrota debe tener una salida, como en toda acción policial. La victoria se alcanza tras la creación de un nuevo orden en las relaciones internacionales de modo que desaparezcan las causas que provocaron el estallido del conflicto.

En la sociedad moderna, democrática y parlamentaria el militar es un servidor del Estado. No es una situación nueva ni desconocida. Se refuerza la dependencia que es asumida sin problemas. El gobierno dirige y administra la política de seguridad y defensa. Fija los objetivos. Ante la complejidad de las nuevas operaciones militares el político, al igual que ocurre con el resto de las políticas de Estado tendrá que recabar la opinión de los especialistas, de los militares. No es fácil, ni siempre se cumple con esta exigencia funcional. En las relaciones exteriores se tiene que incorporar los aspectos que tienen que ver con la Seguridad y la Defensa.

Los intereses estratégicos del Estado también se garantizan con la disuasión y la defensa. Requisito imprescindible es que debe existir voluntad decidida para que sea así. Se tienen que explicar las razones, justificar los costes y demostrar las oportunidades y beneficios que supone garantizar tanto la seguridad interior (más fácil de comprender), como la exterior. En este segundo caso no es suficiente repetir la idea de que a cientos o miles de kilómetros se garantiza la defensa de lo inmediato. Vale como eslogan. Hay que dar explicaciones convincentes.

La fuerza armada policial, más reducida, más tecnificada y de mayor disponibilidad exige otros tipos de militares. El ciudadano soldado no aporta mucho ante las nuevas exigencias que se incorporan a los arsenales militares y en las misiones internacionales fuera del territorio nacional. Al Estado, a la sociedad moderna también se la defiende desde otras posiciones y con otros oficios. La fuerza armada policial requiere personal especializado y motivado. Las razones por las que se ingresa en las Fuerzas Armadas son diferentes. En unos casos las razones son altruistas, pragmáticas en otros. La profesión militar se puede considerar como

profesión con rasgos vocacionales, o como oportunidad para solucionar problemas coyunturales. Se puede tratar de buscar el aprendizaje de una especialidad, o para salir del paro. En la fuerza armada policial hay militares de carrera, junto a militares de contrato. Los reservistas ayudan a completar las plantillas. Además necesita contar con personal civil de apoyo que libere al personal militar de realizar actividades que no les corresponden, y también con especialistas civiles contratados de forma temporal. La especialización es garantía del éxito. Surgen situaciones paradójicas donde esa especialización extrema llega a ser disfuncional. Todo se paraliza porque falta la pieza concreta. Hasta las unidades más tecnificadas exigen contar con generalistas.

El militar o el civil que ingresa en las Fuerzas Armadas responden a una oferta de trabajo. La oferta es pública y abierta a todo el que cumple con los requisitos exigidos en la convocatoria. Por principio no puede reconocerse ningún tipo de discriminación. La edad, y el sexo para poder aspirar a determinados puestos son algunas limitaciones que se mantienen para no poder trabajar en las Fuerzas Armadas. También suele ser una excepción la de no tener reconocida la nacionalidad. La universalidad del reclutamiento añade problemas nuevos y desconocidos hasta ciertos límites.

La incorporación de la mujer, los extranjeros con doble nacionalidad o los que son practicantes de algunas confesiones religiosas crean dificultades al asignar destinos y establecer funciones. En estos casos surgen disfunciones logísticas y administrativas. En algunas circunstancias militares de otras culturas y religiones plantean problemas internos de cohesión en las unidades, o dudas sobre el acatamiento de la disciplina militar frente a las exigencias religiosas en situaciones límite.

Gestionar una estructura profesional con un personal tan diferente no resulta fácil en ningún caso. No se trata solamente de encontrar la solución al problema del reclutamiento del personal idóneo que o siempre se encuentra. Deberá aceptarse al que llega y siempre que se pueda realizar alguna selección. En los momentos de paro no hay problema de número pero sí puede haberlo de idoneidad. Hay que remunerar a personal tan diverso de manera adecuada, siempre menos de lo que corresponde según el mercado laboral. Para evitar problemas de disciplina se sigue aceptando la evidencia de que también los meses siguen siendo demasiado largos.

Se tiene que formar o especializar en lo que no trae aprendido. Hay que retener al personal imprescindible y facilitar la reincorporación a la vida

civil al personal que ha cumplido su contrato, o al que sobra. Se debe seguir contando con todo o con la mayor parte del personal que pasa por las Fuerzas Armadas. Mantener el vínculo de identificación con las Fuerzas Armadas por haber prestado servicio en ellas es otro capital intangible que no se puede, ni se debe desaprovechar.

Canalizar la diversidad para que se alcance el objetivo exige un nuevo estilo de mando. La formación del orden cerrado sigue siendo necesaria para implantar rutinas. La formación del orden abierto refuerza la integración del individuo en el grupo en situaciones excepcionales. Con el tercer paso se tiene que conseguir que el grupo como tal se sienta responsable para cumplir con un objetivo que forma parte de un plan de mayor envergadura. Tiene que haber una comunicación horizontal y vertical (hasta donde se pueda). Con personal tan diverso la enseñanza para mandar requiere nuevas habilidades. El valor de la persona tiene que salir reforzado. No basta con decirlo con palabras propias de actos solemnes. Debe plasmarse con hechos evidentes. Todos y cada uno de los componentes del grupo, de la unidad deben asumir la responsabilidad de que el grupo existe porque todos cumplen con su misión. La importancia de todos y cada uno de los miembros del grupo deja de ser un enunciado retórico para convertirse en una realidad que no se puede cuestionar. La participación de todos no supone que el mando renuncie a su condición. También se refuerza su papel.

El seguidor (utilizando la terminología civil) sigue al mando por convencimiento. Aunque la autoridad se le otorgue al mando al final de su periodo de formación, la autoridad se tiene que ganar. Si desaparece la autoridad del mando y la confianza en el mando el grupo se disuelve, desaparece. El ejercicio de la autoridad tiene que plantearse en sentido contrario con igual rigor y exigencia. El mando por brillante que pueda ser dejará de serlo si no tiene seguidores que confíen en él y le sigan.

El tránsito hacia el nuevo modelo de Fuerzas Armadas exige el análisis interno y la autocrítica. El ejercicio intelectual está más presente que nunca en la vida militar, en las secciones de planes y pensamiento. Sin embargo, los puestos de decisión los siguen ocupando los militares con una trayectoria profesional convencional, la del combatiente. Dentro y fuera de la organización se producen algunos desconciertos pues se confiaba que serían momentos de un relevo significativo en los perfiles del mando. Se pensaba que tendría que ser menos militar y más político, diplomático, intelectual, gerente. Por lo general las

expectativas no se cumplen. Se mantiene la línea institucional antes que la organizativa.

Son momentos sutiles donde se establece un debate entre dos modelos de militares. Por un lado el militar que es crítico, liberal, diplomático, intelectual, y, por otro, el crítico, liberal, diplomático, intelectual que es militar. No se trata de cuestiones apoyadas en sutilezas, ni tampoco se trata de un particular juego de palabras. La diferencia es esencial. En el primer caso ese militar es ante todo militar. El resto de las etiquetas son añadidos que engrandecen la profesión y que se dejan a un lado cuando lo exige el oficio. En el segundo caso la condición de militar queda en un plano secundario. Antes de ser militar, de considerarse militar se es y se actúa como si fuera otras muchas cosas.

En el dilema a la hora de elegir al mando la organización se confía al primero, al de la casa. Al militar que aporta otros conocimientos. Las Fuerzas Armadas también son una organización y en este caso se elegirá para destinos concretos al intelectual, o al gerente militar. En cuanto institución, reclamará al militar que podrá estar dotado con otros títulos. Desde fuera de la organización que reclama un mayor control político de la organización no suele entenderse la decisión que se considera corporativa. Aumentan así los celos y la desconfianza. Se señalan riesgos corporativos. Llegado el caso se puede imponer la decisión contraria. Como es lógico en las Fuerzas Armadas se obedece la decisión, sea la que sea siempre que proceda de quien manda. Es así además por ser legal y también legítima. Sin embargo, se puede crear una situación excéntrica donde la confianza para unos es desconfianza para otros.

La formación militar en la fuerza armada policial plantea nuevos retos. Más que la reforma de la enseñanza militar se ha llegado a proponer la ampliación de materias de manera que abarcaran todas las necesidades imaginadas a las que tendría que responder el militar del futuro. De acuerdo con este planteamiento, a las cada vez más exigentes competencias profesionales se deben sumar las de gestión de recursos diversos, relaciones internacionales, conocimientos sobre la diversidad cultural, idiomas, sin olvidar la importancia de los principios éticos de la profesión y sus consecuencias. Se tiende a aumentar los contenidos manteniendo el tiempo de formación. Al final la ampliación queda en nada pues se llega a conocer de todo sin que se sepa de casi nada.

Allí donde se ha aplicado ese tipo de reforma también se nombraron como profesores a los líderes reconocidos en el combate. Pronto se descubrió su disfuncionalidad. Se había olvidando que en la mayoría de las ocasiones fueron héroes en el combate por haber trasgredido la ortodoxia militar. Hubo que abandonar la pretensión de obtener al final del proceso de formación al militar completo. Se volvió a lo elemental dando facilidades para que el conocimiento se fuera acumulando cuando era preciso.

Una tercera opción es la de que sea la propia organización militar la que estimule, compense y valore de manera adecuada a los militares que por propia iniciativa completan su formación profesional con los conocimientos adquiridos fuera de las Fuerzas Armadas. No es, ni fue fácil llevarlo a la práctica allí donde se aplicó. Hubo que superar los recelos de los que siguieron la ortodoxia del procedimiento establecido ya que se vieron desplazados por los que habían seguido su propio plan innovador.

Otra opción puede ser la incorporación de candidatos con una formación técnica o humanística adquirida fuera de las Fuerzas Armadas. Se reducen gastos y el conocimiento especializado se concentra en el tiempo y en el espacio. La integración tampoco resulta fácil por la razón señalada. Quienes lleven una serie de años en la profesión se ven igualados, incluso desplazados por los recién llegados tras haber superado un periodo intenso de inmersión en la vida militar.

La adaptación sin más del modelo universitario a la formación militar tampoco soluciona todos los problemas. Los requerimientos para ejercer una profesión en la vida civil y en vida militar no son los mismos. Tampoco se emplean los mismos procedimientos para adquirirlos. El militar humanista o el técnico resulta disfuncional para ejercer el mando de una pequeña unidad donde no se requiere tener esos conocimientos especializados. La formación especializada demuestra su utilidad militar tras años de ejercicio profesional.

Se siguen ensayando fórmulas para reformar la enseñanza militar. No siempre se tiene en cuenta la experiencia de tiempos pasados, ni tampoco lo que se hace en otros lugares. Las propuestas tratan de reducir los costes de todo tipo buscando los mayores beneficios posibles. El empeño supone algo parecido a la cuadratura del círculo. No estará de más reconocer que el intento de alcanzar lo imposible conduce a la frustración de la mayoría. La satisfacción recreativa (imaginativa) la

consiguen unos pocos. La experiencia demuestra que generalmente los únicos satisfechos son los que están menos comprometidos con el problema a resolver.

Las organizaciones institucionales sobreviven porque saben adaptarse a las nuevas circunstancias cuando cambian las condiciones del entorno. Es el primer requisito. El segundo y fundamental es conocer y mantener los elementos esenciales de manera que los cambios no los alteren. El avance en las ciencias de la vida se produce porque se sabe cada vez más del código genético de los seres vivos. Habrá que dedicar esfuerzos semejantes para descifrar el código genético de las Fuerzas Armadas sean o no policiales.

Compensar la participación en la fuerza armada policial presenta nuevos problemas. En algún momento se propuso que se tendría que regir por las leyes del mercado laboral. Pronto demostró que era imposible. Los salarios se tienen que complementar con partidas intangibles. La sociedad, las empresas y las administraciones premian a quien ha trabajado de manera adecuada en las Fuerzas Armadas. En unos casos tienen preferencia para ocupar puestos de trabajo. La experiencia y las habilidades adquiridas en las Fuerzas Armadas les permiten ser más competitivos.

Parte de lo que dejaron de percibir como militares lo reciben cuando dejan de serlo. Es necesario que la sociedad, las leyes, los sindicatos, las empresas y los ciudadanos acepten esta forma de compensar las limitaciones pasadas. El Estado, el gobierno y la sociedad tienen que avalar de manera decidida los servicios prestados. Los tienen que defender de manera contundente ante los que los rechazan. El rechazo de esta forma de discriminación positiva se suele presentar diciendo que de esta manera se defienden los derechos colectivos pues el militar es un ciudadano más que no se diferencia en nada del resto de ciudadanos.

Las Fuerzas Armadas refuerzan su vinculación con el Estado. De forma solemne en unos casos, son excepción, al describir sus obligaciones en el apartado central de las constituciones. La solemnidad puede acarrear problemas de acuerdo con lo que dice el Derecho Constitucional Comparado. Se reconozca o no, las Fuerzas Armadas no se pueden convertir en una organización marginal en cualquier sociedad avanzada, o la que pretende serlo. La libertad se garantiza con la seguridad que requiere a su vez libertad. En el camino de la sociedad hacia la consolidación del Estado de Derecho los militares tienen marcados unos deberes por los que ven recortados algunos de los derechos que les corresponden como

ciudadanos. Existe la necesidad y el compromiso de compensar esta limitación tanto en los cuarteles, como en las zonas de operaciones. Reconocido el derecho, llevarlo a la práctica no ha resultado, ni resulta fácil.

En situaciones excepcionales se permite la sindicación. La alternativa que evita la politización partidista de las Fuerzas Armadas se realiza a partir del reconocimiento de que los militares pueden formar asociaciones para defender sus derechos sociales como cualquier otro profesional o funcionario. La novedad no permite comprobar del todo su eficacia en la gestión de las Fuerzas Armadas que tiene que ver con la calidad de vida de los militares. Los defensores de los militares, bajo formas diferentes de actuar, los observatorios de la vida militar o los consejos de la función militar son otras tantas alternativas que no siempre alcanzan la eficacia que se había previsto cuando fueron creados. Garantizar y compensar de manera efectiva las pérdidas de los derechos constitucionales que asume el militar sigue siendo una tarea pendiente en la mayoría de las Fuerzas Armadas.

Mientras no se consolida de manera definitiva la tendencia del nuevo ciclo los procesos de transición terminan provocando sentimientos de frustración. En unos casos desaparece lo que se ha conocido desde siempre, no se comprende lo nuevo que llega y se desconfía de lo que podrá ser el futuro. Para otros todo se ralentiza. Hay prisa. Lo viejo continúa vigente y lo nuevo no llega.

La frustración no se elimina del todo. Se debe hacer lo posible por reducir sus efectos negativos. Existen algunos ejemplos que lo han conseguido.

En primer lugar se tiene que explicar las razones del cambio. Se ha comprobado que hasta los más renuentes y desconfiados cambian sus opiniones después de escuchar los argumentos si están bien fundados. El efecto positivo es mayor si la exposición del mando la completan los líderes de opinión, los influyentes que no siempre van a ser los mandos inmediatamente superiores. Los objetivos del cambio se tienen que ordenar por su importancia. Dentro de este orden los cambios deben comenzar por los que tienen más probabilidad de conseguir su objetivo. Principio básico en la economía del esfuerzo. Siempre se puede contar con la buena disposición para solicitar trabajos excepcionales. Este recurso a la colaboración no se puede agotar con fracasos anticipados. Por encima de las propuestas voluntaristas debe quedar el principio básico de que lo que no puede ser, no puede ser.

Por lógica, la gestión de la crisis que plantea el arranque del ciclo se tiene que realizar en la propia organización. Siempre ha sido así. La novedad es que las Fuerzas Armadas tienen un vínculo cada más estrecho con el resto de la sociedad. La sociedad, en términos solemnes, tendrá que aportar sus propias ideas y colaborar en el proceso de cambio. La Seguridad y la Defensa, los militares no pueden quedar al margen del progreso de la sociedad. El progreso no puede arrinconar a las Fuerzas Armadas en los museos.

Esa voluntad se proclama de manera solemne en los documentos que definen la Estrategia Nacional de Seguridad. España ha redactado este Documento por primera vez. Su publicación no ha tenido ninguna repercusión en los medios de comunicación y tampoco ha provocado el comienzo de un debate necesario. Una señal más de lo mucho que queda por hacer. Más todavía cuando se reconoce en el Documento que las amenazas no se pueden precisar. Se reconoce que las amenazas son generalistas y se caracterizan por la imprecisión. Son razones por las que se sugiere que las estrategias tienen que ser abiertas. Deben incorporar en su momento las amenazas que puedan surgir. Los militares saben lo que tienen que hacer, falta que lo sepan y actúen en consecuencia todos los demás. Mas, los que más obligaciones tienen en la gestión de los asuntos públicos.

Sin entrar en el análisis del Documento se debe destacar que el Gobierno (español) tiene la voluntad de considerar la seguridad como responsabilidad de todos. En el Documento se propone:

«Una Estrategia Nacional de Seguridad que va a servir para alinear en la misma dirección a todos los elementos que forman parte de las Administraciones Públicas, las organizaciones sociales y el sector privado, es decir la sociedad en su conjunto.»

De una vez por todas se tendrá que admitir que la Seguridad y la Defensa es una política de Estado y no de partido.

Queda descrita la voluntad, falta que se lleve a la práctica. Por lo pronto su presentación ha sido (prácticamente) ignorada. Se tenía que haber abierto un tiempo de reflexión, análisis y debate. No se ve que el interés por las ideas que se recogen en el Documento mueva al debate entre los partidos políticos, los grupos parlamentarios, los intelectuales, analistas y empresarios. Su publicación ha coincidido con tiempos de dificultades inmediatas que dejan para otro momento, una vez más, la reflexión que

propone el Documento. La coyuntura podría servir para explicar que la crisis no deja de ser una nueva forma de manifestarse la inseguridad.

El resultado de este cambio tendrá que dejar la Seguridad y la Defensa, las Fuerzas Armadas y los militares en el lugar que les corresponde en la sociedad avanzada. También en la sociedad que trata de avanzar. Ya no podrá ser la columna vertebral del Estado, ni tampoco su única defensa. Tampoco se puede pretender que todos los ciudadanos, la mayoría tengan opiniones fundadas y favorables hacia estos asuntos. El desconocimiento y la crítica seguirán estando presentes. Cabe esperar que los que tienen responsabilidad en la gestión de los asuntos públicos reconozcan este apartado como uno más que no se puede desconocer.

Exigencia que también se tiene que trasladar a la enseñanza. Por supuesto, de acuerdo con su nivel. También deberá estar presente y de forma natural como una variable más en el estudio de la realidad social. Dos objetivos que no son fáciles de alcanzar ni siquiera mantener incluso en las sociedades donde lo militar siempre ha gozado del apoyo de la mayoría.

Se vive en un época que se muestra favorable con todo lo suponga la desmilitarización de la vida cotidiana, incluso de la vida militar. No se aprovecha que la opinión siempre se muestra favorable hacia todo lo que supone ayudar a los que más lo necesitan. Esta función de apoyo y ayuda forman parte de las nuevas misiones de las Fuerzas Armadas. Habrá que insistir en esa dirección nada más que lo justo. Tendrá que quedar claro que las misiones de paz no son las únicas que deben desempeñar las Fuerzas Armadas aunque sea fuerza armada policiales. Se tendrá más aprecio por unas unidades que por otras. Es natural. Habrá que evitar la discriminación de unas unidades frente a otras olvidando que es el conjunto el que garantiza el éxito final.

Guste o no la Seguridad y la Defensa son unas variables más de la sociedad moderna. Los prejuicios seguirán apareciendo en los lugares conocidos y en algunos insospechados. Habrá que hacer lo posible para que sean cada vez más los juicios, críticos o a favor. Interesa que las opiniones a favor o en contra sean resultado de la reflexión. El cambio terminará por elevar la autoestima de los militares pues el oficio, sin aspirar a que sea el centro de nada así será valorado como se merece y le corresponde.

El cambio en las Fuerzas Armadas implica a un tercer componente que resulta fundamental en el ciclo. La división del trabajo refuerza el papel

de los legisladores (y políticos en general) encargados de fijar y controlar la política de Seguridad y Defensa del gobierno, del Estado. De la misma manera que se exige al militar una formación que vaya más allá del manejo de unas habilidades concretas, los políticos que están llamados a señalar a los militares los objetivos que deben alcanzar tendrán que formarse con los conocimientos necesarios para saber de la vida militar.

La gestión de la crisis será menos conflictiva dentro y fuera de las Fuerzas Armadas cuando quede contestada con nitidez algunas preguntas clave planteadas en términos personales, directos. Por qué se sigue queriendo ser militar. Por qué se ingresa en una organización que ve alejarse su razón de ser tradicional. Por qué se participa en una actividad que se ejerce fuera del territorio nacional. Por qué se está dispuesto a afrontar riesgos para defender unos intereses que no son inmediatos, ni propios. Por qué se quiere ejercer una profesión que nunca estará remunerada, ni tampoco reconocida de acuerdo con el esfuerzo que se solicita.

Si en las respuestas se destaca el lado personal, individual tendrá sentido la indiferencia con la que se trata todo lo que tiene que ver con las Fuerzas Armadas. En el caso de que las respuestas concluyan en el argumento de que la decisión se tomó porque quien quiso ser militar se identifica con una tradición desligada del presente, las Fuerzas Armadas encontrarán apoyo nada más que en unos pocos, los que piensan de la misma manera.

Una tercera respuesta puede ser que más allá de las razones inmediatas se ingresa en las Fuerzas Armadas porque se está dispuesto a obedecer los mandatos que proceden de la soberanía de la razón y de la Ley. Aceptan el sacrificio, razonado o no porque se defienden valores que no los impone ninguna ideología, ni tampoco ningún grupo de poder. Colaboran con el mandato de defender un mundo donde se pretende imponer y defender una serie de reglas que son válidas para todos.

Se puede cuestionar si estos argumentos altruistas están arraigados en todos los militares. Tras el análisis comparado hay que concluir que no. No todos asumen la transcendencia de las nuevas misiones desempañadas por las Fuerzas Armadas. El ingreso está motivado por razones diversas. En algunos casos se ha llegado a comprobar que se está en las Fuerzas Armadas por casualidad. Lo que importa es que con mayor o menor disposición las energías altruistas, egoístas, incluso las energías que aportan los argumentos anómicos se canalicen en la dirección de lo

que manda el poder legítimo. Dentro de la unidad su compromiso inmediato, el que sostiene la solidez de la unidad, no es otro que el colaborar con los que considera sus iguales a los que no los puede abandonar.

Cuando se les ha preguntado a los que actúan de esta manera son pocos los que recordaban que lo habían hecho porque habían realizado juramentos solemnes, o porque así se lo exigía el contenido de los contratos que habían firmado. Actuaron así porque su formación les llevó a responder de esta manera. Se forman como profesionales. Nadie sabe formar héroes. En todo caso al admirar el valor, la entrega altruista, la profesionalidad, la obediencia y la disciplina los de fuera les reconocen como héroes.

Situaciones críticas a partir de una experiencia concreta

El presente de las Fuerzas Armadas y con mayor seguridad su futuro tendrá el carácter de una organización institucional dinámica y compleja que actuará de forma conjunta e integrada. Por ahora y por un tiempo todavía largo las Fuerzas Armadas siguen siendo nacionales.

En los uniformes de los militares se mantienen los símbolos nacionales (empleo y arma) de cada uno de los ejércitos. La bandera nacional forma parte indeleble de la uniformidad. Se añaden los símbolos que representan las organizaciones internacionales (Naciones Unidas, Unión Europea y OTAN) bajo las que se está actuando fuera de las fronteras nacionales. Los que llevan esos símbolos muestran su satisfacción delante de los que no los tienen. Símbolos que no los reconocen como manifestación de una nueva identidad cosmopolita que se suma también al sentimiento nacional.

Si la guerra es la continuación de la política con otros medios, las nuevas misiones no dejan de ser la manifestación de la política con otros medios y con otras tácticas. No estará de más reconocer que la calificación de nuevas misiones no lo es en el sentido estricto de la novedad. La Historia y la historia militar dan cuenta de acciones semejantes a las actuales realizadas por los ejércitos de antaño.

La Unión Europea sigue siendo un proyecto político que marcha hacia un objetivo no bien definido sorteando toda suerte de dificultades. De los tres pilares sobre los que se sustenta todo el edificio comunitario, el que tiene que ver con la política de seguridad y defensa sigue sin desarro-

llarse. Mientras falta la trama política de la Unión Europea se han creado organizaciones militares conjuntas e integradas. Además de desarrollar acciones concretas ensayan lo que quizás sea en el futuro, nadie se atreve a poner fechas, la anticipación de unas Fuerzas Armadas propias de la Unión Europea.

Mientras llega el futuro la experiencia acumulada en las misiones militares de cooperación multinacional permite comenzar a evaluar la internacionalización de la vida militar.

Desde el primer momento que comenzaron a desarrollarse las nuevas misiones se consideró necesario contar con la valoración de los protagonistas sobre los aspectos no técnicos de las operaciones. La convergencia del ejercicio profesional reduce las diferencias técnicas entre las Fuerzas Armadas de los países que participan en las nuevas misiones militares. El ejercicio continuado está consiguiendo que se reduzcan las diferencias operativas entre unidades de distintas Fuerzas Armadas.

No resulta fácil contar con la información necesaria para medir las diferencias, o para comprobar las aproximaciones que se producen en los aspectos más sutiles de la profesión militar. Aunque se han realizado algunos análisis comparados los datos disponibles siguen siendo limitados. Lo que hay se refiere a las experiencias bilaterales que se desarrollan en misiones de baja tensión e intensidad. Por supuesto, no se ha podido medir la influencia del combate sobre las unidades multinacionales. Queda mucho por hacer. Mientras tanto se cuenta con una base de datos que permite llegar a unas primeras conclusiones a partir de cuatro ejércitos que participaron en la misma misión.

Bajo la iniciativa del C2SD (*Centre d'Études en Sciences Sociales de la Défense*) (organismo de investigación dependiente del Ministerio de Defensa de Francia creado a partir del momento que se decidió renunciar al servicio militar obligatorio) se llevó a cabo una investigación con el fin de evaluar «la cooperación militar en el seno de las misiones multinacionales». Se aplicó en la operación *Althea* (otoño de 2006) en la que participaron militares alemanes, franceses, italianos y españoles. La Unión Europea se había hecho cargo de la misión en Bosnia y se consideró que era el momento de analizar la experiencia. Podría servir para una primera evaluación de los otros aspectos de la capacidad militar de la Unión Europea.

Los datos ya son antiguos. No se han replicado. Falta por saber cómo han evolucionado las opiniones y los comportamientos de las unidades

que han sustituido a las que se entrevistaron. Cómo han evolucionado las opiniones de los militares entrevistados en esa ocasión. En algún momento habrá que comprobar si permanecen los problemas que fueron detectados, qué se han solucionado, o si han aparecido otros problemas. Un dato importante será conocer el impacto que tiene la rotación de las unidades en las misiones encomendadas.

Sin poder llegar a conclusiones definitivas, los datos cualitativos son escasos, para los militares entrevistados el tiempo que se permanece en la zona de operaciones no es el apropiado para cumplir con los objetivos que se les proponen. La complejidad de los problemas que se pretenden resolver exigiría permanecer más tiempo en la zona. La rotación de las unidades resulta excesiva y por tanto se reduce su eficacia. Entre los mandos existe la unanimidad al señalar estos aspectos como los más difíciles de resolver. La mayoría de los soldados opinan también en el mismo sentido.

Al tiempo que se reconocen estas limitaciones la necesidad de ampliar el tiempo que tendrían que permanecer las unidades en la zona añadiría nuevos problemas. Habría que atender las necesidades de unas tropas alejadas de su territorio nacional, así como las de sus familias. Por parte de los ciudadanos que reciben la ayuda alargar la permanencia se interpreta como ocupación del territorio por tropas extranjeras. Se sabe la fecha en la que se inician las operaciones. Llegar a ese momento supone haber superado un largo proceso de consultas, negociaciones, decisiones de todo tipo impuesto por la burocracia internacional. Poner fecha final resulta imposible.

El paso del tiempo sin que se resuelvan los problemas provoca cansancio. La frustración por lo que no se resuelve y el escepticismo ante la ineficacia de la misión son dos aspectos que están presentes en los datos y en las conversaciones con los protagonistas. La rutina de la misión, cuando desaparecen los momentos de tensión termina por trasladar a la zona de operaciones el estilo de vida cuartelero que se había creado en el país de cada uno.

A la misión se acude con la unidad en la que se está encuadrado. Su valoración es funcional. Forma parte de la obligación que se contrajo en el momento de ingresar en las Fuerzas Armadas. En cambio, los militares que marchan a la zona de manera voluntaria, cada vez son menos, ven y valoran las cosas de manera diferente. En términos de porcentajes

son más optimistas. La valoración de la misión depende del empleo. Para los militares de carrera los costes se compensan con los méritos profesionales que se obtienen por participar en misiones en el extranjero. Para el soldado que ha firmado un contrato temporal la experiencia le resulta positiva por la remuneración extraordinaria que percibe por estar fuera del país. Los estímulos económicos no son valorados de la misma forma. Los que ya han participado en varias misiones los beneficios económicos no compensan los costes intangibles que les supone la reiteración. Para los que son nuevos en la experiencia son más las ventajas que los inconvenientes. También son los más entusiastas. Son opiniones que corresponden a las misiones de baja intensidad.

Un aspecto que aparece con insistencia es la ambigüedad a la que se enfrentan los militares en las misiones internacionales. Valoran de forma positiva la relación con militares de otros países. Para todos se convierte en una experiencia grata. Sin embargo, la confianza no es igual con todos los soldados. Con los datos de la operación *Althea* franceses y alemanes se sienten más próximos entre sí que con el resto del contingente, españoles e italianos. Lógicamente españoles e italianos ven a los alemanes y franceses como más lejanos. En cualquier caso todas las relaciones son amables y distendidas, pero superficiales.

Es en el trato y en las relaciones profesionales cuando aparecen las distancias. Se reconoce al superior en el empleo de forma automática, fría, de manera profesional. Echan en falta, todos, una nueva legitimidad frente al mando que no es el suyo. Obedecen de forma profesional y sin mayores problemas aunque reconocen que les falta la lealtad y la confianza que crea la identidad del mando natural, nacional.

La propia estructura de la unidad multinacional reduce las posibilidades de alcanzar la identificación con otros mandos. La mayoría de las informaciones y órdenes de cada uno de las unidades que forman el contingente se transmiten de acuerdo con la nacionalidad de los mandos. Se refuerza la pertenencia a la nación y no tanto a la unidad internacional. La idoneidad para el puesto deja paso a la confianza que se da entre iguales. Cuando la información procede de mandos de otra nación se reconoce que no resulta tan fluida. Incluso han encontrado problemas a la hora de interpretar el sentido de algunas órdenes. La excepción se produce entre los militares que constituyen el estado mayor. Un destino peculiar donde la integración profesional es más sólida y el uso del inglés resulta más fluido.

De poder elegir, los militares de la operación *Althea* prefieren trabajar con sus mandos naturales. La experiencia internacional determina la opinión de manera que los que han participado en misiones internacionales aceptan (sin entusiasmo) estar a las órdenes de otros mandos. La ambigüedad se reduce según el dominio de la lengua franca. En este punto los militares españoles son los que perciben una mayor discriminación. Insisten en señalar que no se considera y no se valora tanto la experiencia y la profesionalidad militar como el dominio del inglés. Dominar el inglés supone tener más posibilidades para ocupar mejores destinos y de mayor responsabilidad. Los españoles se consideran en clara desventaja frente al resto de compañeros pues reconocen mayores problemas para usar con fluidez el idioma oficial.

El trabajo conjunto sirve entre otras cosas para mantener, cambiar o reforzar la percepción que se tiene de los colegas. Los más beneficiados han sido los militares españoles. La opinión que tenía el resto del contingente respecto de los militares españoles ha cambiado de forma favorable.

A pesar de la colaboración y el trabajo integrado cada cual mantiene los estereotipos nacionales de los demás. Por lo pronto los compatriotas de cada entrevistado son valorados de forma positiva frente a los demás a los que siempre se les encuentra algún tipo de problema. Nada malo se encuentra entre los propios. Los defectos siempre corresponden a cargo de los demás. Tan peculiar alquimia moral es una característica de la misión, también de las situaciones donde existen personas de distinta nacionalidad. Ocurre lo mismo entre los militares de cada uno de los países. Aunque las diferencias son reducidas, alemanes e italianos se muestran algo más críticos con sus propios compatriotas que franceses y españoles. Ven en los demás aspectos que a ellos les faltan. Franceses o españoles se sienten satisfechos con sus compatriotas.

Los militares alemanes e italianos reconocen que españoles y franceses son más sociables y esforzados en el ejercicio de sus obligaciones. De los franceses se añade como rasgo positivo su flexibilidad. Todos consideran que los alemanes tienen una mejor preparación. Los soldados españoles son los más autocríticos al comparar su formación técnica con la que consideran que tiene el resto del contingente.

Sigue estando lejos la posibilidad de crear un único sentimiento europeo de militar. La colaboración en misiones internacionales es el medio

considerado como apropiado aunque el resultado está por llegar. Los estereotipos siguen estando presentes. Proponen que se podría cambiar esa percepción si las unidades fueran verdaderamente multinacionales (soldados de varias naciones en la misma unidad de combate) y estuvieran sometidas a las fuertes tensiones producidas por el combate. En las misiones de baja intensidad, como la operación *Althea*, no se facilita el cambio de percepción por el conocimiento y el trabajo en conjunto. Las relaciones entre los soldados no van más allá de participar en reuniones informales en los tiempos de descanso. El trabajo lo realizan las unidades nacionales al completo. Siempre prefieren estar con sus compatriotas. La comunicación en esos momentos se realiza con el idioma nativo.

Los militares italianos ven sobre todo en los demás aspectos positivos que ellos no tienen, o no los tienen de manera tan destacada. Se cierran sobre sí mismos. Se identifican y se sienten más próximos con los militares españoles que con el resto de militares. A los militares alemanes y franceses los consideran más lejanos de sus preferencias. Se sienten mal comprendidos por sus compañeros de misión, sobre todo por parte de alemanes y franceses.

Militares alemanes ocupan la segunda posición en la autocrítica. No son tan cerrados aunque se muestran más cómodos tratando con militares franceses. Tienen una larga experiencia de colaboración con ellos en unidades conjuntas. No muy lejos de esa afinidad se encuentran los militares españoles. Los italianos quedan en último lugar.

Los militares franceses son más complacientes con ellos mismos. Se sienten más cómodos trabajando con militares alemanes y también con los españoles.

En cuanto a los soldados españoles se sienten satisfechos con su propia forma de ser. Podrían mantenerse al margen del resto sin que, según ellos, se les planteara ningún problema. No tienen tanta necesidad de relacionarse con los demás. En la zona mostraron una ligera preferencia por los italianos. Reconocieron en los demás compañeros formación, experiencia y recursos técnicos que ellos no tenían.

La estructura funcional de una agrupación multinacional no puede olvidar la importancia de los valores sociales y culturales de las unidades que la forman. En situaciones de riesgo bajo, en tiempos de donde predomina el estilo de vida de cuartel las consecuencias de mantener las

diferencias no son significativas. Resultaría más grave si la desconfianza se mantuviera en momentos de tensión donde se exige el apoyo mutuo por la fuerza.

En los meses en los que se aplicó el cuestionario los componentes de la operación *Althea* no tuvieron que hacer frente a problemas mayores. Fue una misión de baja intensidad. En el cuestionario se planteó como hipótesis la posibilidad de que una sección fuera atacada. A cada uno de los entrevistados se les pidió que valoraran la posibilidad de contar con el apoyo de una sección de los otros países.

Resulta llamativa la excentricidad que presentan los datos. Más preocupante resulta la desigualdad y selectividad de las respuestas. Aceptando la validez de los datos, el resultado no deja de ser un fracaso del espíritu de camaradería que se pretende crear con estos ejercicios multinacionales. Lo formal funciona sin mayores problemas, o con problemas que se solucionan con relativa facilidad, mientras que lo informal (cultural) no se puede imponer con un reglamento de operaciones.

No deja de ser llamativo que sean los militares italianos los más confiados en recibir la ayuda de los demás en caso de necesidad. Creen que recibirían el apoyo de todos los componentes de la agrupación. En cambio el resto de componentes de la agrupación desconfían de ellos, de los italianos, a la hora de contar con su apoyo. La relación imaginada no puede ser más excéntrica. El lado positivo es que a pesar de las desconfianzas terminaría por imponerse la pertenencia al grupo superior. No se puede dejar a su mala suerte al que a pesar de todo es considerado como igual.

Por supuesto, el escenario responde a una hipótesis que no se desea. Cabe pensar y más esperar que si ese supuesto se llegara a producir el resultado debería ser distinto. La ayuda ante un ataque tendría que ser automática y de cualquiera de las unidades que estuviera junto a la unidad atacada. Lo contrario sería la derrota y el fracaso de una organización conjunta e integrada, cuadro 1.

Las opiniones son distintas cuando se considera el conocimiento mutuo que se tienen entre sí los militares de la operación *Althea*. En esta ocasión el conocimiento entre los militares entrevistados surge no tanto por los estereotipos, como por trabajar de manera regular, todos los días con militares de las otras naciones. Las diferencias que muestran los datos avisan que la confianza en situaciones extremas no se crea con el con-

Cuadro 1.— *Confianza en la ayuda de los demás.*

Conceptos	Porcentaje
Los italianos son atacados y ayudan los <i>españoles</i>	81
Los italianos son atacados y ayudan los alemanes	78
Los italianos son atacados y ayudan los franceses	68
Los alemanes son atacados y ayudan los <i>españoles</i>	59
Los alemanes son atacados y ayudan los franceses	58
Los <i>españoles</i> son atacados y ayudan los italianos	51
Los <i>españoles</i> son atacados y ayudan los alemanes	50
Los franceses son atacados y ayudan los alemanes	49
Los franceses son atacados y ayudan los <i>españoles</i>	47
Los <i>españoles</i> son atacados y ayudan los franceses	46
Los franceses son atacados y ayudan los italianos	34
Los alemanes son atacados y ayudan los italianos	33

tacto profesional, ni porque se trabaje uno al lado del otro. Es más, el conocimiento concentra la confianza en unos pocos. La confianza es selectiva, cuadro 2, p. 162.

En la fecha que se realizó la investigación el contingente español podía ser considerado como desconocido para el resto de los contingentes de la operación *Althea*. Los españoles llevaban poco tiempo en la zona, apenas un mes. Por razones logísticas los militares españoles ocuparon espacios donde no estaban en contacto con el resto de militares. Franceses y alemanes llevaban más tiempo en la zona y se había formando un grupo homogéneo. Los militares españoles tenían que relacionarse entre ellos por el desconocimiento reconocido de los idiomas de las otras unidades y también del inglés. Su aproximación a los militares italianos les resultaba más fácil. A pesar de las distancias los militares españoles contaron con la confianza de todos.

El contacto continuado entre militares de las cuatro naciones era mayor en algunos destinos, cuartel general y unidades de enlace. Los italianos participaban en el apoyo al cuartel general y otras actividades que les aproximaba a franceses y alemanes. Hay que destacar estas circunstancias para reforzar el sentido que tienen los datos. Los militares de la operación *Althea* no tenían un trato continuado con los militares españoles, pero confiaban en ellos. La fama les precedía.

No tanto los soldados como los mandos de la operación *Althea* señalaron los problemas que presentan las unidades multinacionales que terminan

afectando a su eficacia. Las unidades multinacionales se organizan a partir de la suma de unidades nacionales. Las diferencias sustanciales siguen siendo importantes. Algunos mandos llegan a considerar que la integración real no resulta posible, por ahora. Los datos anteriores, aunque subjetivos e hipotéticos son un aviso contundente de una realidad no deseada ni deseable.

El segundo problema es el de la comunicación entre militares que hablan distintos idiomas. Aunque avanza el conocimiento del inglés falta mucho para que sea lo suficientemente fluido en todos los escalones. La exigencia es mayor en los momentos de tensión. Reconocen que en esos momentos se producen errores con algunas consecuencias graves. Para evitar estos problemas se argumenta la necesidad de contar con los que pueden hacerse entender con mayor claridad y precisión.

La solidez del grupo multinacional se basa en la confianza entre todos sus componentes. Es condición indispensable para garantizar la eficacia en la acción. Más allá de los estereotipos las relaciones que se establecen entre los miembros de las unidades multinacionales no dejan de ser superficiales.

Las rotaciones excesivas fuerzan a que se vea y se trate a los demás sin mucho interés. Las relaciones son formales nada más. No se va más allá de lo anecdótico. El trato es esporádico y se realiza en las zonas comunes de descanso donde tampoco hay una integración, los grupos se forman con los iguales o con los próximos.

Cuadro 2.— *Confianza total en la ayuda de los demás porque se conocen y trabajan juntos todos los días.*

Conceptos	Porcentaje
Los alemanes son atacados y ayudan los <i>españoles</i>	50
Los italianos son atacados y ayudan los <i>españoles</i>	49
Los alemanes son atacados y ayudan los franceses	49
Los italianos son atacados y ayudan los franceses	38
Los italianos son atacados y ayudan los alemanes	37
Los alemanes son atacados y ayudan los italianos	27
Los franceses son atacados y ayudan los alemanes	15
Los franceses son atacados y ayudan los italianos	11
Los franceses son atacados y ayudan los <i>españoles</i>	9
Los <i>españoles</i> son atacados y ayudan los italianos	4
Los <i>españoles</i> son atacados y ayudan los alemanes	4
Los <i>españoles</i> son atacados y ayudan los franceses	3

La perfección que se consigue cuando participan en las formaciones, actos solemnes y desfiles está ocultando una carencia fundamental. Existe un orden profesional compartido por todos que da lugar a una lealtad superficial, inestable si se acepta la validez y fiabilidad de los datos. En acciones de baja intensidad esta peculiar lealtad no plantea mayores problemas. Si se mantuviera en otras circunstancias de mayor tensión los riesgos aumentarían de manera notable.

Una lealtad estable exige cohesión que en este caso se tiene que realizar entre militares que responden a historias, formación y tradiciones distintas. A su vez esos militares lo son por razones diferentes. Los manuales son iguales para todos. La confianza no se puede imponer, se gana.

La comunicación personal en las misiones internacionales puede ser diaria y al instante. Se ha solucionado el problema de la incomunicación de las primeras intervenciones en misiones en el extranjero. El escenario familiar sigue estando presente en la zona. La proximidad que permiten los medios de comunicación produce efectos positivos. También son destacados los efectos negativos. Pueden filtrarse en tiempo real informaciones sensibles que no se deben conocer por razones operativas, o pueden provocar conflictos en la retaguardia pues pueden emitir mensajes de desánimo o de descontrol en la zona. En otros casos los problemas de la retaguardia siguen presentes en la primera línea. En estas circunstancias se pueden multiplicar los efectos negativos.

Es aventurado encontrar las razones de la cohesión a partir de las respuestas al cuestionario. Del análisis se concluye, habrá que confirmarlo con otras investigaciones, que la cohesión no se consigue manteniendo el contacto con militares de otras naciones. Es el militar, cada militar con su personalidad quien establece el vínculo afectivo con el otro, sea semejante o extraño. El tipo del vínculo puede ser dispar, desde el más noble (heroísmo), hasta el comportamiento más excéntrico e incongruente (cobardía) que se manifiesta en momentos excepcionales.

Participar con la misma motivación es otra de las razones que cohesiona a los que son diferentes. Cuando las unidades se desplazan a la zona de manera orgánica puede que no todos sus componentes tengan la misma voluntad de participar en la experiencia. Las dudas desaparecen cuando se exige el cumplimiento del contrato. El nuevo sentido de la profesión militar supone estar preparados para cumplir misiones que no se especifican en el contrato. Esta indeterminación y total dependencia para cumplir las órdenes recibidas deberán explicarse con detalle por las autoridades y los

mandos. Puede exigirse la obediencia ciega, total pero se ha demostrado que no es eficaz. Tendrá que ser asumida por todos y con todas sus consecuencias. Por supuesto, las obligaciones que se asumen tendrán que tener la protección de los derechos que se corresponden con los deberes.

Reconocerse miembro de un grupo es otra de las fuerzas que vinculan unos con otros. La condición no debe ser la del seguidor pasivo que obedece al mando, incluso al mando al que no se le reconoce autoridad. Tiene que ser reconocido por todos como seguidor activo y necesario. Sin él, el grupo no puede alcanzar el objetivo previsto. Pone en riesgo su propia existencia. Del cuestionario no se deduce esta conclusión. No se preguntaba de esta manera. Sí hay datos de otras encuestas a militares y a civiles donde queda clara la exigencia, así como en la propia historia militar. En los casos analizados la cohesión se alcanza entre desiguales que asumen sin problemas las diferencias. En esos casos la cohesión se produce entre militares con distintos empleos y salarios, con diferente formación y con motivaciones dispares.

La estandarización de las normas de funcionamiento de las unidades militares de naciones diferentes facilita casi todo. Es una exigencia que la mayor parte de los militares tengan formación, conocimientos y nivel cultural semejante. Queda como reto la creación de un centro de formación básica para los ejércitos dispuestos a renunciar a sus propias academias, o llevar a cabo programas de intercambio efectivo de militares en formación entre las academias de los distintos ejércitos. Lo primero sigue siendo un reto y lo segundo acaba de comenzar. Toda reforma de la enseñanza militar es de fácil aplicación. Las órdenes se pueden discutir pero se terminan por cumplir. La eficacia de las reformas no se puede medir hasta que no ha pasado un tiempo. Hay algunos balances que demuestran beneficios con la reforma al tiempo que señalan nuevos problemas.

Al tiempo deben crearse las condiciones para que todos se sientan iguales. Son tres requisitos indispensables para que se alcance la cohesión necesaria en las unidades multinacionales. Forman parte de la doctrina. Ha sido y es lo que se sigue haciendo. Si se dan por válidos los datos anteriores, se tiene que reconocer que el esfuerzo no es suficiente si lo que se pretende es que exista una verdadera cohesión en las unidades multinacionales. Falta un cuarto requisito. Crear unidades a partir de seguidores activos. No es fácil cumplir con esta exigencia. Se puede hacer y de hecho se han constituido esos grupos cuando ha existido una voluntad decidida para alcanzar un objetivo.

El mando es fundamental en toda situación, más todavía si existen riesgos y problemas indeterminados. No hay que olvidar que el mando también es seguidor. Este principio exige localizar a quien ejerce el verdadero mando y comprobar si realmente lo es.

Entre los militares de la operación *Althea* existen diferencias cuando señalan las características que deberían tener sus mandos. La diferencias no son grandes pero sí significativas. No deja de ser otra señal de las diferencias que existen entre los ejércitos de los países comunitarios, cuadro 3.

Deseos y realidad coinciden pocas veces. De acuerdo con la experiencia de los militares de la operación *Althea* aumenta el número de los mandos exigentes y disminuye el de los mandos que solicitan la participación de los subordinados en la toma de decisiones. Las exigencias de cada uno de los empleos reclama un modelo de mando. Las dos situaciones extremas se dan entre los soldados y los oficiales superiores. Los soldados desean que sus mandos cuenten con ellos en todas las ocasiones, que también les soliciten sus opiniones y que llegada la ocasión acepten algunas de sus propuestas. Toda una revolución. Los oficiales superiores

Cuadro 3.– *Características del mando que se desearía tener en la zona según los distintos militares.*

Características	Alemanes	Franceses	Italianos	Españoles	Total (porcentaje)
Toma decisiones rápidas. Las comunica a sus subordinados y les exige su pronta aplicación.	6	20	13	19	18
Toma decisiones y las explica. Responde a las preguntas.	21	25	24	30	27
Consulta a sus subordinados. Escucha. Valora aspectos positivos y negativos. Confía que se apliquen la decisión final.	53	45	51	37	42
Reúne a sus subordinados. Pide opiniones. Se debaten. Acepta la opinión de la mayoría	19	10	12	15	13

desean que se les escuche antes de tomar una decisión. Que valoren sus iniciativas. Al final reconocen que debe ser el mando superior quien dé la orden definitiva.

Pasar de la vida en el cuartel a la zona de operaciones produce un cambio importante en la valoración del mando en todos los empleos. Algo evidente pues el mando no se ejerce de la misma manera en situaciones diferentes. La valoración positiva en la rutina del cuartel se reduce, incluso desaparece (no muchos casos y en los cuatro ejércitos) cuando se ejerce en situaciones que nada tienen que ver con la rutina profesional. También se descubre al verdadero mando y al verdadero compañero cuando se viven momentos de tensión. Puede señalarse como anécdota la propuesta de un oficial francés que señalaba (de manera literal) que el empleo de algunos mandos tenía que volverse a considerar tras finalizar la operación. Ese mismo oficial señaló que en unos casos habría que promover el ascenso, en otros arrinconar al mando desprestigiado.

En términos operativos no se ve que a corto plazo, ni tampoco a medio plazo se pueda contar con unas Fuerzas Armadas europeas. La identificación y el sentimiento de pertenencia a la nación de cada uno siguen siendo muy fuertes entre todos los militares de la operación *Althea* (85%). La Unión Europea es un proyecto con el que resulta difícil identificarse (40%). No resulta fácil justificar un esfuerzo para defender o cumplir las órdenes que proceden de algo que no se considera como propio. La obediencia, la disciplina y el cumplimiento estricto de lo que supone la profesión de las nuevas Fuerzas Armadas explica que se siga participando en estas misiones. Las nuevas misiones que desempeñan las Fuerzas Armadas son la continuación de otra política (nacional) llevada a cabo con otros medios. Los militares que ya han participado en un número importante de misiones muestran su escepticismo de que por ahora se pueda ir más allá de lo que se está haciendo.

El futuro de las Fuerzas Armadas seguirá siendo nacional. Colaborarán con otros ejércitos, habrá una Fuerza de Acción Rápida, el mando será nombrado por organismos internacionales, pero en cualquier caso la estructura multinacional de la fuerza europea se podrá realizar sobre la aportación de las Fuerzas Armadas de cada nación. Pocos son los que creen que en un futuro a corto y medio plazo la Unión Europea tenga sus propias Fuerzas Armadas (21%) Pocos más son los militares que consideran que ese futuro sea posible y deseable al mismo tiempo (25%).

En términos relativos los militares alemanes son más optimistas de que se pueda alcanzar ese futuro.

Los militares entrevistados en la operación *Althea* mantienen su escepticismo sobre la totalidad de las misiones que tienen encomendadas. Las misiones internacionales sirven (dicen) para controlar los procesos de desarme, actuar como asesores y para dar protección a los refugiados. Valoran los efectos benéficos de las acciones humanitarias pero consideran desproporcionado el esfuerzo que tienen que realizar para conseguir resultados tan cortos. Las Fuerzas Armadas no están para solucionar problemas que vienen de antiguo. No creen que su función sea la de reconstruir sociedades. El escepticismo aumenta con los años de vida militar y con el número de veces que se ha participado en misiones internacionales. Valoran el mandato OTAN pues lo reconocen como el mando y la estructura natural para operaciones militares en el sentido convencional de las Fuerzas Armadas.

Reconocen su incapacidad, no porque no puedan, ni porque no tengan los medios adecuados para perseguir y detener a criminales de guerra, o facilitar que Bosnia-Herzegovina forme parte del Acuerdo de Estabilización y Asociación Europea. Entienden, no sin dificultades que se les exija desempeñar una función policial cuando no son policías. Sigue considerándose militares. Tienen medios y formación y se les exige que no los utilicen. Aceptan esta situación disonante, pero no la entienden. Asumen la contradicción pero le suponen unos costes de identidad que les plantean problemas personales y profesionales, así como miembros de unidades de élite. En las entrevistas se destacó la contradicción que les resultó ver a tropas francesas dotadas con equipos y material de la policía antidisturbios enfrentándose a manifestantes en la zona de operaciones.

Nueva paradoja. Son combatientes pero no se ven combatiendo. La duda surge no tanto porque se carezca de formación y de recursos. Señalan que llegado el momento no ven que una voluntad política por parte de la Unión Europea y, sobre todo de los gobiernos de cada uno de los ejércitos, de ordenarles abrir fuego para alcanzar el objetivo, o de defenderse con las armas. Alemanes y franceses son los que creen que la Unión Europea no estaría dispuesta a comprometerse en acciones de alta intensidad y alto riesgo. Los civiles opinan de forma parecida. Cuando se les plantea el escenario hipotético del combate el rechazo es mayoritario.

La crítica militar se entiende porque se produce un desgaste de recursos humanos (unidades de élite) cuando se les pide que renuncien de forma temporal a su formación militar para desempeñar funciones policiales y que, al regreso a sus bases, vuelvan a recuperar sus tradiciones como soldados profesionales. Cuando el ciclo se reproduce varias veces comienzan a aparecer situaciones ambivalentes que repercuten en el entusiasmo por la profesión militar.

Los intereses nacionales (políticos y económicos) están por encima de los intereses altruistas. Reconocen y entienden el pragmatismo político sin entrar a valorarlo. Es el momento en el que se destaca su condición de servidores del Estado que obedecen lo que les manda su gobierno. Sí surgen algunos comentarios (cautos) donde se comparan las diferencias de las órdenes que reciben los mandos de cada uno de los ejércitos. Admiran las decisiones sin dobleces de unos frente a las decisiones acomodaticias de otros.

A pesar del escepticismo y las críticas, muy matizadas entre oficiales y jefes, más espontáneas entre los soldados, la mayoría reconoce que se está dispuesto a seguir participando en este tipo de misiones. Alemanes e italianos son los más entusiastas, franceses y españoles no lo son tanto. Son pocos los que dudan o rechazarían la obligación de volver en el caso de que su unidad fuera movilizada (11%, opinión mayoritaria de soldados).

Las contradicciones se siguen asumiendo. Las compensan de forma diferente y según cada caso. Las Fuerzas Armadas, tengan o no el carácter policial siguen siendo una organización institucional compleja que se adapta lo mejor que puede a las incertidumbres. Aunque ha cambiado todo lo que ver con la dimensión convencional de las Fuerzas Armadas, lo esencial permanece. Las Fuerzas Armadas siguen siendo la última razón de la voluntad legítima. Defiende unos valores que no responden a intereses particulares. Aunque en tiempos más relajados que cuando se pronunció sigue siendo válida la sentencia:

«Nunca tantos debieron tanto a tan pocos.»

A pesar de todas las contradicciones, a todos compensa y beneficia seguir apoyando a quienes siguen haciendo el esfuerzo para que los beneficios lleguen a la mayoría.

CAPÍTULO SEXTO

DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL 11-S. TERRITORIOS DE FRONTERA Y MALESTAR

DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL 11-S. TERRITORIOS DE FRONTERA Y MALESTAR

Por FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS

«El otro no es nunca el desarrollo de mi libertad, sino un obstáculo. El infierno son los otros y contra esto no hay solución alguna.»

J. P. SARTRE

«El esclavo comprende mejor a su amo, aunque sea cruel, que a su liberador, puesto que cada esclavo puede imaginar lo que haría si fuese el amo, pero muy pocos pueden imaginarse a si mismos como desinteresados liberadores.»

ARKADI Y BORIS STRUGATSKI

Los grandes políticos que nos ha legado la Historia han sido por encima de todo intérpretes del momento, han sabido intuir los procesos de cambio, adelantarse y aprovecharlos antes que otros.

Han sabido discernir ese punto en que la tangente corta a la curva, en que las cosas dejan de ser como eran, y aunque manteniendo la tendencia, empiezan a ser diferentes y nunca vuelven a ser como antes.

La pregunta es: ¿fue el 11 de septiembre de 2001 (11-S) uno de esos puntos? Fue ese un momento de cambio o, realmente, sólo un destello aprovechado para el logro de otros objetivos geopolíticos previos y que, a la postre, han acabado por demostrar el fracaso de los unilateralismos.

Desde luego supone un vistoso retorno al ámbito de las relaciones internacionales de lo que en algún momento se llamó el factor olvidado, de la religión; unas relaciones hasta entonces edificadas desde la secularización, sobre los intereses no sobre las ideas y, ni mucho menos, sobre la religión.

Es lo que Kepel llama la revancha de Dios. La cuestión nuevamente es ¿fue real o sólo fue fatuos tras los cuales se ha vuelto a producir el retorno de lo mismo, de los intereses (y no es un mal criterio por la claridad que encarnan, por su predictibilidad) como criterio de referencia?

En cualquier caso, lo cierto es que la sombra del 11-S se extiende haciendo imposible interpretar el mundo sin tomarla en consideración; sus imágenes han secuestrado la imaginación de la humanidad, al tiempo que también han elevado el nivel de ruido ambiente hasta camuflar otros procesos igualmente señalados y tal vez más reales.

¿Acaso no resulta más interesante los últimos 10 años el ascenso de China o India o los primeros pasos de una nueva Rusia, antes que la llamada guerra contra el terrorismo, que tal vez nos haya distraído de cuestiones geopolíticamente de mayor calado y puede haber enfangado nuestra propia legitimidad? ¿Qué ha supuesto la muerte de Osama ben Laden más allá de un titular en la prensa para una organización cuya influencia no ha dejado de decaer, con sus altibajos, desde aquel golpe de efecto?

Seguridad y desorden. Un siglo más seguro. Panorama estratégico

¿Es el mundo más inseguro desde entonces? La respuesta, en términos absolutos, es no. Y buena prueba de ello es la reducción que las Fuerzas Armadas están experimentando en buena parte del mundo particularmente después del año 2007, cuando quedaron definitivamente claras las capacidades del terrorismo yihadista.

El problema es que la seguridad pertenece al ámbito de la percepción y de las relaciones sujeto-objeto; es una sensación y como el ruido, se mide en términos relativos.

Ciertamente se ha profundizado en la globalización que, si por una parte ha maximizado los beneficios económicos, por otro ha supuesto la

desaparición de los compartimientos estancos de las sociedades e incrementado su vulnerabilidad. Los Estados son interdependientes; y una sola caída es un cataclismo. El mundo se ha cerrado y los problemas locales, las agendas, se han globalizado al coincidir mundos premodernos y posmodernos.

Lo nuevo y lo antiguo se unen y aparecen conflictos pero también espacios de confluencia. La inmaterialidad de la Red atraía la atención de movimientos yihadistas que veían en ella la espiritualidad de la *Umma* al tiempo que los más radicales volvían sus ojos al pasado utilizándolo para tomar impulso y dotar antiguos conceptos de interpretaciones novedosas e interesadas. La visión de unos Budas por mil años en su sitio ahora no podían soportarse.

Mundos que viven en tiempos distintos entran en contacto directo, sin intermediadores, de sociedad a sociedad, de persona a persona. Y el otro inspira desconfianza tras la que asoma siempre el temor. Un temor real en la medida en que la globalización puede suponer la destrucción de las formas culturales más débiles. El contenido del lenguaje se vuelve cada vez más universal, arregional, las diferencias interculturales acabarán generando diferencias meramente fonéticas, de seguir así todos hablarán el mismo idioma conceptual aunque su expresión idiomática sea distinta.

La relación directa es beneficiosa pero también es una fuente de conflictos. Y es que la globalización promueve una distribución horizontal del poder, su atomización; se reducen las distancias geográficas y se simplifican muchos procesos, pero simultáneamente, también se hace más difícil la gobernabilidad política; implica interconexiones e interdependencias, pero no acuerdos, es más, ni siquiera la confluencia de pareceres con lo que, en la práctica, se promociona la reacción, el localismo, la definición contra el otro.

Implica, pues, la puesta en marcha de procesos de racionalización a los que sigue la oposición antitética de los que la máquina va acabar inexorablemente por racionalizar. Con lo cual, aun sin presentarse como tal, el *otro* cultural, el poderoso, es percibido como agresor y su presencia considerada intolerable.

Como consecuencia, el mundo de la globalización es un mundo muy fragmentado que obliga a vivir en la pluralidad, en una heterogeneidad por el momento sin solución. Globalización no implica a día de hoy un

pensamiento único –tal vez a la finalización del proceso, con la racionalización– sino confrontación de pareceres.

Los individuos y los intereses comerciales presentan múltiples identidades y lealtades que no tienen que ser coincidentes con la dirección política del territorio que las alberga. El juego de dominación entre los más grandes y los más pequeños, se transforma hasta un cierto punto, en otro entre los más rápidos y los más lentos.

En este contexto, aún quedan ecos del pasado, de las viejas desconfianzas, miradas recelosas que entienden que la superación de las diferencias ideológicas no supone la resolución definitiva de las causas del enfrentamiento que son geopolíticas. El resultado es que, la sombra de los antiguos bloques, se extiende sobre el escenario de las relaciones internacionales generando todavía una transición con contradicciones tales como la de dos países como China y Estados Unidos unidos en lo económico y que, sin embargo, se perciben militarmente como rivales.

Como colorario de esta situación se obtiene que en un mismo país, existen diferentes subcentros de decisión (imprescindibles al aumentar su número con el incremento de relaciones y su especialización), con diferentes interpretaciones y aproximaciones a la misma realidad. La formación de las agendas políticas sufre de las dificultades inherentes a la integración de tan dispares interpretaciones, lo que tiene como resultado una variabilidad e incoherencia en la aplicación de las políticas.

Y además, merece reseñarse que el comunismo no ha desaparecido completamente (de hecho es comúnmente aceptado en Occidente) y en el Tercer Mundo se ha fusionado con formas de pensamiento local generando formas sincréticas que aparecen desde en movimientos revolucionarios del tipo de Sendero Luminoso hasta formas ecuatoriales de populismo, pasando por las ideologías de ruptura hechas a partir de la reelaboración revolucionaria de las creencias tradicionales en un marco de miseria.

En cualquier caso, tras el fin de la guerra fría sólo quedaba un polo. Se intentó dar forma jurídica a la expansión de la opción triunfante mediante el uso de vías humanitarias que fueron muy contestadas y terminaron por no cuajar.

La puesta en práctica de un cierto unilateralismo en Afganistán fue sancionada legalmente y entendida por la comunidad internacional como

resultado de la necesidad de concretar una respuesta a un reto. Pero no fue así en Irak que no contó ni con una resolución específica del Consejo de Seguridad aceptada como tal por todos, ni con la legitimidad de la opinión pública internacional que, en todo momento y al margen del parecer de los gobiernos de sus países, se opuso a este proceder.

El hecho de no tener una visión clara de la amenaza y de unos enemigos que se ha tornado multidireccionales, difusos e impredecibles ha multiplicado su impacto y agravado la valoración de los riesgos. Antes el sistema internacional era un arco gótico, en el que la distribución de poder era clara y el choque de las partes confería a la zona un área de estabilidad y daba opciones a la política. La clave es la incertidumbre.

Sí antes el riesgo era para la humanidad en su conjunto, ahora éste se reduce al tiempo que se incrementa la duda sobre la identidad, la capacidad y los medios de quien intimida. Occidente, se siente particularmente inseguro porque la amenaza que escapa a su racionalidad.

El poder es potencia no acto (no hace falta un agente de tráfico detrás de cada señal de *stop*, sólo la posibilidad de que esté) y el terrorismo ficción de poder (el mismo principio, pero con muchas menos capacidades, aunque eso sí magnificadas por los medios de comunicación); la sola amenaza universal es suficiente con tal de que pueda mínimamente concretarse en algún caso al concurrir voluntad y medios. Las armas de destrucción masiva –con una tecnología cada vez más accesible– se prestan muy bien a este juego. Cabe predecir su uso puntual.

A fin de cuentas, el siglo XX, el siglo del orden mundial se saldó con 187 millones de muertos en combate, mientras que el desordenado siglo XIX, cuyos esquemas, con salvedades, parecen reproducirse en las relaciones internacionales en el XXI, lo hizo con apenas 15 millones. Y es lógico, con orden, tecnología e ideas claras se mata mucho mejor.

La inseguridad, por el contrario, nubla las certezas y hace ser menos resolutivo y más limitado en los objetivos políticos. El sistema tiende siempre al equilibrio, al balance de fuerzas; la Historia también enseña cómo se construyen coaliciones en contra de quien se muestra excesivamente ambicioso.

Además, las fronteras desaparecen y los conceptos se mezclan, sin permitir una distinción clara, la categorización tan del gusto de Occidente. Así, a veces resulta difícil distinguir entre soldados, terroristas, insurgen-

tes y delincuentes, entre lo civil, lo militar y lo humanitario o entre paz y guerra. Y esa ausencia de fronteras introduce nuevas incertidumbres, que se somatizan abandonando los inconcretos terrenos de la política y los discursos para entrar en la intimidad de los hogares de la mano de los medios de comunicación social, auténticas cajas de resonancia de las bombas que explotan en el espacio público.

Ahora la Policía sale al exterior y las Fuerzas Armadas dirigen su mirada al interior, mientras la Defensa se diluye en el concepto más amplio, la Seguridad. Recíprocamente, el sistema bascula, y otros aspectos aparentemente alejados de lo militar y muy específicos de la sociedad civil, como en el caso de la ayuda al desarrollo, han experimentado todo un proceso de securitización (los nuevos conflictos son portadores de su propio lenguaje, factor este capital).

La palabra guerra, se convierte así en un término demasiado preciso, demasiado formal para un mundo en el que la ambigüedad y la imprecisión permiten abordar todos los casos, al tiempo que ofrecen más posibilidades a la política; por eso han debido concretarse nuevas palabras con un alcance jurídico y político más difuso, menos explícito y, por tanto, portadoras de algunas incertidumbres que permitan su adaptación a la realidad y a sus fases.

Además la polisemia también permite explicar las cosas de diferente manera a cada uno de los colectivos afectados por el conflicto al tiempo que sirve para justificar su evolución y diferentes estadios, desplazando simplemente los significados de la misma palabra sin retirarla.

La clave en todos los casos es domesticar la frontera, escoger el área de trabajo, superar los significados, que es lo que hacen las policías militarizadas para las que no hay un dentro ni un fuera ni tampoco diferencias sustanciales entre soldados y delincuentes.

La proactividad, el hecho de ir al problema antes de que llegue, tampoco se ha mostrado como una solución en todos los casos, sino a veces más bien como una fuente impredecible de nuevas amenazas ocultas tras la niebla de la guerra. Idea que enlaza con el progreso humano, con el conocimiento, como multiplicador de dudas e incertidumbres. Y es lógico, ya las operaciones basadas en efectos, en segundas derivadas, se han visto severamente cuestionadas por las complejidades que generan.

El 11-S hizo que, de un patente desconocimiento y desinterés por lo próximo, se evolucionara hacia una alarma ante una amenaza imprevista, *Hannibal ad portas*. Y las organizaciones de Seguridad y de Defensa identificaron no tanto un grupo armado como una técnica entre sus amenazas: el terrorismo. Se confundía el eco de la noticia con su capacidad militar real, el ruido del cañón con el efecto de la bomba.

Al Qaeda no era más que una suerte de franquicia global que tomaba su legitimidad de las fuerzas locales –aun manteniendo un núcleo duro de profesionales– que se definían como parte de la organización y que, a su vez, veían reforzada su legitimidad por el halo de aquellas imágenes. La imagen lo es todo en este mundo, lo explican todo, pero los hechos son tozudos y la realidad acaba por imponerse.

En fin, el Mediterráneo ha sido un muro que había posibilitado la construcción y alejamiento de dos mundos autónomos, pero desde mediados de los años noventa se había transformado en una suerte de material dieléctrico que no podía contener los polos con mayor diferencia de potencial del planeta (la diferencia de rentas entre sus orillas se cifraba en 14 a 1, mientras la existente entre Estados Unidos y México es de 6 a 1), y una emigración, entre temida y necesitada para mantener el ritmo de crecimiento económico se filtraba por sus fronteras y llegaba al corazón de sus sociedades. Pero eso tampoco lo paró el 11-S ni el 11 de marzo de 2004, sino la crisis económica. Y además, el Magreb es una región que actúa de colchón frente a una realidad culturalmente mucho más distante.

Cultura y conflicto

Para que exista una guerra primero tienen que existir grupos humanos diferenciados, partes organizadas (por eso no se puede hablar con propiedad de guerras hasta el Neolítico). Después, estos grupos tienen que ponerse en relación. Y es que, la guerra es por encima de todo una forma de relación. Entre quienes no hay relación, no hay guerra.

Los elementos que han permitido la separación entre grupos humanos han sido los *cleavages*; etnia, lengua, religión y cultura. A ellos se añaden las instituciones creadas por los propios hombres y con sus intereses particulares, los Estados. Parece haberse producido un retorno de la sacralidad a sus fuentes abandonando espacios que no le eran realmente propios como la nación.

Las culturas presentan un sistema de valores completo, único, cerrado, una forma de ver el mundo, que no es constante en el tiempo sino que varía en cada época. Entiéndase, los valores prácticamente son los mismos, sin grandes modificaciones: lo que varía en cada una de las culturas es su ordenación.

El etnocentrismo presenta lo propio como natural y lógico, transparente al usuario, mientras lo ajeno resulta extraño, extravagante, cuando no una agresión. Y no viene mal recordar que negarse a pertenecer a un grupo, rechazar sus propuestas, rechazar tener como referencia su conjunto de normas y de conocimientos comunes, es rehusar su cultura y esta repulsa es una manifestación de la mayor violencia.

Para un occidental en el siglo XXI (la verdad, no se olvide, es hija de su época, y esto antes no era así), el eje de referencia en los juicios es el individuo y el primero de los valores a considerar es la libertad. Y después van todos los demás (justicia, igualdad, etc.), con unas relativamente pequeñas variaciones entre subculturas y países. Además el occidental es un racional cartesiano cuyo desarrollo ha sido cultivado desde la duda.

Para un musulmán, no. Para él, el centro es la comunidad y el primero de los valores a considerar es la justicia: y después todos los demás. No hay nada irracional en ello, sino una diferente elección de las prioridades, por lo demás legítima y coherente, con ello obtiene todas las respuestas precisas para interpretar el mundo y resolver los problemas de la vida cotidiana.

El islam no es ni mucho menos monolítico. En el catolicismo que cuenta con jerarquía y unidad de doctrina, está perfectamente claro quién es católico. Pero los católicos no podemos establecer con autoridad quien es cristiano, ni podemos aseverar que alguien que así se proclame no lo sea; a lo más, diremos que no es católico. En el islam esto es aún más agudo, ya que no hay jerarquía –con sus matices en el chiismo– y tampoco unidad de doctrina. El resultado es que hay muchos islam.

Y este es un credo que se suma a la cultura local en una religión que comprende países que van desde Malasia a Arabia Saudí o Marruecos. Cada uno con su propia impronta y lógica de razonamiento. Es decir, una diversidad mayor que del mundo occidental relativamente homogéneo desde el *Cuius regio, eius religio* recogido en el Tratado de Westfalia (1648), contra cuyo espíritu que dio más de 300 años de paz a Europa, ahora se atenta.

La ética islámica se sostiene así sobre su propio código de valores, que se presenta como el desbordamiento de los que les precedieron, incorpora algunos distintos a los occidentales o les otorga un puesto diferente en la relación de prelación jerárquica, en los códigos personales. La presencia en un lenguaje de palabras que no admiten una traducción directa (*yihad*, *sharía*, etc.) a otro es un indicador de que su construcción ha podido hacerse desde otro andamiaje, desde otro sistema de valores.

Podemos citar, por su carácter revelador al estar referido al Absoluto, que encarna los valores preconizados por el islam en grado superlativo, varios de los tradicionales 99 nombres de Dios: el Vengador, el Envilecedor, el Arrogante, el Reductor; estos, ciertamente, no pueden entenderse como atributos de Dios desde una perspectiva cristiana focalizada sobre el amor.

Las instituciones se construyen desde los sistemas de valores. Con lo cual, una propuesta de institución lleva consigo implícita para hacerla operativa, una propuesta de cambio en el sistema de valores; es en esencia, desde esta perspectiva, un auténtico «caballo de Troya».

La propuesta democrática adolece de ese defecto; su construcción axiológica, su desarrollo conceptual, es indubitativamente occidental. La diferencia entre el islamismo político y la democracia cristiana estriba en que el primero cuestiona el basamento del sistema que es lo que la segunda acepta como el marco dado.

El islam político dice dejar para el debate aquello que no es religioso, la cuestión y hasta la falacia, se encuentra en definir el espacio de lo religioso: este puede ser muy estrecho o muy ancho. Partidos como el Frente Islámico de Salvación argelino mantenían debates no resueltos sobre aspectos cruciales como la democracia o la economía de mercado.

Igualmente, esa fue la causa del fracaso del terrorismo global, porque no tuvo en cuenta esta realidad, porque se formulaba desde otra opción cultural específica y asumiendo el papel de verdad plena, no tomaba en consideración a los receptores del mensaje. En Irak tuvieron éxito al principio para luego verse rechazados y hasta combatidos por quienes una vez les habían apoyado.

La colonización, qué duda cabe, fue un proceso traumático; las luchas por la independencia ocasionaron una violencia que Franz Fanon tilda de liberadora. Pero es que la descolonización fue un nuevo trauma al

quedar los nuevos Estados frente a su incompetencia. Y el advenimiento de los medios de comunicación de masas puso a las sociedades del Tercer Mundo en comunicación directa con las sociedades de Occidente cerrando el círculo del mutuo conocimiento. Un triple efecto acumulativo.

Y la alienación y la humillación cultural constituyen un caldo de cultivo del que es posible que fermenten grupos terroristas. Pero se busca la autoridad de la religión para conseguir la legitimidad moral que permita atacar a los símbolos de la economía y del poder político global, lo que se presenta como una imagen de lucha espiritual entre el bien y el mal. De este modo, la religión sin ser causa directa, ha resultado ser un factor multiplicador del problema del terrorismo a cuya vertebración puede servir actuando como herramienta de movilización y marco legitimador.

Guerra, cultura y geopolítica

La guerra es más que una institución de Derecho Internacional Público o una sucesión de batallas. Debe quedar claro que, la guerra no es un acto ético, jurídico, ni siquiera militar. La guerra es un choque de poderes y es ante todo un acto político, de gestión de poder. Por ello, analizar la guerra en cualquiera de estos planos es insuficiente y puede inducir a error, precisa de un análisis integral. La guerra es instrumental y sirve a la política. Es, a fin de cuentas, un intento de reordenación de las relaciones, de la geopolítica hecho a través de la violencia.

Debe quedar claro que las guerras no son monistas, se deben a una pluralidad de causas. La presencia de un factor polemológico las hace posibles, la concurrencia de varios las hace más probables pero no las seguras, aunque no son fenómenos únicos sino singulares. No hay una ecuación de la guerra, el ser humano resulta demasiado complejo para poder reducirlo a una fórmula. A mayor progreso mayor contradicción interna.

Si analizamos cuantitativamente las guerras de los últimos 60 años –aunque debe quedar claro que hay muchos otros parámetros para medir la conflictividad, el nivel de paz o la seguridad– podemos observar como el 11-S no supuso una alteración significativa en las tendencias vigentes, no marcó un punto de inflexión como si lo hicieron la Conferencia de Helsinki (1975), o la caída del Muro (1989). Lo cual se alinea con la ten-

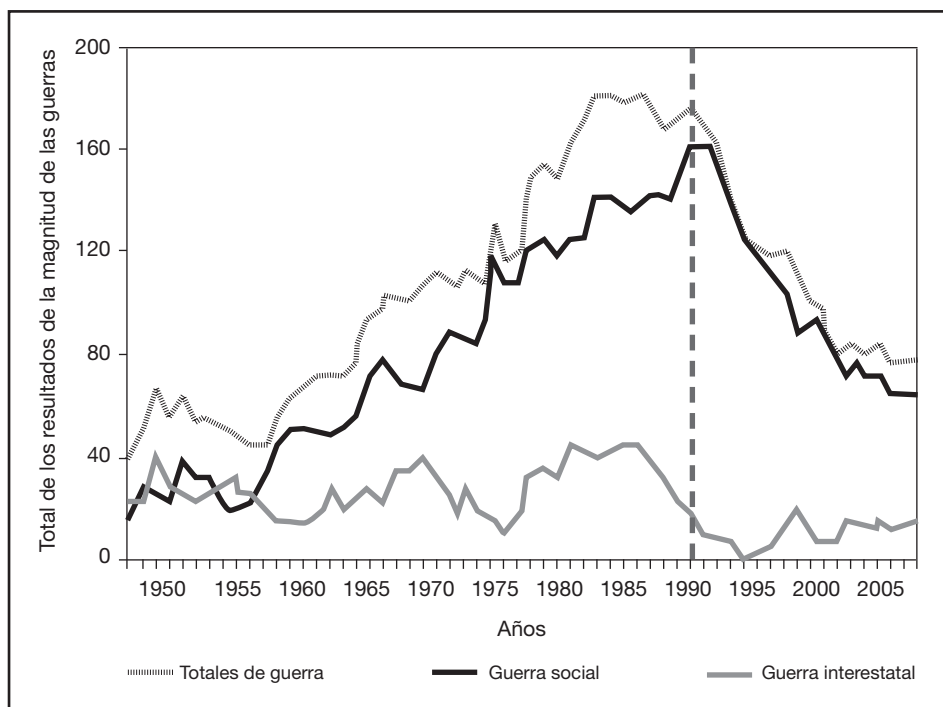


Figura 1.— *Tendencia mundial en los conflictos armados, años 1946-2009.*

dencia generalizada ya apuntada de reducción en el tamaño de las Fuerzas Armadas en la segunda mitad del primer decenio de este siglo.

De la figura 1 se desprende que muchas de las guerras en que durante los últimos años se ha implicado Occidente son guerras de descomposición en las que la pérdida de poder de los Estados ha hecho que sus ciudadanos se refugien bajo las etiquetas de los grupos a los que integra, realimentando un proceso centrífugo que se acentúa con la lucha por el reparto de los recursos.

Los conflictos locales dirigidos hacia dentro, con influencia de actores externos, se proyectan ahora hacia fuera, con una dimensión no ya internacional sino global.

Y Occidente debe seguir relacionándose con el Tercer Mundo por la deslocalización existente entre los centros productores de recursos y los propietarios de materias primas, como Mónaco o Liechtenstein micro-estados superpoblados y sin materias primas pueden ser ricos y países como el Congo pobres. La descolonización liberó a Occidente de la

responsabilidad sobre las poblaciones de las regiones cuyos recursos explotaba y sigue explotando.

Las guerras antes se libraban en el marco de un único mundo y eran una confrontación de voluntades entre pueblos hecha para el logro de un objetivo político. Posteriormente, el desarrollo de medios técnicos permitió la ampliación del campo de batalla hasta implicar a países enteros, y pasaron a convertirse en guerras totales. La cuestión, y como apuntara Clausewitz, es que estas guerras, ya fuesen limitadas o totales se resolvían en el campo de batalla. La victoria era criterio de verdad y hasta una fuente aceptada de justicia (y en principio, no es malo que así sea pues la justicia siempre precisa de una referencia).

Pero la globalización puso en contacto a mundos con su propio tiempo y sus propias teorías de la guerra. Entiéndase, no es la misma la guerra que emprende un pueblo pastor que la que realiza un pueblo agricultor; y es que la guerra es un hecho social y cultural.

La guerra entre mundos distintos son siempre guerras asimétricas, porque no sólo envuelven a capacidades distintas (las guerras del Golfo o la de las Malvinas que implicaban a fuerzas disimilares se resolvieron en el campo militar convencional) sino también, y fundamentalmente, a diferentes modelos estratégicos.

Y es que cuando la diferencia de fuerzas es abrumadora, el débil, lógicamente, busca el enfrentamiento en otro plano diferente del militar (hacerlo en él aceptando las reglas de Occidente es una derrota segura) que le confiera más posibilidades de prosperar e imponerse ya sea temporal o permanentemente. La guerra es adaptativa porque el hombre se adapta a todo y es capaz de encontrar vías para subsistir y hasta para prevalecer. Se aprende del enemigo hasta anular su eventual ventaja y superarle.

La guerra queda marcada por la cultura en cuanto a sus causas (la interpretación de los sucesos se realiza en clave cultural) desarrollo y terminación. Es evidente que en cualquier forma de relación, y la guerra es un diálogo con un suplemento de violencia, es imprescindible conocer al otro, conocer el marco, definir los objetivos propios, los de la otra parte, la empatía, la alteridad, etc.

Sin el conocimiento el fracaso está asegurado, sin él no es posible adaptarse al enemigo, máxime cuando la población es objeto y objetivo de

estas guerras. Y debe considerarse detenidamente que el conocimiento es también asimétrico, el débil siempre conoce al fuerte mejor que éste a aquél.

Una de las características principales del fenómeno de las nuevas guerras es la creciente fragmentación y diversificación de una violencia que no sólo multiplica sus actores sino también sus formas. La guerra se construye sobre capas de violencia que sirven para justificar a alguna de las partes (por ejemplo la «Noche de los Cristales Rotos» fue presentada como la reacción a un atentado judío), constituyéndose en prueba de la maldad del contrario.

Esta multiplicidad es reflejo de la variedad de identidades, motivaciones, intereses y niveles de actividad de los actores armados de modo que en un único conflicto puede haber violencia de la insurgencia, étnicoconfesional, cultural, intercomunitaria, tribal o criminal, y no sólo a nivel local sino a nivel transfronterizo o transnacional. Puede además darse una violencia vertical dirigida contra el poder y una violencia horizontal con la que se pretende transformar la sociedad.

Las guerras asimétricas siempre han existido, la cuestión estriba en que antes eran opciones fundamentalmente tácticas, mientras las nuevas guerras plantean la asimetría como estratégica. El terrorismo será un fenómeno local, por más que plantee agendas globales y realice actuaciones fuera de su ámbito de interés, aunque siempre para obtener los réditos en su mundo.

Y es que, por mucho que se formulen objetivos para el mundo, las agendas en la práctica no dejan de ser locales, un mecanismo más de lucha por un poder que precisa encontrarse circunscrito necesariamente a algún ámbito; el impreciso y difuso término de *global* no resuelve aún esa crucial cuestión.

Y esto es lógico y razonable pues el poder precisa siempre de un ámbito de referencia, de un marco «natural» (barrio, municipio, provincia, país, cultura, civilización, lengua, etnia, etc.) y el término global resulta demasiado impreciso o demasiado ambicioso para que pueda elaborarse efectiva y realísticamente una agenda global. No existe un poder global porque el marco es excesivo y no está aun constituido, la globalización no se ha completado. No se dan aún las condiciones objetivas. Y el terrorismo, recuérdese, es ficción de poder.

Los conflictos de la religión no son globales sino que suelen ser internos a la misma, intracivilizatorios. De hecho, el mayor número de muertos que ha provocado el radicalismo islámico se produce entre los musulmanes, porque las guerras no se hacen entre las grandes diferencias sino entre las menores que permiten el suficiente entendimiento para reconocer su existencia y una relación sobre la que mantener el conflicto. Por eso Dante ubicaba a Mahoma en el infierno de los herejes reconociendo con ello un fondo común y también una diferencia insalvable. El problema que el radicalismo entraña es un problema fundamentalmente de los musulmanes.

En Europa, el Renacimiento supuso el descubrimiento del *otro*; la religión modelaba la identidad colectiva y fijaba la diferencia, al menos hasta el siglo XVII, siendo entendida como una comunidad de creyentes más que como un conjunto de doctrinas; por consiguiente lo que se defendía en las guerras de religión era una concepción de la comunidad. El tránsito del catolicismo hacia una definición doctrinal tuvo uno de sus más significados hitos en Trento.

El resultado es que las guerras entre mundos se originan por desencuentros en torno a una idea, por un sentimiento de amenaza, por no reconocer al otro, Y una vez puestas en marcha no son un choque de voluntades, sino un choque de identidades y como tal no se resuelven en el campo de batalla, por la sencilla razón de que el conflicto no es militar, lo que determina que la utilidad del instrumento bélico sea limitada. Lo más que militarmente se puede hacer para resolver el problema es aniquilar al otro, pero no se suele tratar de eso.

Si no es así, el choque de voluntades tan clausewitziano simplemente desplaza el conflicto, no lo liquida; sólo es cuestión de tiempo el que vuelva a plantearse, cuando el más débil considere que cuenta con las fuerzas precisas para ello.

En otro orden de cosas, la utopía de acabar con las guerras implica simultáneamente una tautología, hacerle la guerra a la guerra y una *contradictio in terminis* pues, dada su naturaleza instrumental, se precisa de una fuerza coercitiva que debe ser, como mínimo, de un nivel equivalente al propio de las guerras en sí. Otro tanto cabe afirmarse de la guerra contra el terrorismo.

Es pues un *oxímoron* que encarna el peligro, en la lógica de Clausewitz, de hacer de un grupo terrorista un ejército, o de las Fuerzas Armadas

unos terroristas; la aplicación de leyes de guerra a un terrorismo inconcreto no resuelve precisamente ese dilema. Nadie puede esconder una ciudad iluminada en lo alto de una montaña, a no ser, claro, que sus moradores apaguen sus luces. Es precisamente en los valores, en lo que constituyen la fuente de la legitimidad, en lo que no se puede ceder porque ese es el envite real.

Frente a este reto no caben actitudes reactivas, entre otras razones porque el terrorismo busca fundamentalmente reacción, sus actuaciones son siempre resultado de un cálculo previo. Es preciso seguir el propio discurso y actuar conforme a él sin inconsecuencias. Doblegar el discurso frente a los terroristas no resuelve precisamente el fondo del problema; es perder la iniciativa. No existen estrategias reactivas, eso es otra contradicción.

Además, planteamientos como éstos cuestionan al Estado como referente principal de las relaciones internacionales al otorgarle a grupos irregulares la condición de principales enemigos. A ello se suma la globalización y librecambio para difuminar las fronteras.

Lo que ha sucedido siempre puede repetirse. Así, la guerra de Georgia demostró una vez más que los Estados, incluso las democracias, hacían la guerra, escenificando la vuelta de unas naciones que realmente nunca habían abandonado el escenario.

Y tampoco viene mal recordar que ni la prohibición religiosa de la ballesta o del empleo de la pólvora, ni la legal del submarino o de las armas químicas han impedido su difusión y uso. Paradójicamente la regulación jurídica de la guerra ha coincidido con un incremento exponencial de la violencia durante el siglo XX.

El doble fracaso. La cultura la clave olvidada

El mundo se encuentra ordenado cartesianamente, a imagen y semejanza de Occidente, por la sencilla razón de que ha sido Occidente quien lo ha ordenado. Su naturaleza sistemática y total, le hace huir del *horror vacui*, razón por la que precisa imponerse sobre todo territorio, con independencia de que la porción considerada reúna la condición de Estado (por ejemplo, Somalia).

Y es que, cuando en el siglo XVI Suárez concebía el Derecho de Gentes lo validaba con su aceptación mayoritaria, con ello se está implícita-

mente excluyendo al no portador de una identidad cristiana que no era todavía tomado en consideración. En el siglo XIX la idea fue sustituida por los valores humanitarios y la razón civilizadora, de modo que sólo se hablaba de una civilización en singular, a la que se sumarían las demás culturas conforme superasen su minoría de edad; no se trataba, pues, de diferentes sistemas con diferentes soluciones a los mismos problemas.

Pero la nueva idea, o mejor dicho la nueva formulación de esta vieja idea, provenía de Fukuyama y presentaba el fin de la Historia entendida como sucesión de conflictos, del que emergía como definitivo, dentro del paradigma actual, la democracia y la economía de mercado. Occidente había concluido sus debates internos y tenía una propuesta para el mundo.

Una propuesta indubitativa, bondadosa, una solución que llevaría a la humanidad a un progreso sin límites. El fin de los debates, de las alternativas en Occidente, iba a suponer el traslado de la idea fuera de su marco geográfico. Confundía así su propia cultura con el globo terráqueo, como un estadio en la evolución posible para todos.

De confrontar la idea en el marco de una cultura relativamente uniforme, se pasó a confrontarla con otras culturas; y esto acabó por conducir a un enfrentamiento entre culturas al margen de la idea que pretendía ser confrontada. Y el enfrentamiento existió porque fue intuitivo.

Lo que cayó el 11-S no fue ni el poder de una superpotencia ni su orgullo; lo que realmente cayó fue otra cosa, que en principio pasó inadvertida. Cayó definitivamente una idea, la de Fukuyama (tal vez el cuerpo doctrinal de una práctica antes vigente), y el ignorarlo fue causa de sucesivos fracasos, esta vez sí, reales.

Por otro lado, el terrorismo se había modificado. Antes, el terrorismo internacional se estructuraba sobre una agenda local. La agenda del nuevo terrorismo pretendía ser global y sus agentes podían estar ocultos en cualquier lugar del globo, camuflados como meros ciudadanos o como emigrantes. La sospecha se cernía sobre una comunidad cuya integración se veía dificultada; el grupo se rompía al visualizarse la identidad religiosa como elemento clave de identificación y hasta de lealtad. Un velo, el *kemis* antes suscitaban curiosidad, ahora inseguridad.

Paralela y básicamente atendiendo a las mismas consideraciones, se produjo el fracaso de un modo de terrorismo que no fue capaz de transformarse en un terrorismo local, no logró el maridaje con la cultura regional como necesariamente hubiera implicado la asunción de su discurso.

Y eso que al poderoso enganche de una ideología de contestación, de un movimiento de liberación, contó desde el principio con las simpatías de amplios sectores sociales del mundo musulmán que veían en ellos a sus vengadores, a sus paladines frente a la opresión postradora que soportaban; y también de viejos militantes antisistema que hasta llegaron a convertirse.

Esa hubiera sido su victoria pero dilapidaron todos los créditos que la imagen les había proporcionado sin encontrar los engranajes precisos para tan crítica necesidad. No demostraron la capacidad necesaria para gestionar un «éxito» tan grande como el que habían obtenido, y aunque a éste siguieron otros, ningún «éxito» fue comparable ni mucho menos a aquél, no hubo progresión.

Se produjo el estancamiento «militar» y perdieron la iniciativa, lo único que no puede perder un terrorista: el terrorismo es ofensiva. Y tampoco pudieron resolver el debate político que corría paralelo a la violencia, su propuesta. Afganistán no era un modelo aceptable para todos.

La cuestión es que si los partidos pueden hacer concesiones, las ideologías no y una cosmovisión como la apuntada por Al Qaeda mucho menos. Sin compromiso, sin la armonización, no cabe el encuentro, la vertebración, la incorporación a la masa crítica. La falta de cintura política de los radicales impidió la agregación al cuerpo de los descontentos de no pocos.

Paradójicamente, desde el grupo humano que apoyó a T. E. Lawrence a derrotar al sultán otomano en el contexto de la Primera Guerra Mundial iba a surgir un movimiento que pretendía el retorno de un nuevo califa. Y esa es la cuestión. Querían su califa para alumbrar con su luz al mundo; su poder y su visión local como referencia global, algo bien distinto de la que se tenía entonces desde Estambul.

Y es que no hay un radicalismo singular sino múltiples radicalismos inconcretos y apegados a su identidad cultural, por más que existan también múltiples lugares comunes desde los que se construyen los discursos. Pero cada uno de ellos orientado a un ámbito local para conseguir el poder. Como en el mito griego, «los Dientes del Dragón» dan a luz guerreros (*spartoi*), que acaban al final peleando los unos contra los otros por cualquier cosa menor.

Si la propuesta de Samuel P. Huntington hasta entonces era un debate recurrente, ahora, curiosamente, dejaba formalmente de serlo en Occi-

dente. Sus paladines, quienes defenderían su vigencia con más ahínco iban a ser los radicales. De esta manera Occidente trataba de desligar islam e islamismo evitando el convertir en enemigos a 1.200 millones de personas, lo que hubiera sido un grave error estratégico, fruto de hacer de Al Qaeda el vocero del mundo islámico.

Pero, simultánea e inconfesadamente, el mundo islámico fue visto como una amenaza a la existencia de Occidente. De la indiferencia y la desconsideración hacia el temor. La opinión pública interpretaba el mundo a través del prisma del 11-S, desde claves culturales y reduccionistas que simplificaban todos los elementos comunes en nombre del antagonismo.

El supuesto retorno de la religión al ámbito de las relaciones internacionales fue ficticio. Por mucho que el mundo se interpretase en clave religiosa, lo que iba a continuar moviendo las relaciones internacionales, iba a seguir siendo los intereses materiales. Y esto con el tiempo volvió a quedar claro.

En cualquier caso, si se pretende romanizar el mundo habría que haber hecho lo que hacían los romanos. Establecer legiones permanentemente, asimilar a las élites, ir integrando el marco normativo, extender la ciudadanía... y esperar al menos 300 años.

Tratar los abusos y la violencia, reconstruir la comunidad y restaurar la confianza es una de las tareas más difíciles que un país puede enfrentar y que obliga a mantener un equilibrio entre prioridades enfrentadas, a menudo en un ambiente de inseguridad que subraya lo difícil que es la transición desde el conflicto a la paz. La clave de esta nueva fase es el tiempo y la repetición, es la pedagogía.

La solución pasa por deshacer los planos que sirven para escenificar la diferencia, evitando una polarización que contribuya a la construcción de las categorías amigo-enemigo en torno a ella, resaltar lo común y respetar lo diverso, no ver en el diferente a un enemigo. Hay que tener mucho cuidado a la hora de trazar las líneas de separación, de definirse, de hecho es mejor no hacerlo, la definición excluye al otro. El reduccionismo, la simplificación, la dicotomía, no son acertadas... ni siquiera son inteligentes. Se requiere de pedagogía.

Una pedagogía que precisa de ideas, de reiteración, de un tiempo de reflexión (incluso de generaciones), de medios fiables a través de los que hacer llegar el mensaje, de estudio. Sin pedagogía, sin perseverancia,

sin convencimiento, no se puede estabilizar el área sobre las que se ha intervenido militarmente. Pero la pedagogía no puede estar orientada hacia uno mismo sino, una vez definidos los objetivos y el mensaje que se pretende hacer llegar, debe dirigirse hacia el otro y tomarle en consideración. No existen métodos universales, salvo la violencia.

La guerra, en vez de una lucha entre ejércitos, se torna en un conflicto entre narraciones, entre discursos, entre explicaciones. Por eso con la sustitución de los discursos o llevándolos a una vía muerta, se gana la batalla de la legitimidad; si se liquida la narración se desarticula la violencia, esta pierde su sentido y se acaba el conflicto. Sólo quedan por realizar labores de pacificación para reducir la cultura de violencia.

Se trata de modificar las referencias de la otra parte, sus hitos, sus conceptos; se busca el debate, la interacción, el diálogo porque cuando se consigue, el monólogo se ve afectado por el reconocimiento de la alteridad, el mestizaje. Deja de ser un juicio de valor y se transforma en un juicio sobre los hechos, mensurable y debatible. No se trata ya de vencer sino también de convencer, de «vencer con», es decir de repensar la victoria y transformarla en un episodio común y de mutuo beneficio. La paz pasa por la desactivación del elemento discursivo del que se alimenta la guerra.

Territorios de frontera. El malestar en la cultura

Si la guerra es un acto político la paz también lo es. El fin de la guerra no es la justicia, ni siquiera la victoria sino la situación final generada tras el conflicto, aunque una auténtica y duradera paz sólo es posible desde una justicia.

La palabra paz tiene la misma raíz que la palabra pacto. La paz es así una solución de compromiso que se encuentra, permanentemente y por definición, en un estado precario que sólo el tiempo permite consolidar. Reconstituir la multitud de planos afectados por la conmoción del conflicto requiere de un periodo de tránsito y de buena voluntad.

De hecho, que el fin de la guerra sea la paz, encarna una contradicción dialéctica insuperable siempre que no se aniquile al enemigo, lo cual a su vez supone una contradicción ética igualmente insuperable, al menos en el siglo XXI y para Occidente.

La apuesta frente a este envite debiera ser apoyar el fortalecimiento de la sociedad civil y amparar el desarrollo institucional, y no la mera celebración de unas elecciones que presentadas en Occidente como un hito, pueden no contar con una valoración similar en la cultura que las acoge. Como decía Dilthey:

«A la naturaleza se la explica, al hombre se le comprende.»

Se trata, en primer término, de restituir la confianza a la comunidad, para tratar después de dotar de densidad a las sociedades, desarrollar sus tejidos y fortalecer las instituciones, promover la buena gobernanza sin exclusiones. Sin una sociedad civil sólida no cabe la democracia, cuyo ejercicio real es más que unas simples elecciones y requiere de las condiciones adecuadas.

Es una actuación sistémica, desde dentro, que pretende evitar en la medida de lo posible la alteración del equilibrio de fuerzas sobre el que se ha construido la comunidad y hacer las reformas de un modo controlado, pautado, sin revoluciones innecesarias, encauzando los cambios hacia el largo plazo y evitando que el sistema explote.

Es desde luego más que el recambio de unas élites políticas y pasa por un cambio en las dinámicas, en las praxis; se dirige al terreno de lo cotidiano y al ámbito de las personas, a los códigos de valores, respetando en todo momento el carácter integral de la sociedad y sus equilibrios. Todo ello necesita de tiempo, de pedagogía, de reconocimiento del otro; un tiempo que permite que se sellen las heridas, que se reflexione.

La clave está en reforzar el Estado; de este modo se puede resolver el problema en el marco de la propia cultura y sin tener que atender a los condicionamientos propios de sociedades y culturas ajenas. Es más eficiente, libera de responsabilidades a terceros y proporciona respuestas plenamente adaptadas a la situación, manteniendo los equilibrios mientras se desarrollan nuevos andamiajes y disminuyendo la desconfianza. No existen soluciones fuera de la propia cultura.

La participación de elementos locales, el empoderamiento, legitima el conjunto de la operación y es garantía de su continuidad al tiempo que permite una mejor adaptación de las decisiones al entorno y la formación y responsabilidad de quienes las adoptan.

En el campo de los fines todos pueden ser válidos ya que, como nos recuerda Einstein, es indemostrable alguno que no lo sea. La ética per-

tenece a lo que es mensurable, que son los medios; hasta el terrorismo precisa de una ética pues quienes lo utilizan deben convivir con sus actos. Las nuevas guerras son guerras de autor suponen, por tanto, un retorno al hombre; la ética en este ámbito es trascendental para quienes tienen que convivir con la violencia y, consecuentemente, para quienes les combaten.

Las propuestas indubitativas, los debates de ideas, ya se ha dicho, traen las más encarnizadas luchas, porque sobre ellas no caben compromisos que no sean un mero aplazamiento del conflicto. Y eso es algo que debemos considerar sobre nosotros mismos.

No viene mal recordar en este contexto el caso de Turquía a la que el trauma de la derrota y la renuncia al imperio tuvo como consecuencia la absoluta transformación de la cultura hasta en aspectos tan íntimos como el alfabeto o el vestido. Es la pedagogía de la derrota.

Occidente trata de exportar sus soluciones. Unas soluciones hechas desde una sociedad posmoderna, posheroica. Es su aproximación a la realidad, la cual se formula las más de las veces sin tener en cuenta, y, a veces, hasta sin importarle, cual es el objetivo pretendido. Sus soluciones están construidas y etiquetadas según sus ideas y, a veces, según sus apriorismos y complejos.

Y es que Occidente muchas veces no resuelve cuando actúa los problemas de los otros, sino los suyos propios. La caridad no trata, de común, tanto de resolver el problema que se afronta como de tranquilizar la conciencia del donante. En Haití, tras el terremoto ingentes cantidades de ayuda humanitaria quedaron inoperantes en el aeropuerto por falta de capacidad de gestión y medios. Pero se había cumplido, luego, cuando realmente se necesitaba la ayuda, paso a ser un problema olvidado al no resultar de interés mediático.

Las sociedades posheróicas precisan de soluciones rápidas, eficientes: no aceptan esfuerzos prolongados. El problema es que la paciencia, no termina de encajar con una sociedad que ha pasado de decir «cualquiera tiempo pasado fue mejor» a no hay mejor tiempo que éste. No existe futuro sino tan sólo presente y una serie de lugares comunes por los que resulta obligado transitar y hasta prosternarse en nombre de lo políticamente correcto. El pasado se torna un lastre, un problema, la incongruencia es aceptada de común; son sociedades pulsánimes.

Obviamente, es difícil soportar así las fuertes tensiones inherentes a los conflictos, máxime cuando la condición de soldado y de ciudadano ya no son intercambiables y se puede hacer la crítica como sí, en democracia representativa, se fuera ajeno, se estuviera desligado, de las decisiones que en nombre de la comunidad se adoptan, aun incluso cuando están apoyadas por el voto propio; el resultado es una falta de compromiso y hasta un sentimiento de irresponsabilidad por el papel de los ejércitos aún en los países democráticos.

Es más, su opinión se conforma en no pocas ocasiones de un modo deficiente, a través de noticieros televisivos de los que se recibe una información necesariamente sesgada, sin flecos ni matices, para hacerla comprensible en un tiempo récord, enlatada a la hora de la cena entre los apartados de nacional y deportes. La imagen prima sobre el fondo. Se precisan de buenos y malos en unas guerras en que tales categorías no existen en estado puro más allá de la retórica de las partes, sino el esfuerzo por entenderlas es insostenible.

La guerra es un territorio de frontera entre lo común y la violencia extrema, porque como recuerda el propio Homero en la guerra, no debe hacerse todo lo que se puede sino sólo aquello que resulta necesario.

La paz es también un territorio de frontera, de encuentro de mundos en el que convergen unos y otros, sus éticas, sus apriorismos, sus entendimientos. Es pues también, en sus primeros estadios incompreensión aunque no se explicita la violencia.

Occidente es demasiado fuerte para postularse como solución. Deben ser los pueblos los que fijen los objetivos y el camino a seguir para poder asumir sus costos. Además, no se puede ignorar la realidad sobre la que se quiere construir la paz; confundir los propios deseos con la situación real, el presente con el futuro deseado.

En cualquier caso, las transiciones son siempre complejas, contradictorias en las que se debe hacer concesiones y consentir actos que pueden suscitar rechazo desde la propia cultura, pues son un auténtico atentado contra sus valores. No se entiende al otro, a lo más se le soporta y eso no es poco, sí se compara con la situación anterior.

Cuando Poncio Pilatos, un general romano, contra su voluntad consentía la ejecución de Jesucristo dando origen a la gran exacción bíblica, estaba actuando con conciencia cultural y evitando males aún mayores. Las transiciones pueden obligar a adoptar decisiones como poco discutibles.

El aforismo latino *Fiat justitia ruat coelum* (1), puede ser una máxima moral para una de las partes, como lo fue la ejecución de Jesús de Nazaret para los judíos (al considerar que no era Dios, estaba blasfemando), ya que cada parte tiene su propio sentido de la justicia y por tanto la resolución acordada no resulta válida para todos y conduce a la confrontación, a una confrontación esencial.

Superar esta situación obliga a su evaluación no en términos morales o de justicia sino en términos políticos, porque la paz pertenece a la política. Aceptarlo no obvia las contradicciones morales pero sí puede facilitar el asumirlas.

En ética, en materia de absolutos morales no caben diálogos transaccionales, lo que sí cabe es buscar los espacios de encuentro y tratar de soportar la paz sobre una justicia y una ética común a ambas partes, en un mínimo común denominador, aunque se repite la cuestión de que no se puede obligar al otro a adoptar esta fórmula y no tiene porque hacerlo.

¿Pueden las sociedades occidentales, que no sus líderes políticos, aceptar lapidaciones, la ejecución de homosexuales y apóstatas o el trato degradante a mujeres en nombre de una hipotética democracia futura o presente, porque así lo han decidido sus sociedades? Algo que va contra sus principios. A lo más puede fingir no verlo, y hasta fingir oponerse.

¿Debe una patrulla en Afganistán intervenir en una escena de maltrato público doméstico aun a sabiendas de que ello puede más tarde costarle después la vida a la mujer que los padece, además de represalias armadas sobre las fuerzas propias e interferir en el desarrollo de la misión? Son viejos problemas con los que ya tuvieron que lidiar los británicos en la India como los thugs o la quema de viudas, aunque ellos no ocultaban su condición de dominadores ni su creencia en la superioridad de su cultura. Para Occidente no es tan fácil si se pronuncia por una igualdad.

La elección en este contexto es siempre culpable porque sitúa a quien se enfrenta a ella a sus propias contradicciones. Es fácil aceptar lo que no cuesta. Lo que contraria y ofende a los propios tótem o se adentra entre los tabúes no se contempla como una opción válida.

(1) «Hágase justicia aunque se derrumbe el cielo».

Conclusiones

Las esquinas del puzle internacional en los albores del siglo XXI se encontraban, ya se ha visto, en la sombra de la guerra fría, en una globalización incompleta, en la falta de consideración hacia el *otro* cultural, y en la visualización del mundo en clave religiosa. Con todo, este es, en términos generales, un mundo más seguro.

Pocas alteraciones geopolíticas reales ha provocado el 11-S, lo que sí ha traído consigo es una nueva forma de interpretar el mundo, haciendo más visibles a quienes antes no lo eran tanto desde las ambiciones universalistas de Occidente. El 11-S ya pasó aunque sus imágenes persistan en nuestra memoria, fue pero ya no es, lo que no quita que algún fugaz destello pueda producirse, incluso un destello nuclear, pero ni eso cambiaría la situación.

En fin, el primer paso que se debe dar para analizar un conflicto es entender su naturaleza real, comprender el tipo de guerra que se acomete, definir el objetivo político que se pretende alcanzar y las aspiraciones de la contraparte. Sin entender al otro las posibilidades de victoria se diluyen y es que los cálculos precisos no cabe realizarlos desde una lógica lineal, sino tomando en consideración al contrario, esto es, atendiendo a la naturaleza dialéctica de la guerra.

En cualquier caso, los objetivos del terrorismo global no son proporcionales, por irrestrictos, y no concuerdan ni con sus acciones ni con sus capacidades, desatendiendo con ello, lo que es a juicio de distintos autores, uno de los principios fundamentales de la guerra. Decir que no tienen ética es decir que no se les conoce o, incluso que se está perdiendo. Tienen una ética, la suya.

Conflicto es tan sinónimo de guerra como lo es de diálogo. El diálogo, piedra de toque en la resolución de los conflictos, convoca a la razón, expresa alteridad y sitúa en el mismo plano a todos los interlocutores. Etimológicamente *dia* implica una idea de separación, pero también incluye un sentido de apertura y tránsito, mientras el término *logos* significa *palabra*. Interactividad y tránsito y, a partir de ellos, el encuentro. Sin la igualdad de las partes no hay diálogo sino imposición, pero también priva de las referencias.

Por ello, para su desarrollo, se precisa de un marco común y se fundamenta en el respeto a la diferencia, así como en el derecho que asiste a

las partes a no perder también su referencia identitaria. El diálogo no es mercadería.

El problema del diálogo como proceso de apertura –y la razón por la que se le proscribió en la guerra– es que supone un cuestionamiento de los valores y esquemas de cada una de las partes; éstos se someten a la argumentación del otro y, por consiguiente, a los dictados de la razón. Su éxito radica en encontrar un equilibrio entre lo que resulta común aunque sin obviar lo que separa, porque dialogar no es perder la referencia identitaria sino descubrir al interlocutor y tomar lo mejor de los dos mundos.

El encuentro entre mundos tiene un alto potencial conflictivo. Pero es un choque de identidades no un choque de voluntades. Esto es, la raíz del problema no es militar, el plano militar es un teatro secundario. Las respuestas, la paz, hay que ir a buscarla en otro sitio.

Dos son los grandes problemas asociados a este encuentro. El primero es que se realiza dentro de la supremacía técnico científica y organizativa de Occidente, lo que hace que sea percibido por el Sur como un *diktat*, una imposición con la que se pretende la modificación de sus esencias.

El empleo de vías trascendentes para la formulación del conflicto se aprovecha de la intangibilidad de los postulados religiosos para defender y justificar la inamovilidad de lo que antropológicamente no son sino formas de vida y patrones culturales diferentes del modelo racional-cartesiano imperante en Occidente. El grito histórico «vivan las cadenas» es español.

Para ello y buscando legitimar su proceder, construyen un discurso y se sirven de un pasado no ya irreal, por más que sacralizado, sino construido a la medida y en el que se han introducido formulaciones innovadoras presentándolas como rancias tradiciones religiosas. El régimen de Afganistán es una propuesta, una imagen del pasado tanto como del futuro.

El otro problema radica en que la intensificación de relaciones impuesta por la globalización, se ha realizado sobre sistemas axiológicos diferentes, lo que ha generado y genera graves problemas de comunicación, al ser diferentes las claves necesarias para la comprensión también de los mensajes.

Los movimientos que se registran en muchos países musulmanes con el ascenso del islamismo político no son más que una mera expresión

del hartazgo de sus pueblos ante la corrupción e incapacidad de las élites en el poder, lo que les resta simultáneamente legitimidad y capacidad de gobierno; la elección de estos pueblos no se establece entre tiranía y democracia, sino entre una suerte de autoritarismo laico y una forma particular de democracia islámica.

El fin de Ben Laden puede marcar el fin de una organización terrorista; o también escenificar el fin de una organización que parecía acabada desde hace tiempo. Por otra parte era algo predecible. De hecho desde el año 2005 cuando quedó claro que no podía capitalizar el eco propagandístico de su acción se había convertido en un fantasma, que como el padre de Hamlet, deambulaba por el mundo pidiendo una venganza de la que él no podía hacerse cargo.

Terminar con una organización no supone el fin de las causas que motivaron su aparición ni tampoco evitar el surgimiento de un movimiento social antioccidental, lo que sería su éxito y, por tanto, lo que realmente hay que evitar. La clave se encuentra en la pedagogía y en el largo plazo.

Una postura es un concepto estático que no se puede pretender aplicar a un fenómeno diverso y dinámico por lo que, siguiendo el pensamiento de Shinmen Musashi, quizá lo que conviniera adoptar es «la actitud de la no-actitud», con la que se responde proporcionalmente en cada caso siguiendo de un modo reflejo los principios axiológicos que han permitido la conformación doctrinal de Occidente y que, como el agua, son adaptados a cada situación pero sin variar su esencia:

«Vencer es fácil, ser vencido es fácil. No vencer ni ser vencido; he ahí el verdadero camino.»

No se puede ignorar la propia referencia ni alterar el discurso porque supone perder la batalla de las narraciones que es la esencia; no existen estrategias reactivas ni atajos. Apartarse del camino es perderse.

La respuesta pasa por un discurso integrador que ofrezca una comunidad y justicia al tiempo que se dejan en evidencia las inconsecuencias de su constructor, sus saltos argumentales y su falta de propuestas en aquellos aspectos en que no existan, y el futuro que plantean, la situación final deseada, en aquellos campos en que así sea.

Es más, la globalización marca un proceso de racionalización no necesariamente deseado del que pueden derivarse reacciones de corte radical cuya liquidación, una vez introducidos en la lógica de debate, es con el

tiempo inevitable. Una razón más para no comprometer las esencias en una lucha que, de existir, tiene su final ya escrito, recordando a Schmitt:

«Cuando la regularidad y la racionalidad, immanentes en un mundo organizado hasta en sus más mínimos detalles sobre bases técnicas, se hayan impuesto sin residuos, quizás el partisano no sea más que un perturbador. Entonces desaparecerá por sí mismo, en medio de procesos técnico-funcionales que se desarrollan sin antagonismos, del mismo modo que desaparecen los perros de las autopistas.»

Ser justo depende de la cultura y de la época. Ser bueno es un concepto intemporal y, por tanto superior. Por consiguiente, en el largo plazo resulta más acertado ser bueno que ser justo.

Cada problema tiene su solución específica; no hay fórmulas comunes ni generalistas, por lo que no siempre está claro lo que hay que hacer. Lo que sí está claro es lo que no debe hacerse.

En suma, es excesivo arriesgar para obtener lo que en clave histórica puede ser una bagatela, lo que constituyen ni más ni menos que los pilares de nuestra civilización. Los medios impuros sólo llevan a fines impuros; construir estrategias sobre el mal menor es perder de entrada la batalla de las esencias. La clave de las nuevas guerras, paradójicamente no está en ganar la guerra –el problema militar suele estar resuelto de antemano– sino en ganar la paz.

CAPÍTULO SÉPTIMO

DIMENSIÓN CULTURAL DE LOS CONFLICTOS: UNIVERSALIDAD Y MESTIZAJE, RAZÓN ESTRATÉGICA DE ESPAÑA

DIMENSIÓN CULTURAL DE LOS CONFLICTOS: UNIVERSALIDAD Y MESTIZAJE, RAZÓN ESTRATÉGICA DE ESPAÑA

Por ANDRÉS GONZÁLEZ MARTÍN

Comentarios reales de un indio español

Gómez Suárez de Figueroa, hijo de una princesa india y un capitán español, nacido en Cuzco, capital del antiguo Imperio Inca, publicó en Lisboa en 1609 sus *Comentarios Reales*. Miembro de la primera generación mestiza, conoció a Francisco y Gonzalo de Pizarro, Diego de Almagro, Francisco de Carvajal y otros de los grandes personajes protagonistas de la conquista española del Perú. Con sus *Comentarios Reales* se propuso recuperar la memoria de su cultura inca desde su doble condición de indio y español. De esta manera, quiso corregir algunas equivocadas aportaciones que los cronistas españoles habían escrito sobre la historia incaica. El resultado de su trabajo en los *Comentarios Reales* llegó a ser tan importante como para convertirse en su época en la versión más autorizada de la historia peruana.

Realmente no es difícil entender la necesidad de puntualizar, aclarar y rectificar las apreciaciones, juicios e interpretaciones de los primeros españoles que al llegar a Perú escribieron la historia del Imperio Inca y describieron sus costumbres y cultura. Nada es más difícil de conocer que un país extranjero. Siendo siempre difícil, el grado de dificultad es creciente con la distancia cultural y tecnológica. Cuanto mayor es la asimetría cultural más difícil es comprender lo que está pasando en ese otro mundo, viejo o nuevo, con el que nos encontramos. La acumulación de

datos no supe nunca la impresión directa, la vivencia de una forma de vida. Ortega decía que un pueblo es un sistema también de secretos que no pueden ser descubiertos sin más desde fuera. El secreto y el misterio de repente se convierten en la clave que abre el entendimiento, posibilitando la relación sobre una acertada interpretación de las percepciones y de sus significados.

Los secretos de una cultura no están al alcance de los recién llegados, aunque tengan muchos títulos, aunque sean españoles. En algunos casos cuantos más títulos, más prejuicios. Por eso la labor del intérprete es fundamental. La interrelación para ser fecunda necesita de intermediarios capaces de trasladar con precisión los mensajes que llegan de uno y otro lado. Esta tarea exige un profundo y vital conocimiento de los mitos, narrativas, creencias y costumbres de los mundos que entran en contacto. Nuestro amigo el Inca Garcilaso de la Vega quiso, a la vista de los errores, corregir con su interpretación desde dentro la falsedad de los juicios de los observadores ajenos al mundo americano en Perú. Trató de desvelar los secretos que se esconden detrás de las palabras y los gestos, no sólo para hacerlos inteligibles sino también verdaderos. Su inquietud refleja el convencimiento de que sólo cuando se incorporan los misterios en los que se funda una civilización se puede articular su red de significados. Este enfoque obliga a tratar a los mitos y narrativas como material de inteligencia, en los que se velan y desvelan los anhelos, los miedos, los valores y los intereses de un pueblo.

Por supuesto, la Historia tiene también su papel, no sólo porque los mitos son un producto de la Historia y cambian con el tiempo sino porque ellos la configuran. Nada humano se entiende sin contar una historia y el marco donde esa historia se comprende es una secreta urdimbre de experiencias y sueños ordenados en mitos y narrativas.

El interés por los mitos y la Historia, la defensa cerrada de la compatibilidad de sangres y culturas y la apuesta por el potencial multiplicador del mestizaje no son sólo una necesidad personal, una necesidad biológica, que se pudiera entender justificada por su mitad española y su mitad india. La acción de Garcilaso es militante, responde a un convencimiento, a una intuición inspirada por un ansia de universalidad. La incorporación de distintos flujos culturales a un único mar del medio, que abrazado por la tierra la incluye, es saludable para el destino de la Historia:

«Garcilaso quiso inferir que la asimilación de otras culturas enriquecía al mundo occidental y que al efectuarse esa convergencia

también se consolidaría el deseado protagonismo universal de la cristiandad» (1).

Para los más adelantados en el siglo XVI cada paso de civilización, sin importar el idioma, es un paso valioso para la humanidad entera. Desde la universalidad, teniendo presente la igual dignidad de todos los hombres, las diferencias culturales son sólo accidentes que se dispersan con el paso del tiempo y el soplo del aire. La confluencia de varias corrientes culturales permite al flujo que las recoge ser más consciente de su destino. Las diferentes aportaciones otorgan una ventaja, en tanto que cada una es capaz de humanizar un espacio que de otra forma se perdería.

Para un español de las Indias, el mundo en el siglo XVI estaba cerrado. La mundialización, antes que un producto de la tecnología, era consecuencia de la creencia en la igual dignidad de todos los hombres:

«Se podrá afirmar que no hay más que un mundo y aunque lo llamamos Mundo Viejo y Mundo Nuevo, es por haber descubierto este nuevamente para nosotros, y no porque sean dos, sino todo uno» (2).

Muchos después y como un descubrimiento extraordinario llegarían a esta misma conclusión. En el año 1950 Karl Jasper afirmaba que:

«El hecho decisivo es que ya no hay un fuera. El mundo se cierra. La unidad de la Tierra está constituida. Surgen nuevas posibilidades y nuevos peligros. Todos los problemas esenciales son problemas mundiales, y la situación, una situación de la humanidad entera» (3).

Los españoles muchos siglos antes, sin tener clara la unidad del mundo, sí tenían clara la unidad de la humanidad. La cuestión entonces no tenía que ver con que la Tierra fuese lo bastante grande o no para alojar varios mundos, varios espacios, en cuyo ámbito puedan los hombres amantes de la libertad defender su propia sustancia. La cuestión es que, una vez descubierto que todos los hombres son libres e iguales, la humanidad se constituye.

La visión de lo que hay más allá del horizonte, del hombre que vive lejos y fuera de casa, podrá seguir siendo especulativa pero no tanto como

(1) PUPO-WALKER, Enrique: *Introducción a los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega*.

(2) VEGA, Garcilaso de la: *Los Comentarios Reales*.

(3) JASPER, Karl: «Origen y meta de la Historia», *Revista de Occidente*, Madrid, 1950.

para negar su igual dignidad, en tanto que también comparte la Filiación Divina. La nueva cartografía de lo desconocido no deshumaniza al extraño. Este planteamiento no elimina los conflictos pero al hacer saltar la distinción entre el *homo humanus*, el romano, y el *homo barbarus*, el extranjero, modifica su naturaleza. La continuidad geográfica de lo humano altera el tipo de reconocimiento que se plantea en el momento del encuentro con el otro, aunque sea, normalmente es, conflictivo. El dejar de reconocer al contendiente como un demonio monstruoso modifica el conflicto pero sobre todo la paz que viene después. El afán por eliminar o esclavizar al vencido es sustituido por el deseo de civilizarlo, de incorporarlo a un orden superior y compartido capaz de reconocer la humanidad del bruto y condenar la brutalidad del civilizado. La nueva jerarquía entre los hombres no la marca su nivel de desarrollo sino su grado de virtud, el mérito sustituye a la identidad, al menos sobre el papel. La vara de medir deja de ser sólo una cuestión de poder y tecnología.

Los mecanismos del poder y la tecnología sólo tiene efectos verdaderos cuando se incorporan a la manera de pensar de la gente, ensanchando su horizonte y ampliando su escala de referencia. Por eso, que todos los problemas esenciales sean problemas mundiales y que la situación sea una situación de la humanidad entera no es sólo consecuencia de los avances tecnológicos y los cambios en la estructura de la política internacional, sino fundamentalmente será resultado de un cambio de mentalidad que impone una modificación del tipo de reconocimiento del otro.

La insuficiencia de la tecnología para cambiar el tipo de relación entre hombres y grupos humanos la confirma el propio conflicto. La experiencia militar nos enseña que sólo la tecnología no modifica el diseño del campo de batalla. Es preciso que los cambios técnicos, con todo su nuevo potencial, se integren en una nueva doctrina y en una nueva organización para ser verdaderamente innovaciones militares que arrastren un cambio de mentalidad y de reconocimiento del otro. La Revolución de los Asuntos Militares impuso a las Fuerzas Armadas norteamericanas un modelo de guerra en el que la supremacía era sólo una cuestión técnica. El enemigo era sólo un grupo de objetivos que había que identificar, ordenar, atacar y destruir hasta que el castigo fuera suficiente para dejar las cosas claras a los tiranos del mundo. En este panorama, el enemigo sólo es reconocido como blanco que se ataca hasta que decide rendirse. La única gran decisión del otro es el hasta donde está dispuesto a aguantar. Sin embargo, el fracaso de este modelo en Irak y Afganistán ha

impuesto una nueva aproximación donde la supremacía es fundamentalmente una cuestión humana porque de lo que se trata es de conquistar los corazones y las mentes de la población.

La necesidad de corregir un planteamiento equivocado, que ha provocado enormes pérdidas, está imponiendo una nueva forma de relación con el enemigo. Ya no se trata de matar terrorista, ahora lo que se busca es aislarlos de la población y destruir su causa. Este cambio de función impone un cambio primero de doctrina, después de organización y finalmente de mentalidad. Las Fuerzas Armadas del mundo occidental están en ello desde el año 2004. Pero los cambios que puedan arrastrar serán insuficientes, en tanto que sólo afectarán a las operaciones militares. La aproximación cultural de los ejércitos a las operaciones militares tiene una función clara: facilitar el éxito en el campo táctico, operacional y estratégico. La cultura de los demás importa al soldado en tanto que su conocimiento es de aplicación y facilita el cumplimiento de la misión. Seguramente solo muy pocos se atreverán a ir más allá. Para un oficial de Estado Mayor sería un atrevimiento pensar que la misión, la que se recibe y la que se ordena, debería ser definida en función de los parámetros culturales del ambiente en el que se interactúa. Ahora bien, si alguno de estos pocos llegara tan alto como para lograr influir en la autoridad que decide sobre los medios, los fines, los riesgos, las reglas y los tiempos sería posible aumentar el alcance de la transformación.

La historia de la guerra está llena de discontinuidades. La idea del cambio ha preocupado a todos los grandes teóricos porque estaban convencidos de dos cosas: la primera, que la principal tarea del soldado en tiempo de paz es prepararse para ganar la próxima guerra y, la segunda, que la próxima guerra no será igual que la anterior. Los cambios técnicos, sociales, políticos y culturales tienen sus efectos en la forma de hacer la guerra. Clausewitz lo anunciaba diciendo que:

«Cada tiempo tiene su propias formas peculiares de guerra, cada tiempo por tanto tiene su propia teoría de la guerra. Quienes deseen entender la guerra deben dirigir una mirada atenta a los rasgos principales de cada época.»

Pero en nuestro mundo globalizado un mismo tiempo cronológico no necesariamente se corresponde con una misma época.

Alvin Toffler en su libro: *La tercera ola*, aparecido en el año 1980, organiza la Historia según criterios técnicos. Según Toffler, hubo una primera ola,

de una muy larga vigencia histórica, en la que las aplicaciones tecnológicas estaban asociadas al esfuerzo humano, con un predominio de la actividad agrícola. La segunda ola alcanzó su apogeo con la Revolución Industrial, con una duración histórica mucho más corta, en la que el esfuerzo mecánico, sustituyó al esfuerzo humano, y dio origen a la sociedad de masas. Finalmente, la tercera ola es hija de la Revolución Tecnológica, de la que surge una sociedad regida por los flujos de información. Es la era del conocimiento, de la desmasificación de la producción, donde producir ya no es el problema, la cuestión es atender a las demandas de los grupos humanos que eligen sus preferencias. Pero esta estructura de la Historia se proyecta en un solo tiempo cronológico, el que nos toca vivir, por eso el mundo está trisecado, fragmentado aunque globalizado.

En este panorama, la realidad no sólo se transforma por los cambios impuestos por la matriz tecnológica, sino que además la transformación técnica conlleva un cambio psicológico de la sociedad, una redefinición de las relaciones sociales y, también, de las relaciones de poder, como señala Toffler en *Powershift* (1990) o en *Creating a new civilization* (1995). La política internacional y las relaciones ya no están determinadas por los Estados-Nación en declive, sino por fuerzas emergentes como las grandes corporaciones mundiales, los medios de comunicación y la opinión pública.

Esta visión trisecada del mundo, esta visión tridimensional, que organiza el espacio en tres planos no es exclusiva de los Toffler. Peter Taylor, en su obra: *Geografía Política: economía del mundo, Estado-Nación y localidad*, descubre un modelo que coloca a los distintos protagonistas internacionales según sus procesos productivos en el centro, la periferia y la semiperiferia. La posición no es la clave que ordena el espacio y el poder. Los procesos técnicos se convierten en el factor decisivo para entender quien es quien y la técnica, igual que la ciencia, no deja de ser un producto cultural. Tres códigos culturales y tecnológicos que conviven en un mismo tiempo cronológico, tres épocas distintas que se reparten un mismo mundo, cada una de ellas con su propia forma de hacer la guerra y su propia forma de reconocimiento del enemigo, de los combatientes y del conjunto de la población.

Las diferencias entre civilizaciones son relevantes aunque por supuesto al final, la guerra, la victoria, la derrota y la muerte son entendidas por todas las culturas, sin necesidad de traducción. La carga de significado de las primeras palabras, de las protopalabras, es tan fuerte

como para atravesar cualquier frontera cultural o técnica. Desde luego muerte y guerra son unas de esas pocas palabras que inevitablemente entran a formar parte de ese selecto grupo intemporal de términos que todo el mundo entiende. La esencia de la guerra está al alcance de la comprensión de todos, independientemente de donde y cuando haya nacido.

La forma de hacer la guerra es diferente pero su naturaleza es la misma. La guerra, sin importar cómo se plantea, es una forma de comunicación. La guerra es la madre de todas las formas de comunicación, porque utiliza un lenguaje universal, un discurso entendido por todos y un discurso ineludible. Un discurso construido sobre la base de dos categorías, la de la vida y la de la muerte. Además, la guerra es comunicación porque necesariamente es cosa de dos y exige reconocer al enemigo como interlocutor. Cada contendiente debe luchar para poderse probar como interlocutor válido.

Entender la contradicción que puede suponer la existencia de diferentes formas en una sola naturaleza no es fácil. Las guerras entre mundos son siempre asimétricas, y en este tipo de guerras, si queremos evitar el total aniquilamiento del enemigo, el conocimiento de la población y su cultura son relevantes, pero, asimétricas o no, las guerras son guerras. El conocimiento del idioma del adversario, de sus usos y costumbres, de su religión, de su literatura, de su estructura social, de sus aspiraciones, de sus amores y odios, de su cultura no es un saber por el saber. Cuando el conflicto está por medio, la cultura es un saber al servicio de un poder, es una cultura para oficiales de Estado Mayor no para profesores de Universidad, una cultura para la acción no para la especulación.

La naturaleza de la guerra no necesita ser traducida. Pero Gómez Suárez de Figueroa no quería instalarse en la dinámica del enfrentamiento. Su propósito era buscar una fórmula para construir una paz capaz de integrar un orden de seguridad, con un orden de libertad y justicia. Desde esta disposición la cultura y la lengua se convierten en un factor determinante. Esta visión de la paz como encuentro fecundo, y no sólo como simple ausencia de violencia, convierte a la dimensión cultural no en un elemento que alimenta el conflicto sino en un mecanismo de construcción de un orden posible, estable y digno para todos. Quizá lo curioso es que un indio español lo descubriese con tanta claridad hace cuatro siglos, sobre todo cuando en la actualidad las grandes potencias, especialmente Estados Unidos, se asombran al reconocer la necesidad de

poner el acento en los aspectos culturales a la hora de abordar la gestión del conflicto.

Los conflictos de Irak y Afganistán y la falta de éxito de la primera potencia del mundo frente a enemigos asimétricos mucho más débiles han provocado una revisión de las doctrinas militares que todo lo fiaban a la tecnología. Cuando en marzo de 2003, Estados Unidos pusieron en marcha la operación *Irak Freedom* sus mandos políticos y militares pensaron que se enfrentaban a una breve campaña. Desde luego entonces, nadie estaba muy preocupado por el impacto cultural de las operaciones. La guerra sería corta y la reconstrucción sería algo parecido a lo que se venía haciendo en Kosovo. Pero pronto descubrieron que sus estimaciones estaban equivocadas. La identidad tribal, religiosa, partidista, regional y la cultura de las Fuerzas Armadas norteamericanas tendrían un papel determinante en el desarrollo del conflicto, en el planteamiento de las operaciones de respuesta y en las interrelaciones entre los protagonistas. En Irak y Afganistán la guerra centrada en la tecnología, la guerra centrada en las plataformas de ataque, da paso a una nueva forma de solución del conflicto: la centrada en la cultura.

En este nuevo escenario Gómez Suárez de Figueroa, su vida y su obra, puede tener algo interesante que aportar aunque sea español, aunque sea indio, aunque viviera en el siglo XVI, aunque fuera católico. Podríamos seguramente decir que tiene algo que aportar precisamente porque era español, indio y católico. Fue bautizado y vivió siendo niño en una de las primeras casas señoriales españolas en Cuzco, pero fue su madre y sus parientes indios los encargados de atender al pequeño educándolo en la tradición de su pueblo. Un pueblo del que formaba parte como hijo de la princesa Isabel Chimpú Ocllo, sobrina de Huayna Cápac, el último emperador *Tahuansintuyo* (4). Su condición de miembro de una familia imperial desplazada por la conquista no le impidió abrazar con entusiasmo la fe católica y también la cultura y tradición de España, tanto como para, con el paso del tiempo, convertirse en una de las figuras más admirables de las letras americanas en español.

Prueba de su identidad española es su reconocida fe católica, en el año 1597 recibió órdenes menores, y su afecto por su padre Sebastián Garcilaso de la Vega, del que acabaría adquiriendo el nombre. Además sirvió como soldado en los ejércitos del Rey de España a las órdenes de Don

(4) Forma de designar en quechua al Imperio Incaico.

Juan de Austria en la campaña de las Alpujarras, donde luchó contra los moriscos y alcanzó, como su padre, el empleo de capitán. De esta manera descubrimos la naturaleza del mestizaje de Gómez Suárez de Figueroa, conocido como el Inca Garcilaso de la Vega. Un mestizaje no sólo de sangre sino también de cultura, tan eficaz como para permitir a España poner en marcha el más rápido de los mecanismos de integración. En una sola generación fue posible forjar una identidad española de los americanos. El resultado es verdaderamente sobresaliente. Factores culturales irreconciliables se integran en una generación nueva capaz de trascender la diferencia, obligada a trascenderla para no verse forzada a renunciar a una parte de sí misma. El resultado de este proceso es algo más que una subordinación frente al poder que se impone. No es sólo el sometimiento ante una cultura superior, tampoco una absorción sin más de lo antiguo y caduco por lo nuevo. El proceso del Inca Garcilaso de la Vega es un proceso, como en parte de su generación, de incorporación. El resultado es un injerto español en una base americana.

La fusión de elementos inmiscibles fue posible por la existencia de un soporte, en una de las vías culturales, que asciende por encima de la diferencia y del conflictivo choque de poderes y culturas. La universalidad católica de la fe cristiana permite trascender por encima de cualquier herejía de los tiempos pasados, redimiendo cualquier origen, cualquier idioma, cualquier cultura, cualquier sistema de signos y significados. En este caso la inculturación cristiana hizo posible el mestizaje.

El potencial de la religión cristiana para permear la cultura de éstos o de aquéllos lo descubre con claridad, al analizar los secretos de su éxito, Arnold Toynbee en su libro: *El mundo y Occidente*, donde se enfrentan la ofensiva militar, política y económica de la Roma pagana a la contraofensiva religiosa que viene de Oriente. Una extraña nueva religión que se funda en ideal de fraternidad humana que supera el choque de culturas y que además está abierta a todos los seres humanos, sin ninguna discriminación, llevando al hombre a una unión personal con Dios, donde se encuentra hermanado con todos los demás humanos.

Inculturación y cultura estratégica de España

No es fácil encontrar una definición satisfactoria del concepto inculturación, que va tomando cuerpo en la teoría de las culturas, y su aplicación al diálogo. Tampoco es fácil relacionarlo con el encuentro entre ciencia y

religión. El que fue padre general de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe, escribió hace más de 30 años, en su carta sobre la inculturación de 14 de mayo de 1978:

«La inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así una nueva creación.»

La Compañía de Jesús fue desde el principio pionera e impulsora de la inculturación. San Ignacio descubrió, por las cartas de su hermano en la Compañía San Francisco Javier, la importancia de evangelizar China. El santo navarro, patrón de las misiones, escribía en el año 1549 desde Kagoshima, ciudad japonesa, una carta destacando la importancia de aprender las lenguas locales de Oriente para poder convertir a esos hijos de Dios. San Francisco Javier estaba persuadido completamente, haciéndoselo saber a San Ignacio, de la obligación misionera de aprender la cultura de los pueblos que se querían evangelizar para poder traducir a sus categorías el mensaje de salvación cristiano.

El padre Mateo Ricci, al que el profesor Wolfgang Franke considera el puente cultural más sobresaliente de todos los tiempos entre China y Occidente, también era jesuita. La Compañía de Jesús con la inculturación, el estudio de la lengua china, el uso de la ciencia y, sobre todo, el gran respeto por la cultura china, se adelantaron a su tiempo. El método de evangelización que aplicaron en China pretendía aprovechar todo lo que hubiera de aprovechable en los pueblos de misión. El objetivo era adaptar el cristianismo a la cultura china y adaptar la cultura china al cristianismo, siempre que pudiera ser integrado.

Recientemente, con ocasión de la conmemoración de los 400 años de la muerte del padre Ricci, el papa Benedicto XVI, en una carta dirigida al obispo de Macerata, ciudad natal del padre jesuita, resalta que a pesar de las dificultades el padre Ricci se mantuvo fiel hasta la muerte a su estilo de evangelización, aplicando una metodología científica y una estrategia pastoral que respetaban las tradiciones locales. El padre Ricci estaba convencido de que la Revelación podía integrar las costumbres y los rasgos de otras culturas sin perder su esencia y que este procedimiento haría más eficaz la predicación. El papa Benedicto XVI aplaude

la iniciativa del jesuita padre Ricci y termina relacionándola con la tarea misionera de los Padres de la Iglesia en el momento del encuentro del cristianismo con la cultura grecoromana.

Pero no sólo la Iglesia católica resalta la metodología de los jesuitas en China. Respecto a este asunto Arnold Toynbee destaca la sobresaliente actitud y original aproximación de los misioneros de la Compañía de Jesús en China que creo merece la pena transcribir:

«El método de los jesuitas en su empresa de propagar el cristianismo en China era tan diferente y tan prometedor en sí mismo, y lo es hasta tal punto hoy, que nuestra discusión del encuentro de los pueblos asiáticos con el Occidente sería incompleta si no tomáramos en consideración la línea que los jesuitas abrieron en China y la India. En lugar de tratar, como hemos estado nosotros tratando después, de desengranar del cristianismo una versión secular de la civilización occidental, los jesuitas se propusieron separar del cristianismo los ingredientes no cristianos de la civilización occidental y presentar el cristianismo a los hindúes y chinos, no como religiones locales del Occidente, sino como una religión universal con un mensaje para toda la humanidad. Los jesuitas despojaron al cristianismo de sus accidentales e irrelevantes accesorios occidentales y ofrecieron su esencia a los chinos y a los hindúes, vestida con un ropaje intelectual y literario chino e hindú, respectivamente, en el que no existían desagradables bordados occidentales que causaran mala impresión a las sensibilidades asiáticas. Este experimento se malogró en el primer ensayo por culpa de disensiones domésticas en el seno de la Iglesia Católica Romana de entonces y que no tenían nada que ver con el cristianismo ni con China o con la India; pero, considerando lo que la India, China y el cristianismo son aún en el mapa, podemos esperar y esperamos ver cómo se ensaya otra vez el experimento.»

Este largo párrafo termina con una predicción que presupone el redescubrimiento de una metodología de incorporación utilizada con éxito en el pasado y que no nos resulta del todo ajena, aunque la evangelización en América no siempre se ajustó a este modelo. En gran medida la dificultad para aplicar la nueva metodología está relacionada con nuestra cultura estratégica de entonces, que era fruto de la guerra contra el islam. El impacto de una guerra prolongada de 800 años contra el islam creó

una tensión que polariza al otro, creando cierta rigidez en la religión cristiana en España:

«Los europeos se sienten primariamente cristianos, y no sólo en religión, sino en todos los órdenes de la vida, porque la presencia de la otra fe y el otro estilo vital solidifica su creencia y la extiende por todo su horizonte» (5).

Pero la aspiración hispana de incorporar al diferente es también consecuencia de la Reconquista.

La cultura estratégica de la España del siglo XVI está afectada por ocho siglos de lucha por recuperar un destino perdido. El resultado es una peculiar forma de entender el poder y su función. La Monarquía Católica buscó en la península Ibérica primero y luego en América no sólo conquistar territorios sino sobre todo repoblarlos de europeos, es decir repoblar España de cristianos. La limpieza de sangre no era una exigencia étnica sino fundamentalmente una garantía de pureza en la fe.

La cultura estratégica puede definirse como un conjunto de creencias y costumbres compartidas por un grupo humano, que surge como consecuencia de su experiencia común, de los mitos que conforman su identidad y de su ambición como grupo. Atendiendo a este planteamiento la cultura estratégica es un producto de la memoria, de la identidad y de la voluntad de un actor estratégico.

La cultura estratégica necesita de la memoria, es un producto no de la historia sino de la memoria de un agente. No tiene tanto que ver con lo que realmente pasó sino sobre todo con lo que me interesa tener presente. Es una forma de seleccionar en el pasado lo que me sirve de él. La memoria tiene una función en el presente que no es reconstruir el pasado sino ponerlo en valor, ponerlo a trabajar para el aquí y ahora. Recordamos lo que nos interesa recordar porque nos sirve y, cuando deja de servir nuestro recuerdo, pierde vigencia. La memoria fija las vigencias de la cultura estratégica de un Estado porque escoge lo que ha sido útil a lo largo del tiempo y rechazar lo que no ha dado resultado o dándolo ha dejado de tener aplicación hoy.

La memoria de una sociedad es selectiva, en tanto que está afectada por lo que esta sociedad identifica como éxito o fracaso. Un cambio en las per-

(5) MARÍAS, Julián: *España inteligible: Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

cepciones impone la obligación de bucear en la historia para seleccionar lo que se quiere recordar. El resultado es una fragmentación de la realidad histórica. Memoria e Historia tienen funciones distintas. Por eso cuando llega la crisis, cuando lo que ofrece la memoria deja de servir, es necesaria una revisión de la Historia para empezar a olvidar y comenzar a memorizar nuevos pasados. Son las dificultades las que obligan a poner en cuestión la validez de nuestros recuerdos y entonces la necesidad nos obliga a, mirando a la Historia, buscar que puentes hay que cruzar y que puentes hay que quemar. Quemar un recuerdo es empezar a dar soluciones a los nuevos problemas. La relectura de la Historia supone un gran esfuerzo, no solo por lo que hay que aprender sino sobre todo por lo que hay que olvidar.

La cultura estrategia de la España del siglo XVI es fruto de la reconquista y del espíritu de frontera que la acompaña. Inevitablemente, el impacto de esta larga experiencia dejaría una profunda huella en la memoria de los españoles. Los fines y los medios, los riesgos y las reglas, se identifican en el recuerdo de las victorias y derrotas de una experiencia de ocho siglos, en la que la espada no resuelve de un golpe el conflicto. Una vez aprendidas las lecciones de la frontera, el éxito no sólo se busca en la superioridad en el campo de batalla. La reconquista es un esfuerzo en la lucha contra el infiel pero también es un gran esfuerzo de repoblación y conversión.

La larga guerra de ocho siglos, la guerra prolongada de 800 años, enseñó a España a considerar que tan importante como conquistar territorios con las armas es importante conquistar la identidad de la población que habita esos territorios. La reconquista de España es una reconquista de los españoles que se habían perdido con la invasión del islam. La expulsión de judíos y moriscos que vino después es el resultado de la imposibilidad de bautizarlos como españoles, incorporándolos al único cuerpo común. Sin embargo, en América no pasó lo mismo.

España fundó 20 pueblos al otro lado del Atlántico:

«Los cuales, mal que les pese y para su fortuna han recibido la herencia psíquica y temperamental española, he aquí por qué puede afirmarse que la España musulmana ha desempeñado un papel activo y no marginal en el pasado de Hispania, es decir, la Península y de sus hijas de América» (6).

(6) SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *La España musulmana*, editorial Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1973.

La gran prueba entrelazó las actividades guerreras con las pacíficas de la convivencia y la tolerancia destilando un producto distinto, único, diferente, exclusivo y valioso que se llama Hispanidad.

Interesante experiencia la nuestra que nos descubre cómo a una guerra sostenida y ganada inicialmente por la fe religiosa en el islam:

«Se intentó oponer otra fe bélica, grandiosamente espectacular, apta a su vez para sostener al cristiano y llevarlo al triunfo» y de esta manera establecer «una correlación en cuanto al uso bélico de las creencias» (7)

Una prueba de 800 años que fue posible en una época caracterizada por el predominio de la creencia sobre cualquier otra dimensión humana, al margen de cualquier otra dimensión humana. Trasladarla a nuestro tiempo no tiene sentido, sin embargo, despreciar lo que ofrece de enseñanza sería una torpeza.

Nuestra forma de actuar en el mundo, construyendo un imperio en el siglo XVI, es consecuencia de nuestra experiencia común, de los mitos que conforman nuestra identidad y de nuestra ambición como pueblo. Esta realidad forjó una cultura estratégica que da vida al alma de las instituciones encargadas de emplear los medios de la Monarquía Católica para alcanzar los fines de la nación española. Las derrotas del siglo XVII y siguientes se encargarían de enseñarnos que el pecado la sobreextensión estratégica se llama bancarrota. El trauma del colapso del Imperio Español dio vida progresivamente a una nueva cultura estratégica española y como consecuencia a un cambio en la cultura corporativa de las instituciones.

Las instituciones aprenden y algunas veces son capaces de adaptar su cultura, sus valores, sus intereses, sus prioridades, sus presupuestos, su organización, sus medios, su doctrina y su enseñanza a los nuevos conocimientos. El modelo de aprendizaje de las instituciones parece ajustarse al esquema conductistas que nos permite explicar con facilidad el proceso de cambio interno utilizando sencillas reglas de asociación. Una institución tiende a repetir aquellas conductas que producen buenos resultados, tiende a responder a los mismos estímulos con los mismos comportamientos. En el caso de las Fuerzas Armadas su forma de entender el poder militar, su función y su forma de empleo dependen

(7) CASTRO, Américo: *La realidad histórica de España*, editorial Porrúa, México, 1962.

de su propia historia militar. Una historia de éxitos y fracasos que anima a repetir siempre los comportamientos que han proporcionado victorias y escapar de las conductas que han llevado a la derrota. El modelo que precipita después está relacionado con los estímulos positivos y negativos que se han recibido.

El problema surge cuando la respuesta deja de tener relación con el estímulo y su entorno. La necesidad de actuar, la necesidad de responder de forma inmediata, puede traducirse en una acción desajustada a la amenaza y su contexto. La sobre-reacción o la infra-reacción son en gran medida resultado de la prisa y de la urgencia. Cuando se siente la imperiosa necesidad de hacer algo y hacerlo inmediatamente, normalmente las instituciones hacen lo que saben hacer mejor. Es decir, si no sabemos bien a que nos enfrentamos entonces lo mejor es actuar como siempre, aunque no venga a cuento.

Este tipo de errores nos son exclusivos de los ejércitos de España. Cuando Estados Unidos han utilizado la fuerza de forma masiva para aplastar al enemigo y conseguir una rendición incondicional del adversario las instituciones militares han sido recompensadas con el aplauso. Recordemos la victoria de Norte contra el Sur, la victoria de Estados Unidos contra España en el año 1898, la victoria en la Primera Guerra Mundial, la victoria en la Segunda Guerra Mundial, la victoria en la guerra fría. Por el contrario, cuando han apostado por guerras limitadas, guerras prolongadas, guerras asimétricas el castigo social contra la institución ha sido tan fuerte como para romper su autoconfianza. Las respuestas seguidas por una recompensa se fortalecen y las seguidas por un castigo se debilitan. Ivan Paulov lo podría haber explicado mejor.

La rígida y decidida identificación con un modelo de guerra de desgaste y aniquilación con el paso del tiempo se convirtió en un paradigma irrenunciable para los militares norteamericanos:

«I will be damned if I will permit the U.S. Army, its institution, its doctrine, and its traditions to be destroyed just to win this war» (8).

El modelo de guerra americano estaba compactamente adherido a la propia memoria institucional y a la cultura corporativa de los Ejércitos de Estados Unidos. Un modelo donde la exigencia táctica no deja espacio

(8) Cita anónima atribuida a un general norteamericano refiriéndose a la guerra de Vietnam. Aparece en BRIAN Jenkins, M.: *The Unchangeable war*, Rand Corporation, Santa Monica, 1970.

para la relación de los políticos con militares. La historia de la nación americana en guerra refuerza la idea de que la política termina cuando la guerra empieza; una vez que la guerra ha comenzado los militares asumen la primacía sobre los políticos (9). Una vez que la nación nos arrastra al infierno, porque la guerra es el infierno, no queda más remedio que apurar el trago. Las preferencias son claras, fuerzas abrumadoras en masa de fuego y superioridad tecnológica además de predilección por el asalto directo y violento. La guerra asimétrica no es la forma preferida de hacer la guerra para Estados Unidos, no se ajusta al *American way of war* (10).

No todo el mundo tiene una segunda oportunidad pero algunas veces los más fuertes después de recibir el primer golpe pueden intentar levantarte y reaccionar. Si de lo que se trata en este momento es de conseguir nuevas habilidades, *a mastery of irregular warfare*, el primer paso debería ser darle la vuelta a la interpretación oficial de toda la historia militar de Estados Unidos. Las guerras indias de repente pueden convertirse en uno de los capítulos importantes de la nueva revisión del pasado. Robert D. Kaplan en su libro: *Gruñidos imperiales*, comienza con un prólogo titulado «Territorio indio». De esta forma, desde la primera página, el autor quiere descubriarnos el nuevo escenario donde se encuentran desplegadas las fuerzas militares de Estados Unidos para librar una nueva guerra. La guerra contra el terrorismo, la nueva guerra americana, consiste a fin de cuentas «en domesticar la frontera» (11).

La reinterpretación histórica ha comenzado a institucionalizarse. El manual de campo FM 3-07 *Stability Operations* publicado en octubre de 2008 reconoce que sólo un puñado, apenas una docena, de las cientos de operaciones militares de Estados Unidos desde el inicio de la Revolución Americana son guerras convencionales:

«Contrary to popular belief, the military history of the United States is one characterized by stability operations, interrupted by distinct episodes of major combat.»

(9) NAGL, John A.: *Learning to eat soup with a knife. Counterinsurgency lessons from Malaya to Vietnam*, The University of Chicago Press, Chicago, 2005.

(10) WEIGLEY RUSSELL, F.: *The American way of war: A History of United States Military Strategy and Policy*, Indiana University Press, Bloomington, 1973

(11) KAPLAN, Robert D.: *Gruñidos imperiales, el imperialismo norteamericano sobre el terreno*, Ediciones B, S. A., Barcelona, 2007.

Las revisiones históricas modifican, por supuesto, la cultura corporativa; alterando la inteligencia, el comportamiento, la interpretación incluso las percepciones de las organizaciones. La interpretación de la Historia no es una cuestión menor, fija una narrativa que pone en orden e interpreta la información dándole sentido. Un cambio en la narrativa institucional supone un cambio en las percepciones, que por supuesto termina afectando a los juicios, decisiones y actuaciones. Un cambio de narrativa significa un cambio de identidad. La percepción implica el reconocimiento instantáneo de un todo gracias a patrones internos y de lo que se trata es precisamente de cambiar los patrones internos para de esta forma indirecta modificar las respuestas. El proceso de aprendizaje supone asimilación y acomodación, es decir tiempo, trabajo, nuevas interpretaciones, nuevas prioridades y nuevas lecturas.

The Spanish way of war

Curiosamente, en este tipo de asuntos, aquí en España sí que tenemos antecedentes y experiencias. En los tiempos de Viriato ya existían guerrilleros con valor y más coraje que el «caballo de Espartero». Seguro que históricamente tenemos algo que ofrecer. Ocho siglos de reconquista, cuatro siglos de imperio, dos siglos de guerras civiles permanentes marcan la historia política y militar de España. Necesariamente nuestra larga experiencia en guerras irregulares, guerras de guerrillas, guerras de frontera, guerras populares, guerras civiles, guerras coloniales, luchas contra el terrorismo, guerras subversivas, guerras prolongadas y guerras sin batallas tienen que dejar huella en la memoria institucional y colectiva de España. Nuestra historia puede ofrecer lecciones aprendidas y también lecciones por aprender. De imperio y frontera sabemos un poco, de luchas internas sabemos también, en temas relacionados con el terrorismo y la violencia política somos expertos. La nueva forma de guerra, el nuevo enfoque, refleja el modo español de hacer la guerra, *The Spanish way of war*.

El espíritu de cruzada ha estado presente con mayor o menor intensidad en la mayoría de las guerras de España. La guerra contra Napoleón fue para muchos españoles la lucha contra Satanás. Posiblemente por eso, la guerra no convencional moderna nace en España en el año 1808. Nuestra guerra de la Independencia es el primer capítulo de la historia moderna de la guerra asimétrica. Cuando se trata de estudiar este tipo de guerra son muchos los que empiezan por recordar que «guerrilla» es

una palabra acuñada en España. Tanto Clausewitz como Jomini se sintieron profundamente impresionados por la guerra popular española, una forma de guerra capaz de desasosegar a cualquiera conciencia civilizada y sin embargo, una opción cuando de lo que se trata es de resistir.

Clausewitz al referirse a la guerra irregular acepta el riesgo de pagar crueldad con crueldad, de responder a la violencia con violencia para superar al enemigo y volver a encauzarle dentro de los límites de la moderación y humanidad. Durante el año 1809 el maestro prusiano permaneció atento a los acontecimientos y siguió de cerca la sublevación de España con la esperanza de que los alemanes siguiesen el mismo camino (12).

Jomini sin embargo, siente aversión por este tipo de guerra después de experimentarla en primera persona en España dentro del Estado Mayor del mariscal Michel Ney:

«Como soldado que antepone la guerra leal y caballerosa al asesinato organizado, si no quedase otro remedio que elegir entre una u otro, reconozco que mis prejuicios están a favor de aquellos buenos tiempos antiguos en que las guardias francesas e inglesas se invitaban mutuamente a disparar primero, prefiriéndolos a la espantosa época en que sacerdotes, mujeres y niños tramaban en España el asesinato de soldados aislados» (13).

También Carl Schmitt comienza su ensayo *La teoría del partisano* identificando la guerra de guerrillas, protagonizada por el pueblo español durante la guerra de la Independencia, como el punto de partida y origen de una nueva perspectiva en el arte de la guerra capaz de dar:

«Origen a una nueva manera de entender la estrategia y a nuevas teorías sobre la guerra y sobre la política» (14).

La chispa partió de España pero no prendió entonces en el resto de la Europa que resistía a Napoleón, aunque, sin embargo, provocó:

«Una serie de reacciones cuya eficacia alcanza a nuestros días, esta segunda mitad del siglo XX, para transformar la faz de la Tierra y de sus habitantes» (15).

(12) ARON, Raymond: *Pensar la Guerra Clausewitz*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1993.

(13) JOMINI, Henri Antoine de: *Compendio del arte de la Guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.

(14) SCHMITT, Carl: *Teoría del partisano*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1984.

(15) SCHMITT, Carl: *Ibidem*, 1984.

Pero no sólo los viejos maestros se fijan en nuestra guerra de la Independencia y nuestras experiencias posteriores. El coronel del Ejército de Estados Unidos John Nagls en: *Learning to eat soup with a knife* recalca en varias ocasiones en nuestras guerras asimétricas. También la insurgencia en Cuba y las Filipinas inspiró a muchos desde el principio. El comandante de la Artillería Real Británica, Charles Callwell en el año 1896 descubría ya las nuevas entonces aportaciones españolas en la lucha contra los rebeldes cubanos y filipinos. Su trabajo: *Small Wars: Their principles and practice* fue durante mucho tiempo una importante referencia en el pensamiento militar del Imperio Británico.

La experiencia histórica española en este terreno no está explorada del todo y posiblemente empezar a hacerlo pueda sorprender a muchos (16). Exportar nuestra historia puede ser rentable para nosotros pero seguramente también para los que pensando como Otto von Bismarck crean también que:

«Los tontos dicen que aprenden de su experiencia. Yo prefiero aprender de la experiencia de los demás.»

Algunos de los grandes problemas de hoy, algunos dilemas, estaban ya presentes en nuestro pasado.

La cultura militar

En gran medida somos lo que recordamos pero también lo que practicamos y además lo que deseamos. Los ejércitos de alguna manera repiten este patrón. Memoria, comportamiento y anhelo agrupan las potencias que dibujan los perfiles de cada organización. La relación de las Fuerzas Armadas con el resto del mundo depende de su experiencia vivida, de su desempeño actual y de su ambición para el futuro. Estos elementos son los que permiten a la institución enfrentarse con una realidad que de otra forma sería en gran medida opaca. La repuesta no se adapta siempre a la situación, la respuesta se adapta a la naturaleza de los protagonistas. Las grandes potencias no saben ganar las guerras pequeñas porque son grandes potencias, sus Fuerzas Armadas deben estar listas para disputar la primacía contra otros grandes poderes. Ser grandes y convencionales es parte de su naturaleza, condicionando su forma de pensar y actuar.

(16) SCHMITT, Carl: «Aún hoy no poseemos una historia completa y documentada de la guerra partisana española», *Ibidem* (1984).

La luz no viene fundamentalmente de fuera sino principalmente de dentro, sin que, por supuesto, los componentes básicos y su interdependencia sean factores rígidamente inamovibles.

Los éxitos y fracasos propios y ajenos, pero más bien los de casa, pueden reconfigurar la memoria, las prácticas y el deseo. Normalmente los ejércitos sólo se adaptan después de haber intentado hacer las cosas como siempre. Es verdad que las cosas pueden hacerse bien o mal, pero los ejércitos empezarán por hacerlas como siempre.

Hacer las cosas como siempre refuerza la integración interna de los diferentes componentes de la fuerza. La unidad hace la fuerza, es la fuerza misma, nada sería más inadecuado que un cambio a destiempo. El ejército está ahí, está dispuesto, no discute, obedece siempre, no pone pegos. El ejército siempre dice poder hacerlo, sólo sabe decir que sí. La fe ciega en la victoria es parte de la instrucción del combatiente. En los momentos de crisis, cuando nadie sabe cómo actuar inteligentemente, el ejército estará siempre dispuesto a hacer lo que sabe. Además lo que sabe hacer lo hace muy bien. Claro está, que en ocasiones la inacción puede ser fatal y la confusión peor pero instalarse obstinadamente en repetir los patrones aprendidos en el campo de instrucción termina siendo contraproducente.

La cultura militar es lo que nos mantiene unidos y seguros dentro de la formación, dentro de la falange. Cuando los demás se sienten paralizados por la confusión o por el miedo, la cultura militar tiene una receta para responder a los problemas de adaptación externa y de integración. Las lecciones aprendidas son lecciones aprendidas:

«Esta historia la enseñará el buen hombre a su hijo, y desde este día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín y Crispiano nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo, el recuerdo de nuestro pequeño ejército, de nuestro pequeño feliz ejército, de nuestro bando de hermanos» (17).

La fuerza de la cultura militar descansa en la longevidad, la estabilidad y en la intensidad de su experiencia. Sólo hay una profesión más antigua que la de soldado y sólo hay una experiencia más intensa que vivir una batalla. En el contexto de la guerra, los mecanismos de aprendizaje son muy eficaces:

(17) SHAKESPEARE, William: *Enrique V.*

«El que sobreviva a este día y llegue a la vejez, cada año, en la víspera de esta fiesta, invitará a sus amigos y les dirá: mañana es San Crispín. Entonces se subirá las mangas, al mostrar sus cicatrices, dirá: he recibido estas heridas el día de San Crispí. Los ancianos olvidan, empero el que lo haya olvidado todo, se acordará todavía con satisfacción de las proezas que llevo a cabo en aquel día.»

Además el histrionismo de los líderes militares escribe una y otra vez, en tablas de piedra, el viejo decálogo. No importa mucho que el ambiente operacional sea nuevo, que la realidad social y política sea diferente, que el entorno cultural sea completamente extraño, no importa el idioma del adversario, ni tampoco la sensibilidad ni la inteligencia del mundo. La falange sigue aferrada a sus viejos normas, escudo contra escudo, mientras marcha cantando a no se sabe qué. Su determinación, desde luego sublime, puede parecer estúpida, aunque no tanto como la seguridad que genera en los senadores que la ven partir al son de trompetas.

El estudio de la cultura militar y la cultura corporativa de los ejércitos puede ser fundamental para impulsar el cambio y favorecer la adaptación institucional a los nuevos escenarios. Un mecanismo apropiado de revisión puede ayudar primero a olvidar y después a aprender cosas nuevas. Desgraciadamente los valores y las actitudes que se incorporan a la cultura de la organización pueden bloquear el cambio y provocar el fallo conjunto del sistema. Los cambios en la cultura de una institución militar exigen mucho tiempo y el compromiso decidido del núcleo de la élite. Superar la parálisis puede ser menos complicado cuando se cuenta con modelos que favorezcan la reflexión y capaces de ofrecer nuevas alternativas. Buscar modelos fuera y dentro es la primera tarea de los que, en principio, se conforman con empezar por cambiar la narrativa. La Rand Corporation ha sugerido que la aproximación comparativa puede facilitar la transición:

«Comparisons with other armies can highlight different approaches to the preparation and conduct of warfare, some of which may be cultural based» (18).

La terapia no deja de ser interesante, podemos acabar intentando exportar también nuestra historia política y militar.

(18) Citado por CASSIDY, Robert M.: *Counterinsurgency and the global war on terror. Military culture and irregular war*, Praeger Security International, Westport, 2006.

La nueva sensibilidad político-militar y la interpretación integral del *Comprehensive Approach*, tan de moda en las actuales publicaciones doctrinales de los países amigos y aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), ya estaba presente en las reflexiones y vivencias españolas de la guerra de Cuba:

«Simultáneamente el Gobierno concentrará todos sus esfuerzos en Cuba, impulsará al Gobierno insular, enviará rápidamente dinero, negociará con los insurrectos, procurará guiar la prensa, luchará en todos los terrenos, pero sin el esfuerzo combinado y la armonía de la acción diplomática con la política, la financiera y la militar, no se domina el conflicto ni se ladea el abismo a donde nos empujan las circunstancias y errores del pasado» (19).

La nueva aproximación del *Comprehensive Approach* no surge de repente entre la copa de los árboles. Sentir la necesidad de integrar a todos los protagonistas, también los medios de comunicación y la opinión pública, no parece en principio necesario cuando uno confía plenamente en la resolución militar del conflicto:

«Las naciones y las Fuerzas Armadas que se consideran materialmente más fuertes que su enemigo, percepción que puede ser o no ser correcta, preferirán por lo general apoyarse en los fiables métodos del desgaste: la ofensiva frontal, la campaña de bombardeo sistemático y el ataque naval directo» (20).

El más fuerte no parece, en principio, sentir la necesidad de aceptar el riesgo de convivir con el enemigo, mucho menos negociar con él, sobre todo si sabe que lo puede derrotar aplastándolo. Para el hiperpoderoso maniobrar no parece, en principio, tener mucho sentido. El problema para el más fuerte consiste sólo en fijar una lista de objetivos para luego batirlos aceptando el precio del desgaste. Este planteamiento convierte al adversario, cuando se tiene suficiente superioridad de medios militares, en un objeto pasivo, en un objetivo, un actor sin voz y sin iniciativa que recibe tanto daño como puede soportar y que finalmente terminar aceptando que la paz impuesta por el enemigo es menos insoportable que la guerra protagonizada por el enemigo. Sin embargo, el que se considera más débil o rechaza pagar el precio de las bajas se verá forzado

(19) Párrafo de un escrito atribuido a Segismundo Moret, ministro de Ultramar de la Reina Madre, cita proporcionada Juan Escrigas Rodríguez.

(20) LUTTWAK, Edward N.: *Para bellum: la estrategia de la paz y de la guerra*, Siglo XXI de Editores, España, 2005.

a maniobrar, se verá forzado a incorporar al enemigo al juego. Es decir, el que maniobra considera que el resultado final depende, en mayor o menor medida, de lo que hace o no hace la otra parte.

La ecuación estratégica, la posición, el poder y la debilidad, determinan el modelo de aproximación al conflicto:

«Así, al diseñar políticas militares en tiempo de paz, y también en la conducción de la guerra, hay estilos nacionales definidos que se diferencian por su propensión hacia el desgaste o la maniobra. Estas propensiones no surgen de las condiciones permanentes de las naciones y tampoco de alguna característica étnica. De hecho, debido a que reflejan autoimágenes de relativa fuerza o debilidad material, cambian según el enemigo con el que se establezca la comparación» (21).

En este momento se está produciendo el cambio. El cálculo estratégico es distinto, ha cambiado el signo del resultado y la nueva situación de equilibrio inestable impone un nuevo enfoque. La transición al nuevo modelo en medio de una guerra prolongada y con una crisis económica encima se presenta como la tormenta perfecta. Tormenta que no puede entenderse sin descubrir que la victoria tiende a evolucionar hacia la derrota y que el aumento de poder contiene en sí la causa de su propio fracaso.

La vida va siempre por delante de la doctrina, de las palabras, de las ideas, de los proyectos y por eso la vida sorprende siempre. La debilidad consiste en no poder contestar a la vida, que siempre sorprende viviendo. Es la vida en la historia la que permite acoger un mensaje y para poder hacerlo no sólo es preciso estar vivo sino también querer seguir viviendo.

La batalla de las ideas y la renovación de los discursos

Las relaciones de fuerza, soporte tradicional del cálculo estratégico, han dejado de ser el pivote decisivo del equilibrio en las relaciones internacionales. Esta afirmación, si fuera cierta, pondría en cuestión la validez de un enfoque realista del sistema internacional basado en el equilibrio de poder. La crítica al poder y a la fuerza, como base del sistema de medida

(21) LUTTWAK, Edward N.: *Ibidem*.

y referencia fundamental de la posición y posibilidades de los actores internacionales, está relacionada con la creciente insuficiencia de los factores materiales y de las dimensiones tangibles para reflejar las posibilidades de éxito de cada parte en un supuesto enfrentamiento. El orden está en cuestión porque el sistema de desigualdades que fija la realidad del poder no es aceptado por todos, esto no es nuevo, pero además, y esto sí que es nuevo, el orden del realismo político tiembla porque para algunos protagonistas recién llegados al juego el peso del poder ha dejado de ser el precepto de referencia. Los críticos atacan no sólo el orden sino sus propias leyes. En una época en que:

«Todo tiende a exaltar la imagen por encima de la realidad que esa imagen pretende representar existe un peligro cierto de que perdamos por completo nuestra capacidad para distinguir lo real de lo que no lo es» (22).

La heterodoxia, aprovechando el momento, se instala en la confusión y reafirma la irre realidad de lo real para convertir esta tendencia en el fundamento de su discurso. La nueva filosofía especula con el dominio de lo inmaterial. En este terreno, donde las controversias no pueden resolverse, el más débil puede tener oportunidad de colocarse a la misma altura del más fuerte y desafiarle.

Lo impensable se apunta como una opción cuando lo real y lo virtual se confunden. Entonces, la imaginación cree poderlo todo y se rompen todos los límites. La naturaleza de las cosas y la razón dejan de ser un impedimento. Poder desearlo es poder hacerlo, conformarse con menos es ser culpable. No importan los medios la clave son los fines. Si el cambio es conveniente la vanguardia es responsable de que se produzca, al margen de cualquier cálculo, sin mirar el coste ni tampoco el crédito. El replanteamiento de la situación deja de ser político y deja de ser estratégico porque el arte de la política y el arte de la estrategia son las artes de lo realizable. Las viejas estimaciones no sirven en el mundo globalizado misteriosamente por la tecnología, donde no se impone el álgebra de lo realizable sino la retórica de lo imaginable, triunfa no lo que se puede tocar sino lo que se puede visualizar. La virtualidad de la Red y de los medios de comunicación crea nuevas fronteras donde se instalan nuevas conciencias con un nuevo enfoque, que no parte de los hechos ni de la situación.

(22) KENNAN, George F.: «Moralidad y política exterior», *Política Exterior*, julio-agosto de 2004.

El panorama de referencia utilizado por los nuevos actores internacionales contruidos en la Red y en los medios no es estratégico y, por lo tanto, el papel que exigen no depende de los fundamentos de poder y soberanía sino exclusivamente de su voluntad de afirmación y de protagonismo. Al desaparecer la molesta realidad y cambiar la lógica estratégica de la acción por la lógica ideológica de la ficción todo de repente se coloca al alcance de la mano. El proceso de sustitución de la realidad y de la razón por la virtualidad de la ideología termina entronizando al «histrionismo de la moralidad» en las relaciones internacionales, por supuesto a «expensas de su sustancia». La tentación llama a la puerta de todos.

La batalla decisiva termina siendo exclusivamente una batalla de ideas, todos los demás frentes son secundarios, todos los demás escenarios se cierran, todas las demás dimensiones se ocultan, facilitando un ascenso a los extremos sin ningún tipo de restricción, sin ningún tipo de condicionamiento. El veredicto del choque de fuerzas no cuenta porque no se acepta como definitiva ninguna derrota, ningún resultado es el último hasta la gloria del último día. La larga marcha siempre encontrará un santuario en algún rincón escondido de la Red desde el que poder seguir atacando. En esta resistencia sin fin, la aceptación de las propias limitaciones deja de ser uno de los signos de la verdadera moralidad y la propia autoafirmación se convierte en la medida de todas las cosas. Este presupuesto anuncia una guerra eterna más que prolongada, una guerra sin final, porque la lucha en el campo de las ideas no impone necesariamente un resultado, no fuerza la ruptura de la igualdad de los contendientes.

La guerra se enquistaba en el tiempo, ninguna batalla es grande porque ninguna es concluyente, ninguna es decisiva. Al renunciar a lo real se renuncia a la política y de esta manera la guerra, donde la política encuentra su continuación, se olvida de su hora decisiva. No hay paz política porque no hay acuerdo sobre los fines pero tampoco puede haber paz estratégica porque no se acepta ningún equilibrio de fuerzas. Clausewitz deja de inspirar a una guerra que se olvida de que el duelo es su esencia, no se busca desarmar al enemigo con el ataque ni evitar ser desarmado con la defensa, sólo se busca resistir en la propia creencia, desapareciendo de esta manera la objetividad y la autonomía del cálculo estratégico. Esta excepcionalidad sin fin en una guerra que no se agota nunca es peligrosa en un mundo donde existen armas de destrucción masiva. Sobre todo si tenemos presente que:

«Mientras no haya derribado al adversario puedo temer que me derribe» (23).

Este principio siempre gravita sobre la Seguridad Nacional que por eso es siempre relativa y no deja de ser una insistente llamada que empuja a los contendientes al ascenso a los extremos.

La única esperanza nace de la posible renovación de los discursos y esta posibilidad sólo se puede presentar cuando la realidad se convierte en el punto de partida desde el que reconstruir todos los planteamientos. La participación política impone servidumbres, porque la realidad es tan limitada como ambiciosas sean nuestras aspiraciones, pero sin embargo ofrece la posibilidad de introducir cambios, de modificar, de alterar, de redefinir el Estado de la cuestión de forma favorable. Es el juego político, el arte de lo posible, que aspira a hacer posible lo que se entiende justo y necesario. Mantenerse por encima de las posibilidades que ofrece la realidad, no es signo de virtud, no acredita la consistencia de los ideales, por el contrario pone en evidencia incapacidad para romper el aislamiento del pensamiento respecto de la acción.

Los españoles en el pasado intentaron conquistar el mundo para salvarlo y al ser derrotados se volvieron sobre sí mismos para salvarse de los herejes, de los apóstatas y de los infieles. El ascenso y la caída son fruto de la misma creencia:

«España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de trompetas o para atajar el Sol en su carrera» (24).

El resultado es un destino histórico inalcanzable, imposible de cumplir para España, a pesar de su vaciamiento:

«Es como si Dios avisara por la lengua de la historia universal contra la pretensión de exclusividad» (25).

Entre la nostalgia y el conformismo hay vida para el que sostiene una actitud restauradora que confía en la capacidad de la propia propuesta de absorber la novedad sin perder su alma. La parálisis de la creencia ha sido durante mucho tiempo un pecado español, aunque no sólo nuestro.

(23) CLAUSEWITZ citado por Andre Gluskman, *opus citada*.

(24) MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, Homo Legens, Madrid, 2007.

(25) JASPERS, Carl: *Origen y meta de la Historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

El afán por preservar la pureza y la apariencia de control en la unidad del discurso empujaron a muchos a confiar en la posibilidad de detener el tiempo y aislar el propio mundo del resto. El inmovilismo no es un pecado exclusivo de nadie pero la naturaleza del poder determina las posibilidades de un régimen para oponerse al signo de los tiempos:

«Un sultán idiota podía paralizar el Imperio Otomano de una manera que ni un papa ni un emperador del Sacro Imperio podían hacerlo con Europa» (26).

Aquí y allá muchos han utilizado el poder para impedir el cambio y la crítica pero al final el polvo, la ineficacia y el cansancio desarman cualquier intento de levantar murallas alrededor de un reino de eremitas. Existir en el mundo, a la intemperie, tiene un precio y obliga sino al vaciamiento sí al cambio. El Sol sale cuando le toca pero levantarse cada día implica una elección y supone una renovación costosa que impone un dejar atrás algo propio a lo que se renuncia y que se debe dar por perdido.

(26) KENNEDY, Paul: *Auge y caída de las grandes potencias*, editorial Plaza Janes, Barcelona, 1993 .

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

Presidente: Dr. AMANDO DE MIGUEL RODRÍGUEZ

*Catedrático emérito de Sociología
de la Universidad Complutense de Madrid.*

Secretario: Dr. FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS

Capitán de fragata de la Armada.

Vocales: D. LUIS ALEJANDRE SINTES

General de Ejército.

Dr. BENJAMÍN GARCÍA SANZ

*Catedrático emérito de Sociología
de la Universidad Complutense de Madrid.*

Dr. VICENTE HUESO GARCÍA

Coronel del Ejército del Aire.

Dr. JESÚS IGNACIO MARTÍNEZ PARICIO

*Catedrático de Sociología
de la Universidad Complutense de Madrid.*

D. ANDRÉS GONZÁLEZ MARTÍN

Teniente de coronel del Ejército de Tierra.

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que refleje, necesariamente el pensamiento del CESEDEN, que patrocina su publicación

ABSTRACT

Humanity has never enjoyed so many means for material prosperity as we enjoy in these times. However, there have never been so many conflicts, dislocations and strains. Today's confrontations have a global reach; at least, this is the perception we receive from the media. We may have managed to prevent wars as destructive as those in the twentieth century, but we have news of many local wars, guerrillas and terrorism of all kind. This is completed with a variety of social, cultural and ethnic clashes with a generalization of multiple forms of violence and marginalization.

This dismaying panorama is the product of a profound alteration of certain values that we had considered as consolidated and now are staggering. What is surprising is that there are not new values to replace the old ones yet. This process is normal and well known. What is new is that many people begin to doubt what is right and what is wrong. This book responds to the concerns about such disturbing fact.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
SUMARIO	7
PRÓLOGO	9
<i>Capítulo primero</i>	
LOS CONFLICTOS	15
<i>Capítulo segundo</i>	
CONFLICTOS Y VALORES. CLAVES CULTURALES EN LOS CON- FLICTOS DEL SIGLO XXI	41
Prevenir	43
El conflicto de siempre	46
Repasando la Historia	47
En busca de renovados valores	52
El necesario nuevo orden mundial	54
El acceso a la información total	57
El abismo o la luz de los valores	59
<i>Capítulo tercero</i>	
CONFLICTO DE VALORES	61
Introducción	63
Situación actual de los valores en nuestra sociedad	65

	Página
El conflicto social como consecuencia del cuestionamiento de los valores	71
— <i>Conflicto y familia</i>	71
— <i>Conflicto y amigos</i>	72
— <i>Conflicto y tertulias</i>	72
— <i>Conflicto y sociedad</i>	73
— <i>Conflicto y guerra</i>	74
Los pilares básicos de la convivencia.....	74
— <i>La religión y el temor a Dios</i>	74
— <i>Respeto a los padres y a la autoridad</i>	75
— <i>Aprender a ejercer la libertad</i>	75
— <i>Igualdad de oportunidades</i>	76
— <i>Decir siempre la verdad</i>	77
— <i>El esfuerzo y la responsabilidad</i>	78
Quién debe educar	79
— <i>La primera educación en familia</i>	79
— <i>La escuela y la educación</i>	80
— <i>Educación y universidad</i>	81
— <i>Educación y trabajo</i>	82
— <i>Educación y medios</i>	83
— <i>Educación y Estado</i>	84
— <i>Educación y sociedad civil</i>	85
El resultado de la educación. El paradigma de una sociedad de hombres iguales y libres. Por sus frutos lo conoceréis	85
— <i>Responsabilidad y educación</i>	86
— <i>Responsabilidad de los medios en la educación</i>	86
— <i>Abnegación y esfuerzos</i>	87
— <i>Verdad y justicia</i>	89
— <i>Aclarar el término explotación</i>	90
— <i>Desigualdad y solidaridad</i>	91
— <i>Palabras y hechos</i>	92
— <i>Regenerar la democracia</i>	92
 <i>Capítulo cuarto</i>	
CAMBIO Y CONFLICTO EN LO MILITAR.....	97
Introducción.....	99

	<u>Página</u>
Cambio y conflicto.....	101
Lo militar y el cambio.....	104
Ambivalencias <i>versus</i> conflictos en lo milita.....	109
— <i>Institucionalismo versus ocupacionalismo</i>	109
— <i>Aislamiento versus apoyo social</i>	114
Conflicto <i>versus</i> coherencia	116
 <i>Capítulo quinto</i>	
LAS FUERZAS ARMADAS Y LA GESTIÓN DE CRISIS.....	121
Las Fuerzas Armadas en los escenarios de incertidumbres.....	123
Percepciones desiguales de las Fuerzas Armadas	134
Otras situaciones críticas a partir del análisis comparado	141
Situaciones críticas a partir de una experiencia concreta	154
 <i>Capítulo sexto</i>	
DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL 11-S. TERRITORIOS DE FRONTERA Y MALESTAR	169
Seguridad y desorden. Un siglo más seguro. Panorama estratégico ...	172
Cultura y conflicto.....	177
Guerra, cultura y geopolítica.....	180
El doble fracaso. La cultura la clave olvidada.....	185
Territorios de frontera. El malestar en la cultura	189
Conclusiones.....	194
 <i>Capítulo séptimo</i>	
DIMENSIÓN CULTURAL DE LOS CONFLICTOS: UNIVERSALIDAD Y MESTIZAJE, RAZÓN ESTRATÉGICA DE ESPAÑA.....	199
Comentarios reales de un indio español.....	201
Inculturación y cultura estratégica de España	209
<i>The Spanish way of war</i>	217
La cultura militar	219
Batalla de las ideas y la renovación de los discursos	223
 COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO.....	229
 ABSTRACT.....	231

RELACIÓN DE MONOGRAFÍAS DEL CESEDEN

- 1.** Clausewitz y su entorno intelectual. Kant, Guibert, Fichte, Moltke, Schlieffen, Lenin
- 2.** Las Conversaciones de Desarme Convencional (CFE)
- 3.** Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en el Líbano
- 4.** Cinco sociólogos de interés militar
- 5.** Primeras Jornadas de Defensa Nacional
- 6.** Prospectiva sobre cambios políticos en la antigua URSS. Escuela de Estados Mayores Conjuntos. XXIV Curso 91/92
- 7.** Cuatro aspectos de la defensa nacional. (Una visión universitaria)
- 8.** Segundas Jornadas de Defensa Nacional
- 9.** IX y X Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa
- 10.** XI y XII Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa
- 11.** Anthology of the essays
- 12.** XIII Jornadas CESEDEN-IDN de Portugal. La seguridad de la Europa Central y la Alianza Atlántica
- 13.** Terceras Jornadas de Defensa Nacional
- 14.** II Jornadas de Historia Militar. La presencia militar española en Cuba (1868-1895)
- 15.** La crisis de los Balcanes
- 16.** La Política Europea de Seguridad Común (PESC) y la defensa
- 17.** Second anthology of the essays
- 18.** Las misiones de paz de la ONU
- 19.** III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la historia militar española
- 20.** Cuartas Jornadas de Defensa Nacional
- 21.** La Conferencia Intergubernamental y de la Seguridad Común Europea
- 22.** IV Jornadas de Historia Militar. El Ejército y la Armada de Felipe II, ante el IV centenario de su muerte

- 23.** Quintas Jornadas de Defensa Nacional
- 24.** Altos estudios militares ante las nuevas misiones para las Fuerzas Armadas
- 25.** Utilización de la estructura del transporte para facilitar el cumplimiento de las misiones de las Fuerzas Armadas
- 26.** Valoración estratégica del estrecho de Gibraltar
- 27.** La convergencia de intereses de seguridad y defensa entre las Comunidades Europeas y Atlánticas
- 28.** Europa y el Mediterráneo en el umbral del siglo XXI
- 29.** I Congreso Internacional de Historia Militar. El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas
- 30.** Un estudio sobre el futuro de la no-proliferación
- 31.** El islam: presente y futuro
- 32.** Comunidad Iberoamericana en el ámbito de la defensa
- 33.** La Unión Europea Occidental tras Ámsterdam y Madrid
- 34.** Iberoamérica, un reto para España y la Unión Europea en la próxima década
- 35.** La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/1999
- 36.** Marco normativo en que se desarrollan las operaciones militares
- 37.** Aproximación estratégica española a la última frontera: la Antártida
- 38.** Modelo de seguridad y defensa en Europa en el próximo siglo
- 39.** V Jornadas de Historia Militar. La aviación en la guerra española
- 40.** Retos a la seguridad en el cambio de siglo. (Armas, migraciones y comunicaciones)
- 41.** La convivencia en el Mediterráneo Occidental en el siglo XXI
- 42.** La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/2000
- 43.** Rusia: conflictos y perspectivas
- 44.** Medidas de confianza para la convivencia en el Mediterráneo Occidental
- 45.** La cooperación Fuerzas de Seguridad-Fuerzas Armadas frente a los riesgos emergentes

46. La ética en las nuevas misiones de las Fuerzas Armadas
47. VI Jornadas de Historia Militar. Operaciones anfibias de Gallípoli a las Malvinas
48. La Unión Europea: logros y desafíos
49. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/2001
50. Un nuevo concepto de la defensa para el siglo XXI
51. Influencia rusa en su entorno geopolítico
52. Inmigración y seguridad en el Mediterráneo: el caso español
53. Cooperación con Iberoamérica en el ámbito militar
54. Retos a la consolidación de la Unión Europea
55. Revisión de la defensa nacional
56. Investigación, desarrollo e innovación (I+D+i) en la seguridad y la defensa
57. VII Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). Génesis de la España contemporánea
58. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/2002
59. El Mediterráneo: Proceso de Barcelona y su entorno después del 11 de septiembre
60. La industria de defensa: el desfase tecnológico entre la Unión Europea y Estados Unidos de América
61. La seguridad europea y las incertidumbres del 11 de septiembre
62. Medio ambiente y defensa
63. Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la Comunidad Iberoamericana
64. Estudio preliminar de la operación: *Libertad para Irak*
65. Adecuación de la defensa a los últimos retos
66. VIII Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). La organización de la defensa de la Monarquía
67. Fundamentos de la estrategia para el siglo XXI
68. Las fronteras del mundo iberoamericano

69. Occidente y el Mediterráneo: una nueva visión para una nueva época
70. IX Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). Las bases de la potencia hispana
71. Un concepto estratégico para la Unión Europea
72. El vínculo transatlántico
73. Aproximación a las cuestiones de seguridad en el continente americano
74. Defensa y sociedad civil
75. Las organizaciones internacionales y la lucha contra el terrorismo
76. El esfuerzo de defensa. Racionalización y optimización
77. El vínculo transatlántico en la guerra de Irak
78. Mujer, Fuerzas Armadas y conflictos bélicos. Una visión panorámica
79. Terrorismo internacional: enfoques y percepciones
80. X Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). El acontecer bélico y sus protagonistas
81. Opinión pública y defensa nacional en Iberoamérica
82. Consecuencias de la guerra de Irak en el Mediterráneo Occidental
83. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquio C-4/2004-2005
84. Hacia una política de cooperación en seguridad y defensa con Iberoamérica
85. Futuro de la Política Europea de Seguridad y Defensa
86. Una década del Proceso de Barcelona: evolución y futuro
87. El conflicto árabe-israelí: nuevas expectativas
88. Avances en tecnologías de la información y de las comunicaciones para la seguridad y la defensa
89. La seguridad en el Mediterráneo Coloquio C-4/2006
90. La externalización en las Fuerzas Armadas: equilibrio entre el apoyo logístico propio y el externalizado
91. La adhesión de Turquía a la Unión Europea

- 92.** La seguridad en el Mediterráneo: complejidad y multidimensionalidad
- 93.** La situación de seguridad en Irán: repercusión en el escenario regional y en el entorno mundial
- 94.** Tecnología y Fuerzas Armadas
- 95.** Integración de extranjeros en las Fuerzas Armadas españolas
- 96.** El mundo iberoamericano ante los actuales retos estratégicos
- 97.** XI Jornadas de Historia Militar. La enseñanza de la historia militar en las Fuerzas Armadas
- 98.** La energía y su relación con la seguridad y defensa
- 99.** Prospectiva de seguridad y defensa: viabilidad de una unidad de prospectiva en el CESEDEN
- 100.** Repercusión del actual reto energético en la situación de seguridad mundial
- 101.** La evolución de la seguridad y defensa en la Comunidad Iberoamericana
- 102.** El Oriente Próximo tras la crisis de El Líbano
- 103.** Los estudios de posgrado en las Fuerzas Armadas
- 104.** Las fronteras exteriores de la Unión Europea
- 105.** La industria y la tecnología en la Política Europea de Seguridad y Defensa
- 106.** De la milicia concejil al reservista. Una historia de generosidad
- 107.** La Agencia Europea de Defensa: pasado, presente y futuro
- 108.** China en el sistema de seguridad global del siglo XXI
- 109.** Naciones Unidas como principal elemento del multilateralismo del siglo XXI
- 110.** Las relaciones de poder entre las grandes potencias y las organizaciones internacionales
- 111.** Las nuevas guerras y la polemología
- 112.** La violencia del siglo XXI. Nuevas dimensiones de la guerra
- 113.** Influencia de la nueva Rusia en el actual sistema de seguridad

- 114.** La nueva geopolítica de la energía
- 115.** Evolución del concepto de interés nacional
- 116.** Sesenta años de la OTAN ¿Hacia una nueva estrategia?
- 117.** La importancia geoestratégica del África Subsahariana
- 118.** El Mediterráneo: cruce de intereses estratégicos
- 119.** Seguridad nacional y estrategias energéticas de España y Portugal
- 120.** Las armas NBQ-R como armas de terror
- 121.** El futuro de las relaciones Latinoamérica-Estados Unidos
- 122.** La influencia social del islam en la Unión Europea
- 123.** África ¿nuevo escenario de confrontación?
- 124.** Las nuevas guerras: globalización y sociedad
- 125.** El impacto de la crisis económica en el área de la seguridad y la defensa
- 126.** El ciberespacio. Nuevo escenario de confrontación
- 127.** En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar
- 128.** Los ámbitos no terrestres en la guerra futura: espacio

Las monografías están disponibles en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.